FUENTES DEL PARAÍSO

Arthur C. Clarke



LIBROdot.com
http://www.librodot.com

A la memoria, todavía imborrable de

LESLIE EKANAYAKE (13 julio 1947 - 4 julio 1977) único amigo perfecto de toda una vida, en el cual se combinaron como en ningún otro la lealtad, la inteligencia y la compasión. Cuando tu espíritu radiante y lleno de amor desapareció de este mundo, se apagó la luz en muchas existencias.

NIRVANA PRÁPTO BHÜYAT

La política y la religión son obsoletas; ha llegado el tiempo de la ciencia y la espiritualidad.

Sri Jawaharlal Nehru, ante la Asociación de Ceilán para el Avance de la Ciencia; Colombo, 15 de octubre de 1962.

Librodot

PROLOGO

«Entre el Paraíso y Taprobane hay cuarenta leguas; desde allí puede oírse el sonido de las Fuentes del Paraíso».

Tradicional, recogido por el fraile Marignolli (1335 de la era Cristiana).

El país al que he llamado Taprobane no existe, pero coincide en un noventa por ciento con la isla de Ceilán (ahora Sri Lanka). Aunque las notas aclaratorias especificarán qué sitios, sucesos y personalidades se basan en la realidad, el lector no estará muy equivocado si calcula que el relato, cuanto más improbable, más se acerca a la realidad.

En la actualidad se suele pronunciar el nombre "Taprobane" como "Taprobein", pero la pronunciación clásica correcta es "Tapróbani", como bien lo sabía Milton, por supuesto:

Desde la India y la dorada Chersoness

Y sobre todo la isla hindú de Taprobane…

(*El Paraíso Recobrado*, Libro IV)

I - EL PALACIO

1 - KALIDASA

La corona se hacia más pesada con cada año transcurrido. La primera vez que el Venerable Bodhidharma Mahanayake Thero se la puso en la cabeza, con tan pocas ganas, el príncipe Kalidasa se sorprendió ante su ligereza. Ahora, veinte años después, el rey Kalidasa prescindía con gusto de aquella banda de oro incrustada de piedras, cuando la etiqueta de la corte así lo permitía.

Poca etiqueta había allí, en la ventosa cima de la fortaleza de roca, pues pocos embajadores o peticionarios solicitaban audiencia en su formidable altura. Muchos de los que hacían el viaje hasta Yakkagala retrocedían ante el ascenso final, entre las fauces mismas del león agazapado que siempre parecía a punto de saltar desde la superficie rocosa. Ningún rey anciano podría sentarse en ese trono, que aspiraba a los cielos. Algún día Kalidasa estaría demasiado débil para llegar a su propio palacio. Pero no era probable que ese día llegara; sus muchos enemigos le ahorrarían las humillaciones de la vejez.

Y esos enemigos ya se estaban reuniendo. Miró hacia el norte, como si pudiera ver los ejércitos de su medio hermano, que volvía para reclamar el ensangrentado trono de Taprobane. Pero la amenaza estaba aún lejos, tras los mares hendidos por el monzón; si bien Kalidasa confiaba más en sus espías que en sus astrólogos, le tranquilizaba saber que en eso estaban todos de acuerdo.

Malgara había aguardado casi veinte años, mientras hacía sus planes y buscaba el apoyo de reyes extranjeros. Mucho más cerca, allí mismo, un enemigo aún más paciente y sutil contemplaba impertérrito el cielo del sur. El cono perfecto de Sri Kanda, la Montaña Sagrada, parecía muy próximo en esa ocasión, erguido sobre la planicie central. Desde el mismo comienzo de la historia había infundido un respetuoso temor al corazón de cuantos lo veían. Kalidasa tenía constante conciencia de su presencia callada y del poder que simbolizaba.

Sin embargo, el Mahanayake Thero no tenía ejércitos, no tenía elefantes de guerra que gritaran y sacudieran colmillos de bronce al lanzarse a la carga. El Alto Sacerdote era tan sólo un anciano de túnica anaranjada, cuyas únicas posesiones materiales consistían en una escudilla de mendigo y una hoja de palma para protegerse del sol. En tanto los monjes inferiores y sus acólitos cantaban las escrituras a su alrededor, él permanecía sentado, en silencio, con las piernas cruzadas… y de algún modo interfería en el destino de los reyes. Era muy extraño.

Ese día era tan despejado que Kalidasa podía ver el templo, empequeñecido por la

distancia hasta parecer una diminuta cabeza blanca de flecha, erguida en la cumbre misma de Sri Kanda. No parecía obra humana; ante ella, el rey recordaba las montañas aún más altas divisadas en su juventud, cuando fuera medio huésped y medio rehén en la corte de Mahinda el Grande. Todos los gigantes que custodiaban el imperio de Mahinda eran la base de tales crestas, formadas de una sustancia deslumbrante y cristalina que no tenía nombre en el idioma de Taprobane. Los hindúes creían que se trataba de una especie de agua, mágicamente transformada, pero Kalidasa reía ante tales supersticiones.

Ese resplandor marfilino estaba sólo a tres días de marcha: uno, por la ruta real, a través de bosques y arrozales; y dos más por la escalera serpenteante que jamás podría volver a subir, porque en su extremo estaba el único enemigo temible, el único al que no podía vencer. A veces envidiaba a los peregrinos, cuando veía la fina línea de fuego dibujada por sus antorchas sobre la faz de la montaña. El más humilde mendigo podía saludar a la aurora sagrada y recibir la bendición de los dioses; el gobernante de toda esa tierra, no.

Pero tenía sus consuelos, siquiera por un tiempo. Allí, custodiados por fosos y murallas, estaban los estanques y las fuentes y el Jardín de las Delicias, en los cuales había derrochado el tesoro de su reino. Y cuando se cansaba de ellos tenía las damas de la roca (las de carne y hueso, a quienes llamaba cada vez con menor frecuencia) y los doscientos inmortales inmóviles con quienes solía compartir sus pensamientos, pues no había otros en los que pudiera confiar.

Un trueno retumbó a lo largo del horizonte occidental. Kalidasa volvió la espalda a la muda amenaza de la montaña para mirar hacia la distante esperanza de lluvia. Ese año el monzón venía con retraso; los lagos artificiales que alimentaban el complejo sistema de irrigación de la isla estaban casi vacíos. A esa altura del año, normalmente, se veía el centelleo del agua en el más grande de todos ellos, al que sus súbditos, como él bien sabía, llamaban aún con el nombre de su padre: Paravana Samudra, el mar de Paravana. Hacía sólo treinta años que estaba terminado, tras muchas generaciones de esfuerzo. En días más felices, el joven príncipe Kalidasa había estado allí junto a su padre, orgulloso, mientras se abrían las grandes compuertas para que las aguas vivificantes fluyeran sobre la tierra sedienta. En el reino entero no había una vista más encantadora que el espejo, suavemente rizado, de aquel inmenso lago creado por el hombre, cuando en él se reflejaban las cúpulas y las espiras de Ranapura, Ciudad de Oro: la antigua capital que él había abandonado en busca de sus sueños.

Una vez más retumbaron los truenos, pero Kalidasa comprendió que se trataba de una promesa vana. Aun allí, en lo más alto de la Roca del Demonio, la atmósfera pendía inmóvil y sin vida; no se percibía ninguna de esas súbitas ráfagas que anunciaban la llegada del monzón. Antes de que al fin llegaran las lluvias, el hambre se agregaría a sus problemas.

—Su Majestad —dijo el cortesano Adigar—, los enviados están a punto de marcharse y desean presentar sus respetos.

¡Ah, sí, aquellos dos pálidos embajadores del Occidente ultramarino! Lamentaría que se fueran, pues, en su abominable taprobani, le habían traído nuevas de muchas maravillas, aunque dispuestos a admitir que ninguna podía igualar a ese palacio-fortaleza edificado en el cielo.

Kalidasa volvió la espalda a la montaña coronada de nieve y al paisaje reseco, reverberante, para iniciar el descenso por los escalones de granito hacia la cámara de audiencias. Detrás de él el chambelán y sus ayudantes portaban presentes de gemas y marfil para aquellos hombres altos y orgullosos, que esperaban para despedirse. Pronto llevarían los tesoros de Taprobane por el mar, hasta una ciudad siglos más joven que Ranapura; y tal vez, por un tiempo, distraerían los sombríos pensamientos del emperador Adrián.

El Mahanayake Thero, con su túnica semejante a una llamarada naranja contrastante con el blanco revoque del templo, caminaba lentamente hacia el parapeto septentrional. Muy por debajo se extendía el cuadriculado de arrozales, entre horizonte y horizonte; las líneas oscuras de los canales para irrigación, el resplandor azul del Paravana Samudra y, más allá de ese mar Mediterráneo, las cúpulas sagradas de Ranapura, que flotaban como burbujas fantasmales, de

Librodot

imposible enormidad cuando se calculaba la verdadera distancia. Llevaba treinta años contemplando ese panorama siempre cambiante, pero sabía que jamás captaría todos los detalles de su fugaz complejidad. Colores y límites se alteraban en cada estación; más aún, con cada nube que pasaba. En el día en que él también pasara a mejor vida, pensaba Bodhidharma, aun entonces notaría algo nuevo.

Sólo una cosa desentonaba en el exquisito diseño de ese paisaje. Por diminuta que se viera desde esa altura, la mole gris de la Roca del Demonio parecía un intruso de otros mundos. En realidad, la leyenda sostenía que Yakkagala era un fragmento del Himalaya que el dios-mono Hanuman había dejado caer, en su prisa por llevar montaña y medicinas a sus camaradas heridos, al acabar las batallas del "Ramayana".

Desde esa distancia era imposible, por supuesto, distinguir con detalle la locura de Kalidasa, con excepción de una difusa línea que indicaba las murallas exteriores del Jardín de las Delicias. Sin embargo, una vez que se experimentaba el impacto de esa Roca del Demonio, ya no se la podía olvidar. El Mahanayake Thero podía ver con la imaginación, tan claramente como si estuviera allí, las inmensas garras del león que sobresalían en la misma faz del acantilado, mientras en lo alto se cernían las fortificaciones por las cuales (era fácil creerlo), aún caminaba el Rey Maldito…

Un trueno resonó allá arriba, elevándose rápidamente en un *crescendo* de tal potencia que pareció sacudir a la misma montaña. En una conmoción sostenida y constante, cruzó corriendo el cielo apagándose hacia el este. Por unos largos segundos retumbaron los ecos en el horizonte. Nadie hubiera podido confundir aquello con un anuncio de las lluvias venideras; estaban fijadas para dentro de tres semanas, y Control de Monzones nunca se equivocaba en más de veinticuatro horas. Cuando las reverberaciones se apagaron, el Mahanayake se volvió hacia su compañero.

—¡Vaya con los corredores obligatorios para el reingreso! —dijo, con un fastidio ligeramente superior al que debía permitirse un exponente del Dharma—. ¿Tenemos la medición?

El monje más joven pronunció algunas palabras ante su micrófono de pulsera y aguardó una respuesta.

—Sí —anunció—, llegó a ciento veinte. Cinco decibelios más que la última máxima.

—Envía la protesta de costumbre a los controles de Kennedy o de Gagarin, según corresponda. Pensándolo mejor, quéjate a los dos. Aunque no servirá de nada, por supuesto.

En tanto seguía con la vista el trazo humeante que se iba disolviendo poco a poco en el cielo, el Bodhidharma Mahanayake Thero, octogésimo quinto de ese nombre, tuvo una súbita ocurrencia, nada propia de un monje. Kalidasa hubiera sabido cómo tratar a los operadores de líneas espaciales que sólo pensaban en los dólares por kilo puesto en órbita; algo que incluyera, probablemente, el empalamiento, elefantes con calzado metálico o el aceite hirviendo.

Pero la vida, claro está, había sido mucho más simple dos mil años atrás.

2 - EL INGENIERO

Sus amigos, cuyo número disminuía de año en año, lo llamaban Johan. El mundo, cuando se acordaba de él, le decía Raja. Su nombre completo abarcaba quinientos años de historia: Johan Oliver de Alwis Sri Rajasinghe.

En cierta época, los turistas que visitaban la Roca lo habían buscado con cámaras y tomavistas, pero en la actualidad existía toda una generación que ignoraba por completo los días en los que él había sido el rostro más conocido del sistema solar. No lamentaba su pasada gloria, pues le había proporcionado la gratitud de toda la humanidad. Pero también había traído consigo vanas lamentaciones por los errores que había cometido, y pena por las vidas despilfarradas, puesto que un poco más de previsión o de paciencia pudo haberlas salvado. Naturalmente, ahora resultaba fácil, con la perspectiva de la historia, comprender lo que se

Librodot

debió hacer para evitar la Crisis de Auckland o para reunir las reacias firmas del Tratado de Samarkanda. Era una tontería echarse en cara los inevitables errores del pasado, pero había oportunidades en las que la conciencia le dolía más que las difusas punzadas de aquella vieja bala patagónica.

Nadie creyó que su retiro pudiera durar tanto tiempo.

—Regresará antes de que pasen seis meses —le había dicho el presidente mundial Chu—. El poder crea hábito.

—En mí no —había sido su respuesta, bastante sincera.

Pues el poder le había llegado sin buscarlo. Y siempre fue muy especial, algo limitado: un poderío de consejero, no de ejecutivo. Era sólo Auxiliar Especial (embajador no oficial) de Asuntos Políticos, responsable directo ante el presidente y el consejo; su personal nunca excedió el número de diez… once, contando a Aristóteles (su terminal aún tenía acceso a los bancos procesadores y de memoria de Ari y se comunicaban varias veces al año). Pero en los últimos tiempos, el consejo aceptaba invariablemente sus sugerencias y el mundo le otorgó gran parte del crédito que debieron recibir los anónimos y desconocidos burócratas de la División Paz.

Así, fue el embajador volante Rajasinghe quien obtuvo toda la publicidad, mientras iba de rebelión en rebelión, masajeando un ego aquí, desactivando una crisis allá y manipulando la verdad con consumada destreza. Sin llegar jamás a mentir, por supuesto; eso habría sido fatal. Sin la infalible memoria de Ari, nunca hubiera podido conservar el dominio de las intrincadas hebras que a veces debía devanar para que la humanidad pudiera vivir en paz. Cuando empezaba a disfrutar del juego por el juego mismo, ya era hora de renunciar.

Eso había ocurrido veinte años antes, sin que jamás lamentara su decisión. Quienes predijeron que el aburrimiento tendría éxito allí donde había fracasado la tentación del poder, no conocían a este hombre ni comprendían sus orígenes. Había vuelto a los campos y bosques de su juventud, y vivía a sólo un kilómetro de la enorme roca sombría que dominara su infancia. Su casa, en realidad, estaba más cerca del ancho foso que rodeaba el Jardín de las Delicias, y las fuentes diseñadas por el arquitecto de Kalidasa chapoteaban ahora en el mismo patio de Johan, tras un silencio de dos mil años. El agua aún fluía por los conductos de piedra originales; nada había cambiado, aunque ahora eran bombas eléctricas las que llenaban las cisternas, allá arriba en la roca, y no tandas de sudorosos esclavos.

Asegurar para su retiro ese trozo de tierra, anegado de historia, había dado a Johan más satisfacción que ningún otro acto en toda su carrera; con eso satisfacía un sueño que nunca creyó ver hecho realidad. La tarea requirió de toda su habilidad diplomática, aparte de alguna delicada extorsión en el Departamento de Arqueología. Más tarde surgieron interrogantes en la Asamblea de Estado; por suerte, las preguntas no recibieron respuesta.

La longitud del foso lo aislaba de todos, salvo de los turistas y los estudiantes más decididos; lo ocultaba un espeso muro de árboles, que deslumbraban con sus flores durante todo el año. Los árboles albergaban también varias familias de monos que constituían un espectáculo divertido, aunque a veces invadían la casa y huían con cualquier objeto portátil que atrajera su atención. Entonces se producía una pequeña guerra entre especies, con buscapiés y gritos de alarma recogidos en grabaciones, que perturbaban a los humanos tanto o más que a los simios. De cualquier modo, éstos volvían muy pronto, pues habían aprendido tiempo atrás que nadie era capaz de hacerles daño.

Mientras uno de los más desaforados crepúsculos de Taprobane transfiguraba el cielo del oeste, un pequeño triciclo eléctrico surgió de entre los árboles y avanzó hasta las columnas del pórtico estilo Chola auténtico, del último período Ranapura, y, por tanto, completamente anacrónico allí. Pero sólo el profesor Sarath lo había advertido, cosa muy habitual en él.

En su larga y amarga experiencia, Rajasinghe había aprendido a no confiar nunca en sus primeras impresiones, pero también a no pasarlas por alto. Esperaba en parte que Vannevar Morgan fuera un hombre a la medida de sus éxitos: grande e imponente. El ingeniero, en cambio, estaba bien por debajo de la estatura promedio; a primera vista podía parecer hasta

frágil. Sin embargo, ese cuerpo delgado era todo fibra; el pelo, negro como la tinta, enmarcaba un rostro que no representaba, ni con mucho, sus cincuenta y un años. El archivo videográfico Biogr de Ari no le hacía justicia; hubiera podido ser un poeta romántico, un concertista de piano o, tal vez, un gran actor, de los que hechizan a las multitudes con su talento. Rajasinghe sabía reconocer el poder cuando lo veía, porque el poder había sido su oficio; y era poder lo que tenía ante sí. Cuidado con los hombres pequeños, se decía con frecuencia, porque son los que mueven y agitan al mundo.

Y con esos pensamientos surgió la primera chispa de aprensión. Casi todas las semanas llegaban viejos amigos y antiguos enemigos hasta ese lugar remoto, para intercambiar noticias y reminiscencias del pasado. Recibía con agrado tales visitas, pues daban a su vida un esquema continuo. Pero siempre sabía, con bastante proximidad, cuál era el propósito de la entrevista y qué temas se tocarían. En cambio, hasta donde Rajasinghe podía asegurar, él y Morgan no tenían intereses comunes, salvo los que cualquier hombre compartía con los demás en esa época. No se conocían ni habían hablado nunca; en realidad, hasta el nombre de Morgan le fue difícil de identificar. Y lo más desconcertante era que el ingeniero deseara mantener en secreto este encuentro.

Rajasinghe había cumplido con tal petición, pero con cierta sensación de resentimiento. Ya no había necesidad de secretos en su pacífica existencia; lo último que deseaba era que algún misterio importante viniera a afectar su ordenada vida. Acabó para siempre con Seguridad cuando retiró, hacía diez años o quizá más, a los hombres que componían su guardia personal. Sin embargo, lo que más le preocupaba no era ese pequeño misterio, sino su propio y total desconcierto. El jefe de ingenieros del Grupo Tierra, del Cuerpo de Construcciones Terráqueas, no iba a viajar miles de kilómetros tan sólo para pedirle un autógrafo o para pronunciar las frases hechas de todos los turistas. Seguramente lo traían razones muy específicas y, por mucho que Rajasinghe se esforzara, no lograba imaginarlas.

Aun en su época de funcionario público, Rajasinghe no había tenido ninguna oportunidad de tratar con la CCT; sus tres divisiones. Tierra, Mar, Espacio, constituían, por enormes que fueran, la menor fuente de noticias entre las organizaciones especializadas de la Federación Mundial. Sólo cuando se producía alguna resonante falla técnica o un conflicto abierto con uno u otro grupo histórico o ambiental, sólo entonces emergía la CCT de entre las sombras. La última confrontación de este tipo se produjo con el Oleoducto Antártico, aquel milagro de la ingeniería del siglo XXI, construido para bombear el carbón fluidizado de los vastos depósitos polares a las plantas de energía y fábricas de todo el mundo. En un arranque de euforia ecológica, la CCT había propuesto demoler la última sección superviviente de la tubería para devolver la tierra a los pingüinos. En seguida surgieron gritos de protesta entre los arqueólogos industriales, horrorizados ante tal vandalismo, y entre los naturalistas, quienes señalaron que los pingüinos adoraban aquella tubería abandonada. Allí encontraban alojamiento de una calidad de la que nunca hasta entonces habían disfrutado, y eso contribuía a una explosión demográfica ante la cual las ballenas asesinas apenas daban abasto. La CCT se rindió por fin sin presentar batalla.

Rajasinghe no sabía si Morgan había tenido algo que ver con aquella derrota mínima. Poco importaba, pues su nombre se asociaba con el triunfo más grande de la CCT.

Lo llamaban y con justicia, el Puente Supremo. Rajasinghe había visto, como medio mundo, elevarse suavemente hasta el cielo la última sección, que ya era por sí misma una de las maravillas de la época, mediante el *Graf Zeppelin.* Todas las lujosas instalaciones de la aeronave habían sido retiradas para economizar peso; se había vaciado la famosa piscina y los reactores bombeaban con bolsas de gas el exceso de calor, para proporcionar el impulso suplementario. Por vez primera se levantaba un peso muerto superior a las mil toneladas, tres kilómetros orientados en línea recta hacia el firmamento. Y todo ello (para desencanto de muchos), sin la menor dificultad.

Ningún barco volvería a pasar junto a las Columnas de Hércules sin saludar al puente más formidable entre los construidos por el hombre hasta el momento, y tal vez también en el

Librodot

futuro. En la conjunción del Mediterráneo con el Atlántico se elevaban las dos torres gemelas, las estructuras más altas del mundo; una frente a la otra, con quince quilómetros de vacío entre ambas exceptuando el increíble y delicado arco del Puente de Gibraltar.

Sería un privilegio conocer al hombre que lo había concebido, aunque llegara con una hora de retraso.

—Le ofrezco mis disculpas, embajador —dijo Morgan, al bajar del triciclo—. Espero que la demora no le haya causado inconvenientes.

—En absoluto; puedo disponer libremente de mi tiempo. Supongo que ya ha comido, ¿verdad?

—Sí, cuando cancelaron la conexión con Roma. Entonces me sirvieron un almuerzo excelente.

—Mejor, probablemente, del que le hubieran servido en el hotel Yakkagala. Le he reservado un cuarto allí para que pase la noche; está a sólo un kilómetro de aquí, y temo que deberemos aplazar nuestra conversación hasta la hora del desayuno.

Morgan pareció desilusionado, pero mostró su aquiescencia con un encogimiento de hombros.

—Bueno, tengo trabajo de sobra para entretenerme. Supongo que el hotel tendrá las instalaciones completas para ejecutivos… o al menos una de las usuales terminales.

Rajasinghe se echó a reír.

—No le garantizo nada más sofisticado que un teléfono. Pero tengo una idea mejor. Dentro de media hora llevaré a algunos amigos a la Roca. Dan un interesante espectáculo audiovisual sumamente recomendable; si quiere venir con nosotros estaré encantado.

Notó que Morgan, vacilante, buscaba una excusa cortés.

—Muy amable de su parte, pero tengo que comunicarme con mi oficina, de veras.

—Puede utilizar mi terminal. Puedo asegurarle que el espectáculo le parecerá fascinante, y dura sólo una hora. Ah, me olvidaba, usted no quiere que nadie sepa de su presencia aquí. Bueno, lo presentaré como el doctor Smith, de la Universidad de Tasmania. Estoy seguro de que mis amigos no lo reconocerán.

Rajasinghe no tenía la menor intención de ofender a su visitante, pero el breve destello de irritación de Morgan fue inconfundible. Los instintos del viejo diplomático se pusieron en marcha automáticamente y archivaron la reacción como referencia futura.

—De eso estoy seguro —dijo el ingeniero, y Rajasinghe notó en su voz el tono inconfundible de la amargura—. Está bien, seré el doctor Smith. Y ahora, si me permite utilizar su terminal…

Interesante, pensó Rajasinghe. Mientras, condujo a su huésped hasta la casa; probablemente no tenía importancia. Hipótesis provisional: Morgan era un hombre frustrado, tal vez hasta desilusionado. Era difícil comprender por qué, puesto que era considerado uno de los líderes en su profesión. ¿Qué más podía desear?

Cabía una sola respuesta. Rajasinghe conocía bien los síntomas, siquiera porque en su caso la enfermedad se había extinguido mucho tiempo atrás. "La fama es el acicate", recitó, en el silencio de sus pensamientos. ¿Cómo seguía? "Última debilidad en las mentes nobles… Despreciar el placer por días laboriosos".

Sí, eso podía explicar el descontento que sus antenas, aún sensibles, habían detectado. Y recordó de pronto que aquel inmenso arco iris entre Europa y África recibía, invariablemente, el título de El Puente; a veces, el Puente de Gibraltar… pero nunca el Puente de Morgan.

Bueno, pensó Rajasinghe para sí, si es fama lo que busca, doctor Morgan, no la hallará aquí. Entonces, por mil yakkas, ¿por qué ha venido a nuestra pequeña y tranquila Taprobane?

3 - LAS FUENTES

Durante muchos días, elefantes y esclavos habían bregado bajo el sol atroz, transportando la interminable cadena de cántaros por la faz del acantilado.

Librodot

—¿Está listo? —preguntaba el rey, una y otra vez.

—No, majestad —respondía el artesano principal—, el tanque no está lleno todavía. Pero tal vez mañana…

Y al fin había llegado el mañana; ahora la corte en pleno estaba reunida en el Jardín de las Delicias, bajo los toldos de telas coloreadas. Grandes abanicos refrescaban al rey, agitados por suplicantes súbditos que habían sobornado al chambelán para obtener ese arriesgado privilegio. Era un honor que podía conducirlos a las grandes riquezas o a la muerte.

Todas las miradas estaban fijas en la superficie de la Roca y en las diminutas siluetas que se movían en su cumbre. Flameó una bandera; mucho más abajo sonó brevemente un cuerno. En la base del acantilado, unos obreros manipulaban frenéticamente las poleas y las palancas. Sin embargo, pasó mucho tiempo sin que nada ocurriera.

En el rostro del rey empezó a extenderse un gesto de malhumor; la corte entera echó a temblar. Aun los abanicos perdieron impulso por algunos segundos, sólo para cobrar nueva velocidad al recordar sus operarios los azares de su tarea. En eso, un grito enorme se oyó entre los trabajadores, al pie de Yakkagala; un grito de triunfo y regocijo, que fue aproximándose a ritmo creciente, según corría por los senderos bordeados de flores. Y con él llegaba otro sonido, no tan potente, pero que daba la impresión de fuerzas irresistibles, contenidas, lanzadas hacia el objetivo.

Una tras otra, surgiendo de la Tierra como por arte de magia, las esbeltas columnas de agua saltaron hacia el cielo sin nubes. Al llegar a una altura cuatro veces mayor que la estructura del hombre rompieron en flores de rocío. La luz del Sol, al atravesarlas, creaba una neblina teñida de arco iris, que aumentaba lo extraño y lo bello de la escena. Nunca ojos humanos en la historia de Taprobane habían visto tal maravilla.

El rey sonrió y los cortesanos se animaron a respirar otra vez. En esta ocasión, las tuberías enterradas no habían estallado bajo el peso del agua; a diferencia de sus infortunados predecesores, los albañiles que las habían construido tendrían tantas posibilidades de alcanzar la vejez como cualquiera de quienes trabajaban para Kalidasa.

Casi tan imperceptiblemente como el sol del oeste, los chorros iban perdiendo altura. Llegó un momento en que no alcanzaron sino la estatura humana: los depósitos, tan penosamente llenados, estaban ya casi vacíos. Pero el rey se mostraba muy satisfecho; alzó la mano y el nivel de agua de las fuentes descendió, para volver a elevarse como en una última reverencia ante el trono; al fin sucumbieron en silencio. Por un rato hubo ondulaciones que iban y venían por la superficie de los charcos espejados; al momento volvieron a quedar inmóviles como espejos, enmarcando la imagen de la Roca eterna.

—Los obreros han trabajado bien —dijo Kalidasa—. Que se les deje en libertad.

Hasta qué punto habían trabajado bien era algo que nadie comprendería, por supuesto, pues nadie podía compartir las solitarias visiones de un rey artista. Kalidasa, al inspeccionar los jardines exquisitos que rodeaban Yakkagala, sintió la mayor satisfacción que jamás conociera.

Allí, al pie de la Roca, había concebido y creado el Paraíso. Tan sólo le restaba construir el Cielo, allá en la Cumbre.

4 - LA ROCA DEL DEMONIO

Aquel astuto espectáculo de luces y sonidos aún tenía el poder de conmover a Rajasinghe, a pesar de haberlo visto diez veces y conocer de memoria cada argucia del programa. Era, naturalmente, obligatorio para todos los visitantes de la Roca, aunque los críticos, como el profesor Sarath, se quejaban de que fuera historia predigerida para turistas. De cualquier modo, era mejor la historia predigerida que la falta de historia; eso tendría que servir mientras Sarath y sus colegas no dejaran de vociferar sus desacuerdos sobre la verdadera secuencia de los acontecimientos ocurridos allí, dos milenios antes.

El pequeño anfiteatro daba al muro oeste de Yakkagala, con las doscientas butacas orientadas de tal modo que cada espectador pudiera ver las proyecciones de láser desde el

ángulo correcto. La función comenzaba siempre a la misma hora, durante todo el año: las diecinueve, cuando el último resplandor del invariable crepúsculo ecuatorial se borraba en el cielo.

Ya estaba tan oscuro, que la Roca misma era invisible; su presencia sólo se revelaba como una enorme sombra negra que eclipsaba las tempranas estrellas. De pronto brotó de la oscuridad el lento batir de un tambor apagado; después, una voz serena y objetiva:

—Ésta es la historia de un rey que asesinó a su padre y fue muerto por su hermano. En la sangrienta historia de la humanidad, eso no es nada nuevo. Pero este rey dejó un monumento imponente y una leyenda que ha perdurado por siglos…

Rajasinghe echó una mirada furtiva a Vannevar Morgan, que ocupaba un asiento a su derecha, entre las sombras. Aunque podía distinguir tan sólo el perfil de sus facciones, notó que el ingeniero estaba atrapado ya por el hechizo del relato. A su izquierda, los otros dos invitados, antiguos amigos de su etapa diplomática, permanecían en idéntico trance. Tal como él asegurara a Morgan, no habían reconocido al «doctor Smith». En caso contrario, aceptaban la mentira cortésmente.

—Se llamaba Kalidasa; nació cien años después de Cristo, en Ranapura, la Ciudad de Oro, durante siglos la capital de los reyes taprobanos. Pero una sombra empañó su nacimiento…

La música cobró mayor volumen al unirse flautas y cuerdas al palpitante tambor, para esbozar una hechicera y regia melodía en el aire nocturno. Un punto de luz se encendió en la faz de la Roca; luego se expandió abruptamente, y sucedió de pronto, como si una mágica ventana se hubiera abierto hacia el pasado, para revelar un mundo más vivido y colorido que la vida misma.

La dramatización era excelente, se dijo Morgan, contento por primera vez al haber permitido que la cortesía se impusiera a su afán de trabajo. Vio la alegría del rey Paravana cuando su concubina favorita le presentó a su primer hijo varón… y comprendió cómo esa alegría disminuía cuando la reina en persona, sólo veinticuatro horas después, daba a luz a un más firme heredero al trono. Aunque primero por su edad, Kalidasa no sería el primero en la sucesión; así el escenario quedaba listo para la tragedia.

—Sin embargo, en los primeros años de su infancia, Kalidasa y su medio hermano Malgara fueron los mejores amigos. Crecían juntos, sin mucha conciencia de sus destinos rivales ni de las intrigas que medraban a su alrededor. El primer motivo de riña nada tuvo que ver con los accidentes del nacimiento; fue sólo un regalo, inocente y bien intencionado. A la corte del rey Paravana llegaban embajadores que traían tributos de muchos países: seda de Catay, oro de Indostán, pulidas armaduras de la Roma Imperial. Y un día, un simple cazador de los bosques se aventuró por la gran ciudad, portando un regalo con el que esperaba complacer a la familia real…

Morgan oyó a su alrededor un coro de involuntarios «oohh» y «aah», entre sus invisibles compañeros. Nunca le habían gustado mucho los animales, pero debía admitir que ese diminuto mono color de nieve, tan confiado en brazos del joven príncipe Kalidasa, era realmente encantador. En aquella carita arrugada, dos ojos enormes miraban fijamente a través de los siglos… y a través del abismo misterioso, aunque no del todo infranqueable, que separa al hombre de la bestia.

—Según las crónicas, nunca se había visto nada semejante; su pelaje era blanco como la leche; sus ojos, rosados como los rubíes. Algunos lo creyeron buen presagio; otros lo consideraron de mal agüero, pues el blanco es el color del luto y de la muerte. Y sus temores, ay, tenían buenos fundamentos.

»El príncipe Kalidasa amaba a su pequeña mascota; la llamó Hanuman, como el valiente dios-mono del Ramayana. El joyero del rey fabricó un pequeño carro dorado, en el cual Hanuman paseaba solemnemente por la corte, para diversión y deleite de cuantos lo observaban. Hanuman, a su vez, amaba a Kalidasa y no permitía que ninguna otra persona lo tocara. tenía especial animadversión por el príncipe Malgara, casi como si presintiera la futura rivalidad. Y un día infortunado mordió al heredero del trono.

Librodot

La mordedura fue insignificante; sus consecuencias, inmensurables. Pocos días después, Hanuman fue envenenado; órdenes de la reina, sin duda. Aquello fue el fin de la niñez para Kalidasa; dicen que desde entonces no volvió a sentir amor ni confianza por otro ser humano. Y su amistad para con Malgara se tornó en amarga enemistad.

Tampoco fue ése el único problema causado por la muerte del pequeño mono. Por orden del rey le construyeron una tumba especial, con la tradicional forma de campana que se daba a los templos o *dagobas*. Aquélla fue una orden excepcional, pues despertó la instantánea hostilidad de los monjes. Las dagobas estaban reservadas para las reliquias de Buda, y aquello parecía un sacrilegio intencionado.

En realidad, bien pudo ser ésa la intención del rey, pues Paravana había caído bajo el imperio de un *swami* hindú y se estaba volviendo contra la fe budista. Aunque el príncipe Kalidasa era demasiado joven como para verse envuelto en ese conflicto, gran parte del odio despertado entre los monjes se volvió contra él. Así se inició un odio que acabaría desgarrando el país en los años venideros.

Como en el caso de tantas leyendas registradas por las antiguas crónicas de Taprobane, pasaron casi dos mil años sin pruebas de que la historia de Hanuman y el joven príncipe Kalidasa fuera algo más que una encantadora leyenda. Al fin, en 2015, un equipo de arqueólogos de Harvard descubrió los cimientos de un pequeño templo, edificado en los terrenos del antiguo palacio Ranapura. El templo parecía haber sido destruido deliberadamente, pues todos los ladrillos de la estructura habían desaparecido.

—La acostumbrada cámara de reliquias, instalada en los cimientos, estaba vacía, obviamente asaltada varios siglos antes. Pero los estudiantes contaban con herramientas que ningún buscador de tesoros soñó en tiempos pasados: la investigación con neutrino descubrió una segunda cámara de reliquias, a mucha mayor profundidad. La superior era sólo una cobertura y había cumplido con su finalidad: la cámara interior aún conservaba el tesoro de amor y odio que había sido transportado por la corriente de los siglos… hasta el lugar definitivo de reposo: el museo de Ranapura.

Morgan siempre se había considerado, y con motivos suficientes, bastante duro de corazón y poco sentimental, nada propenso a los arrebatos de la emoción. Sin embargo, y para su total confusión —era de esperar que sus compañeros no lo notaran— sintió los ojos colmados de lágrimas repentinas. ¡Era ridículo que un poco de música almibarada y un relato sensiblero pudieran afectar así a un hombre sensato! Nunca hubiera creído que el sólo hecho de ver el juguete de un niño pudiera hacerlo sollozar.

En un súbito relampagueo de recuerdos —que le devolvieron un momento perdido en cuarenta años de pasado—, comprendió por qué estaba tan conmovido. Volvía a ver su querido barrilete, coleando y descendiendo sobre el parque de Sydney, donde él había pasado gran parte de su infancia. Podía sentir el calor del sol, el viento suave sobre su espalda desnuda; el mismo viento traicionero que cesó bruscamente, haciendo que el barrilete cayera hacia tierra. Quedó enredado en las ramas del roble gigantesco, al que se suponía más antiguo que el mismo país; él, tontamente, tiró del hilo, tratando de liberarlo. Fue su primera lección sobre la resistencia de los materiales, y ya nunca la olvidó.

El hilo se rompió allí donde estaba enredado y el barrilete salió dando tumbos, alejándose por el cielo estival; iba perdiendo altura poco a poco. El muchachito corrió hasta el borde del agua, con la esperanza de que cayera en tierra; pero el viento no escuchó sus plegarias.

Pasó largo tiempo sollozando ante los fragmentos deshechos. Éstos se alejaban a la deriva por el gran puerto, como un velero sin mástil, hasta perderse de vista rumbo al mar abierto. Aquélla fue la primera de esas tragedias triviales que moldean la niñez de un hombre, las recuerde o no.

Sin embargo, lo que Morgan había perdido entonces era sólo un juguete inanimado; sus lágrimas fueron más de frustración que de pena. El príncipe Kalidasa tenía causas mucho más profundas para la angustia. Dentro del pequeño carro dorado, que aún parecía recién salido de manos del joyero, había un manojo de diminutos huesos blancos.

Librodot

Morgan se perdió una parte del relato siguiente; cuando los ojos se le aclararon habían pasado diez o doce años y se desarrollaba una compleja lucha familiar: alguien estaba asesinando a alguien, aunque el ingeniero no pudo comprender de quiénes se trataba. Cuando cesó el chocar de los ejércitos y cayó la última daga, el príncipe heredero Malgara y la reina madre tuvieron que huir de la India; Kalidasa se había apoderado del trono, y había encarcelado a su padre en el proceso.

Si el usurpador no llegó a ejecutar a Paravana, no fue debido a la devoción filial, sino a su creencia de que el viejo rey aún poseía ciertos tesoros secretos, que guardaba para Malgara. Mientras Kalidasa estuviera convencido de eso, Paravana se sabía a salvo; pero al fin se cansó del engaño.

—Te mostraré mi verdadera riqueza —dijo a su hijo—. Dame un carruaje y te llevaré hasta donde está.

Pero en su último viaje, a diferencia del pequeño Hanuman, Paravana tuvo que utilizar un decrépito carro de bueyes. Dicen las crónicas que una de las ruedas, medio rota, crujió durante todo el trayecto; ese tipo de detalles suele ser verdad, pues ningún historiador se tomaría el trabajo de inventarlos.

Para sorpresa de Kalidasa, el padre ordenó que el carro lo llevara hasta el gran lago artificial que irrigaba la zona central de su reino, cuya construcción se había llevado a cabo durante la mayor parte de su reinado. Caminó por la orilla del enorme embalse y contempló su propia estatua, dos veces mayor que él mismo, que lo representaba mirando sobre las aguas.

—Adiós, viejo amigo —dijo, y se dirigió a la imponente silueta de piedra, símbolo de su perdido poder y gloria, que sostenía para siempre en sus manos el mapa de ese mar interior—. Protege mi heredad.

Seguidamente, observado de cerca por Kalidasa y sus guardias, descendió por los peldaños sin detenerse siquiera al llegar al lago. Cuando el agua le llegó a la cintura, recogió un poco entre las manos y la arrojó por encima de la cabeza. Después se volvió hacia Kalidasa con orgullo triunfal.

—Aquí, hijo mío —gritó, indicando con un ademán las leguas de agua pura y vivificante—. ¡Aquí, aquí está toda mi riqueza!

—¡Matadlo! —gritó Kalidasa, loco de rabia y desilusión.

Y los soldados obedecieron.

Así Kalidasa se convirtió en el amo de Taprobane, pero a un precio que pocos hombres estarían dispuestos a pagar. Pues, tal como anotan las crónicas, vivía «temiendo al otro mundo y a su hermano». Tarde o temprano, Malgara volvería en busca del trono que le correspondía por derecho.

Durante algunos años, Kalidasa tuvo su corte en Ranapura, como los muchos reyes que le habían precedido. Después, por razones sobre las cuales la historia guarda silencio, abandonó la capital del reino, cambiándola por el aislado monolito de Yakkagala, a cuarenta kilómetros de allí, en medio de la selva.

—Algunos pensaron que buscaba una fortaleza inexpugnable, donde estuviera a salvo de la venganza de su hermano. Sin embargo, en el último momento desdeñó su protección; y si era tan sólo una ciudadela, ¿por qué rodeó a Yakkagala de inmensos jardines de placer, cuya construcción debió requerir tanto trabajo como los mismos muros y el foso? Sobre todo, ¿para qué los frescos?

Cuando el narrador planteó esta pregunta, toda la cara occidental de la roca se materializó en medio de la oscuridad, no como era en la actualidad sino como debió de haber sido dos milenios antes. Una franja, que empezaba a cien metros del suelo y cruzaba todo el ancho de la roca, había sido alisada y cubierta con yeso. Sobre él se veían los retratos de varias hermosas mujeres, formando grupos, de tamaño natural y sólo de cintura para arriba. Algunas, de perfil; otras, de frente, todas obedientes al mismo esquema básico.

Piel ocre, busto voluptuoso, vestidas sólo con joyas o con las prendas más transparentes. Algunas llevaban peinados muy altos y complicados; otras, al parecer, coronas. Muchas

Librodot

portaban cuencos de flores o mostraban un solo capullo, sujeto delicadamente entre los dedos. Aunque la mitad de ellas eran de piel más oscura que sus compañeras y parecían doncellas de servicio, sus joyas y sus peinados no eran menos complicados.

—En otros tiempos hubo más de doscientas figuras. Pero las lluvias y los vientos de muchos siglos las han destruido, dejando sólo veinte, que estaban protegidas por un saliente de la roca…

La imagen se agrandó hasta un primer plano; una a una, las últimas sobrevivientes del sueño concebido por Kalidasa surgieron flotando de la oscuridad, a los compases trillados, pero singularmente adecuados, de la Danza de Anitra. Por borrosas que las hubiera dejado el clima, el deterioro y hasta los vándalos, no habían perdido nada de su belleza con el correr del tiempo. Los colores seguían frescos; no había podido desteñirlos la luz de los quinientos mil soles del oeste. Diosas o mujeres, mantenían viva la leyenda de la Roca.

—Nadie sabe quiénes fueron, qué representaban o por qué las crearon con tanto trabajo, en un lugar tan inaccesible. La teoría favorita sostiene que eran seres celestiales, y que todos los esfuerzos de Kalidasa se encaminaban a crear un paraíso en la tierra, con diosas que lo atendieran. Tal vez se creía un rey-dios, como los faraones de Egipto; quizá por eso copió de ellos la imagen de la Esfinge, que guarda la entrada de su palacio.

La escena cambió, convirtiéndose en una lejana vista de la Roca, reflejada en el pequeño lago extendido ante la base. El agua se estremeció, los contornos de Yakkagala ondularon antes de disolverse. Cuando volvió a formarse, la roca estaba coronada por muros, fortificaciones y capiteles prendidos en lo alto de toda la superficie. Era imposible verlos con claridad, pues permanecían tentadoramente fuera de foco, tal como las imágenes de un sueño. Nadie sabría jamás cómo había sido el aéreo palacio de Kalidasa antes de que lo destruyeran quienes desearon extirpar hasta su nombre.

Y allí vivió, durante casi veinte años, aguardando la fatalidad que sin duda le llegaría. Sus espías debieron informarle que Malgara, con la ayuda de los reyes del Indostán meridional, reunía con paciencia sus ejércitos.

Y al fin llegó Malgara. Desde la cumbre de la Roca, Kalidasa vio a los invasores que llegaban desde el norte. Quizá se creía inexpugnable, pero no se puso a prueba. Abandonó la seguridad de la gran fortaleza y salió al encuentro de su hermano, en terreno neutral, entre los dos ejércitos. Uno daría cualquier cosa por saber qué palabras intercambiaron en ese último encuentro. Algunos dicen que se abrazaron antes de separarse; tal vez sea verdad.

Al fin chocaron los ejércitos, como las olas del mar. Kalidasa peleaba en su propio territorio, con hombres que conocían el país, y al principio parecía seguro de que la victoria sería suya. Pero entonces ocurrió otro de esos accidentes que determinan el destino de las naciones.

El gran elefante guerrero de Kalidasa, cubierto con los estandartes reales, se hizo a un lado para esquivar un sector de suelo pantanoso. Los defensores pensaron que el rey se batía en retirada y perdieron la moral; se desbandaron, según dicen las crónicas, como pelusa aventada por un abanico.

—Kalidasa fue encontrado en el campo de batalla; se había dado muerte con su propia mano. Malgara fue rey. Y Yakkagala quedó abandonada en la selva, para ser descubierta setecientos años después.

5 - A TRAVÉS DEL TELESCOPIO

«Mi vicio secreto», lo llamaba Rajasinghe con irónica chispa, pero también con pena. Hacía años que no escalaba hasta la cumbre de Yakkagala, y aunque podía llegar por aire cuando lo deseara, la sensación de conquista no era igual. Al llegar por el medio más fácil uno pasaba por alto los detalles arquitectónicos más fascinantes del ascenso; nadie podía comprender la mente de Kalidasa sin seguir sus pasos uno a uno, desde el Jardín de las Delicias hasta el palacio aéreo.

Librodot

Pero existía un sustituto por el cual un hombre envejecido podía hallar considerable satisfacción: años atrás había adquirido un telescopio de veinte centímetros, compacto y potente; con él podía vagar por todo el muro oeste de la Roca, siguiendo el sendero por el cual había llegado hasta la cumbre tantas veces, en tiempos pasados. Cuando espiaba por el binocular le era fácil imaginarse en el aire, tan cerca del granito que lo hubiera podido tocar con sólo extender la mano.

Al caer la tarde, cuando los rayos del sol poniente pasaban por debajo de la roca saliente que protegía los frescos, Rajasinghe los visitaba para rendir tributo a las señoras de la corte. Las amaba a todas, pero tenía sus favoritas; a veces les hablaba en silencio, con las palabras y las frases más arcaicas que conocía, muy consciente de que su taprobani más antiguo estaba a mil años en el futuro con respecto a ellas.

También le divertía contemplar a los vivos y estudiar sus reacciones mientras subían por la roca, se tomaban mutuamente fotografías en la cumbre o admiraban los frescos. Nadie tenía idea de que los acompañaba un invisible —y envidioso— espectador, que se movía sin esfuerzo junto a ellos como un fantasma silencioso, tan próximo como para ver cada expresión, cada detalle de la ropa. Pues el poder del telescopio era tal que, si Rajasinghe hubiera podido leer los labios, habría conocido las conversaciones de los turistas.

Si aquello era espiar, se trataba de algo inocente; por otra parte, su «vicio» no tenía nada de secreto, pues le encantaba compartirlo con sus visitantes. El telescopio era una de las mejores introducciones a Yakkagala, y con frecuencia había cumplido otras funciones útiles. Rajasinghe advertía muchas veces a los guardias que alguien intentaba llevarse «recuerdos», y más de un turista atónito fue atrapado mientras tallaba sus iniciales en la faz de la Roca.

Rajasinghe no solía utilizar el telescopio por la mañana, pues a esas horas el sol estaba al otro lado de Yakkagala y era poco lo que se podía ver sobre la cara en sombras. Y hasta donde le alcanzaba la memoria, nunca lo había empleado tampoco después del amanecer, cuando aún estaba disfrutando la deliciosa costumbre local del té en la cama, introducida hacía tres siglos por los plantadores europeos. Ese día, empero, al mirar por la amplia ventana que le ofrecía una vista casi completa de Yakkagala, se sorprendió al ver que una diminuta silueta avanzaba por la cresta de la Roca, recortada en parte contra el cielo. Los visitantes nunca escalaban tan temprano; el guardia no abriría siquiera el ascensor hasta dentro de una hora. Perezosamente, Rajasinghe se preguntó quién sería el madrugador.

Salió de la cama, se enfundó en el colorido sarong y salió a la terraza, el torso desnudo, para avanzar hasta la sólida columna que sostenía el telescopio. Por quincuagésima vez se dijo que el instrumento necesitaba una funda contra el polvo, en serio. Y volvió el tubo romo hacia la Roca.

¡Bien podría haberlo imaginado!, se dijo con bastante placer, mientras buscaba la máxima potencia. Por lo visto, el espectáculo de la noche anterior había impresionado a Morgan, como cabía esperar. El ingeniero había ido a ver con sus propios ojos, en el poco tiempo de que disponía, cómo habían hecho los arquitectos de Kalidasa para afrontar el desafío planteado ante ellos.

Súbitamente, Rajasinghe notó algo alarmante. Morgan caminaba a paso rápido por el mismo borde de la mesetas, a pocos centímetros de la pendiente en pico, a la que pocos turistas se atrevían siquiera a aproximarse. Pocos tenían el valor de sentarse en el Trono del Elefante, con los pies colgando en el abismo; pero ahora el ingeniero se había arrodillado junto a él, nada menos, y se sujetaba a la piedra tallada con un brazo con toda tranquilidad… para inclinarse hacia la nada, a inspeccionar la faz rocosa extendida hacia abajo. Rajasinghe, que nunca se había sentido muy feliz en las alturas, ni siquiera en las tan familiares de Yakkagala, apenas soportaba mirar aquel espectáculo.

Tras algunos minutos de incrédula observación, decidió que Morgan debía ser una de esas escasas personas a quienes la altura no causa vértigo. La memoria de Rajasinghe, que seguía siendo excelente, aunque se divertía jugándole malas pasadas, se esforzaba por traer algo a su conciencia. ¿No había existido una vez cierto francés que cruzó las cataratas del Niágara

Librodot

sobre una cuerda tensa, y hasta se detuvo en el medio para preparar la comida? Él nunca hubiera podido creer esa historia, de no existir pruebas documentales abrumadoras.

Y en el caso presente había otra cosa importante, algo que concernía a Morgan en persona. ¿Qué podía ser? Morgan, Morgan… Rajasinghe no había sabido prácticamente nada de él hasta la semana anterior… ¡Eso era!

Se trataba de una breve controversia que había servido de diversión a los medios periodísticos por uno o dos días, y ésa debió ser la primera vez que oyó hablar de Morgan.

El principal diseñador del proyectado Puente de Gibraltar había anunciado una innovación sorprendente. Como todos los vehículos lo cruzarían mediante control automático, no había ninguna razón para poner parapetos o barandas en los bordes de la ruta, y al eliminarlas se ahorrarían varios miles de toneladas. A todo el mundo le pareció una idea horrible, por supuesto; el público preguntaba a gritos qué pasaría si fallaba el manejo automático de algún vehículo y éste se dirigía hacia el borde. El diseñador tenía respuestas para eso. Demasiadas respuestas, por desgracia.

En el supuesto caso de que fallara el control mecánico, los frenos actuarían automáticamente, como bien lo sabía todo el mundo, y el vehículo se detendría en menos de cien metros. Sólo en los carriles más próximos al borde existía alguna posibilidad de que el coche se precipitara al vacío, pero eso requería un fallo total de la guía, los sensores y los frenos, cosa que podía presentarse una vez cada veinte años.

Hasta allí, todo estaba bien. Pero el jefe de ingenieros agregó una advertencia aclaratoria. Tal vez no pensaba que la publicarían, o quizá bromeaba a medias. Pero dijo a continuación que, si tal accidente se producía, cuanto antes se precipitara el automóvil en cuestión sin dañar su hermoso puente, más feliz sería él.

No es necesario aclarar que, a fin de cuentas, el puente se construyó provisto de un alambrado protector a lo largo de los carriles exteriores. Que Rajasinghe supiera, nadie se había zambullido aún en el Mediterráneo. Pero Morgan parecía un suicida decidido a sacrificarse en aras de la gravedad, allí en Yakkagala; de otro modo no cabía explicación a sus acciones.

Y ahora, ¿qué estaba haciendo? Estaba de rodillas junto al Trono del Elefante, sosteniendo una pequeña caja rectangular, cuya forma y tamaño correspondían a los de un anticuado libro. Rajasinghe lo veía sólo de cuando en cuando, y el modo en que el ingeniero lo empleaba parecía no tener sentido. Tal vez fuera algún tipo de artefacto analizador, aunque él no sabía qué interés podía tener el ingeniero en la composición de Yakkagala.

¿Acaso pensaba construir algo allí? No lo permitirían, por supuesto, y Rajasinghe no veía en semejante sitio ningún atractivo concebible; por suerte, en la actualidad escaseaban los reyes megalómanos. Y, por las reacciones de Morgan durante la noche anterior, estaba seguro de que el ingeniero no había oído hablar de Yakkagala antes de llegar a Taprobane.

En ese momento, Rajasinghe, que siempre se había enorgullecido de su autodominio en las situaciones más inesperadas y dramáticas, soltó un involuntario grito de terror.

Vannevar Morgan acababa de dar un tranquilo paso hacia atrás, en el acantilado, hacia el espacio vacío.

6 - EL ARTISTA

—Tráiganme al persa —dijo Kalidasa, en cuanto hubo recobrado el aliento.

El ascenso desde los frescos hasta el Trono del Elefante no era difícil y resultaba perfectamente seguro, ahora que la escalera cavada en la roca desnuda había sido encerrada entre paredes. Pero cansaba; Kalidasa se preguntó por cuántos años más sería capaz de cubrir el trayecto sin ayuda. Podía hacerse llevar por esclavos, pero eso no favorecía la dignidad de un rey. Y era intolerable que otros ojos contemplaran a las cien diosas y sus cien doncellas, igualmente hermosas, que formaban el séquito de su corte celeste.

Por eso, de ahora en adelante habría siempre un guardia, noche y día, a la entrada de las

escaleras, único camino para bajar desde el palacio hasta el paraíso privado concebido por Kalidasa. Tras diez años de esfuerzo, su sueño estaba ya completo. Por más que los celosos monjes, allá en la cima de la montaña, afirmaran lo contrario, Kalidasa era al fin un dios.

A pesar de los años pasados bajo el sol taprobano, Firdaz era todavía tan blanco como los romanos; ese día, al inclinarse ante el rey, se le veía aún más pálido e intranquilo. Kalidasa lo observó pensativamente, antes de esbozar una de sus raras sonrisas de aprobación.

—Te has esmerado, persa —dijo—. ¿Hay en el mundo un artista que pudiera hacerlo mejor?

El orgullo se batió, obviamente, con la prudencia, antes de que Firdaz diera su vacilante respuesta.

—Ninguno que yo conozca, Majestad.

—¿Y te he pagado bien?

—Estoy bastante satisfecho.

Esa respuesta no era muy adecuada, pensó Kalidasa, después de las constantes solicitudes de más dinero, más ayudantes y costosos materiales que sólo se conseguían en tierras lejanas. Pero no se podía pretender que los artistas supieran de economía; tampoco podía saber lo que el pavoroso costo del palacio y sus alrededores había representado para el tesoro real.

—Y ahora que has terminado tu obra aquí, ¿qué deseas?

—Quisiera el permiso de Su Majestad para volver a Isfahán, y ver otra vez mi propio pueblo.

Era la respuesta que Kalidasa esperaba, y lamentó sinceramente la decisión que debía tomar. Pero había demasiados gobernantes en el largo trayecto hasta Persia, que no dejarían escapar de entre sus dedos codiciosos al magistral artista de Yakkagala. Y las diosas pintadas en el muro occidental debían permanecer para siempre inigualadas.

—Hay un problema —dijo, con voz inexpresiva, y Firdaz palideció más aún, encorvándose ante aquellas palabras. Los reyes no necesitan explicar nada, pero en ese caso se trataba de un artista hablando con otro—. Me has ayudado a convertirme en dios. Esa noticia ha llegado ya a muchos países. Si abandonas mi protección, otros te harán pedidos similares.

El artista guardó silencio por un instante; sólo se oía el gemir del viento, que rara vez dejaba de quejarse al encontrar ese obstáculo inesperado en su camino. Al fin Firdaz dijo, en voz tan baja que Kalidasa apenas pudo oírle:

—Entonces, ¿se me prohibe marchar?

—Puedes irte, y con riquezas suficientes para el resto de tu vida. Pero con la sola condición de que jamás trabajes para otro príncipe.

—Estoy dispuesto a prometerlo —replicó Fridaz, con un apresuramiento casi descortés.

Kalidasa, tristemente, meneó la cabeza.

—He aprendido a no confiar en la palabra de los artistas —dijo—, especialmente cuando ya no los tengo bajo mi poder. Tendré que obligarte a cumplirla.

Para sorpresa de Kalidasa, Firdaz perdió toda su inseguridad; fue como si hubiera tomado alguna gran decisión y estuviera finalmente en paz.

—Comprendo —dijo, irguiéndose en toda su estatura.

Luego, deliberadamente, volvió la espalda al rey, como si su real amo no existiera ya, y miró directamente al sol ardiente. Kalidasa recordó que el sol era el dios de los persas; había dioses peores. Las palabras que Firdaz murmuraba debían ser una plegaria en su idioma. El artista miraba fijamente el disco cegador, como si supiera que sería su última visión…

—¡Sujétenlo! —gritó el rey.

Los guardias se precipitaron hacia adelante, pero ya era tarde. Aunque el arquitecto debía estar cegado, se movió con absoluta precisión. En tres pasos había llegado al parapeto y saltó por encima de él. Cayó silenciosamente en una larga curva, hasta los jardines que planeara durante tantos años; no hubo eco cuando el arquitecto de Yakkagala llegó a la base de su obra maestra.

Kalidasa se lamentó por muchos días, pero su pena se convirtió en ira cuando interceptaron

la última carta del persa a Ishfahán. Alguien había advertido a Firdaz que lo cegarían cuando acabara su obra. Y eso era una maldita mentira. Nunca descubrió la fuente del rumor, aunque no pocos hombres murieron lentamente antes de probar su inocencia. Le entristecía que el persa hubiera creído esa falsedad; habría debido saber que a un artista como él jamás le hubiera robado el don de la vista.

Pues Kalidasa no era cruel ni ingrato. Su intención había sido cargar a Firdaz de oro, o al menos de plata, y enviarlo con sirvientes que lo cuidaran por el resto de su vida. Jamás habría necesitado volver a usar las manos, y después de un tiempo no las hubiera echado de menos.

7 - EL PALACIO DEL REY-DIOS

Vannevar Morgan no había dormido bien, cosa muy poco habitual. Siempre se había enorgullecido de conocerse a sí mismo, de profundizar en sus impulsos y emociones. Si no podía dormir, quería saber por qué.

Lentamente, mientras la primera luz anterior al alba brillaba trémula en el cielo raso de su habitación, mientras escuchaba los gritos de campana de aquellos pájaros desconocidos, empezó a dominar sus pensamientos. Nunca habría llegado a ser ingeniero en jefe de Construcciones Terráqueas si no hubiese sabido planificar su vida para evitar las sorpresas. Aunque ningún hombre puede ser inmune a los accidentes de la casualidad y el destino, había tomado todas las precauciones razonables para salvaguardar su carrera… y, especialmente, su reputación. Su futuro era tan a prueba de riesgos como estaba en su mano hacerlo; aun si muriera de pronto, los programas almacenados en los bancos de su computadora protegerían su apreciado sueño hasta más allá de la tumba.

Hasta el día anterior no había oído hablar de Yakkagala. En realidad, pocas semanas antes tenía apenas una vaga conciencia de la existencia de Taprobane; pero la lógica de su búsqueda lo dirigía inexorablemente hacia la isla. A esas horas ya debiera haber partido, y en cambio su misión no había comenzado todavía. No le importaba esa leve grieta en sus planes, pero sí la sensación de estar bajo el impulso de fuerzas que superaban su entendimiento. Sin embargo, en tal sobrecogimiento había una resonancia familiar. La había experimentado antes, cuando niño, al remontar su barrilete perdido en Kiribilli Park, junto a los monolitos graníticos que en otros tiempos fueran los muelles del puerto de Sydney, demolido hacía muchos años.

Aquellas montañas gemelas habían dominado su niñez, moldeando su destino. Tal vez habría sido ingeniero de cualquier modo, pero el lugar de su nacimiento determinó que fuera constructor de puentes. Y por eso había sido el primero en franquear el espacio entre Marruecos y España, tres kilómetros por encima de las furiosas aguas del Mediterráneo. Y en ese momento de triunfo no había soñado siquiera en este otro desafío tanto más estupendo que le deparaba el futuro.

Si lograba el éxito en la tarea que tenía ante sí, sería famoso por los siglos venideros. Su mente, su fuerza y voluntad estaban ya forzadas al máximo; no tenía tiempo para distracciones ociosas. Sin embargo, había quedado fascinado ante la obra de un arquitecto ingeniero, fallecido dos mil años antes y perteneciente a una cultura totalmente distinta. Además, allí estaba el misterio del mismo Kalidasa: ¿cuál había sido su propósito al construir Yakkagala? Tal vez el rey fuera un monstruo, pero algo de su temperamento accionaba un resorte en los sitios secretos del corazón de Morgan.

El sol aparecería en menos de treinta minutos; faltaban aún dos horas para desayunar con el embajador Rajasinghe. Tenía tiempo suficiente… y tal vez ésa fuera su única oportunidad.

Morgan no era propenso a perder el tiempo. En menos de un minuto tuvo puestos los pantalones y el jersey, pero tardó bastante más en verificar cuidadosamente su calzado. Aunque llevaba años sin escalar en serio, siempre llevaba consigo un buen par de botas fuertes y livianas; en su profesión le resultaban con frecuencia indispensables. Ya había cerrado la puerta de su habitación cuando se le ocurrió algo. Por un momento permaneció en el corredor, vacilando; al fin, con una sonrisa se encogió de hombros. No costaba nada, y uno

Librodot

nunca sabía…

De regreso en su habitación, Morgan abrió la maleta y sacó una caja pequeña, plana, de forma y tamaño similares a los de una calculadora de bolsillo. Verificó la carga de la batería, probó el control manual y lo abrochó a la hebilla de acero de su fuerte cinturón sintético. Ahora sí, estaba listo para entrar en el reino embrujado de Kalidasa y enfrentarse a cuantos demonios hubiera en él.

El sol se elevó, vertiendo un bienvenido calor sobre la espalda de Morgan, mientras atravesaba el hueco de las grandes murallas que formaban las defensas exteriores de la fortaleza. Ante él, cruzadas por un estrecho puente de piedra, se extendían las tranquilas aguas del gran foso, en una línea bien recta que se prolongaba medio kilómetro a cada lado. Una pequeña flotilla de cisnes navegó con esperanza hacia él entre los lirios, para dispersarse con un encrespar de plumas al ver que no tenía alimento que ofrecerles. Al otro lado del puente se alzaba un segundo muro, más pequeño. Morgan subió el angosto tramo de escaleras abierto en él y se encontró ante el Jardín de las Delicias y la misma faz de la Roca, que se cernía por encima.

A lo largo de un eje trazado en los jardines, las fuentes subían y bajaban juntas en un lánguido ritmo, como si respiraran lentamente y al unísono. No había otro ser humano a la vista; todo Yakkagala estaba a su disposición. La ciudad-fortaleza no habría podido estar más solitaria en los mil setecientos años de sumisión a la selva, entre la muerte de Kalidasa y su redescubrimiento gracias a los arqueólogos del siglo XIX.

Morgan dejó atrás la hilera de fuentes, sintiendo la llovizna contra la piel, y se detuvo a admirar la alcantarilla de piedra, obviamente original y de hermosa talla, que recogía las aguas derramadas. Se preguntaba cómo habrían hecho los antiguos ingenieros hidráulicos para llevar el agua hasta las fuentes, y qué diferencias de presión podían soportar; aquellos chorros raudos y verticales debieron haber sido realmente pasmosos para quienes los vieron por vez primera.

Hacia adelante había un empinado tramo de escalones graníticos, tan estrechos que las botas de Morgan entraban en ellos a duras penas. ¿Acaso tendrían los constructores de ese palacio extraordinario los pies tan diminutos? ¿O se trataba de una astuta trampa del arquitecto para desalentar a los visitantes hostiles? Sin duda sería difícil para los soldados lanzarse a la carga por esa cuesta de sesenta grados, con escalones que parecían diseñados para enanos.

Una pequeña plataforma, otro idéntico tramo de escalones, y Morgan se encontró en una larga galería en suave ascenso, cortada en los flancos inferiores de la Roca. Estaba ya a más de cincuenta metros por encima de la planicie circundante, pero un alto muro, revocado con suave yeso amarillo, le bloqueaba la vista. Sobre su cabeza la roca sobresalía tanto que era como caminar por un túnel, ya que arriba se veía tan sólo una angosta franja de cielo.

El revoque de la pared parecía completamente nuevo y sin desgaste; era casi imposible creer que los albañiles hubieran abandonado la obra hacía ya dos mil años. Sin embargo, aquí y allá, esa superficie reluciente y plana como un espejo se veía herida por mensajes garabateados, con los cuales los visitantes habían apelado también a la inmortalidad. Muy pocas de las inscripciones estaban en alfabetos que Morgan pudiera reconocer; la última fecha a la vista era 1931; probablemente, a partir de entonces había intervenido el Departamento de Arqueología para evitar ese vandalismo. La mayor parte de las inscripciones estaban hechas en fluido y franco taprobani; Morgan recordó, por el espectáculo de la noche anterior, que en muchos casos se trataba de poemas que retrocedían hasta los siglos II y III. Por algún tiempo, tras la muerte de Kalidasa, Yakkagala había gozado de un breve período de atracción turística, gracias a las perdurables leyendas del rey maldito.

A mitad de camino en aquella galería de piedra, Morgan llegó a la puerta del pequeño ascensor que llevaba a los famosos frescos, veinte metros más arriba; estaba cerrada. Echó la cabeza hacia atrás para verlos, pero la plataforma panorámica de los visitantes ―pegada como un nido metálico a la cara sobresaliente de la roca― le ocultaba las figuras. Según le

Librodot

había dicho Rajasinghe, algunos turistas echaban un vistazo a la vertiginosa situación de los frescos y decidían contentarse con fotografías.

Por vez primera Morgan pudo apreciar uno de los principales misterios de Yakkagala. No se trataba del modo en que los frescos habían sido pintados (unos cuantos andamios de bambú podían solucionar el problema), sino del porqué. Una vez terminados, nadie hubiera podido verlos bien; desde la galería inmediata de abajo, estaban demasiado cerca; desde la base de la Roca hubieran parecido sólo diminutos e irreconocibles parches de color. Tal vez, como alguien había sugerido, tenían un significado puramente religioso o mágico, tal como esas pinturas de la Edad de Piedra, descubiertas en las profundidades de cavernas casi inaccesibles.

Los frescos tendrían que esperar a que llegara el encargado y abriera el ascensor. Mientras tanto había muchas otras cosas para ver; estaba sólo a un tercio del trayecto hasta la cumbre, y la galería continuaba su leve ascenso, adherida a la cara de la Roca.

El alto y revocado muro terminaba en un bajo parapeto; una vez más Morgan pudo ver el paisaje circundante. Allá abajo se extendía el Jardín de las Delicias; por vez primera reparó, no sólo en su enormidad —¿no igualaba a la extensión de Versailles?—, sino también en su hábil disposición y el modo en que el foso y las murallas exteriores lo protegían de la selva.

Nadie sabía qué árboles, arbustos y flores habían brotado allí en tiempos de Kalidasa, pero la distribución de lagos artificiales, canales, senderos y fuentes estaba exactamente como él la dejara. Mientras observaba aquellos bailarines chorros de agua, Morgan recordó súbitamente una cita incluida en el comentario de la noche pasada: «Entre el paraíso y Taprobane hay cuarenta leguas; desde allí se puede oír el sonido de las Fuentes del Paraíso».

Saboreó mentalmente aquella frase: Las fuentes del paraíso. ¿Acaso Kalidasa había tratado de crear, aquí en la Tierra, un jardín digno de los dioses para fundamentar sus pretensiones de divinidad? En ese caso, no era de extrañar que los sacerdotes lo hubieran acusado de blasfemia y lanzado una maldición sobre toda su obra.

Al fin, la prolongada galería que había rodeado toda la pared occidental de la Roca terminó en otra escalera, muy empinada; sin embargo, aquellos escalones eran de tamaño mucho más generoso. De cualquier modo, el palacio estaba aún muy lejos, pues los peldaños acababan en una gran meseta, visiblemente artificial. Era cuanto quedaba del monstruo gigantesco y leonino que en otros tiempos había dominado el paisaje, imponiendo el terror en el corazón de cuantos lo miraban. Pues allí, saliendo de la faz rocosa, asomaban las garras de una bestia gigantesca, agazapada; tan sólo las zarpas llegaban a la cintura de un hombre normal.

No quedaba otra cosa, con excepción de una nueva escalera de granito que subía por entre el montón de escombros que, en otros tiempos, seguramente fuera la cabeza de la criatura. Aun en ruinas, la idea era apabullante: quien se atreviera a introducirse en la última fortaleza del rey debía pasar antes por unas fauces abiertas.

La última ascensión por la cara del precipicio, que bajaba a plomo y hasta con una ligera inclinación hacia adentro, se efectuaba por una serie de escalerillas de mano hechas de hierro, con barandillas destinadas a tranquilizar a los visitantes nerviosos. Pero Morgan ya había sido advertido de que allí el verdadero peligro no era el vértigo, sino los enjambres de avispones que anidaban en las pequeñas cuevas de la roca; por lo común eran pacíficos, pero los visitantes ruidosos los habían perturbado algunas veces, con resultados fatales.

Dos mil años antes, la cara septentrional de Yakkagala estaba cubierta de muros y fortificaciones que proporcionaban un buen fondo a la Esfinge taprobana; tras esas paredes debió haber escaleras que llevaran hasta la cumbre. Pero el tiempo, el clima y la mano vengativa de los hombres habían acabado con todo. Sólo quedaba la roca desnuda, tallada con miríadas de ranuras horizontales y angostos salientes que sostuvieron los cimientos de un artesanado ya desaparecido.

El ascenso terminó bruscamente. Morgan se encontró en una pequeña isla que flotaba doscientos metros por encima de un paisaje: árboles y sembrados en una planicie, exceptuando el lado sur, donde las montañas centrales quebraban el horizonte. Estaba completamente aislado del resto del mundo, pero se sentía dueño de cuanto divisaba. Nunca,

Librodot

desde que se irguiera entre las nubes, a caballo entre Europa y África, había experimentado tal éxtasis aéreo. Aquélla era, en verdad, la residencia de un rey-dios, y las ruinas de su palacio lo rodeaban por doquier.

Un desconcertante laberinto de muros quebrados —ninguno de los cuales le llegaba más allá de la cintura—, montones de ladrillos arruinados por el tiempo y senderos pavimentados de granito cubrían toda la meseta, hasta el borde mismo del precipicio. Morgan vio también una gran cisterna cavada profundamente en la roca sólida; presumiblemente había cumplido la función de depósito de agua. Mientras hubiera provisiones disponibles, bastaría un puñado de hombres decididos para resistir eternamente en ese lugar; pero si verdaderamente se había intentado hacer de Yakkagala una fortaleza, sus defensas nunca habían sido puestas a prueba. El último y fatal encuentro de Kalidasa con su hermano se produjo mucho más allá de las murallas exteriores.

Morgan, olvidándose casi de la hora, vagó entre los cimientos del palacio que en otros tiempos coronara la Roca. Trató de penetrar en la mente del arquitecto basándose en los restos de su obra. ¿Por qué había un sendero allí? Ese tramo de escaleras truncadas, ¿llevaba a un piso superior? Si ese hueco en la roca con forma de ataúd era una bañera, ¿cómo se llenaba de agua y cómo se vaciaba? Su investigación resultó tan fascinante que no prestó atención al creciente calor del Sol, a pesar de que abrasara desde un cielo despejado.

Mucho más abajo, el paisaje esmeraldino iba despertando a la vida. Como escarabajos de colores brillantes, un grupo de pequeños tractores robóticos se dirigía hacia los arrozales. Por improbable que pareciera, un útil elefante estaba empujando un ómnibus volcado para volver a ponerlo en la ruta; obviamente, el vehículo se había salido de ella al tomar una curva a demasiada velocidad; Morgan creyó oír la aguda voz del conductor, encaramado justo detrás de las enormes orejas. Y un río de turistas invadía, como un ejército de hormigas, el Jardín de las Delicias, procedentes del hotel Yakkagala; no podría disfrutar por mucho tiempo más de su soledad.

De cualquier modo, ya casi había completado su exploración de las ruinas, aunque habría podido pasar toda una vida investigándolas, por supuesto. Se sintió feliz al descansar un rato en un banco de granito de hermosa talla, en el borde mismo de la pendiente vertical que daba al cielo del sur, a doscientos metros de altura.

Morgan dejó que sus ojos otearan la hilera de lejanas montañas aún ocultas en parte por una neblina azul que el sol matutino no había dispersado todavía. Mientras las observaba, ociosamente, súbitamente comprendió que aquella parte no era un grupo de nubes. Ese cono difuso no era una efímera construcción de viento y vapor; no había duda de su perfecta simetría, erguida entre sus hermanos más pequeños.

Por un momento, el impacto del descubrimiento vació su mente de toda sensación, exceptuando el asombro y un respeto casi supersticioso. No se había dado cuenta de que la Montaña Sagrada era tan claramente visible desde Yakkagala. Pero allí estaba, emergiendo poco a poco de las sombras nocturnas, preparándose a enfrentar un nuevo día. Y también un nuevo futuro, si Morgan lograba lo que se proponía.

Conocía todas sus dimensiones, toda su geología; había trazado sus mapas con estereofotografías, la había estudiado desde los satélites. Pero verla por vez primera con sus propios ojos le daba una sensación de nueva realidad; hasta ahora, todo había sido teoría. Y a veces ni siquiera eso. Más de una vez, en las grises horas de la madrugada, lo habían despertado pesadillas en las cuales todo su proyecto parecía una fantasía ridícula, que, en lugar de llevarlo a la fama, lo convertiría en el hazmerreír del mundo. En otros tiempos, algunos de sus colegas habían llamado al Puente «La locura de Morgan». ¿Qué dirían, entonces, de su último sueño?

Pero nunca, hasta entonces, lo habían detenido los obstáculos creados por el hombre. El verdadero enemigo era la naturaleza: el adversario cordial que no engañaba, que siempre jugaba limpio, pero jamás dejaba de sacar ventaja ante el más leve descuido, ante la menor omisión. Y todas las fuerzas de la Naturaleza estaban resumidas, para él, en ese lejano cono

Librodot

azul que conocía tan bien, pero que aún debía caer bajo sus pies.

Tal como Kalidasa lo había hecho con tanta frecuencia desde ese mismo lugar, Morgan miró fijamente por encima de la fértil llanura, para calcular el desafío y estudiar su estrategia. Para Kalidasa, Sri Kanda representaba a un mismo tiempo el poder del sacerdocio y el poder de los dioses, ambos conspirando contra él. Ahora los dioses habían desaparecido, pero los sacerdotes perduraban. Representaban algo que Morgan no comprendía bien y a lo cual, por tanto, trataba con cauteloso respeto.

Era hora de bajar; no debía retrasarse nuevamente, sobre todo por un fallo propio. Mientras se levantaba de la roca en la cual había estado sentado, un pensamiento que venía preocupándolo desde hacía varios minutos llegó al fin a la conciencia. Qué extraño, haber construido un asiento tan ornamentado, con esos bellos elefantes esculpidos, al borde mismo del precipicio. Morgan no era capaz de resistir tal desafío intelectual. Inclinado hacia el abismo, trató una vez más de ajustar su mente de ingeniero a la de un colega muerto dos milenios atrás.

8 - MALGARA

Cuando Malgara vio por última vez al hermano con quien había compartido su niñez, ni sus más íntimos camaradas pudieron descifrar su expresión. El campo de batalla ya estaba en silencio; hasta los gritos de los heridos habían sido acallados por hierbas curativas o por espadas aún más potentes.

Tras largo rato, el príncipe se volvió hacia la silueta de túnica amarilla que tenía a su lado:

—Usted lo coronó, venerable Bodhidharma. Ahora puede prestarle un último servicio. Encárguese de que reciba los honores dignos de un rey.

El prelado permaneció en silencio por un momento. Después replicó con voz suave:

—Destruyó nuestros templos y dispersó a los sacerdotes. Si adoraba a algún dios, ése era Siva.

Malgara descubrió los dientes en una fiera sonrisa que el Mahanayake recordaría demasiado bien por el resto de su vida.

—Reverendo señor —dijo el príncipe, con una voz que destilaba veneno—, era el primogénito de Paravana el Grande; ocupó el trono de Taprobane, y el mal que haya hecho muere con él. Una vez incinerado el cadáver, usted se encargará de que las reliquias sean debidamente sepultadas, antes de atreverse a poner nuevamente el pie en Sri Kanda.

El Mahanayake Thero hizo una levísima reverencia.

—Así se hará… según sus deseos, Majestad.

—Y algo más —dijo Malgara, dirigiéndose ahora a sus ayudantes—. La fama de las fuentes de Kalidasa ha llegado al mismo Indostán. Las veremos una vez, antes de marchar sobre Ranapura.

Desde el corazón de los jardines que tanto deleite le habían brindado, la pira funeraria de Kalidasa se alzó hasta el cielo sin nubes, perturbando a las aves de presa que habían acudido desde grandes distancias. Malgara, sombríamente satisfecho, aunque asaltado a veces por súbitos recuerdos, observó aquel símbolo de su triunfo que se remontaba hacia lo alto anunciando a todo el país que comenzaba el nuevo reinado.

Como si prolongara la antigua rivalidad, el agua de las fuentes desafió al fuego y saltó hacia los cielos antes de caer otra vez, rizando la superficie de los espejados estanques. Pero al fin, mucho antes de que las llamas hubieran acabado su obra, los depósitos empezaron a vaciarse y los chorros sucumbieron en ruina acuática. Antes de que volvieran a elevarse en los jardines de Kalidasa habría terminado el Imperio Romano, los ejércitos del Islam cruzarían el África, Copérnico destronaría a la Tierra como centro del universo, se firmaría la Declaración de la Independencia y el hombre pisaría la Luna…

Malgara esperó a que la pira se desintegrara en un último aleteo de chispas. Cuando la última voluta de humo derivó contra la cara imponente de Yakkagala, alzó los ojos hacia el

Librodot

palacio construido en su cumbre y lo observó largo tiempo, meditando en silencio.

—Nadie debe desafiar a los dioses —dijo al fin—. Que sea destruido.

9 - EL FILAMENTO

—Estuvo a punto de provocarme un ataque al corazón —lo acusó Rajasinghe, mientras servía el café del desayuno—. Al principio se me ocurrió que quizá tenía algún artefacto antigravitatorio, pero hasta yo sé que eso es imposible. ¿Cómo lo hizo?

—Discúlpeme —respondió Morgan con una sonrisa—. De haber sabido que estaba observando le hubiera advertido… aunque todo fue completamente improvisado. Sólo pensaba darle un vistazo a la Roca, pero me intrigó ese banco de piedra. Quise saber por qué estaba en el mismo borde del precipicio y empecé a explorar.

—Eso no es ningún misterio. En otros tiempos había una plataforma, probablemente de madera, que se extendía hacia fuera, y un tramo de escaleras que bajaban hasta los frescos desde la cumbre. Todavía se ven los orificios donde estaba sujeta a la roca.

—Así lo descubrí —dijo Morgan, con un poco de rencor—. Pude haber adivinado que ya estaría resuelto.

Desde hace doscientos cincuenta años, pensó Rajasinghe. Aquel inglés loco y enérgico, Arnold Lethbridge, el primer Director de Arqueología que tuvo Taprobane, se descolgó por la faz del precipicio, exactamente como tú. Bueno, exactamente no…

Morgan acababa de sacar la caja metálica que le había permitido realizar ese milagro. Los únicos rasgos distintivos era un par de teclas y un pequeño panel de lectura; parecía, en efecto, algún tipo de aparato intercomunicador simple.

—Aquí está —dijo, con orgullo—. Si usted me vio hacer una caminata vertical de cien metros, ha de tener una buena idea de cómo funciona.

—El sentido común me dio una sola respuesta, pero ni siquiera mi excelente telescopio pudo confirmarlo. Hubiera podido jurar que no estaba sostenido por nada.

—No es el tipo de demostración que yo pensaba hacerle, pero sirve. Ahora voy a hacerle una exhibición de vendedor. ¿Quiere pasar un dedo por este anillo?

Rajasinghe vaciló; Morgan sostenía el pequeño aro de la caja, que doblaba el tamaño de una alianza común, casi como si estuviera electrizado.

—¿No me dará una descarga? —preguntó.

—Una descarga no, pero si, tal vez, una sorpresa. Trate de alejarlo de mí.

Rajasinghe, con bastante cautela, sujetó el anillo. Inmediatamente estuvo a punto de dejarlo caer, pues parecía vivo: tiraba hacia Morgan o, mejor dicho, hacia la caja que el ingeniero sostenía. En eso la caja emitió un leve sonido de ruedas en funcionamiento y Rajasinghe se sintió arrastrado por una fuerza misteriosa. ¿Magnetismo, acaso? No podía ser; ningún imán se comportaba de ese modo. Su teoría inicial, aunque improbable, era correcta; en realidad no cabía otra explicación: estaban enzarzados en un perfecto juego de «nudos»… pero con una cuerda invisible.

Por más que esforzara la vista no veía señales de cordeles o alambres que conectaran el anillo sujeto en su dedo con la caja que Morgan sostenía como un pescador al recoger su pescado. Tendió la mano libre para explorar el espacio aparentemente vacío, pero el ingeniero se apresuró a apartársela con un golpe.

—¡Disculpe! —dijo—. Todo el mundo trata de hacer eso cuando se da cuenta de lo que ocurre. Podría cortarse de un modo muy feo.

—Entonces es cierto que hay un alambre invisible. Qué astuto. Pero ¿para qué sirve, sino para juegos de salón?

Morgan sonrió ampliamente.

—No lo culpo si eso es lo primero que se le ocurre; a todos les pasa lo mismo. Pero no es así; la razón por la cual usted no puede ver esta cuerda es que su grosor es sólo de unos pocos micrones; mucho menor que el de una tela de araña.

Por una vez Rajasinghe consideró que se justificaba plenamente el uso de un adjetivo muy gastado:

—Es… increíble. ¿De que se trata?

—Del resultado a que llegaron casi doscientos años de física aplicada al estado sólido. Por si le sirve de algo, le diré que es un cristal de diamante continuo, seudo-unidimensional. Aunque no se trata de carbón puro, en realidad. Hay varios elementos en cantidades ínfimas, cuidadosamente controladas. Sólo se puede producir masivamente en las fábricas orbitales, donde no hay gravedad que interfiera en el proceso de crecimiento.

—Fascinante —susurró Rajasinghe, casi para sí. Dió varios tirones al anillo, para comprobar que la tensión continuaba, que no era una alucinación—. Comprendo que ha de tener todo tipo de aplicaciones técnicas. Sería un magnífico rebanador de queso.

Morgan se echó a reír.

—Cualquier hombre puede cortar con él un árbol, en un par de minutos. Pero es difícil de manejar, y hasta peligroso. Tuvimos que diseñar aparatos especiales para enroscarlo y desenroscarlo; se llaman «hileras». Éste opera por energía; lo hicimos para demostración. El motor puede levantar unos doscientos kilos, y siempre le encuentro nuevas aplicaciones. La de hoy no ha sido la primera, puede estar seguro.

Rajasinghe, casi contra su voluntad, quitó el dedo del anillo. Éste inició la caída, pero en seguida empezó a balancearse sin sujeción visible, hasta que Morgan oprimió un botón y la hilera lo recogió con un leve murmullo.

—No habrá venido hasta aquí, doctor Morgan, sólo para impresionarme con esta nueva maravilla de la ciencia, aunque le confieso que estoy impresionado. Quisiera saber qué relación tiene todo esto conmigo.

—Tiene mucho que ver, señor embajador —respondió el ingeniero, con inesperada seriedad y formalismo—. Está muy en lo cierto al pensar que este material tendrá muchas aplicaciones; sólo comenzamos a vislumbrar algunas de ellas. Y una de esas aplicaciones, para bien o para mal, hará de su tranquila isla el centro del mundo. No, no sólo del mundo, sino de todo el sistema solar. Gracias a este filamento, Taprobane será el umbral por el que entraremos a todos los planetas. Y un día, tal vez, a las estrellas.

10 - EL PUENTE SUPREMO

Paul y Maxine eran dos de sus mejores y más antiguos amigos, aunque ambos, hasta ese momento, nunca se habían visto o hablado personalmente; por lo menos Rajasinghe así lo suponía. No había muchos motivos para que no fuera así; en el exterior de Taprobane nadie había oído hablar del profesor Sarath, pero todo el sistema solar hubiera reconocido instantáneamente a Maxine Duval, ya fuera por su rostro o por su voz.

Sus dos huéspedes estaban recostados en las cómodas poltronas de la biblioteca, mientras Rajasinghe permanecía ante la terminal principal de la mansión. Todos tenían la vista fija en una cuarta figura, que permanecía de pie e inmóvil.

Demasiado inmóvil. Un visitante procedente del pasado, que ignorara por completo los diarios milagros electrónicos de la época, habría podido deducir, tras algunos instantes, que estaba frente a un maniquí de cera soberbiamente construido. Sin embargo, la observación más detallada revelaba dos hechos desconcertantes: el maniquí era lo bastante transparente como para dejar traslucir dos faros potentes a través de su cuerpo, y sus pies se difuminaban a pocos centímetros de la alfombra.

—¿Reconocéis a ese hombre? —preguntó Rajasinghe.

—No lo he visto en mi vida —replicó Sarath, de inmediato—. Será mejor que se trate de algo importante; me has hecho venir desde Maharamba cuando estábamos a punto de abrir la Cámara de las Reliquias.

—Y yo tuve que dejar mi trimarán justo al comenzar las carreras del lago Saladino —agregó Maxine Duval. Su famosa voz de contralto dejaba notar el fastidio suficiente para

Librodot

poner en su lugar a cualquiera, salvo al curtido profesor Sarath—. Y lo conozco, por supuesto. ¿Acaso quieres construir un puente entre el Indostán y Taprobane?

Rajasinghe se echó a reír.

—No; disponemos de una calzada perfectamente utilizable desde hace dos siglos. Y lamento haberos hecho venir. Aunque tú, Maxine, me lo habías prometido desde hace veinte años.

—Cierto —suspiró ella—, pero paso tanto tiempo en el estudio que a veces olvido el mundo real, ocupado por unos cinco mil queridos amigos y cincuenta millones de relaciones íntimas.

—¿En qué categoría pondrías al doctor Morgan?

—Lo he visto… oh, tres o cuatro veces. Le hicimos una entrevista especial cuando terminaron el puente. Es un personaje muy impresionante.

En labios de Maxine Duval, según pensó Rajasinghe, aquel era un verdadero tributo. Desde hacía más de treinta años, esa mujer mantenía el puesto de representante más respetado en su exigente profesión, habiendo ganado todos los honores que ésta podía ofrecer: el premio Pulitzer, el Trofeo del *Global Times*, la recompensa David Frost constituían sólo la punta visible del témpano. Hacía poco había vuelto a la actividad, después de pasar dos años como profesora invitada en la Universidad de Columbia, en la cátedra de Periodismo Electrónico.

Todo esto la había hecho madurar, aunque sin aminorarle el ritmo. Ya no era la chauvinista, a veces feroz, que una vez comentara: «Puesto que las mujeres son superiores en lo referente a tener niños, es de suponer que la Naturaleza habrá dotado a los hombres de algún otro talento para compensarles. Pero por el momento, no se me ocurre cuál». Sin embargo, hacía muy poco había desconcertado a un desventurado presidente de cierta mesa redonda diciéndole, en un audible aparte: «Soy una *mujer* periodista, qué diablos; no una *persona* periodista».

De su femineidad nunca existieron dudas: se había casado cuatro veces, y era famosa por los operadores que elegía para su equipo de exteriores. Cualquiera que fuese su sexo, tales operadores solían ser siempre jóvenes y atléticos, capaces de moverse con rapidez a pesar de los veinte kilos que pesaba el equipo de comunicaciones. Los de Maxine Duval eran, invariablemente, masculinos y muy atractivos; en el ambiente circulaba un antiguo chiste, según el cual sus camarógrafos eran también «camógrafos». Pero no había rencor en la broma, pues aun sus rivales más encarnizados dentro de la profesión querían a Maxine casi tanto como la envidiaban.

—Lamento lo de la carrera —dijo Rajasinghe—, aunque debo señalar que el Merlín III ganó cómodamente sin ti. Ya verás que esto es mucho más importante. Pero dejemos que Morgan hable por sí mismo.

Soltó el botón de pausa del proyector y la estatua cobró vida instantáneamente.

—Me llamo Vannevar Morgan. Soy ingeniero jefe de Construcciones Terráqueas, división Tierra. Mi último proyecto fue el Puente de Gibraltar, pero ahora quiero hablar de algo incomparablemente más ambicioso.

Rajasinghe echó un vistazo a su alrededor. Morgan los había atrapado, tal como él esperaba. Se recostó en la silla y aguardó a que se desarrollara aquel proyecto ya familiar, aunque aún casi increíble. Era extraña la prontitud con que uno aceptaba las convenciones de esa imagen, ignorando errores bastante notables en los controles de barrido vertical y nivelación. Ni siquiera el hecho de que Morgan «se moviera» sin abandonar su sitio, o la perspectiva totalmente falsa de las escenas exteriores, podían destruir la sensación de realidad.

—Ya llevamos casi doscientos años de Era Espacial. Por más de cien, nuestra civilización ha dependido por completo de la multitud de satélites que orbitan alrededor de la Tierra. Las comunicaciones internacionales, el pronóstico y el control meteorológicos, los bancos de recursos terrestres y oceánicos, los servicios postales y de información: si algo ocurriera a sus sistemas espaciales nos hundiríamos otra vez en una edad de tinieblas. En el caos resultante, la enfermedad y el hambre destruirían gran parte de la raza humana.

Librodot

»Y si miramos más allá de la Tierra, ahora que tenemos colonias autoabastecidas en Marte, Mercurio y la Luna, ahora que estamos explotando la incalculable riqueza minera de los asteroides, comenzamos a divisar un verdadero comercio interplanetario. Aunque nos llevó un tiempo algo más largo que el predicho por los optimistas, ahora es obvio que la conquista del aire era sólo un modesto preludio a la conquista del espacio.

»Pero ahora nos enfrentamos con un problema fundamental, un obstáculo que se interpone a todo futuro progreso. Aunque varias generaciones de investigación han convertido a los cohetes en la forma propulsora más segura de todas las inventadas…

—¿No tuvo en cuenta las bicicletas? —murmuró Sarath.

—…los vehículos espaciales siguen siendo bastante ineficaces. Peor aún, su efecto sobre el ambiente es atroz. A pesar de todos los intentos por controlar los corredores de aterrizaje, el ruido de los despegues y de los descensos molesta a millones de personas. Los productos de la combustión lanzados en la atmósfera superior, han provocado cambios climáticos que tal vez tengan graves consecuencias. Todos recordamos la crisis del cáncer de piel en los años veinte, causado por la irrupción de los rayos ultravioleta… y el costo astronómico de los productos químicos necesarios para restaurar la ozonósfera.

»Sin embargo, si proyectamos el crecimiento del tránsito hasta fines de este siglo, descubriremos que será necesario incrementar casi en un cincuenta por ciento el tonelaje Tierra-órbita. Esto no se podrá hacer sin costos intolerables para nuestro sistema de vida y, tal vez, para nuestra vida misma. Los ingenieros en cohetería nada pueden hacer; han llegado casi a los límites del aprovechamiento marcado por las leyes de la física.

»¿Cuál es la otra posibilidad? Durante muchos siglos los hombres han soñado con la antigravedad, o la propulsión espacial. Pero nadie ha descubierto la más leve indicación de que tales cosas sean posibles; de hecho, hoy consideramos que son mera fantasía. Y sin embargo, en la misma década en que se lanzó el primer satélite, un atrevido ingeniero ruso concibió un sistema que tornaría al cohete en algo obsoleto. Pasaron años antes de que alguien tomara en serio a Yuri Artsutanov, y nuestra tecnología ha tardado dos siglos en ajustarse a su visión.

Cada vez que Rajasinghe pasaba la grabación pensaba, al llegar a ese punto, que Morgan cobraba vida. No era difícil ver por qué: allí estaba en su propio territorio, en vez de transmitir la información procedente de otro campo. Y a pesar de todas sus reservas y temores, Rajasinghe no dejaba de compartir una parte de ese entusiasmo. Esa cualidad llegaba pocas veces a su vida, en los últimos tiempos.

—Si uno sale al aire libre en cualquier noche despejada —prosiguió Morgan—, verá una de las maravillas más comunes de nuestra era: estrellas que no salen ni se ponen, sino que están fijas en el cielo. Nosotros, nuestros padres y nuestros abuelos, hemos dado por segura la sincronización de los satélites y las estaciones espaciales, que avanzan por encima del ecuador a la misma velocidad que la Tierra en su giro y, por lo tanto, permanecen siempre sobre un mismo punto.

»La pregunta que Artsutanov se planteaba tiene la infantil lucidez del verdadero genio. Un hombre de inteligencia común no habría pensado en ello, o lo hubiera descartado inmediatamente por absurdo. Si las leyes de la mecánica celeste hacen posible que un objeto permanezca fijo en el cielo, ¿no seria factible bajar un cable hasta la superficie y así establecer un sistema de ascensores que uniera la Tierra con el espacio?

»En su teoría no había nada erróneo, pero los problemas prácticos eran enormes. Los cálculos demostraban que ninguno de los materiales existentes sería lo bastante fuerte: el mejor de los aceros se rompería bajo su propio peso mucho antes de poder cubrir los treinta y seis mil kilómetros que separan la Tierra de la órbita sincrónica.

»Sin embargo, los mejores aceros ni siquiera se acercaban a los límites teóricos de resistencia. A escala microscópica se habían creado en los laboratorios materiales de mucha mayor fuerza. Si se los hubiera podido producir en masa, el sueño de Artsutanov habría podido convertirse en realidad, transformando por completo la economía del transporte

Librodot

espacial.

»Antes de que terminara el siglo XX, comenzaban a salir del laboratorio unos materiales superresistentes, llamados hiperfilamentos; pero eran sumamente caros: costaban muchas veces su peso en oro. Harían falta miles de toneladas para construir un sistema que satisficiera todo el tránsito entre la Tierra y el espacio, y por ello el sueño siguió siendo un sueño.

»Así fue hasta hace pocos meses. Ahora las fabricas del espacio profundo pueden fabricar cantidades prácticamente ilimitadas de hiperfilamento. Al fin podemos construir el Ascensor Espacial, o Torre Orbital, como yo prefiero llamarla. Pues en cierto sentido se trata de una torre que se elevaría a través de la atmósfera, hasta mucho más allá.

Morgan desapareció súbitamente como un fantasma exorcizado. Lo reemplazó una Tierra del tamaño de una pelota de fútbol que giraba lentamente. Una estrella titilante se movía a la distancia de un brazo, siempre sobre el mismo punto del ecuador, marcando la situación de un satélite sincrónico. Desde la estrella comenzaron a alargarse dos finas rayas de luz; una, en dirección a la Tierra; la otra, hacia el espacio.

—Cuando se construye un puente —prosiguió la voz desencarnada de Morgan—, uno comienza desde los dos extremos y se encuentra en el medio. En el caso de la torre orbital es exactamente al revés. Hay que construir simultáneamente hacia arriba y hacia abajo, desde el satélite sincrónico, según un cauteloso programa. La treta consiste en mantener el centro gravitatorio de la estructura siempre equilibrada en el punto estacionario; de lo contrario tomará una órbita inadecuada y comenzará a derivar lentamente en torno a la Tierra.

La línea luminosa descendente llegó al ecuador; en el mismo instante cesó también la extensión hacia afuera.

—La altura total debe ser al menos de cuarenta mil kilómetros; los cien últimos, que cruzarían la atmósfera, podrían representar el tramo crítico, pues allí la torre podría estar sujeta a la acción de los huracanes. No será estable mientras no se la haya anclado al suelo.

»Y así, por primera vez en la historia, tendremos una escalera hasta el cielo, un puente hacia las estrellas. Un simple sistema de ascensores, impulsado por la barata electricidad, reemplazará a los costosos y atronadores cohetes, que a partir de ese momento serían utilizados sólo para su función debida: el transporte por el espacio profundo. He aquí un posible diseño de la torre orbital…

La imagen de la Tierra desapareció al tomar la cámara un primer plano de la torre; pareció atravesar las paredes y poner al descubierto el corte de la estructura.

—Verán que consiste en cuatro tubos idénticos: dos para el tránsito hacia arriba, dos para bajar. Piensen en ella como en un subterráneo vertical de cuatro vías, entre la Tierra y la órbita sincrónica.

»Por los tubos subirán y bajarán unas cápsulas con pasajeros, carga y combustible, a varios miles de kilómetros por hora; a intervalos, unas estaciones de energía de fusión proporcionarán toda la potencia necesaria. Como el noventa por ciento de esa energía puede ser recuperada, el costo neto por pasajero será de sólo unos pocos dólares, pues cuando las cápsulas vuelvan a caer hacia la Tierra, sus motores actuarán como frenos magnéticos, generando electricidad. A diferencia de las espacionaves que aterrizan y despegan, no desperdiciarán toda su energía calentando la atmósfera y haciendo estruendos sónicos, sino que la bombearán nuevamente hacia el sistema. Se podría decir que los trenes descendentes alimentarán a los ascendentes; por lo tanto, aun con un cálculo muy poco optimista, el ascensor sería cien veces más eficaz que cualquier cohete.

»Además, no hay prácticamente límites para el tránsito que podrían aceptar, pues sería posible agregar tantos tubos como fuera necesario. Si llega algún momento en que un millón de personas decidan visitar diariamente la Tierra o abandonarla, la torre orbital podrá satisfacerlas. Con todo, en otros tiempos los subterráneos de nuestras grandes ciudades hicieron otro tanto.

Rajasinghe tocó un botón y silenció a Morgan en medio de la frase.

—El resto es bastante técnico —dijo—. Sigue explicando que la torre puede actuar como

una onda cósmica y enviar cargas a la Luna y a los planetas sin emplear ningún cohete. Pero creo que ya podéis daros una idea general.

—Pues yo estoy bastante aturdido —dijo el profesor Sarath—. De cualquier modo, ¿qué demonios tengo que ver yo con esto? ¿O tú mismo, ya que estamos?

—Todo a su tiempo, Paul. ¿Algún comentario, Maxine?

—Tal vez todavía pueda perdonarte. Ésta podría ser una de las noticias de la década… o del siglo. Pero, ¿por qué tanto interés en mantenerlo en el misterio?

—Hay muchas cosas que no comprendo, y en eso puedes ayudarme. Supongo que Morgan está peleando en varios frentes; planea anunciarlo en un futuro muy cercano, pero no quiere actuar mientras no esté bien seguro del terreno que pisa. Me ha dado esta presentación con la petición de que no la transmita por circuitos públicos. Por eso tuve que pedirte que vinieras.

—¿Él sabe algo de esta reunión?

—Por supuesto; en realidad se mostró bastante contento cuando le dije que deseaba hablar de esto contigo, Maxine. Es obvio que confía en ti y le gustaría tenerte como aliada. En cuanto a ti, Paul, le aseguré que eras capaz de guardar un secreto hasta por una semana sin tener un ataque de apoplejía.

—Sólo cuando hay muy buenos motivos.

—Empiezo a comprender —dijo Maxine Duval—. Me intrigaban unas cuantas cosas, pero ahora les estoy encontrando sentido. En primer lugar, se trata de un proyecto espacial, y Morgan es ingeniero jefe de Tierra.

—¿Y entonces?

—¡Que tú lo preguntes, Johan! Piensa en las peleas burocráticas que estallarán cuando los diseñadores de cohetes y la industria aeroespacial se enteren de esto. Se pondrán en juego imperios multimillonarios, para empezar. Si Morgan no actúa con cuidado, le dirán: «Muchísimas gracias; ahora nos haremos cargo nosotros, y encantados de haberlo conocido».

—Sí, comprendo, pero tiene justificativos muy poderosos. Después de todo, la Torre Orbital es un edificio, y no un vehículo.

—Cuando los abogados metan mano dejará de serlo. No hay muchos edificios cuyos pisos superiores se muevan a diez kilómetros por segundo, o lo que sea, más rápidamente que la planta baja.

—A lo mejor estás en lo cierto. A propósito, cuando sentí vértigo al pensar en una torre que cubriera buena parte de la distancia entre la Tierra y la Luna, el doctor Morgan me dijo: «En este caso no piense en una torre que sube, sino en un puente que se extiende». Todavía lo estoy intentando, pero sin mucho éxito.

—¡Oh! —exclamó de pronto Maxine Duval—. Ahí tienes otra pieza del rompecabezas: el puente.

—¿A qué te refieres?

—¿Sabías que el presidente de Construcciones Terráqueas, ese burro pedante de Collins, quería que bautizaran con su nombre al Puente de Gibraltar?

—No, no lo sabía; eso explica muchas cosas. Pero Collins me gusta; las pocas veces que nos tratamos me pareció muy agradable e inteligente. ¿No actuaba como ingeniero geotermal de primer orden, en sus buenos tiempos?

—Eso fue hace mil años. Y tú no representas ninguna amenaza a su reputación, de modo que contigo puede mostrarse simpático.

—¿Y cómo salvaron al puente de tal destino?

—Hubo una pequeña revolución palaciega entre los principales ingenieros de Terráqueas. El doctor Morgan no tuvo nada que ver, por supuesto.

—¡Entonces es por eso que no muestra sus cartas! Cada vez lo admiro más. Pero ahora se ha encontrado con un obstáculo que no sabe cómo franquear. Lo descubrió hace pocos días, y lo detuvo en seco.

—Déjame adivinar —pidió Maxine—. Es un buen ejercicio, me ayuda a mantenerme a la cabeza de los demás. Ya adivino por qué está aquí. La terminal del sistema tiene que estar en

Librodot

el ecuador, de lo contrario no podría ser vertical. Se parecería a esa torre que tenían en Pisa, antes de que cayera…

—No comprendo —dijo el profesor Sarath, meneando vagamente los brazos—. Ah, por supuesto…

Y su voz se apagó en un silencio pensativo.

—Ahora bien —prosiguió Maxine—, en el ecuador hay sólo un número limitado de sitios adecuados, pues es casi todo océano, ¿verdad? Y Taprobane, obviamente, es uno de esos lugares. Sin embargo, no sé qué ventajas puede tener sobre África o Sudamérica. ¿Acaso Morgan está cubriendo todas las posibilidades?

—Como de costumbre, mi querida Maxine, tus poderes deductivos son fenomenales. Estás en la pista… pero no llegarás más lejos. Aunque Morgan hizo lo posible por explicarme el problema, no voy a pretender que comprendo todos los detalles científicos. De cualquier modo, resulta que África y Sudamérica no son adecuadas para el ascensor espacial. Tiene algo que ver con los puntos inestables del campo gravitatorio terrestre. Sólo Taprobane servirá. Peor que eso: sólo un punto determinado de Taprobane. Y allí es donde tú entras en escena, Paul.

—¿*Mamaida*? —chilló el profesor Sarath, hablando en taprobani en su indignada sorpresa.

—Sí, tú. Para su gran fastidio, el doctor Morgan acaba de descubrir que el único sitio posible ya está ocupado, para decirlo suavemente. Quiere mi consejo para desalojar a tu buen amigo Buddy.

En esa ocasión fue Maxine quien quedó aturdida.

—¿Quién? —inquirió.

Sarath respondió de inmediato:

—El venerable Anandatissa Bodhidharma Mahanayake Thero, ocupante del templo de Sri Kanda —entonó, casi como quien canta una letanía—. Conque de eso se trataba…

Hubo un instante de silencio; al fin, una expresión de placer puramente travieso apareció en el rostro de Paul Sarath, profesor emérito de Arqueología de la Universidad de Taprobane.

—Siempre he querido saber —dijo, soñador— qué pasa cuando una fuerza irresistible se encuentra con un obstáculo inamovible.

11 - LA PRINCESA CALLADA

Cuando sus visitantes se hubieron marchado, Rajasinghe, muy pensativo, depolarizó las ventanas de la biblioteca y se sentó a mirar por un rato los árboles que rodeaban la mansión; allá, a lo lejos, se cernían las paredes rocosas de Yakkagala. Aún no se había movido cuando llegó la hora del té, precisamente al sonar las cuatro de la tarde. Entonces salió de su ensoñación.

—Rani —dijo—, dile a Dravinda que busque mis zapatos pesados, a ver si los encuentra. Voy a subir a la Roca.

Rani fingió que por la sorpresa se le caía la bandeja.

—¡Aiyo, Mahathaya! —exclamó, con supuesta preocupación—. ¿Ha enloquecido? Recuerde lo que le dijo el doctor McPherson…

—Ese escocés siempre lee los cardiogramas al revés. De cualquier modo, querida mía, ¿para qué vivir, cuando Dravindra y tú os hayáis marchado?

Aquello no era del todo una broma; de inmediato se sintió avergonzado por su autocompasión, pues Rani la detectó y los ojos se le llenaron de lágrimas; se volvió para ocultarle esa emoción y observó, en inglés:

—Pero yo le ofrecí quedarme, al menos durante el primer año de Dravindra.

—Ya lo sé, y ni sueño con aceptarlo. Si Berkeley no ha cambiado desde que estuve allí, le harás falta.

Pero no más que a mí, agregó mentalmente, aunque de otro modo. Y tú, te gradúes o no, nunca estarás demasiado bien preparada para ser la esposa de un presidente de universidad.

Rani sonrió.

—No creo que me gustara ese destino, por algunos horribles ejemplos que conozco —volvió al taprobani—. Pero no está hablando en serio, ¿verdad?

—Muy en serio. No pienso subir hasta la cumbre, por supuesto. Sólo hasta los frescos. Hace cinco años que no los visito. Si continúo dejando pasar el tiempo…

No hacía falta completar la frase. Rani lo estudió en silencio por algunos segundos y acabó por decidir que la discusión era inútil.

—Se lo diré a Dravindra —dijo—. Y a Jaya… por si tienen que cargarlo de vuelta.

—Muy bien, aunque sin duda Dravindra podría hacerlo solo.

Rani le dedicó una sonrisa en la que se mezclaban el orgullo y el placer. Contar con aquella pareja había sido un verdadero golpe de fortuna; era de esperar que los dos años de servicio social hubieran sido tan gratos para ellos como lo habían sido para Rajasinghe. En esta época, los sirvientes privados eran un raro lujo, permisible sólo a hombres de méritos sobresalientes; Rajasinghe no conocía a ningún otro ciudadano común que contara con tres.

Para ahorrar fuerzas utilizó un triciclo de energía solar para cruzar el Jardín de las Delicias: Dravindra y Jaya prefirieron caminar, asegurando que así iban más de prisa. Tenían razón, pero sólo porque podían tomar atajos. Escaló con mucha lentitud, deteniéndose de tanto en tanto para recobrar el aliento, hasta llegar al largo corredor de la Galería Inferior, donde la Pared del Espejo corría paralela a la faz de la Roca.

Observada por los turistas curiosos de costumbre, una joven arqueóloga africana revisaba la pared en busca de inscripciones, con la ayuda de una poderosa luz oblicua. Rajasinghe estuvo a punto de advertirle que sus posibilidades de hacer un nuevo descubrimiento se reducían prácticamente a cero. Paul Sarath había pasado veinte años examinando cada milímetro de la Superficie, y los tres volúmenes de su *Inscripciones de Yakkagala* eran una monumental obra de erudición que jamás sería superada, aunque sólo fuera porque no habría nadie con tanta habilidad para leer inscripciones en taprobani arcaico.

Paul había iniciado la obra de su vida cuando los dos eran jóvenes. Rajasinghe recordaba haber estado de pie en ese mismo lugar, mientras el entonces auxiliar suplente de epigrafía del Departamento de Arqueología rastreaba las marcas casi indescifrables en el yeso amarillo, para traducir los poemas dedicados a las bellezas pintadas en la roca. Después de tantos siglos, los versos aún podían despertar ecos en el corazón humano:

Soy Tissa, Capitán de la Guardia.
Recorrí cincuenta leguas
para ver a los ojos de liebre,
pero no quieren hablarme.
¿Es eso justo?

Que aquí permanezcáis por un milenio, como la liebre que el rey de los dioses pintó sobre la luna. Soy el sacerdote Mahinda, del vihara de Tuparama.

Esa esperanza se había visto satisfecha en parte, y en parte desmentida. Las damas de la roca llevaban allí el doble del tiempo imaginado por el clérigo, y habían entrado a una edad inalcanzable para sus sueños más exagerados. Pero ¡qué pocas quedaban! Algunas de las inscripciones se referían a las «quinientas doncellas de piel dorada»; aun teniendo en cuenta la licencia poética, era evidente que ni una décima parte de los frescos originales había escapado a los estragos del tiempo y la malevolencia del hombre. Pero las veinte sobrevivientes estaban ya a salvo para siempre, pues su belleza había sido conservada en incontables películas y cristales.

Por cierto, habían sobrevivido a un orgulloso escriba que consideró innecesario dar su nombre:

Yo ordené que se limpiara el camino, para que los peregrinos pudieran ver a las hermosas doncellas erguidas en el flanco de la montaña. Soy el rey.

Librodot

Rajasinghe, también portador de un nombre real y receptor, sin duda, de muchos genes regios, había pensado con frecuencia en esas palabras con el correr de los años; demostraban perfectamente la efímera naturaleza del poder y la futileza de la ambición. «Soy el rey». Ah, pero ¿qué rey? El monarca que había pisado aquellas losas de granito era, tal vez, un hombre capaz e inteligente, pero no había conseguido concebir la idea de que llegaría un tiempo en el cual se esfumaría en un anonimato tan profundo como el menor de sus súbditos.

La autoría se había perdido ya, sin remedio. Diez o doce reyes, cuanto menos, pudieron haber escrito esas líneas altaneras; algunos habían reinado durante varios años; otros, sólo por semanas, y muy pocos, por cierto, murieron pacíficamente en el lecho. Nadie sabría si el rey que consideró innecesario dar su nombre era Mahatissa II, Bhatikabhaya o Vijayakumara III, Gajabahukagamani, Candamukhasiva, Moggallana I, Kittisena o Sirisamghabodhi… o cualquier otro monarca, ni siquiera registrado por la larga y enmarañada historia de Taprobane.

El empleado que operaba el pequeño ascensor quedó atónito al ver a su distinguido visitante y lo saludó con deferencia. Mientras la caja ascendía lentamente los quince metros, Rajasinghe recordó el tiempo en que él había subido por la escalera de caracol, por la que Dravindra y Jaya trepaban a grandes pasos en ese mismo instante, con la irreflexiva exuberancia de la juventud.

El ascensor se detuvo con un chasquido y Rajasinghe salió a la pequeña plataforma de acero, construida contra la faz del precipicio. Hacia abajo y atrás había cien metros de vacío, pero el fuerte alambrado proporcionaba completa seguridad; ni siquiera el más decidido de los suicidas podía escapar de la jaula —lo bastante espaciosa como para poder albergar a diez o doce personas— colgada bajo una ola de roca siempre a punto de romper.

Allí, en ese recoveco accidental donde la faz rocosa formaba una caverna hueca, estaban las supervivientes de la celestial corte del rey, protegidas de los elementos. Rajasinghe las saludó en silencio; después, agradecido, se dejó caer en la silla que le ofrecía el guía oficial.

—Me gustaría estar en soledad por diez minutos —dijo en voz baja—. Jaya, Dravindra, tratad de alejar a los turistas.

Sus compañeros le echaron una mirada vacilante; lo mismo hizo el guía, a quien no se le permitía dejar los frescos sin custodia. Pero el embajador se salió con la suya, como de costumbre, sin siquiera levantar la voz.

—*Ayu bowan* —saludó a las figuras silenciosas, cuando al fin quedó solo—. Lamento haberos abandonado por tanto tiempo.

Aguardó, cortés, la respuesta, pero ellas no le prestaron más atención que a los otros admiradores por los veinte últimos siglos. Rajasinghe no se desanimó; estaba acostumbrado a su indiferencia. En realidad, eso aumentaba sus encantos.

—Tengo un problema, queridas mías —prosiguió—. Vosotras habéis visto ir y venir a todos los invasores de Taprobani, desde los tiempos de Kalidasa. Habéis visto a la selva fluir como una marea en torno de Yakkagala y retirarse después, ante el hacha y el arado. Pero nada cambió en todos estos años, en realidad. La naturaleza se ha mostrado gentil con la pequeña Taprobane, y también la historia; la han dejado en paz.

»Ahora, esos siglos de tranquilidad pueden estar llegando a su fin. Tal vez nuestra tierra se convierta en el centro del mundo, de muchos mundos. La gran montaña que vosotras observáis desde hace tanto tiempo, allá en el sur, puede ser la clave que abra el universo. En ese caso, la Taprobane que conocimos y amamos dejará de existir.

»Tal vez no sea mucho lo que pueda hacer… pero cuento con un poco de poder, con el cual estorbar. Aún tengo muchos amigos; si quisiera podría atrasar este sueño… o pesadilla, al menos mientras permanezca con vida. ¿Debo hacerlo? ¿O debo ayudar a ese hombre, cualquiera que sea su verdadero propósito?

Se volvió hacia su favorita, la única que no apartaba los ojos cuando él la miraba. Todas las otras doncellas tenían los ojos fijos en la distancia o en las flores que llevaban en la mano; pero la que él amaba desde su juventud parecía, desde cierto ángulo, sostenerle la vista.

Librodot

—¡Ah, Karuna! No es justo preguntarte estas cosas. Pues ¿qué puedes saber tú de los mundos reales, más allá del cielo, y de la necesidad que los hombres tienen de alcanzarlos? Aunque en otros tiempos fuiste una diosa, el paraíso de Kalidasa era sólo una ilusión. Bueno, cualquiera sea el extraño futuro que tú veas, yo no lo compartiré. Nos conocemos desde hace mucho tiempo… según mi unidad de medida, distinta de la tuya. Mientras pueda os veré desde mi casa, pero no creo que volvamos a encontrarnos. Adiós… y gracias, hermosas, por todo el placer que me habéis dado en tantos años. Mis saludos a quienes vengan después de mí.

Sin embargo, mientras descendía las escaleras de caracol, despreciando el ascensor, Rajasinghe no se sentía como quien se despide para siempre. Por el contrario, tenía la impresión de haber perdido unos cuantos años; y, después de todo, setenta y dos no eran tantos. Comprendió que Dravindra y Jaya habían notado la elasticidad de su paso por el modo en que se les iluminó el rostro.

Tal vez su retiro se estaba poniendo algo aburrido. Tal vez tanto él como Taprobane necesitaban una bocanada de aire puro que apartara las telarañas, tal como el monzón traía vida renovada tras los meses de cielos pesados y letárgicos.

Morgan podía tener éxito o no, pero su empresa encendía la imaginación y agitaba el alma. Kalidasa lo hubiera envidiado… y habría dado su aprobación.

II - EL TEMPLO

Mientras las distintas religiones riñen entre sí, cada una afirmando estar en posesión de la verdad, desde nuestro punto de vista la verdad de la religión puede ser descartada por completo. Si uno intenta asignar a la religión su lugar en la evolución del hombre, ésta no parece ser tanto una adquisición duradera como un paralelo de la neurosis por la que debe pasar el individuo civilizado, en su trayecto desde la infancia a la madurez.

Freud: *Nuevas conferencias introductorias al psicoanálisis* (1932).

El hombre hizo a Dios a su imagen y semejanza, por supuesto; pero ¿qué otra posibilidad tenía? Tal como era imposible comprender auténticamente la geología mientras no pudiéramos estudiar otros mundos además de la Tierra, también así toda teología válida debe aguardar el contacto con las inteligencias extraterrestres. No puede existir una materia tal como la religión comparada mientras estudiemos tan sólo las religiones del hombre […] Debemos esperar, no sin ansiedad, las respuestas a las siguientes preguntas:

a) ¿Cuáles, si los hay, son los conceptos religiosos de entidades con cero, uno, dos o más de dos «padres»?

b) ¿La creencia religiosa se encuentra sólo entre organismos que están en contacto estrecho con sus progenitores directos durante los años de formación?

Si descubrimos que la religión se presenta sólo entre seres de inteligencia equivalente a la de los simios, delfines, elefantes, perros, etcétera, pero no entre las computadoras, termitas, peces, tortugas, o amebas sociales de la vida extraterrestre, quizá debamos llegar a algunas conclusiones dolorosas… Tal vez tanto el amor como la religión surjan sólo entre los mamíferos, y por razones muy similares. Un estudio de su patología sugiere lo mismo; si alguien duda de la conexión entre el fanatismo religioso y la perversión, le convendría echar una larga e intensa mirada al *Malleus Maleficarium* o a *Los demonios de Loudon*, de Huxley.

El Hadj Mohammed ben Selim, profesor de Religión Comparada:

Discurso de Inauguración, Brigham Young University, 1998.

El doctor Charles Willis afirmó (Hawaii, 1970) que la religión es un subproducto de la desnutrición; este comentario no es, en sí, mucho más útil que el bisílabo algo grosero con

Librodot

que le refutó Gregory Bateson. Lo que el doctor Willis quería decir, aparentemente, es que: las alucinaciones provocadas por el ayuno, voluntario o involuntario, se interpretan fácilmente como visiones religiosas; el hambre pasada en esta vida alimenta la creencia en una vida posterior compensatoria, como mecanismo psicológico de supervivencia, tal vez esencial…

Es, en verdad, una de las ironías del destino que la investigación de las supuestas «drogas de apertura de la conciencia» revelaran un efecto precisamente contrario, al detectarse los elementos químicos «apatizantes» que se producían naturalmente en el cerebro. El descubrimiento de que el más devoto practicante de cualquier credo podía ser convertido a cualquier otro mediante una prudente dosis de 2-4-7 orto-para-teosamina fue, tal vez, el golpe más devastador recibido por la religión.

Hasta el advenimiento del Velero Estelar…

R. Gabor: *Base Farmacológica de la Religión* (Miskatonic University Press, 2069)

12 - EL VELERO ESTELAR

Hacía cien años que se esperaba algo por el estilo, sin que faltaran las falsas alarmas. Sin embargo, cuando por fin se produjo, la humanidad fue tomada por sorpresa.

Las señales provenían aproximadamente de Alfa Centauro, y eran tan poderosas que al principio se las tomó como interferencia de los circuitos comerciales comunes. Eso resultó muy incómodo para todos los radioastrónomos, quienes llevaban muchas décadas buscando en el espacio mensajes inteligentes, sobre todo porque habían descartado hacía tiempo el triple sistema de Alfa, Beta y Próxima Centauro como indigno de seria atención.

Inmediatamente, todos los radiotelescopios que podían observar el hemisferio sur se enfocaron hacia Centauro. En cuestión de horas se efectuó un descubrimiento aún más sensacional: la señal no provenía del sistema del Centauro, sino de un punto situado a medio grado de distancia. Y ese punto estaba en movimiento.

Fue la primera pista hacia la verdad. Cuando ésta quedó confirmada, todas las tareas normales de la humanidad se interrumpieron.

La potencia de la señal ya no era sorprendente: su origen estaba dentro del sistema solar y avanzaba en dirección al sol a seiscientos kilómetros por segundo. Los visitantes del espacio, por tanto tiempo temidos y aguardados, acababan de llegar…

Sin embargo, el intruso pasó treinta días sin hacer nada.

Mientras, pasaba junto a los planetas exteriores trasmitiendo una invariable serie de pulsaciones, como si se limitara a anunciar: «¡Aquí estoy!». No trató de responder a las señales que se le irradiaban, ni reajustó su natural órbita de cometa. A menos que su velocidad anterior hubiera sido muy superior y estuviera aminorándola, su viaje desde el Centauro debía haber durado dos mil años. Algunos consideraron que esto era tranquilizador, pues sugería que el visitante era una sonda espacial robótica; otros se sintieron desilusionados por el contraste que presentaba, ante el entusiasmo anterior, la falta de seres extraterrestres vivos y auténticos.

Todos los medios de comunicación y los parlamentos humanos discutieron hasta el hastío el panorama completo de las posibilidades. Desenterraron y analizaron solemnemente cuanto argumento había empleado la ciencia ficción, desde la llegada de dioses benévolos hasta una invasión de vampiros chupasangre. La empresa Lloyds, de Londres, cobró primas sustanciales a quienes deseaban asegurarse contra cualquier futuro posible, incluyendo casos en los que habría sido muy difícil cobrar un centavo de indemnización.

Al fin, cuando el objeto extraño pasó la órbita de Júpiter, los instrumentos humanos empezaron a averiguar algo sobre él. El primer descubrimiento generó un breve pánico: el objeto medía quinientos kilómetros de diámetro, el tamaño de una luna pequeña. Después de todo, tal vez fuera un mundo móvil que llevara un ejército invasor…

Ese temor se desvaneció cuando observaciones más exactas demostraron que el cuerpo sólido del intruso era sólo de unos cuantos metros. El halo de quinientos kilómetros que lo

Librodot

envolvía era algo muy familiar: un etéreo reflector parabólico que giraba lentamente, tal como los radiotelescopios orbitales de los astrónomos. Al parecer, ésa era la antena por la cual el visitante se mantenía en contacto con su lejana base. Y a través de la cual, sin duda, en ese mismo instante irradiaba sus descubrimientos, en tanto revisaba el sistema solar y escuchaba todas las transmisiones de radio, televisión e informaciones.

Pero aun quedaba otra sorpresa. Esa antena, del tamaño de un asteroide, no estaba apuntada en dirección a Alfa Centauro sino a un punto muy diferente. Empezaba a parecer que la constelación del Centauro era sólo el último puerto del vehículo, y no su origen.

Mientras los astrónomos cavilaban al respecto tuvieron un sorprendente golpe de suerte. Una sonda meteorológica solar, que efectuaba el recorrido de rutina más allá de Marte, quedó súbitamente muda, pero recobró su voz radial un minuto después. Al examinar las grabaciones se descubrió que los instrumentos habían quedado momentáneamente paralizados por una intensa radiación. La sonda había atravesado precisamente el rayo del visitante. Entonces fue muy sencillo calcular con exactitud hacia dónde estaba apuntado.

En esa dirección no había nada a lo largo de cincuenta y dos años luz, con excepción de una estrella enana roja y muy débil presumiblemente muy antigua; uno de esos sobrios soles pequeños que seguirán brillando pacíficamente por miles de millones de años, cuando ya los espléndidos gigantes de la galaxia se hayan extinguido. Ningún radiotelescopio la había examinado nunca con atención; ahora, todos los que podían abandonar la observación del cercano visitante se dirigieron a ese insospechado origen.

Allí estaba, irradiando una aguda señal en la banda de un centímetro. Sus hacedores seguían en contacto con el vehículo que habían lanzado miles de años antes, pero los mensajes que él recibía en ese instante provenían de sólo medio siglo en el pasado.

Al fin, al acercarse a la órbita de Marte, el visitante dio sus primeras muestras de haber detectado la humanidad, en la forma más dramática e inconfundible que uno pueda imaginar. Comenzó a transmitir las películas comunes de televisión, intercaladas con textos de video en inglés y lengua mandarina, todo muy fluido, aunque con un ligero acento. La primera conversación cósmica acababa de comenzar, y no con el retraso de varias décadas, como siempre se había imaginado, sino solamente de minutos.

13 - SOMBRA EN LA AURORA

Morgan había abandonado el hotel de Ranapura a las cuatro de la madrugada, en una noche clara y sin luna. No le hacía muy feliz la hora fijada, pero el profesor Sarath, que había dispuesto todo, le prometió que valdría la pena, diciendo:

—Nadie puede comprender Sri Kanda si no ve el amanecer desde su cumbre. Y Buddy… quiero decir, el Maha Thero, no recibe a los visitantes sino a esa hora. Dice que es una forma espléndida de alejar a los simples curiosos.

Por eso Morgan había accedido, tan graciosamente como le fue posible.

Para empeorar las cosas, el conductor taprobano insistía en mantener una ágil conversación, aunque sólo hablara él, al parecer con el objetivo de trazar un cuadro completo sobre la personalidad de su pasajero. Su simpatía era tan ingenua que no resultaba posible ofenderse, pero Morgan hubiera preferido el silencio. También hubiera querido —a veces con devoción— que el conductor prestara más atención a las incontables curvas cerradas, las que iban tomando en una oscuridad casi absoluta. Tal vez era preferible no ver los precipicios y las simas que sorteaban al subir el coche entre las colinas. La ruta era un triunfo de la ingeniería militar del siglo XIX, obra de la última potencia colonial, construida en la campaña final contra el orgulloso pueblo montañés del interior. Pero nunca se había instalado el sistema de manejo automático, y Morgan se preguntaba a veces si llegaría al final de ese viaje.

Súbitamente olvidó sus temores, y su fastidio por la falta de sueño.

—¡Allí está! —dijo orgulloso el conductor, cuando el vehículo salía por detrás de una

Librodot

colina.

Sri Kanda, en sí, era aún totalmente invisible, sumida en una oscuridad que en nada anunciaba el alba cercana. Pero su presencia quedaba revelada por una fina cinta de luz, que zigzagueaba hacia adelante y hacia atrás bajo las estrellas, como si pendiera mágicamente del cielo. Morgan sabía que se trataba, simplemente, de las lámparas instaladas doscientos años antes para guiar a los peregrinos en su ascenso por la más larga escalera del mundo, pero aquel desafío a la lógica y a la gravedad le pareció una visión anticipada de su propio sueño. Siglos antes de su nacimiento, inspirados por filósofos que él apenas podía imaginar, los hombres habían iniciado la obra que él pensaba concluir. Casi literalmente, habían construido los primeros peldaños de la ruta hacia las estrellas.

Morgan ya no se sentía aturdido; vio que la banda de luz se acercaba a ellos y se resolvía en un collar de innumerables cuentas titilantes. La montaña se estaba tornando visible, con la forma de un triángulo negro que eclipsaba la mitad del cielo. Había algo siniestro en su silenciosa presencia; Morgan casi imaginó que era, realmente, el presagio de dioses enterados de su misión, que reunían sus fuerzas para oponérsele.

Olvidó por completo sus ominosos pensamientos al llegar a la terminal de cablecarril, pues allí descubrió, para su sorpresa, que ya había al menos cien personas esperando en la pequeña sala; eran apenas las cinco de la mañana. Pidió un café caliente para sí y otro para su gárrulo conductor; el hombre, para su alivio, no demostró interés en subir.

—Lo he hecho por lo menos veinte veces —dijo, quizás exagerando su aburrimiento—. Voy a dormir en el coche hasta que usted baje.

Morgan pagó la cuenta, hizo un rápido cálculo y estimó que entraría en la tercera o cuarta carga de pasajeros. Por suerte había seguido el consejo de Sarath y tenía un termocapote en el bolsillo. Allí, a sólo dos kilómetros de altura, hacía ya bastante frío; en la cima la temperatura debía ser muy baja, pues estaba tres kilómetros más arriba.

Mientras arrastraba lentamente los pies, siguiendo la cola de sumisos y adormilados visitantes, notó que solamente a él le faltaba una cámara fotográfica y se preguntó si aquéllos serían verdaderos peregrinos. Y entonces recordó que los auténticos peregrinos no estaban allí. No había ninguna ruta fácil hacia los cielos, el Nirvana o cualquiera que fuese la meta de los fieles. El mérito se adquiría sólo por el propio esfuerzo, no con la ayuda de máquinas. Interesante doctrina, que contenía gran parte de verdad; pero había momentos en los que sólo las máquinas podían ejecutar el trabajo.

Al fin consiguió asiento en el vehículo y se pusieron en marcha, con gran crujir de cables. Una vez más, Morgan sintió ese misterioso sentimiento de expectación: el ascensor que estaba planeando cargaría más de diez mil veces la carga de este sistema primitivo, que quizá databa del siglo XX. Sin embargo, bien miradas las cosas, los principios básicos eran prácticamente los mismos.

Fuera del bamboleante coche la oscuridad era total, salvo en algún tramo de la escalera iluminada. Estaba completamente desierta, como si los incontables millones que treparan laboriosamente la montaña en los últimos tres mil años no hubieran dejado sucesores. Pero pronto comprendió Morgan que los peregrinos debían estar mucho más arriba para llegar a tiempo a la cita con la aurora; los primeros tramos de la subida habrían quedado atrás, para ellos, varias horas antes.

A una altura de cuatro kilómetros, los pasajeros tuvieron que cambiar de vehículo y caminar un breve trayecto hasta otra estación de cablecarril, pero el transbordo representó un mínimo retraso. Morgan, ya verdaderamente contento por haber llevado el termocapote, ciñó al cuerpo la tela metalizada. Había escarcha bajo los pies y era necesario aspirar con fuerza el aire enrarecido. No le sorprendió ver, en la pequeña terminal, una provisión de tubos de oxígeno con instrucciones para el uso bien a la vista.

Finalmente, al iniciar el ascenso último, les llegó la primera señal del nuevo día. Las estrellas del este aún lucían con impoluta gloria, Venus, más que ninguna; pero unas pocas nubes finas y elevadas empezaban a mostrar el leve brillo de la cercana aurora. Morgan echó

Librodot

una mirada ansiosa a su reloj, preguntándose si llegaría a tiempo; le alivió comprobar que aún faltaban treinta minutos para la salida del Sol.

Uno de los pasajeros señaló de pronto la inmensa escalera. Algunas de sus secciones quedaban a la vista de vez en cuando, según el cablecarril zigzagueaba por las cuestas de la montaña, cada vez más pronunciadas. La escalera ya no estaba desierta; decenas de hombres y mujeres subían con la lentitud del sueño, escalando penosamente los interminables peldaños. A cada minuto eran más y más los que surgían a la vista, y Morgan se preguntó cuántas horas llevaban subiendo. Toda la noche, sin duda; algunos, mucho más, pues había peregrinos bastante ancianos, que difícilmente hubieran podido realizar la ascensión en un solo día. Era sorprendente que hubiera todavía tantos fieles.

Un momento después vio al primero de los monjes: una silueta alta, vestida con una túnica de color azafrán, que avanzaba con un paso de cronométrica regularidad, sin mirar a los lados ni prestar la menor atención al vehículo que pendía sobre su cabeza afeitada. También parecía capaz de ignorar los elementos, pues llevaba el hombro y el brazo derecho desnudos ante el viento helado.

El cablecarril aminoró la marcha al aproximarse a la terminal; finalmente se detuvo para descargar a sus aturdidos pasajeros y reinició el largo descenso. Morgan se unió a los doscientos o trescientos pasajeros que se apretaban en un pequeño anfiteatro, abierto en la faz occidental de la montaña. Todo el mundo miraba fijamente la oscuridad, aunque nada era visible, salvo la banda de luz que bajaba hacia los abismos. Algunos escaladores retrasados, en el último tramo de la escalera, hacían un último esfuerzo mientras la fe luchaba contra la fatiga.

Morgan volvió a mirar su reloj: faltaban diez minutos. Nunca, hasta entonces, se había encontrado entre tantas personas silenciosas; turistas de cámara al cuello y devotos peregrinos se habían unido en la misma esperanza. El tiempo era perfecto; pronto sabrían si el viaje había sido en vano.

Un delicado tintinear de campanas les llegó desde el templo, aun invisible en la oscuridad, cien metros más arriba; en el mismo instante se apagaron todas las luces a lo largo de la increíble escalera. Entonces pudieron ver, al dar la espalda al amanecer oculto, que el primer resplandor del día tocaba las nubes más distantes, allá abajo; pero la inmensa mole de la montaña esperaba aún la aurora próxima.

Segundo a segundo, la luz iba en aumento a cada lado de Sri Kanda, mientras el sol franqueaba las últimas fortalezas de la noche. Entonces se oyó un leve murmullo de recogimiento entre la multitud que aguardaba, paciente.

Un instante antes no existía nada. Al siguiente, de pronto, estaba allí, extendido sobre media Taprobane: un triángulo perfectamente simétrico, de ángulos agudos, del azul más intenso. La montaña no había olvidado a sus adoradores; allí estaba su famosa sombra, atravesando un mar de nubes, símbolo que cada peregrino interpretaría según su deseo.

Parecía casi sólida en su rectilínea perfección, como si fuera una pirámide invertida y no un mero fantasma de luz y sombra. En tanto la claridad iba en aumento a su alrededor, al pasar los primeros rayos directos del Sol junto a los flancos de la montaña, pareció, por contraste, aun más oscura y densa; sin embargo, a través del fino velo de nubes, responsable de su breve existencia, Morgan pudo distinguir vagamente las colinas, los lagos y los bosques de la Tierra que despertaba.

El vértice de ese triángulo neblinoso debía correr hacia él a enorme velocidad, mientras el sol se elevaba verticalmente tras la montaña, pero Morgan no percibía movimiento alguno. El tiempo parecía suspendido; era uno de los momentos, raros en su vida, en los que no prestaba atención al correr de los minutos. La sombra de la eternidad se extendía sobre su alma, como la sombra de la montaña entre las nubes.

Ahora empezaba a desaparecer rápidamente; la oscuridad se escurría del cielo como una mancha disuelta en el agua. El fantasmal y centelleante paisaje, allá abajo, se endurecía y cobraba realidad; a mitad de camino hacia el horizonte hubo una explosión de luz: los rayos

Librodot

del sol tocaban las ventanas de algún edificio. Y más allá, a menos que los ojos le engañaran, Morgan distinguió la franja leve y oscura del mar que los rodeaba.

Un nuevo día comenzaba en Taprobane.

Los visitantes se dispersaron poco a poco. Algunos regresaron a la terminal del cablecarril, otros, más vigorosos, se encaminaron hacia las escaleras, en la equivocada creencia de que el descenso sería más fácil que la subida. La mayoría sintió un gran alivio al poder tomar el cablecarril en la estación del medio; realmente muy pocos podrían llegar al último peldaño.

Sólo Morgan continuaba hacia arriba, seguido por las miradas de muchos curiosos, por el corto tramo de escaleras que llevaba al monasterio, a la cumbre misma de la montaña. Cuando hubo alcanzado el muro exterior, cubierto de yeso emparejado —suavemente centelleante bajo los primeros rayos directos del sol—, estaba ya sofocado, y tuvo que recostarse por un momento contra las pesadas puertas de madera.

Seguramente alguien lo estaba observando; antes de que pudiera descubrir una campanilla o anunciar su presencia en forma alguna, la puerta se abrió silenciosamente; un monje de túnica amarilla lo saludó con las manos entrelazadas.

—Ayu bowan, doctor Morgan. El Mahanayake Thero tendrá mucho gusto en recibirle.

14 - LA EDUCACIÓN DEL VELERO ESTELAR

(Extraído de *Concordancia del Velero Estelar,* primera edición, 2071)

Sabemos ahora que la sonda espacial interestelar, a la que habitualmente nos referimos con el nombre de Velero Estelar, es totalmente autónoma y opera según las instrucciones generales que se programaron para ella hace sesenta mil años. Mientras navega entre dos soles utiliza sus quinientos kilómetros de antena para enviar información a su base, en una proporción relativamente lenta, y para recibir actualizaciones ocasionales de Estelandia, si adoptamos el encantador nombre acuñado por el poeta Llwellyn ap Cymru.

Sin embargo, cuando pasa por un sistema solar puede utilizar la energía de un sol, y así aumenta en grado sumo la velocidad con que transmite su información. También «recarga sus baterías», aunque la analogía resulta muy tosca. Y puesto que emplea —como nuestros primeros *Pioneer* y *Voyager*— los campos gravitatorios de los cuerpos celestes para desviarse de estrella a estrella, seguirá en funcionamiento por tiempo indefinido, a menos que un fallo mecánico o un accidente cósmico ponga fin a su carrera. El Centauro fue el undécimo puerto de su trayectoria; después de circunvalar nuestro sol como un cometa, su nuevo curso apuntó exactamente a Tau de la Ballena, que dista doce años luz. Si allí descubre a alguien, estará lista para iniciar su nueva conversación poco después del año 8100…

Pues el Velero Estelar combina las funciones de embajador y explorador. Cuando descubre una cultura tecnológica, al terminar uno de sus milenarios viajes, entabla amistad con los nativos y comienza a intercambiar información, la única forma de comercio interestelar posible. Antes de partir nuevamente en su interminable excursión, tras su breve tránsito por ese sistema solar, el Velero Estelar indica la posición de su mundo de origen, que ya aguarda la llamada directa del último miembro en el intercambio telefónico de la galaxia.

En nuestro caso podemos enorgullecemos porque, aun antes de que nos transmitiera ninguna carta estelar, habíamos identificado su sol paterno y hasta irradiado nuestra primera transmisión hacia él. Ahora bastará con que aguardemos ciento cuarenta años hasta que llegue la respuesta. Qué increíblemente afortunados somos al tener vecinos tan cercanos.

Desde los primeros mensajes fue obvio que el Velero Estelar dominaba un vocabulario básico, en inglés y chino, de varios miles de palabras, que había deducido en un análisis de las transmisiones de radio, televisión y, especialmente, de video. Pero lo que había recogido durante su acercamiento era una muestra muy poco representativa entre el espectro de la cultura humana: contenía poco de ciencia especializada, menos aún de matemáticas avanzadas y sólo una selección al azar de literatura, música y artes plásticas.

Como cualquier genio autodidacta, el Velero Estelar tenía grandes huecos en su educación.

Con la idea de que era mejor pecar de mucho que de escaso, en cuanto se estableció contacto con el aparato se le proporcionó el diccionario Oxford del idioma inglés, el gran diccionario chino (edición Romandarin) y la *Encyclopaedia Terrae*. Su transmisión digital requirió algo más de cincuenta minutos; lo más notable es que, inmediatamente después, el Velero permaneció en silencio casi durante cuatro horas, su periodo más prolongado sin transmitir. Cuando volvió a tomar contacto su vocabulario era mucho más amplio; en un noventa y nueve por ciento de los casos pasaba con facilidad el test de Turing; es decir, no había modo de dilucidar, por los mensajes recibidos, si el Velero era una máquina o un ser humano de inteligencia superior.

Había deslices ocasionales; por ejemplo, el uso incorrecto de palabras ambiguas y la ausencia de contenido emotivo en el diálogo. Pero era de esperar; a diferencia de las computadoras terráqueas avanzadas, que podían imitar las emociones de sus constructores en caso necesario, los sentimientos y deseos del Velero debían corresponder a una especie totalmente ajena y eran, por tanto, incomprensibles para el hombre.

Por el contrario, naturalmente, el Velero era capaz de comprender con toda exactitud lo que significaba «el cuadrado de la hipotenusa equivalente a la suma de los cuadrados de los catetos». Pero difícilmente hubiera tenido la más leve idea de lo que Keats tenía en mente al escribir:

Encantadas y mágicas ventanas, abiertas en la espuma
De mares peligrosos, en tristes tierras de hadas…

Y menos aún:

¿Puedo igualarte acaso con un día estival?
Eres más adorable y más serena…

De cualquier modo, con la esperanza de corregir esa deficiencia, se le obsequiaron miles de horas en música, obras de teatro y escenas de la vida terráquea, tanto humana como de otras especies. Por acuerdo general se estableció en estos casos una especie de censura. Aunque difícilmente se podía negar la propensión del hombre hacia la violencia y la guerra (ya era demasiado tarde retirar la Enciclopedia) se emitieron sólo algunas escenas cuidadosamente seleccionadas. Y mientras el Velero Estelar no estuvo bien fuera de su alcance, las transmisiones de la televisión normal resultaron desacostumbradamente pacíficas.

Por varios siglos, tal vez hasta que llegara a su próximo blanco, los filósofos seguirían discutiendo sobre la verdadera comprensión del Velero sobre los asuntos y problemas humanos. Pero sólo en un punto no había desacuerdos graves. Los cien días de su paso por el sistema solar alteraron irrevocablemente los criterios humanos sobre el universo, su origen y el lugar del hombre en todo eso.

La civilización humana no volvería a ser la misma, una vez desaparecido el Velero Estelar.

15 - BODHIDHARMA

Cuando la pesada puerta, con intrincadas tallas de lotos, se cerró a sus espaldas con un leve chasquido, Morgan tuvo la sensación de haber entrado a otro mundo. No era, por cierto, la primera vez que entraba en terrenos en otros tiempos sagrados para alguna gran religión; había visto Notre Dame, Santa Sofía, Stonehenge, el Partenón, Karnak, San Pablo y al menos diez o doce templos y mezquitas importantes. Pero en todos los casos le habían parecido heladas reliquias del pasado, espléndidos ejemplos de arte o ingeniería, sin relevancia para la mente moderna. Los credos que los crearan y sustentaran habían caído todos en el olvido, aunque algunos sobrevivieran hasta bien entrado el siglo XXII.

Allí, en cambio, el tiempo parecía haberse detenido. Los huracanes de la historia pasaron

Librodot

de largo por esa solitaria ciudadela de fe, dejándola intacta. Los monjes, como en los últimos tres mil años, seguían orando, meditaban y contemplaban el alba.

Durante su caminata por las gastadas losas del patio, pulidas por los pies de innumerables peregrinos, Morgan experimentó una súbita indecisión, nada habitual en él. En aras del progreso estaba dispuesto a destruir algo antiguo y noble, algo que nunca comprendería del todo.

Al ver la gran campana de bronce que pendía en el campanario, sobre el muro del monasterio, Morgan se detuvo en seco. Su mente de ingeniero había calculado instantáneamente su peso en no menos de cinco toneladas; era, obviamente, muy vieja. ¿Cómo diablos…?

El monje notó su curiosidad y le dirigió una sonrisa comprensiva.

—Tiene dos mil años —dijo—. Fue un obsequio de Kalidasa el Maldito, y nos pareció mejor no rechazarlo. Según la leyenda, se necesitaron diez años para subirla por la montaña… y las vidas de cien hombres.

—¿Cuándo la usan? —preguntó Morgan, tras haber digerido la información.

—Debido a su detestable origen la tocamos sólo en momentos de desastre. Ni yo ni hombre viviente alguno la hemos oído nunca. Sonó una vez, sin ayuda de nadie, durante el gran terremoto de 2017. Y anteriormente en 1522, cuando los invasores ibéricos incendiaron el Templo del Diente y se apoderaron de la Reliquia Sagrada.

—Es decir que, después de tanto esfuerzo, no se usa.

—Tal vez se la haya usado diez o doce veces en los últimos dos mil años. La condena de Kalidasa aún pesa sobre ella.

Morgan no pudo evitar el pensamiento de que eso podía estar muy bien desde el punto de vista de la religión, pero difícilmente fuera económicamente adecuado. Y se preguntó, falto de toda reverencia, cuántos monjes habrían sucumbido a la tentación de golpear la campana, muy, pero muy suavemente, sólo para oír el desconocido timbre de su voz prohibida.

En ese momento pasaban junto a una gran piedra; un breve tramo de escaleras los condujo a un pabellón dorado. Era la cumbre misma de la montaña; estaba enterado de la reliquia que, supuestamente, contenía aquel templo, pero una vez más el monje le suministró la información.

—La huella —dijo—. Los musulmanes creían que era de Adán, quien habría pisado aquí cuando lo expulsaron del paraíso. Los hindúes la atribuían a Siva o a Saman. Pero para los budistas eran naturalmente, la huella del Iluminado.

—Veo que habla en tiempo pasado —respondió Morgan, dando a su voz un tono cautelosamente neutro—. ¿Cuál es ahora la creencia?

El rostro del monje no reveló emoción alguna al responder:

—El Buda era un hombre como usted y como yo. La impresión marcada en la roca, y es una roca muy dura, mide dos metros de longitud.

Eso pareció cerrar el tema. Morgan, sin más preguntas, se dejó conducir por un pequeño claustro que terminaba en una puerta abierta. El monje llamó con un golpe y, sin aguardar respuesta, indicó por señas al visitante que podía entrar.

Morgan estaba medio dispuesto a encontrar al Mahanayake Thero sentado en una estera con las piernas cruzadas, tal vez rodeado por incienso y cánticos de acólitos. En realidad había un deje de incienso en el aire frío, pero el Principal Ocupante de Sri Kanda estaba sentado tras un escritorio perfectamente común, equipado con las habituales unidades de memoria y exhibición. El único artículo fuera de lo común era la cabeza de Buda, ligeramente más grande que el natural, en un plinto instalado en un rincón. Morgan no pudo discernir si era real o una mera proyección.

A pesar de ese mobiliario convencional, había pocas posibilidades de confundir al jefe del monasterio con cualquier otro tipo de ejecutivo. Aparte de la inevitable túnica amarilla, el Mahanayake Thero presentaba otras dos características que, en esa época, resultaban por cierto muy poco frecuentes: era completamente calvo y usaba anteojos. Morgan supuso que

Librodot

era por su propia voluntad. Puesto que la calvicie se curaba tan fácilmente, esa brillante cúpula de marfil tenía que deberse a la navaja o al depilatorio. Y no recordaba haber visto nunca anteojos, salvo en representaciones o documentales históricos.

La combinación era fascinante y provocaba desconcierto. A Morgan le resultó casi imposible calcular la edad del Mahanayake Thero; podía variar entre cuarenta años maduros y ochenta bien conservados. Y esos lentes, por muy transparentes que fueran, ocultaban en cierto modo los pensamientos y las emociones.

—Ayu bowan, doctor Morgan —dijo el prelado, indicando la única silla libre a su visitante—. Le presento a mi secretario Parakarma. Espero que no le importe si él toma notas.

—Claro que no —respondió Morgan, inclinando la cabeza hacia el otro ocupante de la pequeña habitación.

Notó que el más joven lucía una cabellera abundante y espesa barba; al parecer, el afeitado era optativo.

—Bueno, doctor Morgan —prosiguió el Mahanayake Thero—, conque usted quiere nuestra montaña.

—Eso temo, Su… ejem… Su Reverencia. Una parte, por lo menos.

—¿Y por qué estas pocas hectáreas, habiendo tanto mundo?

—No somos nosotros los que elegimos, sino la Naturaleza. La terminal terráquea debe estar en el ecuador y a la mayor altura posible, donde la baja densidad del aire contrarresta los vientos.

—Hay montañas ecuatoriales más altas en África y en Sudamérica.

Otra vez con lo mismo, gruñó Morgan para sí. La amarga experiencia le había enseñado que era casi imposible lograr que los laicos, por inteligentes que fueran y por mucho interés que demostraran, comprendieran ese problema; con esos monjes preveía un éxito menor aún. Si la Tierra fuera, al menos, un lindo cuerpo simétrico, sin hoyos ni montículos en el campo gravitatorio…

—Créame —dijo con fervor—, hemos buscado todas las alternativas posibles: Cotopaxi y el monte Kenia… hasta el Kilimanjaro, aunque está tres grados hacia el sur, todo andaría bien, de no ser por un fallo inevitable; cuando se establece un satélite en la órbita estacionaria, éste no permanece exactamente en un mismo punto. Debido a irregularidades gravitatorias que no pretendo explicar, deriva lentamente a lo largo del ecuador. Por eso, todos nuestros satélites sincrónicos y nuestras estaciones espaciales tienen que quemar combustible para mantenerse en un mismo sitio; afortunadamente, la cantidad necesaria es bastante reducida. Pero no se puede mantener así una masa de millones de toneladas, sobre todo si se trata de varillas delgadas que miden miles de kilómetros de longitud. Además, no hay necesidad de hacerlo. Por suerte para nosotros…

—…pero no para nosotros —interpuso el Mahanayake Thero, y casi desconcertó a Morgan.

—…hay dos puntos estables en la órbita sincrónica. Cualquier satélite puesto en ellos permanecerá allí sin derivar, como si estuviera clavado en el fondo de un valle invisible. Uno de estos puntos está sobre el Pacífico, de modo que no nos sirve. El otro está directamente por sobre nuestras cabezas.

—Sin duda, unos pocos kilómetros de distancia no representarán ninguna diferencia. Hay otras montañas en Taprobane.

—Pero miden apenas la mitad de Sri Kanda…y eso nos baja el nivel de los vientos críticos. Es cierto, no hay muchos huracanes precisamente sobre el ecuador, pero son los suficientes como para poner en peligro la estructura en el punto más débil.

—Podemos dominar los vientos.

Era la primera contribución del joven secretario a la discusión; Morgan lo miró con redoblado interés.

—Sí, hasta cierto punto. Claro, hemos discutido este asunto con Control de Monzones. Dicen que no hay modo de contar con una absoluta seguridad, especialmente tratándose de

Librodot

huracanes. Cuando más pueden asegurarme una probabilidad de cincuenta a uno. Y eso no basta para un proyecto de un billón de dólares.

El venerable Parakarma parecía dispuesto a discutir.

—Hay una rama casi olvidada de las matemáticas, que se llama Teoría de las Catástrofes; con ella, la meteorología podría llegar a ser una ciencia exacta. Confío en que…

El Mahanayake Thero intervino tranquilamente:

—Debo explicar que mi colega fue, en otros tiempos, bastante famoso por su obra como astrónomo. Supongo que habrá oído hablar del doctor Choam Goldberg.

Morgan sintió que bajo los pies se le abría una trampa. ¿Por qué no se lo habían dicho? Entonces recordó que el profesor Sarath, guiñándole un ojo, le había advertido: «Cuídese del secretario privado de Buddy; es un personaje muy avispado».

El venerable Parakarma, alias doctor Choam Goldberg, lo miró con expresión claramente hostil; Morgan se preguntó si tendría las mejillas encendidas. Conque había estado tratando de explicar la inestabilidad orbital a esos monjes inocentes… Probablemente, el Mahanayake Thero estaba ya mucho mejor informado.

Y recordó que los científicos de todo el mundo estaban bien en desacuerdo con respecto al doctor Goldberg; unos estaban seguros de que estaba loco; los otros aún no se habían decidido. Pues cinco años antes, siendo uno de los jóvenes más prometedores en el terreno de la astrofísica, había anunciado: «Ahora que el Velero Estelar ha destruido efectivamente las religiones tradicionales, podemos al fin prestar verdadera atención al concepto de Dios».

Y con eso había desaparecido de la vida pública.

16 - CONVERSACIONES CON EL VELERO ESTELAR

Entre los miles de preguntas planteadas al Velero durante su tránsito por el sistema solar, aquellas cuyas respuestas se esperaban con mayor ansiedad se referían a las criaturas vivientes y a las civilizaciones de otras estrellas. Al revés de lo que algunos esperaban, el robot contestaba de buen grado, aunque admitía que su última actualización sobre el tema databa de un siglo atrás.

Considerando la variedad de las culturas originadas en la Tierra por una sola especie, era obvio que la variedad sería aún mayor entre las estrellas, donde cabía cualquier tipo concebible de biología. Y de eso no quedó duda tras presenciar varios miles de escenas fascinantes —a veces incomprensibles, a veces horripilantes— sobre la vida en otros planetas.

De cualquier modo, los estelandeses se las habían arreglado para efectuar una somera clasificación de las culturas según su grado de tecnología, que era, tal vez, la única base objetiva posible. La humanidad descubrió con interés que ocupaba el número cinco en una escala aproximadamente así:

Herramientas de piedra.
Metales, fuego.
Escritura, artesanía, naves.
Energía de vapor, ciencia básica.
Energía atómica, viajes espaciales.

Cuando el Velero Estelar inició su misión (y de ello hacía ya sesenta mil años), sus constructores estaban aún en la categoría 5, como los humanos. Pero ya se habían graduado en la sexta, caracterizada por la capacidad de convertir totalmente la materia en energía y de transmutar todos los elementos en escala industrial.

«¿Hay acaso una Clase Siete?», se preguntó inmediatamente al Velero. La respuesta fue un breve «Afirmativo». Cuando se le urgió por detalles, la sonda explicó: «No se me permite describir la tecnología de una cultura superior a una inferior». Allí quedó el asunto hasta el momento del mensaje final, a pesar de todas las preguntas intencionadas que estudiaron los

Librodot

cerebros legales más ingeniosos de la Tierra.

Por entonces el Velero era un adversario más que digno para cualquier lógico terrestre. Eso era, en parte, culpa del departamento de Filosofía de la Universidad de Chicago; en un gran ataque de arrogancia le habían transmitido clandestinamente toda la *Summa Theologica*, con desastrosos resultados…

2069, 2 de junio GMT 19:34. Mensaje 1946, secuencia 2.

Velero Estelar a Tierra:

He analizado los argumentos de vuestro Santo Tomás de Aquino como solicitáis en vuestro mensaje 145, secuencia 3, de junio 2 2069 GMT 18:42. La mayor parte del contenido parece cháchara sin sentido y desprovista de toda información, pero indico a continuación 192 falacias expresadas en la lógica simbólica de vuestra referencia Matemáticas 43 del 29 de mayo 2069 GMT 02.51.

Falacia 1… (sigue una lista de 75 páginas impresas).

Tal como queda demostrado por los horarios establecidos, el Velero tardó menos de una hora en demoler a Santo Tomás. Aunque los filósofos pasarían varias décadas discutiendo ese análisis, sólo hallaron dos errores, que podían deberse a una mala comprensión de la terminología.

Habría sido muy interesante saber qué fracción de los circuitos de proceso aplicó el Velero a su tarea. Desgraciadamente, a nadie se le ocurrió preguntarlo antes de que la sonda hubiera tomado la velocidad de crucero e interrumpido el contacto. Por entonces existían ya mensajes aun más aplastantes:

2069, 4 de junio GMT 07:59. Mensaje 9056, secuencia 2.

Velero Estelar a Tierra:

No logro distinguir claramente entre vuestras ceremonias religiosas y la conducta aparentemente idéntica, en las funciones culturales y deportivas que me habéis transmitido. Hago particular referencia a Los Beatles, 1965; la Final Mundial de Fútbol, 2046; y la aparición de despedida de Johann Sebastian Clones, 2056.

2069 05 de junio GMT 20:38. Mensaje 4675 secuencia 2.

Velero Estelar a Tierra:

Mi última actualización sobre el asunto data de 175 años atrás, pero si os he comprendido correctamente, la respuesta es la siguiente. La conducta del tipo que llamáis religiosa se producía en 3 de las 15 culturas conocidas Clases 1; 6 de las 28 culturas Clase 2; 5 de las 14 culturas Clase 3; 2 de las 10 Clase 4 y 3 de las 174 culturas Clase 5. Apreciaréis que hay muchos más ejemplos de la Clase 5, porque sólo ellas pueden ser detectadas a través de distancias astronómicas.

2069 06 de junio GMT 12:09 Mensaje 5897 secuencia 2.

Velero Estelar a Tierra:

Estáis en lo cierto al decir que las tres culturas Clase 5 que desarrollan actividades religiosas se reproducen por pareja de padres y que las crías permanecen en el grupo familiar durante una gran parte de su vida. ¿Cómo llegasteis a esa conclusión?

2069 08 de junio GMT 15:37 Mensaje 6943 secuencia 2.

Velero Estelar a Tierra:

La hipótesis a que os referís como Dios, aunque no puede ser rechazada por la mera lógica, es innecesaria por la siguiente razón. Si damos por sentado que el universo puede ser (abro comillas) explicado (cierro comillas) como la creación de una entidad conocida como Dios, él debe ser, obviamente, de un grado de organización más alto que su producto. Por lo tanto,

Librodot

hemos doblado con exceso el tamaño del problema original y dado el primer paso hacia un razonamiento inverso de infinita divergencia. Guillermo de Ockham señaló ya en vuestro siglo XIV que no se deben multiplicar innecesariamente las entidades. Por lo tanto no puedo comprender por qué continúa este debate.

2069 11 de junio GMT 06:84. Mensaje 8964 secuencia 2.
Velero Estelar a Tierra:
Estelandia me informó, hace 456 años, que el origen del universo había sido descubierto pero que no tengo los circuitos apropiados para comprenderlo. Debéis comunicaros directamente para mayor información.
Tomo ahora velocidad de crucero y debo interrumpir el contacto. Adiós.

En opinión de muchos, el último y más famoso mensaje entre los miles recibidos probaba que el Velero tenía sentido del humor, pues ¿por qué, si no, había esperado hasta el final para hacer estallar semejante bomba filosófica? Acaso toda la conversación era parte de un cuidadoso plan, pensado para proporcionar a la raza humana el debido marco de referencia a fin de que pudiera recibir el primer mensaje directo de Estelandia, tal vez dentro de 104 años.

Hubo quienes propusieron seguir al Velero, puesto que se llevaba del sistema solar, no sólo una inconmensurable provisión de conocimientos, sino los tesoros de una tecnología con siglos de adelanto sobre la humana. Aunque ninguna nave espacial, entre las existentes, hubiera podido alcanzar al Velero y regresar a la Tierra, tras igualar su enorme velocidad, bien se podía construir una.

Sin embargo, prevalecieron consejos más prudentes. Hasta una sonda espacial robótica podía contar con defensas efectivas contra quienes quisieran abordarle, incluyendo, como último recurso, la posibilidad de destruirse a sí misma. Pero el argumento más convincente fue que sus constructores estaban a «sólo» cincuenta y dos años luz de distancia. En los milenios transcurridos desde el lanzamiento de la sonda, su ciencia espacial debía haber mejorado muchísimo. Si la raza humana intentaba provocarlos, podían llegar en unos cuantos siglos, ligeramente fastidiados.

Mientras tanto, entre los incontables efectos que ocasionó sobre la cultura humana, el Velero había llevado a su punto culminante un proceso que ya estaba en marcha. Acababa de poner fin a los millones de chácharas piadosas con que hombres de aparente inteligencia se habían aturdido por muchos siglos.

17 - PARAKARMA

Morgan repasó rápidamente su conversación y decidió que no había pasado por tonto. En realidad, el Mahanayake Thero podía haber perdido una ventaja táctica al revelar la identidad del venerable Parakarma. Sin embargo, no era un secreto; quizá supuso que Morgan ya lo sabía.

En ese punto se produjo una interrupción bastante bien recibida, pues dos jóvenes acólitos entraron a la habitación; uno de ellos cargaba una bandeja llena de platitos con arroz, frutas y algo así como pequeñas *crépes*; el otro lo seguía con la inevitable tetera. No había nada que se pareciera a la carne. Después de tan larga noche, Morgan hubiera dado cualquier cosa por un par de huevos, pero supuso que también eso estaba prohibido. No, la palabra era demasiado fuerte; Sarath le había dicho que la Orden no prohibía nada, pues no creía en lo absoluto. Pero su escala de tolerancia estaba bien calibrada, y la eliminación de una vida, aunque fuera una vida potencial, ocupaba un puesto muy bajo en esa lista.

Mientras comenzaba a probar los diversos platos, casi todos desconocidos para él, Morgan dirigió una mirada inquisitiva al Mahanayake Thero, quien meneó la cabeza.

—Nosotros no comemos antes del mediodía. La mente funciona con mayor claridad en las horas de la mañana y no debemos distraerla con asuntos materiales.

Mientras mordisqueaba una papaya realmente deliciosa, Morgan estudió el abismo filosófico que abría esa sola frase.

Para él un estómago vacío era, por cierto, una grave causa de distracción, algo que inhibía por completo las funciones mentales. Puesto que había sido bendecido con una buena salud, nunca trataba de disociar mente y cuerpo y no veía motivos para hacer el intento. Mientras Morgan consumía su exótico desayuno, el Mahanayake Thero se disculpó y pasó algunos minutos haciendo tamborilear los dedos, con sorprendente rapidez, sobre el tablero de su pupitre. Como los datos estaban bien a la vista, la cortesía obligó al ingeniero a apartar sus ojos. Inevitablemente, su mirada se posó en la cabeza del Buda. Probablemente era real, pues el plinto arrojaba una leve sombra sobre la pared trasera. Pero ni siquiera eso era decisivo. El plinto podía ser sólido; la cabeza, una proyección cuidadosamente situada sobre él; la treta era bastante común.

Aquella obra, como La Gioconda, era de las que reflejan las emociones de quien las observa, imponiéndoles su propia autoridad. Pero La Gioconda tenía los ojos abiertos, sin que nadie supiera lo que miraban. En cambio, los ojos del Buda estaban completamente en blanco, charcos vacíos en los que un hombre podía perder su alma o descubrir un universo.

Sobre sus labios se asomaba una sonrisa aún más ambigua que la pintada por Leonardo. Pero ¿era en verdad una sonrisa, o un mero efecto de la luz? Y ya había desaparecido, reemplazada por una expresión de sobrehumana tranquilidad. Morgan no podía apartar la vista de ese hipnótico semblante; sólo el familiar susurro de la computadora al entregar una tarjeta rígida lo volvió a la realidad… si aquello era la realidad.

—Quizá le agrade tener un recuerdo de su visita —dijo el Mahanayake Thero.

Morgan, al tomar la hoja que le ofrecían, notó con sorpresa que no se trataba del papel habitual, descartable después de unas pocas horas de uso, sino de pergamino para archivos. No pudo leer una sola palabra; aparte de una disimulada referencia alfanumérica en la esquina inferior izquierda, todo estaba grabado con los rasgos floridos que ya reconocía como escritura taprobani.

—Gracias —dijo, con tanta ironía como pudo expresar—. ¿Qué es?

Pero tenía una buena idea de ello; los documentos legales tienen todos un aire de familia, cualquiera que sea el idioma en el que estén escritos o la época a que pertenezcan.

—Una copia del acuerdo entre el rey Ravindra y el Maha Sangha, fechado en Vesak, año 854 de su calendario. Otorga la propiedad de las tierras al templo… a perpetuidad. Hasta los invasores reconocieron los derechos establecidos en este documento.

—Los caledonios y los holandeses sí, según creo. Pero los ibéricos no.

Si el Mahanayake Thero se sorprendió ante lo bien informado que estaba Morgan, ni siquiera un leve alzamiento de cejas traicionó su sorpresa.

—No eran muy dados a respetar la ley y el orden, en especial cuando se trataba de otras religiones. Confío en que a usted no le guste la opinión que sustentaban, en cuanto a que el poder equivale al derecho.

Morgan forzó una sonrisa.

—Por supuesto que no —respondió.

Pero entre tanto se preguntaba dónde puede uno trazar la línea divisoria. Cuando los aplastantes intereses de una gran organización están en juego, la moral convencional suele ocupar un segundo puesto. Las mejores mentes legales de la Tierra, tanto humanas como electrónicas, se encargarían muy pronto de este problema. Si ellas no podían hallar las respuestas correctas se produciría una situación muy desagradable, en la cual él quedaría como villano y no como héroe.

—Puesto que usted saca a relucir el acuerdo del año 854, permítame recordarle que se refiere sólo a las tierras encerradas dentro de los límites del templo, que están claramente definidos por los muros.

—Correcto. Pero encierran toda la cumbre.

—Ustedes no tienen dominio sobre los terrenos exteriores a esa zona.

Librodot

—Tenemos los derechos de cualquier propietario. Si los vecinos provocan molestias, podemos pedir reparaciones legales. No es la primera vez que surge ese problema.

—Lo sé, debido al sistema de cablecarril.

Una leve sonrisa jugueteaba en los labios del Maha Thero.

—Parece que ha estudiado —comentó—. Sí, nos opusimos vigorosamente por muchas razones. Aunque admito, ahora que está hecho, que a veces nos hemos sentido muy agradecidos por tenerlo —hizo una pausa, pensativo—. A veces hay problemas, pero logramos coexistir. Los turistas y los curiosos se conforman con llegar hasta la plataforma panorámica; en cuanto a los verdaderos peregrinos, siempre son bienvenidos a la cumbre, por supuesto.

—En ese caso, tal vez podamos llegar a un acuerdo también ahora. Para nosotros, unos cuantos metros de altura no representan mucha diferencia. Podríamos dejar la cumbre intacta y formar otra meseta como la terminal del cablecarril.

Morgan se sintió muy incómodo bajo el prolongado escrutinio de los dos monjes. Sin duda comprendían lo absurdo de aquella sugerencia, pero él tenía que hacerla para salvar las apariencias.

—Tiene un extraño sentido del humor, doctor Morgan —replicó el Mahanayake Thero, al fin—. ¿Adonde irá a parar el espíritu de la montaña, la soledad que hemos atesorado durante tres mil años, si erigen aquí ese monstruoso artefacto? ¿Pretende que traicionemos la fe de las personas que vienen por millones a este sagrado lugar, a veces a costa de su salud y hasta de su vida?

—Comprendo su modo de sentir —respondió Morgan, aunque preguntándose si no estaba mintiendo—. Naturalmente, haríamos lo posible por reducir al mínimo las molestias. Todas las instalaciones de apoyo estarían sepultadas en la montaña, dejando a la vista sólo el ascensor, que sería bastante invisible desde cierta distancia. El aspecto general de la montaña quedaría intacto, incluida esa famosa sombra que acabo de admirar.

El Mahanayake Thero se volvió hacia su colega como en busca de confirmación. El venerable Parakarma, mirando fijamente a Morgan, preguntó:

—¿Y qué me dice del ruido?

Maldición, pensó Morgan, mi punto débil. La carga tendría que emerger de la montaña a varios cientos de kilómetros por hora; cuanta mayor fuera la velocidad otorgada por el sistema de la base, menor sería la tensión de la torre suspendida. Los pasajeros no podrían soportar más de media gravedad, por supuesto, pero de cualquier modo las cápsulas saldrían a una velocidad bastante aproximada a la del sonido.

—Habría ruido aerodinámico —admitió—, pero no como el de un gran aeropuerto.

—Nos tranquiliza mucho —aseguró el Mahanayake Thero.

Morgan tuvo la certeza de que era un sarcasmo, aunque no pudo detectar la menor ironía en su voz. O bien el hombre desplegaba una calma olímpica o bien estaba poniendo a prueba las reacciones de su visitante. El monje más joven, por el contrario, no hizo ningún intento por ocultar su enojo.

—Llevamos años protestando por la molestia que causan las naves espaciales al aterrizar —dijo, indignado—. Y ahora usted quiere provocar ondas ultrasónicas en… en nuestro patio.

—Nuestras operaciones no serán ultrasónicas a esta altura —replicó Morgan, con firmeza—. Y la estructura de la torre absorberá casi toda la energía sónica. En realidad —agregó, tratando de aprovechar lo que súbitamente le parecía una ventaja—, a la larga ayudaremos a eliminar el estruendo de las llegadas. La montaña será un sitio más silencioso.

—Comprendo. En vez de estallidos ocasionales escucharemos un rugido constante.

Con este personaje no voy a ninguna parte, se dijo Morgan. Y yo, que esperaba la mayor oposición del Mahanayake Thero…

A veces, lo mejor era cambiar completamente de tema. Decidió hundir cautelosamente un dedo del pie en el traicionero pantano de la Teología.

—¿No ven algo apropiado en lo que tratamos de hacer? —preguntó severamente—.

Aunque nuestros propósitos sean distintos, los resultados netos tienen mucho en común. Lo que deseamos construir es sólo una extensión de esta escalera. Casi podría decir que la estamos prolongando… hasta el cielo.

Por un momento, el venerable Parakarma pareció afectado por aquella frescura. Antes de que pudiera recobrarse, su superior respondió suavemente.

—Interesante concepto, pero nuestra filosofía no cree en el Cielo. Si alguna salvación existe, ésta sólo puede encontrarse en este mundo, y a veces me maravilla su ansiedad por dejarlo, doctor Morgan. ¿Conoce usted la historia de la Torre de Babel?

—Vagamente.

—Le sugiero que la busque en la antigua Biblia cristiana; Génesis, capítulo II. También ése era un proyecto de ingeniería para escalar los cielos. Falló, debido a las dificultades de comunicación.

—Tendremos nuestros problemas, pero no creo que ése vaya a ser uno de ellos.

Sin embargo, al mirar al venerable Parakarma, Morgan se sintió menos seguro. Había un abismo de incomunicación entre ellos, que a veces parecía superar el existente entre el Homo sapiens y el Velero Estelar. Hablaban el mismo idioma, pero existían terribles incomprensiones que jamás serían franqueadas.

El Mahanayake, con imperturbable cortesía, continuó:

—¿Puedo preguntarle hasta qué punto tuvo éxito con el Departamento de Parques y Selvas?

—Se mostraron sumamente dispuestos a colaborar.

—No me sorprende; siempre están escasos de dinero y aceptan cualquier fuente de ingresos. El sistema de cablecarril fue maná del cielo para ellos; sin duda esperan que su proyecto, doctor, sea aún mejor.

—Y están en lo cierto. Además, aceptan el hecho de que no provocará dificultades ambientales.

—Supongamos que cae.

Morgan miró al venerable monje directamente a los ojos.

—No caerá —dijo, con toda la autoridad de quien ha unido dos continentes con un arco iris invertido.

Sin embargo sabía, como el implacable Parakarma, que en tales cuestiones es imposible la certeza absoluta. El 7 de noviembre de 1940, esa lección había quedado grabada de modo tal que ningún ingeniero podría olvidarla.

Morgan tenía pocas pesadillas, pero ésa era una de ellas. En ese mismo instante, las computadoras de Construcciones Terráqueas trataban de exorcizarla.

Pero ni siquiera el poder de todas las computadoras del universo podría otorgar protección contra los problemas que él no había previsto: las pesadillas que aún no habían nacido.

18 - LAS MARIPOSAS DORADAS

A pesar del sol brillante y los magníficos paisajes que lo asediaban por todos lados, Morgan quedó profundamente dormido antes de que el automóvil descendiera hasta la tierras bajas. Ni siquiera las innumerables curvas lograron mantenerlo despierto…, pero súbitamente recobró la conciencia ante una brusca frenada que lo lanzó contra el cinturón de seguridad.

En un momento de completa confusión pensó que aún estaba soñando. La brisa penetraba suavemente por las ventanillas entreabiertas, tan cálida y húmeda que parecía escapada de un baño turco; sin embargo, el coche parecía haberse detenido en medio de una cegadora tormenta de nieve.

Morgan parpadeó, se frotó los ojos y volvió a abrirlos a la realidad. Era la primera vez que veía nieve *dorada*…

Un denso grupo de mariposas iba cruzando la ruta con rumbo al este, en una migración incesante y decidida. Algunas, absorbidas por el auto, aleteaban frenéticamente en el interior

Librodot

del coche hasta que Morgan las echó sacudiendo las manos. Muchas se habían estrellado contra el parabrisas. El conductor, murmurando algo que, sin duda, serían unas cuantas palabrotas escogidas en taprobani, bajó a limpiar el vidrio; cuando terminó, la invasión de mariposas se había reducido a un puñado de ejemplares retrasados.

—¿No le contaron la leyenda? —preguntó, echando una mirada a su pasajero.

—No —respondió Morgan en tono seco; aquello no le interesaba en absoluto y tenía muchas ganas de volver a su interrumpida siesta.

—Las Mariposas Doradas… son las almas de los guerreros de Kalidasa, el ejército que perdió en Yakkagala.

Morgan emitió un gruñido muy poco entusiasta, con la esperanza de que el conductor captara su mensaje, pero éste continuó sin remordimientos.

—Todos los años, más o menos por esta época, se dirigen hacia la Montaña. Todas mueren en las primeras cuestas. A veces uno las encuentra a mitad de camino, por el cablecarril, pero ésa es la mayor altura que alcanzan. Por suerte para el Vihara.

—¿El Vihara? —preguntó Morgan, soñoliento.

—El templo. Si alguna vez llegan hasta él, Kalidasa habrá vencido y los *bhikkus,* los monjes, tendrán que marcharse. Así lo dice la profecía. Está inscrita en una losa de piedra, en el museo de Ranapura. Yo se la puedo mostrar.

—En otra oportunidad —se apresuró a responder Morgan, mientras volvía a recostarse en el asiento acolchado.

Pero cubrieron muchos kilómetros antes de que volviera a conciliar el sueño, pues en la imagen conjurada por el chófer había algo hechicero.

La recordaría con frecuencia en los meses venideros; al despertar, o en momentos de tensión o crisis. Una vez más se vería inmerso en esa tormenta dorada mientras los millones de mariposas condenadas a muerte gastaban sus energías en un vano asalto a la montaña y a cuanto ella simbolizaba.

Aun entonces, en el mismo comienzo de su campaña, la imagen estaba demasiado cercana como para resultar cómoda.

19 - EN LAS COSTAS DEL LAGO SALADINO

«Casi todas las simulaciones hechas por las computadoras de Historia Alternativa sugieren que la batalla de Tours, en el año 732 de la era cristiana, fue uno de los desastres cruciales para la humanidad. Si Carlos Martel hubiera sido derrotado, el Islam habría podido resolver las diferencias internas que lo estaban desgarrando y proseguir con la conquista de Europa. Por lo tanto se habrían evitado los siglos de barbarismo cristiano, la Revolución Industrial hubiera comenzado casi mil años antes y, en el presente, ya habríamos alcanzado las estrellas más cercanas, no únicamente los planetas exteriores…

»Pero el destino ordenó otra cosa, y los ejércitos del Profeta volvieron a África. El Islam perduró, como un fósil fascinante, hasta fines del siglo XX. Entonces, abruptamente, se disolvió en petróleo…»

(*Discurso del presidente*. Simposio Bicentenal Toynbee, Londres, 2089)

—¿Sabía usted —dijo el jeque Farouk Abdullah— que ahora me he nombrado Gran Almirante de la Flota del Sahara?

—No me sorprendería, señor presidente —respondió Morgan, mientras observaba la extensión azul y centelleante del lago Saladino—. Si no es un secreto naval, ¿cuántas naves tiene?

—Diez, por el momento. La más grande es un hidrorrasero de treinta metros, gobernado por la Media Luna Roja; todos los fines de semana rescata a varios marineros incompetentes. Los mios todavía no son muy buenos en el agua. ¡Fíjese en aquel idiota! ¡Va a caerse! Después de todo, doscientos años no es mucho para cambiar los camellos por barcos.

Librodot

—Mientras tanto, tuvieron Cadillacs y Rolls-Royces. Sin duda eso habrá facilitado la transición.

—Y todavía los tenemos. El *Silver Ghost* de mi tatarabuelo está todavía como nuevo. Pero debo ser justo: son los visitantes quienes se meten en problemas al enfrentarse con nuestros vientos. Por otra parte, nos quedamos con los botes a motor. Y el año que viene voy a comprar un submarino que alcanza una profundidad máxima garantizada de setenta y ocho metros.

—¿Y para qué?

—Porque ahora vienen a decirnos que el Erg está lleno de tesoros arqueológicos. Claro, nadie se preocupaba por ellos antes de que lo inundáramos.

No serviría de nada tratar de acosar al presidente de la República Nordafricana Autónoma —RNA—, y Morgan se cuidó de intentarlo. La Constitución podía decir lo que quisiera, pero el jeque Abdullah manejaba más riquezas y poderío que ningún otro individuo de la Tierra. Más aún, conocía la utilidad de ambos.

Provenía de una familia que no temía correr riesgos, y muy pocas veces encontraba motivos para lamentarse de eso. Su primera apuesta, la más famosa, fue la inversión de sus abundantes petrodólares en la ciencia y tecnología de Israel; con eso se ganó el odio de todo el mundo árabe por casi medio siglo. Esa medida previsora desembocó directamente en la explotación minera del Mar Rojo, la derrota de los desiertos y, mucho después, el Puente de Gibraltar.

—No necesito decirle, Van —dijo al fin el jeque— lo mucho que me fascina su nuevo proyecto. Y después de todo lo que pasamos juntos mientras el Puente estaba en construcción, sé que puede llevarlo a cabo… dados los recursos.

—Gracias.

—Pero quiero hacerle unas cuantas preguntas. Todavía no entiendo bien el porqué de la Estación del Medio ni por qué debe estar a veinticinco mil kilómetros de altura.

—Por varios motivos. Necesitábamos una planta energética importante más o menos a ese nivel, lo cual involucraría, de cualquier modo, una construcción bastante voluminosa. Entonces se nos ocurrió que siete horas era demasiado para estar sentado en una cabina bastante estrecha; al dividir el viaje se obtenía una serie de ventajas. No necesitaríamos alimentar a los pasajeros en tránsito, podíamos mejorar hasta el punto óptimo el diseño del vehículo, pues sólo las cápsulas de la sección inferior serían aerodinámicas; las del tramo superior podrían ser mucho más simples y livianas. La Estación del Medio no serviría sólo como punto del trasbordo, sino también como centro de operaciones y control y, en último término, según creemos, como gran atracción turística por derecho propio.

—Pero no está a mitad de camino. Está a casi… eh… a dos tercios de la distancia hasta la órbita estacionaria.

—Cierto. El medio estaría a dieciocho mil kilómetros y no a veinticinco mil. Pero hay otro factor: la seguridad. Si se cortara la sección superior, la Estación del Medio no se estrellaría contra la Tierra.

—¿Por qué no?

—Tendría impulso suficiente como para mantener una órbita estable. Iría cayendo, por supuesto, pero siempre fuera de la atmósfera. Por lo tanto, resultaría perfectamente segura: se convertiría simplemente en una estación espacial, con una órbita elíptica de diez horas. Dos veces al día la tendríamos en el punto de donde partió, y tarde o temprano sería posible reconectarla. Cuanto menos, teóricamente…

—¿Y en la práctica?

—Oh, estoy seguro de que se podría. La gente y el equipo de la estación se podrían rescatar, sin duda. Pero si la estableciéramos a menor altura no habría siquiera esa posibilidad. Cualquier cosa que caiga por debajo de los veinticinco mil kilómetros de altura llega a la atmósfera y arde en un plazo de cinco horas o menos.

—¿Piensa utilizar eso como propaganda ante los pasajeros del primer tramo?

Librodot

—Confiamos en que estarán muy ocupados en admirar la vista como para preocuparse por eso.

—Habla de tal cosa como si fuera un ascensor panorámico.

—¿Por qué no? Aunque el ascensor más alto de la Tierra sólo sube tres kilómetros. Aquí se habla de algo diez mil veces más alto.

Hubo una pausa considerable, mientras, el jeque Abdullah lo pensaba bien.

—Hemos perdido una oportunidad —dijo al fin—. Hubiéramos podido poner un ascensor panorámico de *cinco* kilómetros en los muelles del Puente.

—Figuraban en el diseño original, pero los descartamos por la razón de costumbre: economía.

—Tal vez fue un error; se hubieran pagado solos. Y acabo de notar otra cosa. Si este… hiperfilamento… hubiera existido en esa época, supongo que el puente habría costado la mitad.

—No quiero mentirle, señor presidente: menos de la quinta parte. Pero la construcción se hubiera demorado más de veinte años, de modo que usted no ha perdido.

—Debo consultar con mis contables. Algunos de ellos no están del todo convencidos sobre lo acertado de aquella idea, aunque la tasa de aumento de tránsito supera todo lo pensado. Pero yo les digo siempre que el dinero no es todo; la República necesitaba ese Puente desde un punto de vista psicológico y cultural, tanto como económicamente. No sé si usted lo sabe, pero un dieciocho por ciento de la gente que lo cruza lo hace sólo porque el Puente está allí, sin otro motivo, y vuelve de inmediato, a pesar de verse obligada a pagar el peaje dos veces.

—Me parece recordar que yo le planteé argumentos similares, hace mucho tiempo —observó Morgan, en tono seco—. No se mostró muy fácil de convencer.

—Es cierto. Recuerdo que la Opera de Sydney era su ejemplo favorito. A usted le gustaba recordar que había devuelto varias veces su costo en efectivo, por no hablar del prestigio.

—Y no se olvide de las pirámides.

El Jeque se echó a reír.

—¿Cómo las llamaba usted? ¿La mejor inversión en toda la historia de la humanidad?

—Exactamente. Todavía dan dividendos por turismo, después de cuatro mil años.

—Pero esa comparación no es justa. El costo de mantenimiento de las pirámides no se puede comparar con el del Puente, y mucho menos con el de su proyectada Torre.

—La Torre puede durar mucho más que las pirámides; está en un ambiente mucho más benigno.

—Ese pensamiento es muy impresionante. ¿De veras cree que estará en funcionamiento por muchos miles de años?

—En su forma original no, por supuesto; pero sí en principio. Cualesquiera sean los adelantos técnicos del futuro, no creo que haya jamás un método más eficiente y económico para llegar al espacio. Piense en la torre como si fuera otro puente; pero en esta oportunidad se trata de un puente para llegar a las estrellas, o al menos a los planetas.

—Y una vez más, usted quiere que nosotros ayudemos a financiarlo. Todavía estamos pagando el último puente y seguiremos pagándolo por otros veinte años. Además, su ascensor espacial no está en nuestro territorio ni es de importancia directa para nosotros.

—Yo creo que sí, señor presidente. Su república forma parte de la economía terráquea, y el costo de transporte espacial es en la actualidad uno de los factores que limitan su desarrollo. ¿No ha visto esos cálculos para los años cincuenta y sesenta?

—Sí, sí, muy interesante. Pero aunque no somos precisamente pobres, no podemos reunir siquiera una fracción de los fondos necesarios, ¡caramba, absorbería todo el Producto Bruto Mundial de un par de años!

—Y lo devolvería cada quince, desde entonces en adelante.

—Si sus cálculos son correctos.

—En el caso del Puente lo fueron. Pero usted tiene razón, por supuesto. Sólo espero que la RNA deje correr la pelota. Una vez que ustedes hayan mostrado interés será mucho más fácil

Librodot

conseguir otros apoyos.

—¿Por ejemplo?

—El Banco Mundial, los bancos planetarios, el gobierno federal…

—¿Y sus propios patrones, la Corporación de Construcciones Terráqueas? ¿En qué se está metiendo, Van?

Aquí viene ya, pensó Morgan, casi con un suspiro de alivio. Al fin podría hablar francamente con alguien en quien confiaba, alguien demasiado poderoso para involucrarse en pequeñas intrigas burocráticas, pero capaz de apreciar a fondo sus mejores argumentos.

—He estado haciendo la mayor parte de este trabajo en mi tiempo libre; precisamente ahora estoy de vacaciones. Y a propósito, fue así como se inició lo del Puente. No sé si alguna vez se lo dije, pero me habían ordenado oficialmente olvidarme del asunto… En los últimos quince años he aprendido unas cuantas lecciones.

—Este informe debió requerir unas cuantas horas de computación. ¿Quién las pagó?

—Oh, cuento con abundantes fondos de los que no se me pide cuenta. Y mi personal siempre está haciendo estudios que nadie más comprende. Para decir la verdad, desde hace varios meses tengo un pequeño equipo jugando con la idea. Están tan entusiasmados que ellos también le dedican la mayor parte de su tiempo libre. Pero ahora debemos destapar la cosa… o abandonar el proyecto.

—Su estimado presidente, ¿está al tanto?

Morgan sonrió sin mucha alegría.

—Claro que no, y no quiero informarle mientras no haya solucionado todos los detalles.

—Capto algunas de las complicaciones —observó el presidente, astuto—. Una de ellas, supongo, es asegurarse de que el senador Collins no lo invente primero.

—No puede hacerlo: la idea ya tiene doscientos años de antigüedad. Pero tanto él como muchas otras personas podrían demorar el proyecto. Quiero verlo terminado antes de morir.

—Y tiene intenciones de dirigirlo, por supuesto. Bueno, ¿qué le gustaría que hiciéramos, exactamente?

—Es sólo una sugerencia, señor presidente; quizás usted tenga una idea mejor. Forme un consorcio que incluya, tal vez. a las Autoridades del Puente de Gibraltar, a las sociedades anónimas de Suez y de Panamá, la Compañía del Canal de la Mancha y la Sociedad de la Presa de Bering. Entonces, cuando tenga todo listo, presente a la CCT una solicitud para que se realice un estudio de factibilidad. En esa etapa, la inversión será nimia.

—¿Lo cual significa…?

—Menos de un millón. Especialmente porque ya tengo hecho un noventa por ciento del trabajo.

—¿Y entonces?

—De ahí en adelante, con su apoyo, señor presidente, puedo arreglármelas por mi cuenta. Quizá continúe en la CCT, quizá renuncie y me una al consorcio… llamémosle Astroingeniería. Todo dependerá de las circunstancias. Haré lo que resulte mejor para el proyecto.

—Parece un enfoque razonable. Veré qué podemos hacer.

—Gracias, señor presidente —respondió Morgan, con auténtica sinceridad—. Pero… tendremos que sortear otro fastidioso obstáculo, tal vez aun antes de formar el consorcio. Habrá que presentarse ante la Corte Mundial y establecer jurisdicción sobre el terreno más valioso de la Tierra.

20 - EL PUENTE QUE BAILABA

Aun en esa etapa de comunicaciones instantáneas y veloz transporte global, era conveniente contar con un sitio al que uno pudiera considerar su oficina. No todo se podía almacenar en computadoras; había artículos tales como buenos libros al estilo antiguo, certificados profesionales, diplomas y honores, modelos de ingeniería, muestras de material,

proyectos dibujados por artistas —no tan exactos como los de las computadoras, pero mucho más decorativos— y, por supuesto, la alfombra de pared a pared que todo burócrata de importancia necesitaba para suavizar el impacto de la realidad exterior.

La oficina de Morgan, que él visitaba aproximadamente unos diez días al mes, estaba en el sexto piso —o sea, Sección Tierra— de la extensa sede de la Corporación de Construcciones Terráqueas, en la ciuda de Nairobi. El piso inferior correspondía a Mar, y sobre él estaba la Administración, o sea el presidente Collins y su imperio. El arquitecto, en un ataque de ingenuo simbolismo, había dedicado el último piso a Espacio. Hasta había allí un pequeño observatorio, con un telescopio de treinta centímetros siempre descompuesto, porque sólo se empleaba durante las fiestas oficiales, casi siempre con propósitos no astronómicos. El blanco favorito eran los cuartos superiores del Hotel Triplanetario, que distaba sólo un kilómetro; pues con frecuencia albergaban muy extrañas formas de vida. O, al menos, de conducta.

Dado que Morgan estaba en contacto ininterrumpido con sus dos secretarias —una humana; la otra electrónica—, no esperaba sorpresa alguna cuando entró a su oficina, tras el corto vuelo desde RNA. Su organización era muy reducida comparada con las costumbres de las eras anteriores. Había menos de trescientos hombres y mujeres bajo su mando directo; pero manejaba un poder de computación, información y procesamiento que no tenía igual entre la población meramente humana de todo el planeta.

—Bueno, ¿cómo te fue con el jeque? —pregunto Warren Kingsley, su suplente y amigo de mucho tiempo, en cuanto quedaron solos.

—Muy bien; creo que hicimos trato. Pero todavía no puedo creer que nos detenga un problema tan estúpido. ¿Qué dice el departamento legal?

—No hay caso, tenemos que conseguir un dictamen de la Corte. Si la Corte dice que es asunto de gran interés público, nuestros reverendos amigos tendrán que mudarse… Aunque si deciden mostrarse tercos, se producirá una situación muy desagradable. Quizá debieras enviarles un pequeño terremoto para ayudarles a decidirse.

El hecho de que Morgan integrara el Consejo de Administración de Tectónica General era una vieja broma entre él y Kingsley; pero la tectónica, tal vez por suerte, nunca había descubierto el modo de manejar o dirigir terremotos, ni tenía esperanzas de lograrlo. A lo sumo podían predecirlos, y sangrar sus energías antes de que provocaran daños graves. Pero aun en ese aspecto no tenían éxito sino en el setenta y cinco por ciento de los casos.

—Linda idea —dijo Morgan—; lo voy a pensar. Ahora bien, ¿qué se sabe del otro problema?

—Todo listo. ¿Lo quieres ver ahora?

—De acuerdo; vamos a lo peor.

Se oscurecieron las ventanas de la oficina y una red de líneas relucientes apareció en el centro del cuarto.

—Mira esto, Van —dijo Kingsley—. Éste es el régimen que causa problemas.

En el espacio vacío se materializaron hileras de letras y números: velocidades, cargas, aceleraciones, tiempos de tránsito… Morgan los absorbió con una sola mirada. El globo terráqueo, con sus círculos de longitud y latitud, pendía suspendido sobre la alfombra; de él brotaba, hasta superar en poco la altura de un hombre, el hilo luminoso que indicaba la posición de la torre orbital.

—Quinientas veces la velocidad normal; exageración de escala lateral, cincuenta. Aquí va.

Una fuerza invisible había empezado a tirar de la raya luminosa, apartándola de la vertical. La perturbación se movía hacia arriba en tanto imitaba, por medio de los millones de cálculos efectuados en cada segundo por la computadora, el ascenso de una carga a través del campo gravitatorio terrestre.

—¿Cuál es el desplazamiento? —preguntó Morgan, mientras forzaba la vista para seguir los detalles del simulacro.

—Ahora, de unos doscientos metros. Llega a trescientos antes…

La hebra se rompió. En el perezoso movimiento retardado que representaba, en realidad,

Librodot

una velocidad de miles de kilómetros por hora, los dos segmentos de la torre quebrada comenzaron a enroscarse, separándose; uno se doblaba hacia la tierra; el otro saltó hacia el espacio. Pero Morgan ya no estaba del todo consciente de ese desastre imaginario, que sólo existía en la mente de la computadora; ahora, sobreimpuesta, veía la realidad que lo había perseguido desde hacía años.

Había visto esa película del siglo XX por lo menos cincuenta veces; en ocasiones examinaba algunas partes foto a foto, hasta conocer cada detalle de memoria. Después de todo, era la película más cara de cuantas se habían filmado, al menos en tiempos de paz, con un costo de varios millones de dólares por minuto para el Estado de Washington.

Allí estaba el puente, gracioso y esbelto (¡demasiado esbelto!), tendido por encima del cañón. No había tránsito en él, pero sí un único automóvil, abandonado en el medio por su conductor. No era de extrañar, pues el puente se estaba comportando como ningún otro en toda la historia de la ingeniería.

Parecía imposible que tantas toneladas de metal pudieran ejecutar semejante ballet aéreo: hubiera sido más fácil creer que el puente estaba hecho de goma y no de acero. Vastas, lentas ondulaciones, con una amplitud de varios metros, recorrían toda la extensión del puente, de modo tal que la ruta suspendida entre los soportes se retorcía como una serpiente furiosa. El viento que soplaba por el cañón, al chocar contra la hermosa estructura condenada, emitía una nota demasiado grave para que la detectara el oído humano. Las vibraciones de torsión venían acumulándose desde hacía varias horas, sin que nadie supiera cuándo se produciría el final. Las prolongadas fauces de la muerte eran ya un testimonio que los infortunados diseñadores habrían querido evitar.

De pronto los cables de sostén se rompieron, volando hacia arriba como criminales látigos de acero. La ruta, retorcida y dando vueltas, se hundió en el río, fragmentos de la estructura volaban en todas direcciones. Aun cuando se proyectaba a velocidad normal, el cataclismo final parecía filmado con cámara lenta; la escala del desastre era tal que la mente humana no tenía base de comparación. En realidad había durado quizá cinco segundos. En ese tiempo, el puente Tacoma Narrows ganó un sitio inexpugnable en la historia de la ingeniería. Doscientos años más tarde, una fotografía de sus últimos momentos, en la pared de la oficina de Morgan, llevaba un letrero que decía: «Uno de nuestros productos de menor éxito».

Para Morgan aquello no era broma, sino un permanente testimonio de que lo inesperado siempre puede atacar desde un escondrijo. Cuando el Puente de Gibraltar estaba en diseño, había revisado minuciosamente el clásico análisis efectuado por Karman sobre el desastre de Tacoma Narrows, aprendiendo todo lo que podía ofrecerle aquel costoso error del pasado. Y no había tenido problemas graves de vibración, ni siquiera con los vientos más fuertes que llegaron desde el Atlántico, aunque en ocasiones la ruta se movía cien metros a partir de la línea central: exactamente lo calculado.

Pero el ascensor espacial era un salto adelante hacia lo desconocido, y resultaba casi seguro que se presentarían sorpresas desagradables. Las fuerzas eólicas de la sección atmosférica resultaban fáciles de calcular, pero también era necesario tener en cuenta las vibraciones inducidas por la detención y puesta en marcha de las cargas. También, dado lo enorme de la estructura, los efectos provocados por la atracción del Sol y la Luna. Y no sólo individualmente, sino actuando a dúo con algún terremoto ocasional para complicar el cuadro, en los llamados «análisis del peor de los casos».

—Todos los simulacros dan el mismo resultado en este régimen de tonelada de carga por hora. Las vibraciones aumentan hasta que se produce una fractura, alrededor de los quinientos kilómetros. Tendremos que aumentar drásticamente la amortiguación.

—Eso me temía. ¿Cuánto necesitamos?

—Otros diez megatones.

Morgan halló cierta sombría satisfacción en la cifra. Se aproximaba mucho al cálculo que había hecho, utilizando su intuición de ingeniero y los misteriosos recursos de su subconsciente. La computadora acababa de confirmarlo: tendrían que aumentar en diez

Librodot

millones de toneladas la masa del «ancla» en órbita.

Esa masa no tenía nada de trivial, aun para las normas de movimiento terrestre; equivalían a una esfera rocosa de unos doscientos metros de diámetro. Morgan tuvo una súbita visión de Yakkagala tal como la había visto por última vez, cernida en el cielo de Taprobane. ¡Vaya, levantar esa masa cuarenta mil kilómetros hasta el espacio! Por suerte quizá no fuera necesario; había al menos dos alternativas.

Morgan siempre dejaba que sus subordinados pensaran por cuenta propia; era el único modo de establecer la responsabilidad y le sacaba una buena carga de los hombros; en muchas ocasiones, por otra parte, su personal había llegado a conclusiones que él hubiera podido pasar por alto.

—¿Qué sugieres, Warren? —preguntó tranquilamente.

—Podríamos usar uno de los lanzadores lunares de carga y lanzar diez megatones de roca selenita. Sería un trabajo largo y costoso, y aún necesitaríamos una gran operación con base espacial para atrapar el material y guiarlo hasta la órbita definitiva. También se presentaría un problema psicológico.

—Sí, ya me doy cuenta. No es cosa de provocar otro San Luis Domingo.

San Luis Domimgo era una aldea sudamericana, afortunadamente pequeña, que había recibido una carga a la deriva de metal selenita procesado que debía dirigirse a una estación espacial en órbita baja. Al fallar la guía terminal, aquello terminó en el primer cráter provocado por el hombre, con ciento cincuenta vidas perdidas. Desde entonces, la población terrestre era muy suspicaz cuando se trataba de prácticas celestes de tiro al blanco.

—Mucho mejor es atrapar un asteroide. Estamos investigando a los que están en órbitas adecuadas y ya tenemos tres candidatos provisionales. Lo que necesitamos, en realidad, es uno carbonoso; así podremos utilizarlo para obtener materia prima cuando instalemos la planta procesadora. Es matar dos pájaros de un solo tiro.

—Un tiro bastante largo, pero probablemente es la mejor idea. Olvídate del lanzador lunar; un millón de disparos de diez toneladas detendrían el proyecto durante años. Además, muchos de ellos podrían perderse. Si no encuentras un asteroide lo bastante grande, podemos enviar la masa suplementaria por el mismo ascensor, aunque detesto malgastar tanta energía si lo podemos evitar.

—Puede ser lo más barato. Con la eficacia de las últimas plantas de fusión, costaría sólo veinte dólares de electricidad elevar hasta la órbita una carga de una tonelada.

—¿Estás seguro de esa cifra?

—No hago más que citar exactamente a la Central de Energía.

Morgan guardó silencio por algunos minutos. Al cabo dijo:

—Los ingenieros aeroespaciales me van a odiar de veras.

Y agregó para sí: casi tanto como el venerable Parakarma. No, eso no era justo. El odio era una emoción inaceptable para un verdadero seguidor de la Doctrina. Lo que había visto en los ojos del ex doctor Choam Goldberg era sólo una implacable oposición, pero podía ser igualmente peligrosa que el odio.

21 - DICTAMEN

Una de las más fastidiosas especialidades de Paul Sarath consistía en llamar súbitamente, en tono alegre o sombrío, según el caso, y comenzar la conversación con estas palabras:

—¿Sabes la noticia?

Aunque Rajasinghe se sentía tentado con frecuencia a responder con una frase apta para cualquier caso: «Sí, no me sorprende en absoluto», nunca tuvo el coraje de privar a Paul de su sencillo placer.

—¿De qué se trata, esta vez? —replicó, sin mucho entusiasmo.

—Maxine está por el Global 2, hablando con el senador Collins. Creo que nuestro amigo Morgan está en dificultades. Volveré a llamarte.

Librodot

La excitada imagen de Paul desapareció de la pantalla, reemplazada, pocos segundos después, por la de Maxine Duval, en cuanto Rajasinghe sintonizó el principal canal de informaciones. La mujer estaba sentada en su estudio de costumbre, conversando con el presidente de la Corporación de Construcciones Terráqueas; éste parecía contener a duras penas una indignación probablemente sintética.

—… senador Collins, ahora que la Corte Mundial ha dado su veredicto…

Rajasinghe pasó el programa a «grabado», mientras murmuraba:

—Pensé que no lo darían hasta el viernes… —y agregó, mientras desconectaba el volumen para activar su vínculo privado con Aristóteles—. ¡Dios mío, ya es viernes!

Como de costumbre, Ari acudió a la línea de inmediato.

—Buenos días, Raja. ¿Qué puedo hacer por usted?

Esa hermosa voz, serena, intocada por la glotis humana, no había cambiado en los cuarenta años de su relación. Décadas, tal vez siglos después de la muerte de Rajasinghe, continuaría hablando con otros hombres tal como hablaba con él. Y a propósito, ¿cuántas conversaciones mantenía en ese mismo instante? En otros tiempos, Rajasinghe se deprimía al pensar en eso; pero ya no importaba: no envidiaba en absoluto la inmortalidad de Aristóteles.

—Buenos días, Ari. Quisiera saber el veredicto de la Corte Mundial sobre el caso Corporación de Astroingeniería contra el Vihara de Sri Kanda. Bastará con el resumen; deja el texto completo para después.

—Decisión uno: se confirma a perpetuidad la posesión de los terrenos del templo, bajo la ley mundial y taprobana, según lo codificado en 2085. Veredicto unánime. Decisión dos: la construcción de la propuesta Torre Orbital, con el ruido y la vibración consecuentes y su impacto en un sitio de gran valor histórico y cultural, constituiría un perjuicio particular, lo cual significa un daño según la ley de Agravios. En esta etapa, el interés público no es mérito suficiente para afectar el tema. Veredicto: 4 a 2, una abstención.

—Gracias, Ari. Cancela el texto completo; no me hará falta. Adiós.

Bueno, era eso, tal como él esperaba. Sin embargo, no sabía si debía sentirse aliviado o desilusionado. Puesto que él se arraigaba en el pasado, le complacía que las antiguas tradiciones fueran objeto de cuidado y protección. Si algo le había enseñado la sangrienta historia de la humanidad, era que sólo el individuo importa; por muy excéntricas que sean sus creencias, deben ser salvaguardadas en tanto no entren en conflicto con intereses más amplios, pero igualmente legítimos. ¿Cómo lo decía el viejo poeta? «Eso que llaman Estado no existe». Tal vez era mucho decir, pero resultaba preferible al otro extremo.

Al mismo tiempo, Rajasinghe sentía una leve pena. Se había convencido a medias —¿acaso era mera cooperación con lo inevitable?— de que la fantástica empresa de Morgan era exactamente lo que Taprobane —o tal vez el mundo entero, aunque eso ya caía fuera de su responsabilidad— necesitaba para no hundirse en una cómoda y satisfecha declinación. Pero la Corte acababa de cerrar esa vía, por muchos años al menos.

Se preguntó qué habría dicho Maxine sobre el tema, y encendió la transmisión retenida. En el Global 2, el canal analizador de noticias —que a veces recibía el título de «La Tierra de las Cabezas Parlantes»— el senador Collins seguía tomando impulso.

—… indudablemente en un exceso de autoridad, utilizando los recursos de su división en proyectos que no le conciernen.

—Senador, ¿no le parece que se está mostrando algo legalista? Según entiendo, el hiperfilamento se creó para las construcciones, especialmente para puentes. ¿Acaso esto no es una especie de puente? He oído decir que el doctor Morgan emplea esa analogía, aunque también la de la torre.

—Ahora es usted la legalista, Maxine. Yo prefiero el nombre de «ascensor espacial». Y se equivoca con respecto a los hiperfilamentos; son el resultado de doscientos años de investigación aeroespacial. El hecho de que el descubrimiento final se haya producido en la división Tierra de mi… eh… organización, no tiene importancia, aunque no dejo de estar orgulloso de que mis científicos hayan tomado parte en ello.

Librodot

—¿Considera que todo el proyecto debería pasar a manos de la División Espacio?

—¿Qué proyecto? Se trata únicamente de un estudio, uno de los cientos que están llevándose permanentemente a cabo en la CCT. Nunca he visto siquiera una parte de él, ni tengo interés en verlo… mientras no llegue a la etapa en que sea necesario tomar alguna decisión de importancia.

—Y éste no es el caso.

—Definitivamente no. Mis expertos en transporte espacial dicen que pueden hacerse cargo de todos los aumentos de tránsito previstos, al menos en el futuro previsible.

—¿Lo cual significa, exactamente…?

—Otros veinte años.

—¿Y qué pasará entonces? Según el doctor Morgan, ése es el tiempo que se tardará en construir la torre. Supongamos que no esté lista a tiempo.

—Habrá otra cosa, seguramente. Mi personal está estudiando todas las posibilidades, y no hay ninguna certeza de que el ascensor espacial sea la respuesta justa.

—Sin embargo, ¿la idea es fundamentalmente lógica?

—Parece serlo, aunque se requieren estudios más profundos.

—En ese caso, usted ha de estar agradecido al doctor Morgan por su obra inicial.

—Siento el mayor respeto por el doctor Morgan. Es uno de los ingenieros más brillantes de mi organización, si no del mundo.

—No creo, senador, que eso responda a mi pregunta.

—Muy bien, en verdad me siento agradecido hacia el doctor Morgan por poner ese asunto en nuestro conocimiento. Pero no apruebo el modo en que lo hizo. Si he de ser sincero, trató de obligarme.

—¿Cómo?

—Saliendo de mi organización, que es su propia organización, con lo cual demostró una falta de lealtad. Como resultado de esas maniobras se ha obtenido una decisión adversa de la Corte Mundial, con los inevitables comentarios desfavorables. Dadas las circunstancias, no me quedará sino pedirle, con la mayor pena, que presente su renuncia.

—Gracias, senador Collins. Como siempre, ha sido un placer hablar con usted.

—Ah, dulce mentirosa… —dijo Rajasinghe, mientras apagaba el aparato y atendía la llamada que centelleaba desde hacía un minuto.

—¿Lo has visto todo? —preguntó el profesor Sarath—. Conque ése es el final del doctor Vannevar Morgan.

Rajasinghe miró pensativamente a su viejo amigo durante unos segundos.

—Siempre te gustó sacar conclusiones apresuradas, Paul. ¿Cuánto quieres apostar?

III - LA CAMPANA

22 - APÓSTATA

Llevado a la desesperación por sus inútiles intentos de comprender el universo, el sabio Devadasa acabó por anunciar, exasperado:

—Todas las afirmaciones que contienen la palabra «Dios» son falsas.

De inmediato, el menos favorito entre sus discípulos, Somasiri, replicó:

—La frase que estás pronunciando ahora contiene la palabra Dios. Pero no logro comprender, oh, noble maestro, que esa simple afirmación deba ser falsa.

Devadasa estudió el asunto durante varios *poyas*. Al cabo respondió, esa vez con visible satisfacción:

—Solamente las afirmaciones que no contengan la palabra «Dios» pueden ser ciertas.

Tras una pausa apenas suficiente para que una mangosta hambrienta devorara un grano de mijo, Somasiri replicó:

—Si esa afirmación se aplica a sí misma, oh, Venerable, no puede ser cierta, pues contiene la palabra Dios. Pero si *no* es cierta…

En ese momento, Devadasa rompió su escudilla de limosnas sobre la cabeza de Somasiri; desde entonces fue honrado como el verdadero fundador del Zen.

(De un fragmento del *Culavamsa,* aún no descubierto)

Al caer la tarde, cuando la escalera ya no recibía toda la furia del sol, el venerable Parakarma inició su descenso. Hacia la noche alcanzaría la última de las posadas para peregrinos y al día siguiente estaría de regreso en el mundo de los hombres.

El Maha Thero no le había dado ni consejos ni advertencias. Si la partida de su colega le provocaba alguna pena, no dio señal alguna de eso y se limitó a entonar: «Nada es perdurable»; juntó las manos y le dio su bendición.

El venerable Parakarma, en otros tiempos el doctor Choam Goldberg —y podía volver a serlo—, hubiera tenido grandes dificultades para explicar todos sus motivos. Era fácil decir «la acción correcta», pero difícil descubrirla.

En el Maha Vihara de Sri Kanda había hallado la paz mental, pero eso no bastaba. Dado su adiestramiento científico, ya no se contentaba con aceptar la ambigua actitud de la Orden para con Dios; tal indiferencia había acabado por parecerle peor que la negativa directa.

Si existe algo así como un gen rabínico, el doctor Goldberg lo poseía. Como tantos otros antes que él, Goldberg-Parakarma había buscado a Dios en las matemáticas, sin desalentarse siquiera ante la bomba que Kurt Gódel había hecho estallar en el siglo XX, con el descubrimiento de proposiciones imposibles de decidir. No comprendía que alguien pudiera contemplar la asimetría dinámica de la profunda, bellamente simple fórmula de Euler: $e^{\pi i} + I = 0$

…sin preguntarse si el universo era creación de alguna vasta inteligencia.

Después de hacerse famoso con una nueva teoría cosmológica, la que sobrevivió casi diez años antes de ser refutada, Goldberg fue ampliamente aclamado como otro Einstein u otro N'goya. En una época de superespecialización, también se las compuso para efectuar notables progresos en aero e hidrodinámica, a las que ya se consideraba materias muertas, incapaces de proporcionar nuevas sorpresas.

Entonces, en la plenitud de su capacidad, experimentó una conversión religiosa similar a la de Pascal, aunque sin tantas sugerencias mórbidas. En los diez años siguientes se contentó con perderse en un anonimato color de azafrán, enfocando su brillante inteligencia en cuestiones de doctrina y filosofía. No lamentaba el interludio, y ni siquiera estaba seguro de haber abandonado la Orden. Algún día, tal vez, volvería a pisar aquellas escaleras. Pero los talentos que Dios le había dado volvían a afirmarse; había una obra importante a realizar y necesitaba herramientas que no podía hallar en Sri Kanda… ni tampoco en la Tierra misma, a decir verdad.

Ahora sentía escasa hostilidad hacia Vannevar Morgan. El ingeniero, aunque sin advertirlo, había encendido la chispa; también él era un agente de Dios, a su torpe modo. Sin embargo, el templo debía ser protegido a toda costa. Sobre eso Parakarma estaba implacablemente resuelto, aunque la Rueda del Destino no quisiera devolverle la tranquilidad.

Así, como un nuevo Moisés bajando de la montaña con leyes que cambiarían el destino de los hombres, el venerable Parakarma descendió al mundo al que un día renunciara. Estaba ciego a las bellezas de la tierra y del cielo a su alrededor; pues eran absolutamente triviales comparadas con las que sólo él podía ver, en un ejército de ecuaciones que desfilaba por su mente.

23 - EMBESTIDA CELESTE

—Le diré en qué consiste su dificultad, doctor Morgan —afirmó el hombre de la silla de ruedas—: usted está en el planeta que no le corresponde.

Librodot

Morgan, mirando intencionadamente el sistema de mantenimiento vital de su visitante, retrucó:

—No puedo dejar de pensar que lo mismo puede decirse con respecto a usted.

El vicepresidente de Narodny Marte, sector Inversiones, lanzó una risita entre dientes.

—Al menos yo me iré dentro de una semana otra vez a la Luna, a una gravedad de gente civilizada. Oh, puedo caminar, si es necesario, pero prefiero no hacerlo.

—Si me permite la pregunta, ¿por qué viene a la Tierra?

—Vengo lo menos que puedo, pero alguien tiene que echar un vistazo. Al contrario de lo que piensa la gente, no todo se puede hacer por control remoto. Usted lo sabe, sin duda.

Morgan asintió; eso era muy cierto. Pensó en todas las oportunidades en las que la textura de algún material, el contacto de la roca y el polvo bajo los pies, el olor de la selva o la punzada del rocío sobre el rostro habían desempeñado un papel vital en alguno de sus proyectos. Tal vez algún día esas mismas sensaciones podrían ser transferidas electrónicamente… en realidad, ya lo habían hecho a guisa de experimento, de modo muy tosco y enfrentando enormes costos. Pero la realidad no acepta sustitutos y es necesario cuidarse de las imitaciones.

—Si ha viajado a la Tierra especialmente para verme —replicó Morgan— le agradezco el honor. Pero si piensa ofrecerme un puesto en Marte, pierde su tiempo. Estoy disfrutando de mi jubilación; me encuentro con amigos y parientes que llevo bastantes años sin ver y no tengo intenciones de empezar una carrera nueva.

—Me parece sorprendente; después de todo, usted sólo tiene cincuenta y dos años. ¿En qué piensa ocupar el tiempo?

—Muy sencillo. Podría pasar el resto de mi vida dedicado a diez o doce proyectos. Los antiguos ingenieros, romanos, griegos, incas, siempre me han fascinado, y nunca tuve tiempo para estudiarlos. Se me ha pedido que escriba y que dé un curso en la Universidad Global sobre la ciencia del diseño. Tengo encargado un texto sobre estructuras avanzadas. Quiero desarrollar algunas ideas sobre el uso de elementos activos para corregir las cargas dinámicas: vientos, terremotos, etcétera. Todavía soy asesor de Tectónica General y, además, estoy preparando un informe sobre la administración de la CCT.

—¿Por encargo de quién? Supongo que no será el senador Collins.

—No —respondió Morgan, con una sonrisa ceñuda—. Se me ocurrió que sería… útil. Además, me ayuda a sentirme mejor.

—Sin duda. Pero esas actividades no son creativas, en realidad. Tarde o temprano le resultarán aburridas, como este hermoso escenario noruego. Se cansará tanto de contemplar lagos y abetos como de escribir y hablar. Usted es de esa clase de hombres que nunca son del todo felices, a menos que estén dando forma a su propio universo.

Morgan no respondió. El pronóstico era demasiado acertado como para resultarle cómodo.

—Sospecho que esta de acuerdo conmigo. ¿Qué pensará si le digo que mi banco estaba muy interesado en el proyecto del ascensor espacial?

—Me mostraré escéptico. Cuando acudí a ellos me dijeron que era una buena idea, pero que por el momento no podían invertir dinero en el proyecto. Todos los fondos disponibles eran necesarios para el desarrollo de Marte. Es una historia vieja: lo ayudaremos con gusto cuando no necesite ayuda.

—Eso fue hace un año. Ahora algunos lo han pensado mejor. Nos gustaría que usted construyera ese ascensor espacial… pero no en la Tierra, sino en Marte. ¿Le interesa?

—Podría ser. Continúe.

—Fíjese en las ventajas: sólo un tercio de la gravedad, de modo que las fuerzas involucradas son proporcionalmente menores. La órbita sincrónica es también más próxima; su distancia equivale a la mitad. Por lo tanto, nada más que para empezar, los problemas de ingeniería se verán muy reducidos. Nuestra gente calcula que el sistema de Marte costará la décima parte del terráqueo.

—Es muy posible, aunque debería verificarlo.

Librodot

—Y eso, sólo para empezar. En Marte hay vientos muy fieros, a pesar de la atmósfera escasa, pero tenemos montañas que llegan muy por encima de ellos. Su Sri Kanda mide sólo cinco kilómetros de altura. Nosotros contamos con el monte Pavonis, de veintiún kilómetros, y puesto exactamente sobre el ecuador. Mejor aún, no hay monjes marcianos con contratos a largo plazo instalados en la cima. Y hay otra razón por la que Marte podría ser especial para un ascensor orbital: Deimos está a sólo tres mil kilómetros de la órbita estacionaria. De modo que ya tenemos unos dos millones de megatones ubicados en el lugar exacto para echar el ancla.

—Eso ofrecería algunos interesantes problemas de sincronización, pero ya veo lo que usted quiere decir. Me gustaría conocer a los que idearon todo esto.

—Por el momento no puede; están todos en Marte. Tendrá que ir hasta allá.

—Estoy tentado de hacerlo, pero aún me quedan algunas preguntas.

—Hágalas.

—La Tierra necesita ese ascensor, por todas las razones que usted ha de conocer, sin duda. Pero me parece que Marte se las arreglaría muy bien sin él. Sólo tienen una fracción de nuestro tránsito espacial y la tasa de crecimiento calculada es mucho menor. Francamente, para mí no tiene mucho sentido.

—Estaba esperando que me lo preguntara.

—Bueno, ya lo he hecho.

—¿Oyó hablar del Proyecto Eos?

—Creo que no.

—Eos es «aurora», en griego. Un plan para rejuvenecer a Marte.

—Ah, claro que sí, ya sé. Se basa en la fusión de los casquetes polares; ¿no es así?

—Exacto. Si pudiéramos derretir toda esa agua y el hielo de anhídrido carbónico, pasarían varias cosas. La densidad atmosférica aumentaría hasta permitir a los hombres el trabajo al aire libre, sin trajes espaciales; a largo plazo, hasta podríamos conseguir una atmósfera respirable. Habría corrientes de agua, pequeños mares y, sobre todo, vegetación: los principios de una biótica bien planeada. En un par de siglos, Marte podría ser otro Jardín del Edén. Es el único planeta del sistema solar que podemos transformar con la tecnología conocida; Venus siempre será demasiado caliente.

—¿Y qué tiene que ver el ascensor con todo eso?

—Tenemos que poner en órbita varios millones de toneladas en equipo. La única forma práctica de calentar a Marte es utilizar espejos solares, cuyo diámetro sería de cientos de kilómetros. Y los necesitamos en forma permanente; primero, para derretir los casquetes polares; después, para mantener una temperatura cómoda.

—¿No podrían sacar todo ese material de las minas de los asteroides?

—En parte sí, por supuesto. Pero los mejores espejos para esa función están hechos de sodio, y esa materia escasea mucho en el espacio. Tendremos que sacarlo de las salinas de Tarsis, al pie del Pavonis, con suerte.

—¿Y cuánto tardarán en hacer todo eso?

—Si no se presentan problemas, la primera etapa quedará completada dentro de cincuenta años. Tal vez cuando usted cumpla los cien; tiene un treinta y nueve por ciento de probabilidades, según las tablas actuariales.

Morgan se echó a reír.

—Admiro a quienes saben hacer una investigación a fondo.

—No podríamos sobrevivir en Marte si no prestáramos atención a todos los detalles.

—Bueno, estoy muy impresionado, pero todavía tengo muchas dudas. La financiación, por ejemplo.

—Eso corre por mi cuenta, doctor Morgan. El banquero soy yo; usted es el ingeniero.

—De acuerdo, pero usted parece saber bastante de ingeniería, y yo he tenido que aprender mucho de economía, casi siempre por el camino más difícil. Antes de pensar siquiera en involucrarme en semejante proyecto, me gustaría contar con un presupuesto detallado…

Librodot

—Se lo daremos.

—…y eso es apenas el comienzo. Aunque usted quizá no lo sepa, falta hacer una profunda investigación en cinco o seis terrenos diferentes: producción masiva del hiperfilamento, problemas de estabilidad y manejo… Podría seguir con la lista toda la noche.

—No es necesario; nuestros ingenieros han leído todos sus informes, doctor Morgan. Ellos proponen un experimento a escala reducida para aclarar muchos de los problemas técnicos y para probar la factibilidad del proyecto.

—Sobre eso no caben dudas.

—Estoy de acuerdo, pero se sorprendería al ver la diferencia que representa una pequeña demostración práctica. Le diré lo que nos gustaría hacer. Diseñe el sistema mínimo posible, sólo un cable con una carga de pocos kilogramos. Bájela desde la órbita sincrónica hasta la Tierra. Sí, la Tierra; si funciona aquí, en Marte será más fácil. Después haga subir algo por él, sólo para demostrar que los cohetes están anticuados. El experimento será relativamente barato, proporcionará informaciones esenciales y adiestramiento básico y, desde nuestro punto de vista, ahorrará varios años de discusión. Podemos acudir al Gobierno Mundial, el Fondo Solar y los otros bancos interplanetarios; bastará con enseñarles la demostración.

—Ustedes sí que lo estudiaron todo. ¿Cuándo quiere mi respuesta?

—Dentro de cinco segundos, para serle franco. Pero obviamente no hay urgencia alguna en el asunto. Puede tomarse el tiempo que crea razonable.

—Muy bien. Déme sus estudios, los análisis de costo y todo el material que tenga. Una vez que los haya revisado le daré mi decisión en un plazo de… oh, una semana, a lo sumo.

—Gracias. Aquí tiene mi número; me encontrará a cualquier hora.

Morgan deslizo la tarjeta de identidad del banquero en la ranura correspondiente a la memoria de su comunicador y verificó que apareciera el aviso de «confirmación de entrada» en la pantalla visual. Antes de devolver la tarjeta ya había tomado una decisión.

A menos que hubiera un fallo fundamental en el análisis marciano —y estaba dispuesto a apostar una gran suma a que era correcto—, su retiro había terminado. Solía notar, con cierta diversión, que con frecuencia debía meditar mucho tiempo las decisiones relativamente triviales y, en cambio, no vacilaba un solo instante en las encrucijadas decisivas de su carrera. Siempre sabía qué hacer, y pocas veces se equivocaba.

Sin embargo, a esa altura del juego era mejor no invertir demasiado capital intelectual o emotivo en un proyecto que quizás acabara en la nada. Cuando el banquero estaba ya a mitad de camino en su viaje de regreso a Puerto Serenidad, vía Oslo y Gagarin, a Morgan le era imposible dedicarse a cualquiera de las actividades que había planeado para esa larga noche septentrional: su mente era un torbellino, dedicado a revisar todo el espectro de un futuro súbitamente cambiado.

Tras pasearse algunos minutos sin descanso, tomó asiento ante su escritorio y comenzó a redactar una lista de prioridades, en una especie de orden inverso, es decir, comenzando con los compromisos que podía descartar con mayor facilidad. No pasó mucho tiempo sin que le fuera imposible concentrarse en asuntos tan rutinarios. En lo más profundo de su mente, algo lo perturbaba, tratando de atraer su atención. Cuando trataba de traerlo a la conciencia, se le escapaba instantáneamente, como una palabra familiar momentáneamente olvidada.

Con un suspiro de frustración, apartó la silla del escritorio y salió al balcón que se abría en el muro occidental del hotel. Aunque hacía mucho frío, el aire estaba quieto y la temperatura, bajo cero, era más estimulante que incómoda. El cielo era un resplandor de estrellas. Una media luna amarilla se hundía hacia su imagen reflejada en el fiordo, cuya superficie, de tan oscura e inmóvil, podría haber sido tomada por una lámina de ébano lustrado.

Treinta años antes él había estado en ese mismo lugar, con una muchacha de la que ni siquiera recordaba el aspecto. Los dos celebraban entonces la primera graduación, pero eso era cuanto tenían en común. No fue un amorío muy serio; eran jóvenes, disfrutaban de la mutua compañía, y eso era bastante. Sin embargo, aquel recuerdo casi borrado lo había transportado al fiordo Trollshavn en un momento crucial de su vida. ¿Qué habría pensado

Librodot

aquel joven estudiante de veintidós años, si hubiera podido saber que, en el futuro, sus pasos lo llevarían de regreso hasta ese lugar de no olvidados placeres, tres décadas después?

En la ensoñación de Morgan no había trazas de nostalgia ni de autocompasión; sólo una especie de divertida melancolía. Ni por un instante había lamentado haberse separado amigablemente de Ingrid, sin considerar siquiera la posibilidad de firmar, como se acostumbraba, un contrato por un año. Ella siguió adelante e hizo moderadamente infelices a otros tres hombres, antes de hallar trabajo en la Comisión Lunar; desde entonces, Morgan no sabía nada de ella. Tal vez en ese mismo instante estaba allá, en esa medialuna brillante cuyo color imitaba casi el de su pelo dorado.

Ya bastaba con el pasado: Morgan volvió sus pensamientos hacia el futuro. ¿Dónde estaba Marte? Le avergonzaba admitir que ni siquiera sabía si era visible esa noche. Mientras recorría con la vista el sendero de la eclíptica entre la Luna y el deslumbrante faro de Venus, hasta más allá, nada veía en esa enjoyada profusión que pudiera identificar, sin vacilaciones, con el planeta rojo. Le entusiasmaba pensar que, en un futuro no muy lejano, él, quien nunca había viajado más allá de la órbita lunar, podría estar contemplando con sus propios ojos aquellos magníficos paisajes carmesíes y las lunas diminutas, que recorrían velozmente todas sus fases.

En ese momento el sueño se derrumbó. Morgan permaneció paralizado por un instante; en seguida entró corriendo al hotel, olvidado del esplendor nocturno.

En su habitación no había ningún tablero de fines generales, de modo que tuvo que bajar hasta el vestíbulo para conseguir la información requerida. Como era de esperar, el pequeño recinto estaba ocupado por una anciana; la señora tardó tanto tiempo en encontrar su dato que Morgan estuvo a punto de llamar a la puerta. Pero después de todo la grandísima haragana salió de la cabina, murmurando una disculpa, y Morgan quedó frente a frente con el arte y el conocimiento acumulado de toda la humanidad.

En sus días de estudiante había ganado varios campeonatos, corriendo contra reloj para pescar oscuras informaciones en listas preparadas a propósito por los jueces, con sádico ingenio. Una de las que recordaba con mayor afecto era: «¿Cuál fue la lluvia caída en la capital del estado más pequeño del mundo, en el día en que hubo mayor número de carreras completas en el béisbol universitario?». Su habilidad había aumentado con los años, y se trataba de una pregunta directa. La respuesta apareció en treinta segundos, con más detalles de los que necesitaba.

Morgan estudió la pantalla durante un minuto; después sacudió la cabeza, aturdido y lleno de sorpresa.

—¡No es posible que hayan pasado por alto justamente esto! —murmuró—. Pero ¿qué pueden hacer por solucionarlo?

Oprimió el botón de «copia archivable» y llevó la delgada hoja de papel a su habitación, para estudiarla con más detalle. El problema era tan sorprendentemente obvio que se preguntaba si no habría pasado por alto alguna solución también evidente. ¿No pasaría por tonto si tocaba el tema? Sin embargo, no había salida posible.

Consultó su reloj; ya era más de medianoche. Pero eso era algo que necesitaba solucionar de inmediato. Para alivio de Morgan, el banquero no había pulsado el botón de «no molestar». Contestó inmediatamente, con voz algo sorprendida.

—Espero no haberlo despertado —dijo Morgan, no del todo sincero.

—No; estamos a punto de aterrizar en Gagarin. ¿Qué problema tiene?

—Unas diez terratoneladas que se mueven a dos kilómetros por segundo. El satélite interior, Phobos. Es una aplanadora cósmica que pasaría junto al ascensor cada once horas. No he calculado las probabilidades exactas, pero se produciría inevitablemente una colisión cada pocos días.

Hubo un largo silencio al otro lado del circuito. Al fin el banquero dijo:

—Yo mismo pude haberlo pensado. Por lo tanto ha de haber una respuesta. Quizá tengamos que trasladar a Phobos.

Librodot

—Imposible; su masa es demasiado grande.

—Tendré que llamar a Marte. La demora cronológica es de doce minutos, por el momento. Dentro de una hora tendré una respuesta.

Eso espero, se dijo Morgan. Y ojalá sea buena… es decir, si es que quiero ese trabajo.

24 - EL DEDO DEL SEÑOR

La *Dendrobium macarthiae* solía florecer con la llegada del monzón sudoeste, pero ese año estaba adelantada. Mientras Johan Rajasinghe, en su invernáculo de orquídeas, admiraba los intrincados capullos de color violeta rosado, recordó que en la temporada anterior se había visto atrapado en un chaparrón torrencial durante media hora, mientras examinaba los primeros pimpollos.

Miró ansiosamente al cielo. No, había poco peligro de lluvia. Era un día hermoso, con ligeras y altas bandas de nubes que moderaban la fiereza del sol. Pero aquello era extraño… Rajasinghe nunca había visto nada parecido. En lo alto, casi en dirección vertical, los planos de nubes paralelas se quebraban ante una perturbación circular. Parecía una pequeña tormenta ciclónica, de pocos kilómetros de diámetro, pero al verla Rajasinghe pensó en algo completamente distinto: en un nudo que se abriera paso en la veta de una tabla bien pulida. Abandonó sus amadas orquídeas y salió al aire libre para ver mejor aquel fenómeno.

El pequeño remolino se movía lentamente por el cielo, dejando claramente indicado su paso en la distorsión de los bancos nubosos. Era fácil imaginar que el dedo del Señor se alargaba desde el cielo, trazando un surco entre las nubes. Hasta Rajasinghe, que comprendía los fundamentos del control meteorológico, no sabía que fuera posible tanta precisión; sin embargo, podía enorgullecerse modestamente del papel que había jugado en ese logro, hacia casi cuarenta años.

No había sido fácil persuadir a las superpotencias sobrevivientes para que cedieran sus fortalezas orbitales a la Autoridad Meteorológica Mundial, en un acto que representaba —si acaso se podía extender tanto la metáfora— el último y más dramático ejemplo de cómo se podían convertir las espadas en arados. Ahora, los rayos láser que en otros tiempos amenazaran a la humanidad se orientaban a secciones bien escogidas de la atmósfera, o a zonas de absorción calórica situadas en remotas regiones de la Tierra. La energía que contenían era nimia comparada con la de la más discreta tormenta, pero también lo es la energía de la piedra desprendida que provoca una avalancha, o el simple neutrón que inicia una reacción en cadena.

Aparte de eso, Rajasinghe nada sabía de los detalles técnicos, salvo que se necesitaban redes de satélites monitores y computadoras, que conservaban en sus cerebros electrónicos un modelo completo de la atmósfera terrestre, las superficies y los mares. Con el asombrado recogimiento de un salvaje que contemplara las maravillas de alguna tecnología avanzada, observó el pequeño ciclón que avanzaba decididamente hacia el oeste, hasta que desapareció bajo la grácil hilera de palmas, tras las murallas del Jardín de las Delicias.

Entonces levantó la vista hacia los invisibles ingenieros y científicos que corrían en torno al mundo, en sus Edenes edificados por el hombre.

—Impresionante —dijo—. Pero espero que ustedes sepan muy bien lo que están haciendo.

25 - RULETA EN ÓRBITA

—Debí haberlo adivinado —dijo el banquero, rencoroso—. Estaba en uno de esos apéndices técnicos que jamás leo. Y ahora que usted ha visto todo el informe, quisiera saber la respuesta. Me ha tenido preocupado desde que presentó el problema.

—Es más que obvio —respondió Morgan—. Yo también debí haberlo pensado.

Y lo hubiera hecho… a su debido tiempo, se dijo, con un justo grado de confianza en sí mismo. Su ojo mental volvió a ver aquellos simulacros electrónicos de toda la estructura,

Librodot

vibrando como una cósmica cuerda de violín, en tanto las vibraciones horarias corrían de Tierra a órbita y volvían, reflejadas. Superpuesta a esa imagen, vio por centésima vez la rayada película del puente danzante. Allí tenía todas las claves necesarias.

—Phobos pasa junto a la torre cada once horas y diez minutos, pero, por suerte, no se mueve en el mismo plano; de lo contrario tendríamos una colisión cada vez que pasara. En la mayor parte de sus revoluciones no tocaría el ascensor, y las oportunidades peligrosas son exactamente predecibles, hasta en milésimas de segundos, si se quiere. Ahora bien, el ascensor, como cualquier obra de ingeniería, no es una estructura completamente rígida. Tiene períodos de vibración natural, que se pueden calcular casi con la misma exactitud que las órbitas planetarias. Por lo tanto, lo que sus ingenieros proponen es «afinar» el ascensor, de modo tal que sus oscilaciones normales, de cualquier modo inevitables, lo mantengan siempre apartado de Phobos. Cada vez que el satélite pasa junto a la estructura, ésta no se encuentra allí: ha esquivado la zona de peligro por unos cuantos kilómetros.

Hubo una larga pausa al otro lado del circuito.

—No debiera decirlo —dijo por fin el marciano—, pero se me han puesto los pelos de punta.

Morgan se echó a reír.

—Dicho así parece… cómo se llama… una ruleta rusa. Pero recuerde que estamos manejando movimientos exactamente predecibles. Siempre sabemos dónde estará Phobos y podemos controlar los desplazamientos de la torre, por el sencillo medio de arreglar los horarios del tránsito.

La palabra «sencillo» no era muy adecuada, según pensó Morgan, pero estaba a la vista que era posible. Y en ese momento se le ocurrió una analogía, tan perfecta, pero tan incongruente, que estuvo a punto de estallar en una carcajada. No, no sería buena idea utilizarla con el banquero.

Una vez más volvía al puente de Tacoma Narrows, pero en esa oportunidad en un mundo de fantasía. Se trataba de un barco que debía pasar por debajo del puente, a horarios perfectamente regulares. Por desgracia, el mástil era un metro más largo de lo debido.

No había problemas. Justo antes de que llegara se enviaban unos cuantos camiones pesados a toda carrera por el puente, a intervalos cuidadosamente calculados para que concordaran con su frecuencia de resonancia. Una suave ondulación correría por la ruta, entre muelle y muelle; su punto más alto coincidiría con la llegada del buque, y así el mástil se deslizaría por debajo, con unos cuantos centímetros de sobra… Eso, en una escala miles de veces mayor, era lo que haría la estructura del ascensor para esquivar a Phobos.

—Me alegro de que usted lo confirme —dijo el banquero—, pero creo que, antes de hacer un viaje en ascensor, voy a verificar la posición de Phobos.

—En ese caso, le sorprenderá saber que uno de sus brillantes jóvenes… son brillantes, sin duda, y supongo que son jóvenes por su audacia técnica… Uno de ellos quiere utilizar los períodos críticos como atracción turística. Creen poder cobrar un sobreprecio por ver a Phobos pasar por allí, al alcance de la mano, a dos mil kilómetros por hora. Un buen espectáculo, ¿no le parece?

—Prefiero imaginarlo, pero tal vez tanga razón. De cualquier manera, me alegro de que haya una solución. También me alegro de saber que usted aprueba el talento de nuestros ingenieros. ¿Eso significa que podremos contar pronto con una decisión?

—Ahora mismo —dijo Morgan—. ¿Cuándo empezamos la obra?

26 - LA VÍSPERA DE VESAK

Después de veintisiete siglos, aquél seguía siendo el día más reverenciado del calendario taprobano. En el plenilunio de mayo, según la leyenda, el Buda había nacido, había alcanzado la iluminación y había muerto. Aunque para la mayor parte de la gente, Vesak ya no significaba más que esa otra gran fiesta anual, la Navidad, seguía siendo un momento para la

Librodot

meditación y la tranquilidad.

Durante muchos años el Control de Monzones se había encargado de que no lloviera en las noches de Vesak, ni tampoco en la víspera ni al día siguiente. Por un tiempo casi igualmente largo, Rajasinghe había acudido a la Ciudad Real dos días antes de la luna llena, en un peregrinaje que le refrescaba año tras año el espíritu. En cambio, evitaba el Vesak propiamente dicho; ese día Ranapura estaba atestado de visitantes, algunos de los cuales no dejarían de reconocerlo y perturbarían su soledad.

Sólo la vista más aguda hubiera podido notar que esa inmensa luna amarilla, al elevarse por encima de las cúpulas con la forma de campana de las antiguas *dagobas*, no era todavía un círculo perfecto. Daba una luz tan intensa que sólo unos pocos satélites y estrellas resultaban visibles en el cielo despejado. Y no había siquiera un soplo de viento.

Dos veces, se decía, se detuvo Kalidasa en esa ruta, al abandonar Ranapura para siempre. La primera pausa fue ante la tumba de Hanuman, el amado compañero de su niñez; la segunda, ante el templo del Buda Moribundo. Rajasinghe se preguntaba con frecuencia qué solaz había encontrado el monarca condenado; tal vez se hubiera detenido en ese mismo lugar, pues era el mejor punto desde el cual observar la enorme figura tallada en la sólida roca. La forma reclinada tenía proporciones tan perfectas, que era necesario llegar hasta sus pies para apreciar su verdadero tamaño. Desde cierta distancia era imposible notar que la almohada sobre la cual descansaba la cabeza de Buda superaba, en sí, la altura de un hombre.

Aunque Rajasinghe había visto gran parte del mundo, no conocía otro sitio tan lleno de paz. A veces tenía la sensación de que hubiera podido permanecer allí sentado por toda la eternidad, bajo la luna cegadora, completamente ajeno a las preocupaciones y los torbellinos de la vida. Nunca había tratado de sondear mucho la magia del Templo, por temor a destruirla, pero algunos de sus elementos eran bastante obvios. La misma postura del Iluminado, que descansaba al fin con los ojos cerrados tras una vida larga y noble, irradiaba serenidad. Las líneas de la túnica resultaban sumamente tranquilizantes y restauradoras a quien las contemplaba; parecían fluir desde la roca, formando ondas de piedra helada. Y el ritmo natural de las curvas, con las olas del mar, apelaba a instintos de los que nada sabía la mente racional.

En momentos como ése, ajeno al fluir del tiempo, a solas con el Buda y la luna casi llena, Rajasinghe sentía que al fin le era comprensible el significado del Nirvana, ese estado que sólo se puede definir con negativas: emociones tales como el enojo, el deseo o la lujuria no tenían ya poder; en realidad, apenas eran concebibles. Hasta el sentido de la identidad personal parecía borrarse, como la niebla ante el sol matinal.

No podía durar, por supuesto. Al fin cobró conciencia del zumbar de los insectos, el ladrido lejano de los perros, la fría dureza de la piedra sobre la cual estaba sentado. La serenidad no es un estado de ánimo que pueda prolongarse por mucho tiempo. Con un suspiro, Rajasinghe se levantó y echó a andar hacia su coche, estacionado a cien metros del templo.

Cuando estaba subiendo al vehículo reparó en el pequeño parche blanco, tan nítidamente definido que parecía pintado en el cielo; se elevaba por sobre los árboles hacia el oeste. Era la nube más peculiar entre las que Rajasinghe había visto en su vida: un elipsoide perfectamente simétrico, tan agudo en sus contornos que parecía casi sólido. Acaso alguien volaba en avión por los cielos de Taprobane; pero no se veían aletas ni le llegaba el ruido de los motores.

Entonces, por un fugaz momento, tuvo una ocurrencia mucho más descabellada: los estelandeses habían llegado, por fin…

Era absurdo, por supuesto. Aun si hubieran logrado adelantarse a sus propias señales de radio, difícilmente habrían podido atravesar todo el sistema solar —¡y descender a los cielos de la Tierra!— sin poner en funcionamiento a todos los radares de tránsito en existencia. La noticia habría circulado muchas horas antes.

Para su propia sorpresa, Rajasinghe sintió cierta desilusión. Y entonces, mientras la aparición se acercaba, vio que era, indudablemente, una nube, pues empezaba a desgastarse

Librodot

un poco en los bordes. Su velocidad resultaba impresionante; parecía arrastrada por un viento particular, del que no había rastros al nivel del suelo.

Conque los científicos de Control de Monzones estaban otra vez en eso, probando su dominio de los vientos. Y Rajasinghe se preguntó qué se les ocurriría a continuación.

27 - ESTACIÓN ASHOKA

¡Qué diminuta parecía la isla desde esa altura! Treinta y seis mil kilómetros más abajo, cabalgando sobre el ecuador, Taprobane se veía apenas más grande que la Luna. Todo el país resultaba demasiado pequeño como blanco; sin embargo, hacia allí apuntaba: hacia una zona central no mayor que una pista de tenis.

Aun entonces Morgan no estaba del todo seguro sobre sus motivos. A guisa de demostración, hubiera sido lo mismo operar desde la estación Kinte hacia el Kilimanjaro o el monte Kenia. El hecho de que Kinte fuera uno de los puntos más inestables de toda la órbita estacionaria, pues necesitaba impulsos constantes para mantenerse sobre África Central, no importaba en ese caso, pues el experimento duraría pocos días. Por un momento había sentido la tentación de apuntar hacia el Chimborazo; los americanos ofrecían trasladar la estación Colón a su longitud precisa, con grandes gastos. Pero al fin, a pesar de ese aliento, volvió a su objetivo original: Sri Kanda.

Para Morgan era una suerte que, en esa época de decisiones tomadas con el auxilio de las computadoras, se pudiera obtener un dictamen de la Corte Mundial en cuestión de semanas. El *vihara* había protestado, por supuesto. Morgan arguyó entonces que se trataba de un breve experimento científico, que se llevaría a cabo en los terrenos exteriores al templo, sin ruidos, contaminación ambiental ni forma alguna de interferencia; por lo tanto, no habría daño alguno. Si se le impedía realizar aquello, toda su obra anterior estaría en peligro, pues no tendría modo de comprobar la efectividad de sus cálculos, y un proyecto vital para la República de Marte recibiría un severo revés.

El argumento era muy plausible, y el mismo Morgan lo creía en su mayor parte. También los jueces lo creyeron, por cinco a dos. Aunque no debían dejarse influir por tales cosas, la mención de los litigantes marcianos había sido un movimiento inteligente. La República de Marte contaba ya con tres casos complicados en juicio, y la Corte estaba algo cansada de establecer precedentes en la ley interplanetaria.

Pero Morgan sabía, con la fría parte analítica de su mente, que no era sólo la lógica lo que guiaba su acción. No era de los que aceptan graciosamente una derrota, y ese gesto de desafío le proporcionaba cierta satisfacción. Y sin embargo, allá muy en lo profundo, rechazaba esos motivos caprichosos; un gesto tan de escolar no era digno de él. En realidad, lo que hacía era reconstruir la seguridad en sí mismo y reafirmar su fe en el éxito final. Sin saber cómo ni cuándo, estaba proclamando al mundo y a los tozudos monjes encerrados tras sus antiguas murallas, «Volveré».

La estación *Ashoka* controlaba virtualmente todas las comunicaciones, la meteorología, el manejo ambiental y el tránsito aéreo de la región Catay-India. Si alguna vez dejaba de funcionar, mil millones de vidas se verían amenazadas con el desastre; si sus servicios no se restauraban cuanto antes, la amenaza era de muerte. No era de extrañar que Ashoka contara con dos subsatélites totalmente independientes: *Bhaba* y *Sarabhai*, que distaban cien kilómetros de ella. Aun si alguna catástrofe inconcebible destruyera a las tres estaciones, *Kinte* e *Imhotep* hacia el oeste, o *Confucio* al este, podían hacerse cargo para salvar la emergencia. Los seres humanos habían aprendido penosamente a no poner todos los huevos en una sola canasta.

Allí, a tanta distancia de la Tierra, no había turistas, gente de vacaciones o pasajeros en tránsito; todos ellos hacían sus negocios o gozaban de la vista sin apartarse sino unos miles de kilómetros, y dejaban la alta órbita geosincrónica a los científicos e ingenieros; pero nadie había visitado nunca Ashoka con una misión tan poco habitual ni con tan extraño equipo.

Librodot

La clave de la Operación Telaraña flotaba en esos momentos en una de las cámaras medianas de la estación, esperando la verificación final antes del lanzamiento. En ella no había nada espectacular, y su aspecto no sugería los años de trabajo ni los millones invertidos en su fabricación.

Se trataba de un cono gris opaco, de cuatro metros de longitud y dos de diámetro en su base, al parecer hecho de metal sólido; hacía falta examinarlo desde muy cerca para notar la fibra bien ceñida que cubría toda la superficie. En realidad, aparte de un eje central y de las bandas de plástico que separaban los cientos de capas, el cono estaba hecho de solamente una hebra de hiperfilamento, más gruesa en un extremo que en el otro: cuarenta mil kilómetros de hebra.

Para la construcción de ese cono gris, tan poco impresionante, se habían revivido dos tecnologías obsoletas y totalmente distintas. Hacía trescientos años, los telégrafos submarinos habían comenzado a operar a través de los lechos oceánicos; los hombres perdieron fortunas antes de dominar el arte de enroscar miles de kilómetros de cable y desenroscarlo después de modo parejo de continente a continente, a pesar de las tormentas y todos los azares del mar. Un siglo después, algunas de las primeras armas guiadas fueron controladas por finos alambres que se desenroscaban a medida que éstas volaban a su objetivo, a pocos cientos de kilómetros por hora. Morgan intentaba alcanzar mil veces la distancia lograda por esas reliquias del Museo de Guerra y cincuenta veces su velocidad. Sin embargo, contaba con ciertas ventajas. Su proyectil operaría en un vacío perfecto, salvo los últimos cien kilómetros, y su blanco no podía efectuar una acción evasiva.

La jefe de Operaciones del Proyecto Telaraña atrajo la atención de Morgan con una tosecilla algo azorada.

—Todavía tenemos un pequeño problema, doctor —dijo—. Tenemos confianza en el descenso; todas las pruebas y los simulacros de computadora son satisfactorios, como usted ha visto. Lo que preocupa a la Sección de Seguridad de la estación es cómo vamos a recoger la hebra.

Morgan parpadeó rápidamente; había pensado my poco en la cuestión, pues parecía obvio que recoger el filamento sería un problema trivial, comparado con el de soltarlo. Sin duda, bastaría con un torno eléctricamente operado, dotado de las modificaciones especiales necesarias para manejar un material tan fino y de grosor variable. Pero sabía que en el espacio no se puede dar nada por seguro; la intuición, especialmente la intuición de un ingeniero acostumbrado a trabajar en tierra, puede ser una guía traicionera.

—Veamos: cuando terminen las pruebas cortamos el extremo terráqueo y Ashoka empieza a recoger el filamento. Naturalmente, cuando uno tira de un extremo, tratándose de cuarenta mil kilómetros de línea, no pasa nada, por muy fuerte que sea el tirón. Haría falta medio día para que el impulso llegara al otro extremo y todo el sistema empezará a moverse. De modo que se mantiene la tensión y… ¡Oh!

—Alguien hizo unos cuantos cálculos —continuó la ingeniero—, y se dio cuenta de que, cuando al fin logremos velocidad, tendremos varias toneladas dirigidas hacia la estación a mil kilómetros por hora. Eso no les gustó nada.

—Comprendo. ¿Qué quieren que hagamos?

—Programar un recogido más lento, con impulso controlado. Si ocurre lo peor, harán que salgamos de la estación para efectuar el enrosque.

—¿Y eso retrasará la operación?

—No, hemos elaborado un plan de contingencia para sacarlo de la escotilla en cinco minutos, si llegara el caso.

—¿Y podrán recobrarlo con facilidad?

—Por supuesto.

—Espero que tengan razón. Esa línea de pesca costó mucho dinero… y quiero volver a usarla.

Pero ¿dónde?, se preguntaba Morgan, en tanto contemplaba la Tierra, una lenta hoz

Librodot

menguante. Tal vez seria mejor completar primero el proyecto de Marte, aunque representara varios años de exilio. Una vez que Pavonis estuviera operando normalmente, la Tierra tenía que seguir el ejemplo; Morgan no dudaba de que, de algún modo, los últimos obstáculos serían superados.

Entonces, el abismo que ahora estaba contemplando quedaría franqueado, y se eclipsaría por completo la fama que Gustave Eiffel había ganado hacia ya tres siglos.

28 - EL PRIMER DESCENSO

Durante otros veinte minutos, al menos, no se podría ver nada. De cualquier modo, todos cuantos no eran indispensables en la cabina de mandos estaban ya fuera, con la vista clavada en el cielo. Hasta a Morgan le costaba resistir el impulso, y se pasaba todo el tiempo arrimándose a la puerta.

A pocos metros de él estaba el último camarógrafo de Maxine Duval, un brioso joven de veintiocho o veintinueve años. Sobre los hombros llevaba las herramientas habituales de su oficio: cámaras gemelas dispuestas al modo tradicional, «la derecha hacia adelante, la izquierda hacia atrás»; por encima, una pequeña esfera, no más grande que una uva. La antena instalada dentro de esa esfera estaba haciendo cosas muy inteligentes a varios miles de veces por segundo, y se mantenía siempre ligada al satélite de comunicaciones más cercano, por muchas payasadas que hiciera su portador. En el otro extremo del circuito, cómodamente sentada en su estudio, Maxine Duval veía por los ojos de su distante *alter ego* y escuchaba con sus oídos, sin necesidad de esforzar sus propios pulmones en el aire helado. Esta vez ella llevaba la mejor parte, aunque no siempre era así.

Morgan había aceptado aquel arreglo con cierta resistencia. Sabía que se trataba de una oportunidad histórica y aceptó la promesa de Maxine: «Mi camarógrafo no les estorbará». Pero también tenía aguda conciencia de todo lo que podía salir mal en un experimento tan novedoso, especialmente durante los últimos cientos de kilómetros, al entrar en la atmósfera. Por otra parte, también sabía que podía confiar en que Maxine no hiciera sensacionalismos con el triunfo ni con el fracaso.

Como todo gran periodista, Maxine Duval no se mostraba emotivamente libre de los sucesos que observaba. Era capaz de proporcionar todos los puntos de vista, sin distorsionar ni omitir hechos que considerara esenciales; empero no hacía el menor esfuerzo por ocultar sus propios sentimientos, aunque no les permitiera entrometerse. Ella admiraba profundamente a Morgan, con el envidioso respeto de quien carece de toda verdadera habilidad creativa. Desde la construcción del Puente de Gibraltar esperaba ver lo que el ingeniero haría a continuación, y no se sentía desilusionada. Pero aunque deseaba que Morgan tuviera suerte, él no le gustaba. En su opinión, lo dominaba una ambición demasiado implacable, lo cual lo hacía supra e infrahumano a la vez. Y no podía evitar el compararlo con su suplente: Warren Kingsley. Ése sí era una persona gentil y totalmente agradable —«Y mejor ingeniero que yo», le había dicho Morgan una vez, serio más que a medias—, pero nadie oiría jamás hablar de Warren; él sería siempre un opaco y fiel satélite de su deslumbrante jefe. En realidad, estaba perfectamente satisfecho de que así fuera.

Fue Warren quien explicó pacientemente a Maxine los mecanismos del descenso, de sorprendente complejidad. A primera vista parecía muy sencillo dejar caer algo en línea recta hasta el ecuador, desde un satélite que pendía inmóvil por encima de ese punto. Pero la astrodinámica está llena de paradojas; si uno trata de aminorar la velocidad, se mueve más de prisa. Si toma la ruta más corta, consume más combustible. Si apunta en una dirección, viaja en otra… Y eso cuando sólo se trata de campos gravitatorios. En ese caso, la situación era mucho más complicada. Nadie había intentado, hasta entonces, gobernar una sonda espacial que arrastrara tras de sí cuarenta mil kilómetros de alambre. Pero el programa Ashoka había funcionado perfectamente hasta llegar al borde de la atmósfera; dentro de pocos minutos, el operador de Sri Kanda se encargaría de la fase final. No era extraño que Morgan pareciera

Librodot

tenso.

—Van —dijo Maxine por el circuito privado, con voz suave pero firme—, deja de chuparte el dedo. Pareces un bebé.

La expresión de Morgan reveló indignación, sorpresa después, y acabó por relajarse en una risa algo avergonzada.

—Gracias por el aviso —dijo—. Sería horrible arruinar mi imagen pública.

Contempló con divertido rencor la articulación faltante, preguntándose cuándo dejaría de encontrarse con supuestos graciosos que le dijeran: «¡Ja! ¡El ingeniero atrapado en su propias redes!». Después de tanto advertir a otros, había acabado por descuidarse y se había cortado al demostrar las propiedades del hiperfilamento. No hubo casi dolor, y pocos inconvenientes. Algún día haría algo por solucionarlo; por el momento no podía permitirse el pasar toda una semana conectado a un regenerador de órgano, sólo por dos centímetros de pulgar.

—Altitud dos cinco cero —dijo una voz tranquila e impersonal, desde la cabina de control—. Velocidad de la sonda uno uno seis cero metros por segundo. Tensión del cable noventa por ciento nominal. El paracaídas se desplegará dentro de dos minutos.

Después de su momentáneo descanso, Morgan volvía a ponerse tenso y alerta. Como un boxeador, pensó Maxine Duval, que observa a un adversario desconocido, pero peligroso.

—¿Cuál es la situación del viento? —preguntó él, bruscamente.

Otra voz respondió, en un tono nada impersonal:

—No lo puedo creer —dijo, preocupada—, pero Control de Monzones acaba de lanzar un aviso de vientos fuertes.

—Éste no es momento para bromas.

—No están bromeando; acabo de verificar la información.

—¡Pero si aseguraron que no habría vientos superiores a los treinta kilómetros por hora!

—Acaban de elevarse hasta sesenta… Corrijo: ochenta. Algo anda muy mal…

Eso diría yo, murmuró la Duval para sí. En seguida indicó a sus ojos y oídos distantes:

—Desaparece entre el andamiaje; los molestarás si estás cerca. Pero no te pierdas nada.

Mientras dejaba que su camarógrafo se las ingeniara para cumplir esas órdenes contradictorias, conecto su excelente servicio de informaciones. En menos de treinta segundos descubrió cuál era la estación meteorológica responsable del clima en la zona de Taprobane. Y resultó frustrante, aunque no sorprendente, enterarse de que no aceptaba llamadas del público en general.

Mientras dejaba que su competente personal franqueara ese obstáculo volvió a conectar con la montaña, y quedó atónita al comprobar que, en ese breve intervalo, las condiciones habían empeorado muchísimo.

El cielo estaba más oscuro; los micrófonos captaban el leve y lejano rugido del huracán. Maxine Duval había visto cambios semejantes en el mar, y más de una vez los había aprovechado al participar en carreras por el océano. Pero tanta mala suerte era increíble; simpatizaba con Morgan, cuyo sueños y esperanzas podían verse barridos por ese viento no planeado, imposible.

—Altitud dos cero cero. Velocidad de sonda uno uno cinco metros por segundo. Tensión noventa y cinco por ciento nominal.

De modo que la tensión aumentaba, y en más de un sentido. Ya era imposible suspender el experimento. Morgan tendría que seguir, simplemente, y esperar que todo saliera lo mejor posible. Maxine hubiera querido hablarle, pero no cometió el error de interrumpirlo en medio de esa crisis.

—Altitud uno nueve cero. Velocidad uno uno cero cero Tensión ciento cinco por ciento. Primer despliegue de paracaídas… ¡Ya!

Bueno, la sonda estaba ya atrapada por la atmósfera terrestre. El resto de combustible debía ser utilizado para guiarla hacia la red que esperaba para atraparla, extendida en el flanco de la montaña. Los cables que sostenían la red se estremecían ante el vendaval que tiraba de ellos.

Morgan salió abruptamente de la cabina para mirar hacia el cielo. Después se volvió

directamente hacia la cámara.

—Pase lo que pase, Maxine —dijo, lenta y cautelosamente—, la prueba ya ha tenido éxito en un noventa y cinco por ciento. No, noventa y nueve. Ha bajado treinta y seis mil kilómetros; faltan solo doscientos.

Maxine Duval no respondió. Sabía que aquellas palabras no estaban dirigidas a ella sino a la silueta que ocupaba una complicada silla de ruedas, fuera de la cabaña. El vehículo delataba a su ocupante: sólo un visitante extraterrestre podía necesitar semejante artefacto. Los médicos eran ya capaces de curar virtualmente todos los defectos musculares, pero los físicos no podían curar la gravedad.

¡Cuántas potencias, cuántos intereses estaban concentrados, en esos momentos, en la cima de la montaña! Las fuerzas mismas de la naturaleza: el Banco de Narodny Marte, la República Nordafricana Autónoma, Vannevar Morgan —que no era en sí una fuerza natural— y aquellos monjes, gentilmente implacables, en su aguilera barrida por los vientos.

Maxine Duval susurró instrucciones a su paciente camarógrafo y la cámara se alzó poco a poco. Allí estaba la cumbre, coronada por las deslumbrantes paredes blancas del templo. Aquí y allá, a lo largo de sus parapetos, se podía divisar algún flameo de túnicas anaranjadas al viento. Tal como ella esperaba, los monjes estaban observando.

Pidió un primer plano, lo bastante cerca como para ver las caras una a una. Aunque no conocía personalmente al Mana Thero —quien había rehusado cortésmente concederle una entrevista—, estaba casi segura de poder identificarlo. Sin embargo no había rastros del prelado; tal vez estaba en el *santasanctorum*, concentrando su formidable voluntad en algún ejercicio espiritual.

Maxine Duval no estaba segura de que el principal adversario de Morgan se permitiera algo tan ingenuo como una plegaria. Pero si realmente había rezado pidiendo esa milagrosa tormenta, su súplica aún esperaba una respuesta. Los dioses de la montaña despertaban de su letargo.

29 - ACERCAMIENTO FINAL

Al acrecentarse la tecnología se incrementaba la vulnerabilidad; el hombre, cuanto más conquista *(sic)* a la Naturaleza, más se arriesga a las catástrofes artificiales. La historia reciente proporciona pruebas suficientes al respecto; por ejemplo, el hundimiento de Marina City (2127), el derrumbe del domo Tycho B (2098), la escapada del témpano árabe que se zafó de las líneas de remolque (2062) y la fusión del reactor de Tor (2009). Sin duda esta lista recibirá agregados impresionantes en el futuro. Tal vez las perspectivas más aterrorizantes son las que involucran factores psicológicos, no sólo tecnológicos. En el pasado, un piloto de bombardero o un francotirador que enloquecieran sólo podían matar a un puñado de personas; hoy en día, un ingeniero demente bien podría asesinar a toda una ciudad. Está bien documentado el caso de la Colonia Espacial II, O'Neill, que en 2047 escapó a duras penas de un desastre similar. Estos incidentes podrían ser evitados, al menos en teoría, con cuidadosos procedimientos de revisión y a prueba de fallos, aunque éstos, con frecuencia, se limitan sólo a la última mitad de su designación.

También existe un tipo de sucesos muy interesante, aunque por suerte bastante raro, en el cual el individuo en cuestión ocupa un puesto de tal eminencia, o tiene poderes tan absolutos que nadie se da cuenta de lo que él hace hasta que resulta ya demasiado tarde. La devastación ocasionada por tales genios locos (parece no haber mejor término para definirlos) puede tener un alcance mundial, como en el caso de A. Hitler (1889-1945). En una sorprendente cantidad de ejemplos no se sabe nada de sus actividades, gracias a una conspiración de silencio entre sus avergonzados padres.

Un ejemplo clásico ha surgido recientemente a la luz con la publicación de las memorias, tan esperadas y tan pospuestas, de la Dama Maxine Duval. Aun ahora, algunos aspectos del asunto no han quedado del todo en claro.

Librodot

(*La civilización y sus descontentos,* J. K. Golitsyn, Praga, 2175)

—Altitud uno cinco cero, velocidad noventa y cinco, repito, noventa y cinco. Pantalla térmica fuera.

Bien, la sonda había entrado indemne en la atmósfera y se desprendía de su velocidad excesiva. Pero era demasiado temprano para alegrarse. No sólo faltaban aún ciento cincuenta kilómetros verticales, sino también trescientos horizontales… con un vendaval aullante que complicaba las cosas. Aunque la sonda contaba aún con una pequeña cantidad de combustible, su libertad de maniobra era muy limitada. Si el operador no acertaba a la montaña en el primer intento, no podría dar la vuelta e intentarlo otra vez.

—Altitud uno dos cero. Todavía no hay efectos atmosféricos.

La pequeña sonda giraba rápidamente hacia abajo, como una araña que descendiera por su hilo de seda. Ojalá les alcance el cable, pensó Maxine para sí. Sería demasiado irritante que se les acabara a pocos kilómetros del blanco. Trescientos años atrás habían ocurrido tragedias similares, con algunos de los primeros cables submarinos.

—Altitud ocho cero. Acercamiento nominal. Tensión ciento por ciento. Algo de resistencia aerodinámica.

La atmósfera superior empezaba a hacerse sentir, aunque por el momento sólo para los sensibles instrumentos del diminuto vehículo.

Un pequeño telescopio a control remoto, instalado sobre el camión de mandos, seguía automáticamente a la sonda todavía invisible. Morgan se dirigió hacia él seguido por el camarógrafo, que parecía su sombra.

—¿Algo a la vista? —susurró tranquilamente Maxine, después de unos cuantos segundos.

Morgan sacudió la cabeza, impaciente, y siguió mirando por la lente.

—Altitud seis cero. Moviéndose a la izquierda. Tensión ciento cinco por ciento; corrijo: ciento diez.

Aún está bien por debajo del límite, pensó Maxine; pero empezaban a ocurrir cosas al otro lado de la estratósfera. Sin duda Morgan ya tenía la sonda a la vista.

—Altitud cinco cinco, dando un impulso de corrección de dos segundos.

—¡Lo tengo! —exclamó Morgan—. ¡Ahí veo el chorro!

—Altitud cinco cero. Tensión cien. Es difícil mantener el curso; algunos golpes de viento.

Era inconcebible que, faltando sólo cincuenta kilómetros, la pequeña sonda no pudiera completar su trayecto de treinta y seis mil. Pero ¿cuántos aviones y espacionaves se habían visto en dificultades al cubrir los últimos metros?

—Altitud cuatro cinco. Vientos fuertes. Otra vez fuera de curso. Impulso de tres segundos.

—La perdí —observó Morgan, disgustado—. Hay nubes en el camino.

—Altitud cuatro cero. Fuertes golpes de viento. Tensión al máximo en uno cincuenta. Repito, uno cincuenta por ciento.

Eso sí andaba mal; Maxine sabía que la tensión de ruptura era de doscientos por ciento. Una fea torsión, y el experimento habría terminado.

—Altitud tres cinco. El viento empeora. Impulso de un segundo. Reserva de combustible casi acabada. La tensión sigue subiendo, hasta uno setenta.

Otro treinta por ciento y hasta esa fibra increíble se rompería, como cualquier material cuando se excede su resistencia.

—Alcance tres cero. Empeora la turbulencia. Fuertes desvíos hacia la izquierda. Imposible calcular la corrección; los movimientos son demasiado erráticos.

—¡La veo! —gritó Morgan—. ¡Está entre las nubes!

—Alcance dos cinco. No alcanza el combustible para volver al curso. Calculo que erraremos por tres kilómetros.

—¡No importa! —gritó Morgan— ¡Estréllela donde pueda!

—Lo antes posible. Alcance dos cero. Aumenta la fuerza del viento. Se pierde estabilidad. La carga empieza a girar.

Librodot

—Suelte el freno. ¡Deje correr el cable!

—Ya está hecho —dijo aquella voz, enloquecedoramente tranquila.

Maxine Duval hubiera podido suponer que se trataba de una máquina parlante, pero sabía que Morgan había pedido un operador de tránsito espacial para esa tarea.

—Falla en la hilera. La carga gira ahora a cinco revoluciones por segundo. Cable probablemente enredado. Tensión uno ocho cero por ciento. Uno nueve cero. Dos cero cero. Alcance uno cinco. Tensión dos uno cero. Dos dos cero. Dos tres cero.

No puede durar mucho más, pensó Maxine Duval. Faltaban sólo doce kilómetros y ese maldito alambre se había enredado en la sonda que giraba a toda velocidad.

—Tensión cero. Repito, cero.

Listo; el alambre se había roto, y en esos instantes estaría serpenteando lentamente hacia las estrellas. Sin duda los operadores de Ashoka volverían a recogerlo, pero Maxine tenía una idea bastante aproximada del asunto como para saber que se trataba de una tarea larga y complicada. Y la pequeña carga se estrellaría en algún punto, entre los campos y las selvas de Taprobane. Sin embargo, tal como había dicho Morgan, la operación había tenido éxito en más de un noventa y cinco por ciento. La próxima vez, cuando no hubiera viento…

—¡Allí está! —gritó alguien.

Acababa de encenderse una estrella deslumbrante, entre dos de los galeones nubosos que surcaban el cielo; parecía un meteorito a la luz del día, en su descenso hacia la Tierra. Irónicamente, como para burlarse de sus constructores, la linterna instalada en la sonda para facilitar la guía en el último tramo se había encendido automáticamente. Bueno, aún serviría para algo: ayudaría en la localización de los restos.

El camarógrafo de Maxine giró lentamente, para que ella pudiera observar la brillante estrella diurna que pasaba más allá de la montaña, desapareciendo en el este; ella calculó que aterrizaría a menos de cinco kilómetros. Entonces dijo:

—Comunícame con el doctor Morgan. Quiero cambiar unas palabras con él.

Pensaba hacer algún comentario optimista, en voz lo bastante alta como para que el banquero marciano pudiera oírla, quería expresar su confianza de que la próxima vez el descenso sería un éxito completo. Aún estaba componiendo el discursito para levantar los ánimos cuando algo se lo borró instantáneamente del cerebro.

En el futuro volvería a observar los sucesos de aquellos treinta minutos siguientes hasta saberlos de memoria. Pero nunca estuvo segura de comprenderlos por entero.

30 - LAS LEGIONES DEL REY

Vannevar Morgan estaba habituado a los reveses y hasta a verdaderos desastres; cabía la esperanza de que aquél no tuviera importancia. Su verdadera preocupación, en tanto contemplaba la luz que se desvanecía sobre el flanco de la montaña, era que Narodny Marte no considerara todo aquello como un derroche de dinero. El rígido observador de la complicada silla de ruedas se había mostrado muy poco parlanchín; la gravedad terráquea parecía inmovilizarle la lengua tanto como los miembros. Pero en esa oportunidad, dirigió la palabra a Morgan antes de que el ingeniero pudiera hablarle.

—Una sola pregunta, doctor. Sé que este vendaval no tiene precedentes, pero sucedió. Por lo tanto, podría volver a ocurrir. ¿Qué pasaría si se presentara… cuando construyamos la Torre?

Morgan pensó de prisa. Era imposible darle una respuesta adecuada tan de pronto, y aún le costaba creer lo ocurrido.

—A lo sumo, tendremos que suspender por un tiempo las operaciones para evitar cualquier distorsión en las guías. Pero a esa altura nunca se producen vientos que puedan poner en peligro la estructura de la Torre en sí. Aun esa fibra experimental hubiera estado perfectamente a salvo si hubiésemos logrado anclarla.

Confiaba en que ese análisis fuera correcto; dentro de pocos minutos Warren Kingsley le

Librodot

haría saber si era cierto o no. Para su alivio, el marciano respondió, con visible satisfacción:

—Gracias, era cuanto quería saber.

Sin embargo, Morgan estaba decidido a dejar grabada la lección.

—Además, en monte Pavonis no podría presentarse un problema así. La densidad atmosférica no alcanza a una centésima…

Llevaba décadas enteras sin oír el ruido que en ese momento se estrelló en sus oídos, pero ningún hombre podría olvidarlo. Su imperioso estampido se impuso al rugir del vendaval, transportando a Morgan a la otra punta del mundo. Ya no estaba en una montaña barrida por el viento, sino bajo la cúpula de Santa Sofía, admirando respetuosamente la obra de unos hombres que habían muerto dieciséis siglos antes. Y en sus oídos sonaba el tañir de la poderosa campana que en otros tiempos convocaba a los fieles para la plegaria.

El recuerdo de Estambul se desvaneció; volvió a encontrarse en la montaña, más confundido y desconcertado que nunca.

¿Qué le había dicho aquel monje? Que el indeseable obsequio de Kalidasa guardaba silencio desde hacía siglos, pues sólo se le permitía hablar en momentos de catástrofe. En ese caso no había desastre alguno; en realidad, desde el punto de vista del monasterio era justamente lo contrario. Por un momento, a Morgan se le ocurrió la molesta posibilidad de que la sonda se hubiera estrellado en los terrenos del templo. No, no era posible; había caído a varios kilómetros de la cumbre. Y de cualquier modo era demasiado pequeña para causar daños graves al caer, medio deslizándose, desde el cielo.

Levantó los ojos hacia el monasterio, donde la voz de la gran campana seguía desafiando al vendaval. Las túnicas anaranjadas habían desaparecido de los parapetos; no se veía a un solo monje.

Algo rozó delicadamente la mejilla de Morgan y él lo apartó con un gesto automático. Hasta pensar era difícil, con ese doloroso palpitar que llenaba el aire y le martilleaba en el cerebro. Tal vez fuera mejor caminar hasta el templo y preguntar cortésmente al Maha Thero qué había ocurrido.

Una vez más se produjo ese contacto suave y sedoso contra su cara; en esa oportunidad divisó algo amarillo en la comisura del ojo. Siempre había sido de reacciones rápidas: echó el manotazo y no falló.

El insecto yacía quebrado en la palma de su mano, cediendo los últimos instantes de su efímera vida bajo la mirada de Morgan. Y el universo que él conociera desde siempre pareció temblar y disolverse a su alrededor. Su milagrosa derrota se convertía en una victoria aún más inexplicable. Sin embargo, no tenía la menor sensación de triunfo; sólo de confusión y aturdimiento.

Pues ahora recordaba la leyenda de las mariposas doradas. Arrastradas por el vendaval, de a cientos y miles, llegaban por el flanco de la montaña para morir en la cumbre. Las legiones de Kalidasa acababan de lograr su meta… y su venganza.

31 - ÉXODO

—¿Qué ha pasado? —preguntó el jeque Abdullah.

Jamas podré responder a esa pregunta, se dijo Morgan, pero replicó:

—La montaña es nuestra, señor presidente. Los monjes ya se están marchando. Es increíble que una leyenda de dos mil años… —y meneó la cabeza, pasmado.

—Si una leyenda cuenta con muchos hombres que crean en ella, se convierte en realidad.

—Supongo que sí. Pero hay mucho más que eso; toda la sucesión de acontecimientos sigue pareciéndome imposible.

—Esa palabra es siempre arriesgada. Permítame contarle una pequeña historia. Un buen amigo mío, un gran científico ya fallecido, solía hostigarme diciendo que la política sólo atrae a las mentes de segundo orden, porque es el arte de lo posible. Los cerebros de primer orden, según afirmaba, sólo se interesan en lo imposible. ¿Y sabe qué le contestaba yo?

Librodot

—No —dijo Morgan, cortés y predecible.

—Es una suerte que seamos tantos, porque alguien tiene que gobernar al mundo. De cualquier modo, si lo imposible ha sucedido, usted debe aceptarlo agradecido.

Lo acepto, pensó Morgan, pero a desgano. Hay algo muy extraño en un universo donde unas cuantas mariposas muertas valen por una torre de un billón de toneladas.

Ademas, allí estaba el irónico papel del venerable Parakarma, quien sin duda se sentía víctima de algún dios malicioso. El administrador de Control de Monzones se había mostrado muy contrito; Morgan aceptó sus disculpas con una bonanza poco habitual. Bien podía creer que el brillante doctor Choam Goldberg había revolucionado la micrometeorología, que nadie sabía en realidad lo que estaba haciendo y que, finalmente, sufrió una especie de colapso nervioso mientras efectuaba sus experimentos. No volvería a ocurrir. Morgan expresó sus esperanzas —bastante sinceras— de que el científico se recobrara; sus restantes instintos de burócrata le hicieron insinuar que, con el correr del tiempo, Control de Monzones podría volver a ofrecerle una oportunidad. El administrador se retiró dándole las gracias, sin duda maravillado ante esa inesperada magnanimidad.

—A propósito —preguntó el jeque—, ¿adonde irán los monjes? Podría ofrecerles hospitalidad aquí. Nuestra cultura siempre ha dado la bienvenida a otros credos.

—No lo sé; el embajador Rajasinghe también lo ignora. Pero me dijo, cuando se lo pregunté: «No les pasará nada malo. Cuando una orden ha vivido frugalmente por tres mil años nunca queda en la miseria».

—¡Hum! Tal vez nos vendría bien parte de su riqueza. Ese pequeño proyecto suyo es más caro cada vez que nos vemos.

—En realidad no es así, señor presidente. Ese último cálculo incluye una cifra puramente contable para operaciones en el espacio profundo, pero Narodny Marte está de acuerdo en financiarlas. Han localizado un asteroide carbonoso y lo pondrán en la órbita terrestre; tienen mucha más experiencia en ese tipo de trabajos, y con eso resolverán uno de nuestros problemas principales.

—¿Qué se sabe del carbón que necesitan para su propia torre?

—En Deimos tienen cantidades ilimitadas, exactamente donde les hace falta. Narodny ya ha iniciado una investigación para descubrir zonas mineras adecuadas, aunque el procesamiento actual tendrá que efectuarse fuera de la Luna.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Debido a la gravedad. Hasta Deimos tiene unos cuantos centímetros cuadrados por segundo. Y para fabricar el hiperfilamento hace falta gravedad cero. No hay otro modo de asegurar una estructura perfectamente cristalina con una organización de alcance suficiente.

—Gracias, Van. ¿No se ofende si le pregunto por qué cambió el diseño original? Me gustaba ese manojo de cuatro tubos, dos hacia arriba y dos hacia abajo. Era como un sistema de subterráneos, algo que yo podía comprender, aunque estuviera a noventa grados de inclinación.

No era la primera vez, ni sería la última, que Morgan se sorprendería ante la memoria del anciano y su captación de los detalles. Nunca se podía dar algo por sentado tratándose de él; aunque a veces preguntaba por pura curiosidad —la traviesa curiosidad de quien no necesita hacer valer su rango—, nunca dejaba pasar algo que tuviera la más leve importancia.

—Temo que nuestra primera idea estaba muy marcada por las técnicas terrestres. Actuábamos como los diseñadores de los primeros automóviles, que seguían fabricando carruajes sin caballo. Ahora nuestro diseño consiste en una torre hueca de forma cuadrada, con una vía sobre cada frente. Puede considerarlo como si fueran cuatro vías de ferrocarril en sentido vertical. Al comenzar, en órbita, mide cuarenta metros de lado, y se reduce a veinte cuando llega a la Tierra.

—Como una estalag… estalac…

—Estalactita. ¡Sí, tuve que mejorarlo! Desde el punto de vista de la ingeniería, se la podría comparar con la vieja Torre de Eiffel… puesta patas arriba y estirada cien mil veces.

Librodot

—¿Tanto?

—Más o menos.

—Bueno, supongo que nada se opone a que las torres cuelguen cabeza abajo.

—También tenemos una hacia arriba, no lo olvide; desde la órbita sincrónica, surgiendo de la masa que mantiene toda la estructura en tensión.

—¿Y la Estación del Medio? Espero que no haya alterado esa parte.

—Sigue en el mismo lugar, a veinticinco mil kilómetros de distancia.

—Bien. Sé que jamás podré llegar hasta allí, pero me gusta pensar en eso… —murmuró algo en árabe—. Hay otra leyenda, ¿sabe? El ataúd de Mahoma, suspendido entre el cielo y la Tierra. Como la Estación del Medio.

—Cuando inauguremos el servicio le daremos un banquete allá, señor presidente.

—Aun si mantienen los plazos proyectados (y admito que en el caso del puente se demoraron sólo un año), por entonces tendré noventa y ocho años. No, no creo que llegue.

Pero yo sí, se dijo Vannevar Morgan. Ahora sé que tengo a los dioses de mi parte, aunque no sé que dioses puedan ser.

IV - LA TORRE

32 - EXPRESO ESPACIAL

—Por favor —rogó Warren Kingsley—, a ver si ahora vas a ser tú el que diga que esto jamás podrá salir de la Tierra.

—Casi lo dije —confesó Morgan, riendo entre dientes, mientras examinaba el modelo en escala natural—. Parece un vagón de ferrocarril puesto de cabeza.

—Esa es, precisamente, la imagen que deseamos dar —respondió Kingsley—. Compras tu pasaje en la estación, registras el equipaje, te instalas en tu silla giratoria y admiras el panorama. También puedes ir al bar-sala de lectura y dedicar las cinco horas siguientes a beber cuanto quieras, hasta que te saquen en vilo en la Estación del Medio. Y ya que estamos, ¿qué opinas de lo pensado por la Sección Diseños? Un decorado estilo Pullman del siglo XIX.

—No me parece gran cosa. Los coches Pullman no tenían cinco pisos circulares, uno sobre el otro.

—Díselo a los de Diseño; están ilusionados con poner luz de gas.

—Si quieren darle un aire antiguo, es más apropiado. Una vez vi una vieja película espacial en el Museo de Arte de Sydney. Había un vehículo de transporte que tenía una sala de observación circular; es justo lo que necesitamos.

—¿Recuerdas el título?

—Oh… déjame pensar… Era algo asi como «La guerra del espacio». La encontrarás, de seguro.

—Diré a los de Diseño que la busquen. Ahora entremos. ¿Quieres un casco?

—No —replicó Morgan, bruscamente. Era una de las pocas ventajas que tenía el ser diez centímetros más bajo con respecto al promedio.

Al entrar en el modelo sintió un entusiasmo casi infantil. Había verificado los diseños, visto las computadoras que jugaban con los gráficos y la distribución; todo le sería perfectamente familiar. Pero aquello era real, sólido. Cierto, jamás abandonaría la Tierra, como decía la vieja broma. Pero algún día sus hermanos idénticos treparían entre las nubes para llegar, en cinco horas, a la Estación del Medio, a veinticinco mil kilómetros de la Tierra. Todo a un dólar de electricidad por pasajero.

Aun ahora resultaba imposible comprender todo el significado de la revolución venidera. Por vez primera, el espacio en sí sería tan accesible como cualquier punto de la superficie de la Tierra. En el plazo de pocas décadas, si un hombre cualquiera deseaba pasar un fin de semana en la Luna, estaría en condiciones de hacerlo. Ni siquiera Marte quedaba fuera de

Librodot

cuestión; ya no había limitaciones a lo posible.

Morgan volvió a la tierra con un fuerte golpe, al tropezar en un sector de alfombra mal colocada.

—Disculpa —dijo su guía—. Ésta es otra idea de Diseño: el verde es para que la gente se acuerde de la Tierra. Los cielos rasos serán azules, más intensos en los pisos superiores. Y quieren instalar luz difusa en todas partes, para que las estrellas sean visibles.

Morgan sacudió la cabeza.

—Es una buena idea, pero no dará resultado. Si la luz es suficiente para leer, el resplandor borrará las estrellas. Haría falta oscurecer por completo una parte de la sala.

—Ya está estudiado para un sector del bar. Puedes pedir tu copa y retirarte tras las cortinas.

Por entonces estaban de pie en el piso más bajo de la cápsula, una sala circular de ocho metros de diámetro y tres de altura. Alrededor había cajas variadas, cilindros y paneles de control con etiquetas tales como «reserva de oxígeno», «batería», «filtro de anhídrido carbónico», «botiquín», «control de temperatura». Todo era, al parecer, provisional, preparado para cambiar de sitio en cualquier momento.

—Cualquiera diría que estamos construyendo una nave espacial —comentó Morgan—. A propósito, ¿cuál es el último cálculo sobre el período de supervivencia?

—Mientras haya energía, al menos una semana, aun con una carga completa de cincuenta pasajeros. En realidad es absurdo, pues un equipo de rescate podría llegar a ellos en tres horas, ya fuera desde la Tierra o desde la Estación del Medio.

—Siempre que no hubiera una catástrofe mayor, como la ruptura de la torre o de las vías.

—En ese caso, no quedaría nadie que rescatar. Pero si se atasca una cápsula por cualquier motivo, a menos que los pasajeros enloquezcan y devoren de una sola vez todas nuestras exquisiteces comprimidas en pastillas, el mayor problema será el aburrimiento.

El segundo piso estaba completamente vacío, desprovisto hasta de instalaciones provisionales. Alguien había marcado con tiza un gran rectángulo en el plástico curvo de la pared, dentro se leía: «¿esclusa aquí?».

—Éste será el cuarto de equipajes… aunque no sabemos si hará falta tanto espacio. Si no, se puede utilizar para acomodar a varios pasajeros más. Ahora bien, el piso que sigue es mucho más interesante.

El tercer piso contenía una docena de sillas como las de los aviones, todas en diferentes diseños; dos estaban ocupadas por maniquíes muy bien hechos, hombre y mujer, que parecían muy aburridos de todo.

—Prácticamente nos hemos decidido por este modelo —explicó Kingsley, señalando una silla giratoria reclinable, muy lujosa, con una mesita adosada—. Pero antes efectuaremos la investigación de costumbre.

Morgan hundió el puño en el tapizado del asiento.

—¿Alguien ha pasado cinco horas sentado aquí? —preguntó.

—Sí, un voluntario de cien kilos. Se levantó sin ampollas. Si alguien presenta quejas, le haremos recordar los primeros días de la aviación, cuando se tardaban cinco horas sólo en cruzar el Pacífico. Además, en casi todo el trayecto se cuenta con la comodidad de la gravedad reducida.

El piso siguiente era casi idéntico, aunque no había sillas en él. Lo cruzaron rápidamente y llegaron al nivel superior, que había recibido, obviamente, la mayor atención de los diseñadores.

El bar parecía casi funcional; en realidad la máquina de café estaba conectada. Por encima, en un marco dorado y lleno de adornos, se veía un antiguo grabado, tan a propósito que Morgan quedó sin aliento. Una enorme luna llena ocupaba el cuadrante superior izquierdo; hacia él corría… un tren en forma de bala, con cuatro coches detrás. Desde las ventanas del compartimento titulado «Primera Clase», varios personajes victorianos con sombreros de copa admiraban el panorama.

—¿Dónde consiguieron eso? —preguntó Morgan, atónito.

Librodot

—Parece que el letrero se volvió a caer —se disculpó Kingsley, buscando debajo del mostrador—. Ah, aquí está.

Y entregó a Morgan una hoja de cartulina sobre la que se leía, en tipos anticuados:

TRENES PROYECTILES HACIA LA LUNA
Grabado para la edición de 1881 de
"DE LA TIERRA A LA LUNA,
directo en 97 horas y 20 minutos,
Y UN VIAJE A SU ALREDEDOR",
de Julio Verne.

—Lamento decir que no lo he leído —dijo Morgan, una vez digerida la información—. A lo mejor me habría ahorrado muchos problemas. Pero me gustaría saber cómo se las ingeniaban, sin rieles…

—No hay que darle mucho crédito a Julio, ni echarle toda la culpa. Ese cuadro no fue hecho en serio; era una broma del artista.

—Bueno, felicita a los de Diseño en mi nombre; ha sido una de sus mejores ideas.

Morgan y Kingsley, abandonando los sueños del pasado, volvieron a la realidad del futuro. Por la amplia ventana de observación, un sistema de proyección trasera proporcionaba una pasmosa vista de la Tierra. Y no era cualquier vista, según notó Morgan con placer, sino la correcta. Aunque Taprobane estaba oculta, naturalmente, por quedar directamente hacia abajo, se veía todo el subcontinente del Indostán hasta las cegadoras nieves del Himalaya.

—¿Sabes? —dijo Morgan de pronto—. Será igual que lo del puente otra vez. La gente viajará sólo por el panorama. La Estación del Medio podría ser la mayor de todas las atracciones turísticas… —echó un vistazo al cielo raso color de azur—. ¿Hay algo que valga la pena ver en el último piso?

—En realidad, no; la compuerta de arriba está terminada, pero todavía no sabemos dónde poner el equipo de mantenimiento vital y los aparatos electrónicos para los mandos de centralización de vías.

—¿Algún problema con eso?

—Con los nuevos imanes, no. Dado el suministro de energía en caída libre, podemos asegurar un espacio muerto de ocho mil kilómetros por hora; un cincuenta por ciento sobre la velocidad máxima de diseño.

Morgan se permitió un suspiro mental de alivio. Era un aspecto en el que se veía imposibilitado de juzgar, y debía confiar por completo en el consejo de otros. Desde el comienzo había sido obvio que sólo algún tipo de propulsión magnética podía operar a tales velocidades; el menor contacto físico —¡a más de un kilómetro por segundo!— resultaría un desastre. Sin embargo, los cuatro pares de ranuras guías que corrían por las caras de la torre tenían tan sólo unos centímetros de espacio libre alrededor de los magnetos; hubo que diseñarlos de tal modo que las enormes fuerzas restauradoras se pusieran instantáneamente en acción para corregir cualquier desvío de la cápsula fuera de la línea central.

Mientras Morgan seguía a Kingsley por la escalera de caracol que ocupaba toda la altura del modelo, un pensamiento sombrío lo asaltó sin previo aviso. Estoy envejeciendo, se dijo; Oh, habría podido subir hasta el sexto piso sin problemas, pero me alegro de que no lo hayamos hecho. Sin embargo, tengo sólo cincuenta y nueve años, y pasarán cinco, por lo menos, aun si todo va bien, antes de que el primer coche de pasajeros suba hasta la Estación del Medio. Después, otros tres años de pruebas, calibración, afinamientos de sistema. Calculemos diez años, para mayor seguridad.

Aunque hacía calor tuvo un súbito escalofrío. Por primera vez se le ocurría que el triunfo sobre el que había puesto su alma podía llegarle demasiado tarde. Y sin darse cuenta apretó con la mano el fino disco metálico oculto bajo su camisa.

Librodot

33 - ALCOR

—¿Por qué ha tardado tanto en venir? —preguntó el doctor Sen, en el tono más apto para dirigirse a un niño retrasado.

—Por lo de siempre —respondió Morgan, mientras deslizaba el pulgar indemne por el cierre de la camisa—. Estaba demasiado ocupado, y cada vez que me sofocaba le echaba la culpa a la altura.

—La altitud era parte del problema, claro. Tendría que hacer revisar a todos los que tiene allá, en la montaña. ¿Cómo pudo pasar por alto algo tan importante?

Cómo, verdaderamente, pensó Morgan con algo de vergüenza.

—Pero esos monjes… —arguyó—. Algunos tienen más de ochenta años. Parecen tan saludables que nunca pensé…

—Los monjes llevan años viviendo allí; están completamente adaptados. Pero usted ha estado subiendo y bajando varias veces por día…

—Oh, dos, a lo sumo.

—…desde el nivel del mar hasta media atmósfera, en pocos minutos. Bueno, el mal no es muy grave, siempre que siga las instrucciones de ahora en adelante. Las mías y las de Alcor.

—¿Alcor?

—Alarma coronaria.

—Oh, uno de esos artefactos.

—Sí, uno de esos artefactos. Salvan unos diez millones de vidas por año. Casi siempre las de funcionarios civiles influyentes, administradores de altos cargos, científicos distinguidos, ingenieros de vanguardia y otros tipos de genio. A veces me pregunto si vale la pena. Quizá la naturaleza está tratando de decirnos algo y no la escuchamos…

—Recuerde su juramento hipocrático, Bill —dijo Morgan con una sonrisa—. Y debe admitir que siempre he hecho lo que usted me indicó. Caramba, no he aumentado ni perdido un kilo en los últimos diez años.

—Hum. Bueno, tengo pacientes peores —repuso el médico, algo ablandado. Revolvió el escritorio y le presentó un gran holobloc—. Elija el que quiera; aquí tiene los modelos comunes. Vienen en el color que prefiera, siempre que sea Rojo Médico.

Morgan hizo aparecer las imágenes y las observó con disgusto.

—¿Dónde tengo que llevar eso? —preguntó—. ¿O tiene que implantarlo?

—No es necesario, al menos por el momento. Dentro de cinco años sí, puede ser, pero tal vez ni siquiera entonces. Le sugiero que comience por este modelo. Se usa bajo el esternón, de modo que no necesita sensores remotos. Después de un tiempo no lo sentirá. Y no le dará molestias, a menos que sea necesario.

—¿Y en ese caso?

—Escuche.

El médico pulsó una de las numerosas llaves de su pupitre y una dulce voz de *mezzosoprano* comentó, como en una conversación:

—Creo que debería sentarse y descansar unos diez minutos.

Tras una breve pausa, prosiguió:

—Sería buena idea acostarse durante media hora.

Otra pausa.

—En cuanto le venga bien, pida una consulta con el doctor Sen.

Después:

—Por favor, tome en seguida una de las pildoras rojas.

—He llamado a la ambulancia; acuéstese y descanse. Todo saldrá bien.

A continuación Morgan estuvo a punto de llevarse las manos a los oídos para evitar aquel silbido penetrante:

—Ésta es una alarma de Alcor. Por favor, quienquiera que esté al alcance de mi voz, acuda inmediatamente. Ésta es una alarma de Alcor. Por favor…

Librodot

—Creo que ya se puede hacer una idea —dijo el médico, devolviendo el silencio a su consultorio—. Naturalmente, los programas y las respuestas se hacen a medida para cada paciente. Y la variedad de voces es muy amplia, incluyendo algunas famosas.

—Ésa me vendrá muy bien. ¿Cuándo tendrá lista mi unidad?

—Lo llamaré dentro de tres días, más o menos. Ah, sí: esas unidades de uso pectoral tienen una ventaja que no le he dicho.

—¿Cuál?

—Uno de mis pacientes es buen tenista. Dice que cuando se abre la camisa, la vista de esa cajita roja tiene un efecto devastador en el juego de su adversario…

34 - VÉRTIGO

Hubo un tiempo en el cual una de las tareas más livianas —y a veces más pesadas— de todo hombre civilizado era la actualización periódica de su libreta de direcciones. El código universal lo había hecho innecesario, puesto que cuando se conocía el número de identificación permanente de una persona, era posible localizarla en cuestión de segundos. Aun si se ignoraba ese número, el programa común de investigación solía descubrirlo con bastante prontitud, dados la fecha aproximada de nacimiento, su profesión y algunos otros detalles. Había demoras, claro está, si el nombre en cuestión fuera Smith, Pérez o Muhammad…

El desarrollo de los sistemas globales de información también había vuelto anticuada otra tarea fastidiosa. Bastaba con hacer una anotación especial junto a los nombres de los amigos que uno deseaba saludar en ocasión de su cumpleaños o de otros aniversarios, y la computadora doméstica se encargaba del resto. En el día correspondiente —a menos que alguien cometiera un estúpido error de programación, cosa frecuente—, el mensaje salía automáticamente irradiado hacia su destinatario. Y aun si el receptor era lo bastante astuto como para sospechar que las cálidas palabras grabadas en su pantalla se debían puramente a la electrónica, puesto que el remitente nominal no había pensado en él en los últimos años, el gesto era siempre bienvenido.

Pero la misma tecnología que eliminaba una serie de tareas, creaba otras aún más exigentes. Entre éstas, la más importante era, tal vez, el trazado del Perfil de Aficiones Personales.

Casi todos actualizaban su PAP el día de Año Nuevo, o para su cumpleaños. La lista de Morgan contenía cincuenta artículos, pero sabía de personas que los anotaban por cientos. Seguramente pasaban todas sus horas de vigilia luchando con el suministro de informaciones, a menos que fueran de esos chiflados que solían programar la Alerta de Noticias de sus pupitres con las clásicas improbabilidades:

Dinosaurio, Huevos, incubación de / Círculo, cuadratura del / Atlántida, reemergencia de / Cristo, segunda venida de / Lago Ness, Monstruo, captura del / o también Mundo, fin del.

Por lo común, el egocentrismo y las necesidades profesionales hacían que el propio nombre del suscriptor fuera el primer artículo de la lista. Morgan no era excepción a la regla, pero las entradas siguientes eran algo fuera de lo común:

Torre Orbital / Torre Espacial / Torre (geo)sincrónica / Ascensor Espacial / Ascensor Orbital / Ascensor (geo)sincrónico.

Estos nombres cubrían casi todas las variaciones utilizadas por los medios de información. Morgan estaba así seguro de ver, al menos, un noventa por ciento de los artículos relacionados con su proyecto. La gran mayoría se reducía a trivialidades, y a veces eso le inducía a preguntarse si valía la pena buscarlos. Después de todo, los que realmente importaban le llegarían sin pérdida de tiempo.

Ese día estaba aun frotándose los ojos y la cama acababa de retirarse hacia el interior de la pared de su modesto apartamento, cuando se encendió el Alerta de su pupitre. Mientras oprimía simultáneamente los botones de Café y Lectura, aguardó la primera sensación del día.

Librodot

«La torre orbital en la piqueta», decía el titular.

—¿Transmito el contenido? —preguntó el pupitre.

—¡Por supuesto! —replicó Morgan, instantáneamente despabilado.

Durante los segundos siguientes, en tanto leía el texto, su humor cambió de la incredulidad a la indignación, para volver finalmente a preocuparse. Envió todo el conjunto de noticias a Warren Kingsley, con un mensaje que rezaba: «Por favor, llama lo antes posible», y se sentó a desayunar, aún echando chispas.

En menos de cinco minutos apareció Kingsley en la pantalla.

—Bueno, Van —dijo, con humorística resignación—, después de todo hemos tenido suerte. Le llevó cinco años meterse con nosotros.

—¡Es lo más ridículo que he oído en mi vida! ¿Quieres que lo pasemos por alto? Si le contestamos, no haremos más que darle publicidad. Y eso es exactamente lo que él desea.

Kingsley asintió.

—Sería la mejor política por el momento; no hay que exagerar la reacción. Pero al mismo tiempo puede tener razón.

—¿Qué quieres decir?

Kingsley se había puesto serio de pronto; hasta parecía algo incómodo.

—No hay sólo problemas de ingeniería, sino también problemas psicológicos —dijo—. Piénsalo. Nos veremos en la oficina.

La imagen se desvaneció en la pantalla, dejando a Morgan en un estado mental algo abatido. Estaba acostumbrado a las críticas y sabía como manejarlas; en realidad, hasta disfrutaba del intercambio técnico con sus pares, y pocas veces se preocupaba cuando perdía la discusión. Pero no era tan fácil entenderse con el Pato Donald.

Ése no era su verdadero nombre, por supuesto, pero el doctor Donald Bickerstaff era dueño de un tipo especial de indignante negativismo, que a veces recordaba a aquel mitológico personaje del siglo XX. Se había especializado —tras una carrera suficiente, ya que no brillante— en matemáticas puras; sus bienes consistían en un aspecto impresionante, una voz meliflua y una inconmovible fe en su capacidad para juzgar cualquier tema científico. En su propio terreno era bastante apto, por cierto; Morgan recordaba con placer una conferencia al estilo antiguo que el doctor había dado una vez en el Instituto Real; después de asistir a ella, Morgan había sido casi capaz durante una completa semana de comprender las peculiares propiedades de los números transfinitos.

Por desgracia, Bickerstaff no conocía sus propios límites. Aunque tenía una devota corte de fanáticos que se suscribian a su servicio de información —en tiempos anteriores se le habría tildado de divulgador científico—, también tenía un círculo de críticos aun más amplio. Los más amables consideraban que estaba instruido por encima de su capacidad. Los otros lo tildaban de idiota autoencumbrado. Era una pena, pensaba Morgan, no poder encerrar a Bickerstaff con el doctor Goldberg-Parakarma; tal vez se aniquilaran mutuamente como el electrón y el positrón, pues el genio de uno cancelaría la fundamental estupidez del otro. Esa inconmovible estupidez contra la cual, según se lamentaba Goethe, los mismos dioses luchan en vano. Puesto que ya no había dioses disponibles, Morgan comprendió que debería tomar la tarea en sus manos. Y aunque tenía cosas mucho mejores que hacer, tal vez su misma comicidad fuera un alivio. Ademas, contaba con un precedente inspirador…

En el cuarto del hotel que, desde hacía una década, constituía uno de los cuatro hogares provisionales de Morgan, había pocos cuadros. El más importante era una fotografía tan bien trucada que algunos de sus visitantes quedaban convencidos de la autenticidad de todos sus componentes. El elemento principal era aquel gracioso buque de vapor, bellamente restaurado, antepasado de cuanto navío quiso llamarse a partir de entonces «moderno». A su lado, de pie en el muelle al cual el barco había sido devuelto milagrosamente, un siglo y cuarto después de su bautismo, estaba el doctor Morgan. Tenía la cabeza levantada hacia las tallas que decoraban la proa. Y a pocos metros de distancia, mirando burlonamente al ingeniero, se veía a Isambard Kingdom Brunel, con las manos en los bolsillos y el cigarro

Librodot

bien sujeto en la boca, vestido con un traje muy arrugado y salpicado de lodo.

Todos los elementos de la foto eran bien reales: en verdad, Morgan había estado de pie junto al *Great Britain* en un día soleado, un año después de terminar el Puente de Gibraltar. Pero Brunel estaba en 1857, aguardando todavía la botadura de su último y más famoso leviatán, cuyas desventuras le quebrantarían el cuerpo y el espíritu.

La fotografía era un regalo recibido por Morgan al cumplir cincuenta años y constituía una de sus más preciadas posesiones. Sus colegas se la habían obsequiado a manera de broma simpática, puesto que era bien conocida la admiración de Morgan por el más grande ingeniero del siglo XIX. Sin embargo, a veces se preguntaba si aquella idea no había sido más justa de lo que ellos creían. El *Great Britain* había devorado a su creador. Y quizá la torre hiciera otro tanto con él mismo.

Brunel había estado rodeado por Patos Donald, por supuesto. El más persistente fue un tal doctor Dionisio Lardner, quien había probado, más allá de toda duda, que ningún barco de vapor podría jamás cruzar el Atlántico. Todo ingeniero puede refutar las críticas basadas en errores de concepto o en simples fallos de cálculo, pero el argumento del Pato Donald era más sutil, y no tan fácil de rebatir. Morgan recordó súbitamente que su héroe se había enfrentado a algo muy similar, tres siglos antes.

Tendió la mano hacia su pequeña y valiosísima colección de libros auténticos y tomó el que había leído, tal vez, con más frecuencia: *Isambard Kingdom Brunel*, la clásica biografía de Rolt. Al hojear las manoseadas páginas halló en seguida el detalle que se agitaba entre sus recuerdos.

Brunel había planeado un túnel de ferrocarril que se prolongaría casi tres kilómetros: un concepto «monstruoso y extraordinario, sumamente peligroso e impracticable». Resultaba inconcebible, decían los críticos, que los seres humanos toleraran la prueba de fuego de pasar por sus estigias profundidades. «Nadie desearía verse apartado de la luz solar, con la conciencia de tener encima un peso de tierra suficiente para aplastarlo en caso de accidente… El ruido de dos trenes al cruzarse destrozaría los nervios… Nadie aceptaría cruzarlo dos veces…».

Todo era muy familiar. El lema de los Lardner y los Bickerstaff parecía ser: «Nada se hará por primera vez».

Sin embargo, a veces tenían razón, siquiera por obra de las leyes del azar. El Pato Donald lo decía como si fuera algo razonable. Comenzaba diciendo —en un despliegue de modestia tan desacostumbrado como espurio— que no pretendía criticar los aspectos de ingeniería del ascensor espacial, sino sólo los problemas psicológicos que presentaría. Se los podía resumir en una sola palabra: vértigo. El ser humano normal, señalaba, tiene un justificado temor a los sitios altos; tan sólo los acróbatas y los equilibristas son inmunes a esa reacción natural. La estructura mas alta de la Tierra no alcanzaba los cinco kilómetros… y no eran muchos los que querrían ser llevados verticalmente por los soportes del Puente de Gibraltar.

Sin embargo, eso no era nada comparado con las horribles perspectivas de la Torre Orbital.

—Quién no se ha detenido —declamaba Bickerstaff— al pie de algún edificio inmenso para levantar la vista por el precipicio de su fachada, hasta tener la sensación de que se precipita sobre uno. Ahora imaginemos un edificio semejante que siguiera y siguiera por entre las nubes, hasta la negrura del espacio, atravesando la ionósfera y las órbitas de las grandes estaciones espaciales, hasta cubrir gran parte de la distancia a la Luna. Es un triunfo de la ingeniería, sin duda, pero una pesadilla psicológica. Sugiero que algunos enloquecerían sólo al pensarlo. Y ¿cuántos podrían enfrentarse a la horrible prueba del viaje… siempre hacia arriba, suspendido en el espacio vacío, en los veinticinco mil kilómetros que nos separan de la Estación del Medio?

»No servirá de nada argumentar que cualquier individuo común puede subir a mayor altura con una nave espacial. En ese caso, la situación es por completo diferente, como lo es también en cualquier vuelo atmosférico. El hombre normal no siente vértigo ni siquiera en la canastilla abierta de un globo que flota en el aire a pocos kilómetros de altura. Pero pongámoslo al

Librodot

borde de un precipicio, con la misma altitud, y estudiemos sus reacciones en ese caso.

»El motivo de esta diferencia es muy simple. En un avión no existe ningún vínculo físico entre el observador y el suelo. Por lo tanto, está psicológicamente separado de la tierra sólida y dura. Ya no siente el terror de la caída; puede contemplar paisajes diminutos y remotos que nunca se atrevería a observar desde un sitio elevado. Esa independencia física salvadora es precisamente lo que le falta al Ascensor Espacial. El indefenso pasajero, rápidamente trasladado por la faz de esa gigantesta torre, tendrá perfecta conciencia de su vínculo con la Tierra. Por lo tanto, no hay garantías de que nadie pueda sobrevivir a esa experiencia, como no esté drogado o anestesiado. Desafío al doctor Morgan a darme una respuesta».

El doctor Morgan estaba todavía pensando en posibles respuestas —ninguna de ellas cortés—, cuando la pantalla volvió a encenderse por una llamada recibida. Al oprimir el botón de aceptación no le sorprendió en absoluto encontrarse ante el rostro de Maxine Duval.

—Bueno, Van —dijo, sin preámbulos—, ¿qué piensas hacer?

—La tentación es tremenda, pero no creo que deba discutir con ese idiota. A propósito, ¿crees que alguna organización aeroespacial le ha pagado para eso?

—Mis hombres siguen investigando; si descubren algo te lo haré saber. Por mi parte, creo que obra por cuenta propia; reconozco la marca del artículo auténtico. Pero todavía no me has contestado.

—Es que no estoy decidido. Todavía no he digerido el desayuno. ¿Qué me aconsejas tú?

—Muy sencillo: prepara una demostración. ¿Cuándo podrías hacerla?

—Si todo sale bien, dentro de cinco años.

—Eso es ridículo. Ya tienes el primer cable instalado.

—Cable no: cinta.

—No me vengas con tonterías. ¿Qué carga puede transportar?

—Oh… En el extremo terrestre, apenas quinientas toneladas.

—Ya está. Propon al Pato Donald que dé un paseo.

—No podría garantizar que saliera con vida…

—Y a mí, ¿podrías?

—Oye… no hablas en serio, ¿verdad?

—Siempre hablo en serio a esta hora de la mañana. De cualquier modo, es hora de que vuelva a ocuparme de la Torre. Ese modelo de cápsula es muy bonito, pero no sirve para nada. Mis espectadores quieren acción, y también yo. La última vez que nos vimos me mostraste dibujos de esos carritos que utilizarán los ingenieros para subir y bajar por los cables… digo, por las cintas. ¿Cómo se llaman?

—Arañas.

—Uf, cierto. Me fascinaba la idea. Es algo que nunca hasta ahora había sido posible. Por vez primera podemos sentarnos en el cielo, inmóviles, y hasta por encima de la atmósfera, y contemplar la Tierra allá abajo. Es algo que ninguna nave espacial puede hacer. Quisiera ser la primera en describir esas sensaciones. Y, al mismo tiempo, cortarle las alas al Pato Donald.

Morgan aguardó unos cinco segundos, sin apartar los ojos de los de Maxine, antes de resolver que hablaba muy en serio.

—Comprendo —dijo al fin, cansado— que una pobre periodista principiante, tratando desesperadamente de ganar fama, se precipite ante semejante oportunidad. Y no quiero cortar de raíz una carrera prometedora; pero mi respuesta es, definitivamente, no.

La decana de los periodistas emitió varias palabras muy poco dignas de una dama y hasta de un caballero, de las que no suelen transmitirse en los circuitos públicos.

—Antes de que te estrangule con tu propio hiperfilamento, Van —prosiguió—, ¿por qué no?

—Es que si algo saliera mal… no podría perdonármelo.

—Nada de lágrimas de cocodrilo. Reconozco que mi temprano fallecimiento sería una terrible tragedia para tu proyecto. Pero no pienso ir mientras no hagas todas las pruebas necesarias y estemos seguros de que hay un ciento por ciento de garantías.

Librodot

—Se parecería demasiado a un truco sensacionalista.

—«¿Y qué?», como decían los victorianos. ¿O eran los isabelinos?

—Oye, Maxine, acaban de anunciar que se hundió Nueva Zelanda; deben necesitarte en el estudio. Pero gracias por tu generoso ofrecimiento.

—Doctor Vannevar Morgan… Sé muy bien por qué me rechazas: quieres ser el primero tú mismo.

—Como decían los victorianos: «¿y qué?».

—Acuso el golpe. Pero te lo prevengo, Vannevar: en cuanto tengas una de esas arañas en funcionamiento volverás a saber de mí.

Morgan sacudió la cabeza.

—Lo siento, Maxine —respondió—, pero no hay nada que hacer.

35 - EL VELERO ESTELAR MÁS OCHENTA

(Extraído de *Dios y Estelandia*, Mandala Press, Moscú, 2149)

Hace exactamente ochenta años, la sonda interestelar robótica a la que ahora conocemos como Velero Estelar entró al sistema solar y mantuvo su breve pero histórico diálogo con la raza humana. Por vez primera sabíamos lo que siempre habíamos sospechado: que la nuestra no era la única raza inteligente del universo, y que entre las estrellas había civilizaciones mucho más antiguas; tal vez, mucho más sabias.

Después de ese encuentro nada volvería a ser igual. Sin embargo, paradójicamente, muchos aspectos cambiaron muy poco. La humanidad sigue ocupándose de lo suyo, más o menos como siempre. ¿Con cuánta frecuencia nos detenemos a pensar que los estelandeses, allá en su propio planeta, están enterados de nuestra existencia desde hace veintiocho años? ¿Pensamos acaso que faltan otros veinticuatro para que recibamos, casi con seguridad, sus primeros mensajes directos? ¿Y si ya estuvieran en camino, como aseguran algunos?

Los hombres tienen una extraordinaria, tal vez afortunada capacidad para borrar de la conciencia las posibilidades futuras más apabullantes. El granjero romano que araba las laderas del Vesubio no pensaba siquiera en los humos que lanzaba la montaña, allá arriba. La mitad del siglo XX se vivió con la bomba de hidrógeno; la mitad del XXI, con el virus del Gólgota. Nosotros hemos aprendido a vivir con la amenaza —o la promesa— de Estelandia.

El Velero Estelar nos mostró muchos mundos y razas extrañas, pero reveló muy poco sobre tecnología avanzada y tuvo, por lo tanto, un impacto mínimo sobre los aspectos técnicos de nuestra cultura. ¿Fue eso accidental, o el resultado de una política deliberada? Son demasiadas las preguntas que quisiéramos formular al Velero, ahora que ya es demasiado tarde… o aún demasiado temprano.

Por otra parte, lo que hizo fue analizar asuntos de filosofía y religión… y en esos campos su influencia fue profunda. Aunque en las transcripciones no figura esa frase, se le atribuye en general el famoso aforismo: «La creencia en Dios es, al parecer un ardid psicológico en la reproducción de los mamíferos».

Pero… ¿y si fuera verdad? Eso no tiene ninguna importancia en cuanto a la verdadera existencia de Dios, como procederé a demostrar a continuación…

Swami Krisnamurthi (Dr. Choam Goldberg).

36 - EL CIELO CRUEL

La vista podía seguir la longitud de la cinta hasta mucho más lejos de la Tierra, de noche y de día. En el crepúsculo, cuando se encendían las luces de advertencia, se convertía en una fina banda incandescente que se iba perdiendo poco a poco, hasta que, en algún punto indefinido, se confundía contra el fondo de las estrellas.

Era ya la más grande maravilla del mundo. Morgan tuvo que ponerse firme y restringir el acceso al personal esencial de ingeniería, pues había una corriente continua de visitantes

Librodot

—peregrinos, como algunos irónicamente los llamaban— que iban a prestar homenaje al último milagro de la montaña sagrada.

Todos actuaban de la misma forma. Primero tendían una mano para tocar suavemente la banda de cinco centímetros, deslizando los dedos a lo largo con algo que parecía reverencia. Después escuchaban, con la oreja apretada al material frío y pulido de la cinta, como si quisieran captar la música de las esferas. Algunos, en verdad, aseguraban haber percibido una nota baja y profunda, en el límite mismo de lo audible, pero se engañaban a sí mismos. Hasta los más agudos armónicos de la frecuencia natural de la cinta estaban muy por debajo del oído humano. Y algunos se marchaban sacudiendo la cabeza, mientras decían: «Jamás me convencerán de que viaje en eso». Pero eran los mismos que habían hecho idéntica afirmación sobre los cohetes de fusión, la lanzadera espacial, el aeroplano, el automóvil… y hasta la locomotora de vapor.

Para tales escépticos, la respuesta habitual era: «No se preocupe; esto es sólo parte del andamiaje, una de las cuatro cintas que guiarán la Torre hasta la Tierra. El viaje en la estructura terminada será como tomar el ascensor de cualquier edificio alto. Claro que el viaje será más largo… y mucho más cómodo».

El viaje de Maxine Duval, por el contrario, sería muy breve y no especialmente cómodo. Pero Morgan, tras haber capitulado, había hecho lo posible para asegurarse de que fuera tranquilo.

La esmirriada Araña, un vehículo prototipo de prueba que parecía una balsa motorizada, había hecho ya diez o doce ascensos de veinte kilómetros, con una carga dos veces superior a la que ahora llevaría. Se habían producido los habituales problemas de dentición, pero nada serio; las últimas pruebas estuvieron totalmente libres de dificultades. Y ¿qué podía salir mal? Si se producía un fallo en el sistema de energía —cosa casi inconcebible en una batería tan simple—, la gravedad traería a Maxine de regreso, sana y salva, mientras los frenos automáticos limitaban la velocidad de descenso. El único verdadero riesgo consistía en que se trabara el mecanismo de impulso, atrapando a la Araña con su pasajero en la atmósfera superior. Y Morgan tenía respuesta para eso también.

—¿Nada más que quince kilómetros? —había protestado Maxine— ¡Cualquier planeador llega más lejos!

—Pero tú no, si no tienes más que una máscara de oxígeno. Claro, si quieres esperar un año hasta que tengamos la unidad de operaciones, con su sistema de mantenimiento vital…

—¿Qué problemas habría en usar un traje espacial?

Morgan no cedió por buenos motivos. Aunque esperaba que no fuera necesario, tenía lista una pequeña grúa a chorro al pie de Sri Kanda. Sus habilísimos operadores estaban habituados a tareas extrañas, y no tendrían dificultades para rescatar a Maxine, si quedaba varada, aun a veinte kilómetros de altitud Pero no había vehículos que pudieran llegar hasta ella al doble de altura. Después de los cuarenta kilómetros, todo era tierra de nadie; demasiado bajo para los cohetes, demasiado alto para los globos.

En teoría, por supuesto, era posible que un cohete permaneciera suspendido junto a la cinta por unos pocos minutos antes de consumir todo su combustible, pero los problemas de navegación y de contacto con la Araña eran tan horrendos que Morgan ni siquiera se había molestado en estudiarlos. En la vida real no podía suceder, y era de esperar que ningún productor de dramas videográficos lo viera como buen material para una obra de suspenso. Esa publicidad no le hacía ninguna falta.

Maxine Duval tenía todo el aspecto de una típica turista de la Antártida: reluciente en su termotraje de hebra metálica, se dirigió hacia la Araña y el grupo de técnicos que la rodeaba. Había elegido la hora con mucho cuidado; los rayos del sol, una hora después del amanecer, mostrarían el paisaje taprobano en toda su belleza. Su camarógrafo, aún más joven y corpulento que el último, registró la secuencia de hechos para su público de todo el Sistema.

Como de costumbre, todo estaba bien ensayado. Sin movimientos inútiles ni vacilaciones, sujetó las correas, pulsó el botón «carga» de la batería, aspiró profundamente el oxígeno de su

Librodot

máscara y verificó los monitores de todos sus canales de video y sonido. En seguida, como los pilotos de combate en las antiguas películas históricas, levantó el pulgar en un gesto de buen ánimo y echó suavemente hacia el frente el control de velocidad.

Hubo un irónico aplauso entre los ingenieros reunidos, entre los cuales la mayoría había hecho algunos ascensos de unos cuantos kilómetros, por puro gusto. Alguien gritó: «¡Contacto! ¡Parte el ascensor!». Con la velocidad de un ascensor victoriano —aquellos que parecían jaulas de pájaros forjadas en bronce—, la Araña inició su ascenso.

Así debe de ser volar en globo, se dijo Maxine. Suave, silencioso, sin esfuerzo. No, no del todo silencioso; se percibía el suave susurro de los motores que impulsaban las múltiples ruedas, aferradas a la faz plana de la cinta. En cuanto a las vibraciones o balanceos que ella esperaba, no existían; a pesar de su esbeltez, la increíble banda por la que iba subiendo era tan rígida como una barra de acero, y el giróscopo del vehículo la mantenía bien firme. Si cerraba los ojos podía imaginar con facilidad que ya estaba ascendiendo por la torre terminada. Pero no cerraría los ojos, por supuesto; había mucho que mirar y absorber. También había mucho que oír… Era sorprendente lo bien que corría el sonido, pues aún escuchaba con bastante claridad las conversaciones de quienes estaban allá abajo.

Saludó con la mano a Vannevar Morgan y buscó con la vista a Warren Kingsley. Para su sorpresa, no logró encontrarlo; la había ayudado a subir a la Araña, pero ya no estaba allí. Entonces recordó lo que el hombre reconocía con toda franqueza, y a veces casi como si se vanagloriara de ello: el mejor ingeniero en estructuras de todo el mundo no podía soportar la altura.

Todos tenemos algún temor secreto, o quizá no tan secreto. A Maxine no le gustaban las arañas y hubiera preferido que su vehículo se llamara de otro modo; sin embargo, podía entenderse con ellas si llegaba el caso. El animal que no soportaba, aunque se lo había encontrado con frecuencia en sus expediciones submarinas, era el tímido e inofensivo pulpo.

A esa hora, toda la montaña estaba a la vista, aunque desde arriba era imposible apreciar su verdadera altura. Las dos antiguas escaleras que trepaban por su ladera hubieran podido confundirse con dos rutas extrañamente serpenteantes; no mostraban signos de vida en ninguno de sus tramos, hasta donde Maxine podía observar. En realidad, una parte estaba bloqueada por un árbol caído, como si la naturaleza advirtiera a los hombres, después de tres mil años, que estaba a punto de reclamar lo suyo.

Maxine dejó la Cámara Uno apuntada hacia abajo y comenzó a enfocar con la número Dos. Campos y bosques vagaron por la pantalla del monitor; después, las lejanas cúpulas blancas de Ranapura y las aguas oscuras del mar interior. Y al fin estuvo allí Yakkagala…

Tomó un primer plano de la Roca; hasta podía distinguir el vago diseño de las ruinas que cubrían toda la parte superior. El Muro del Espejo aun estaba en sombras, igual que la Galería de las Princesas; de cualquier modo no había la menor posibilidad de verlas desde tanta distancia. Pero la disposición del Jardín de las Delicias, con sus lagos, sus senderos y el gran foso circundante, era claramente visible.

Una hilera de diminutas plumas blancas la desconcertó por un instante; en seguida comprendió que estaba contemplando otro símbolo del desafío de Kalidasa a los dioses: sus mentadas Fuentes del Paraíso. ¿Qué habría pensado el rey, de haber podido ver a Maxine elevándose con tan poco esfuerzo hacia los cielos de sus envidiosos sueños?

Hacía casi un año que no hablaba con el embajador Rajasinghe. En un súbito impulso, llamó a la mansión.

—Hola, Johan —saludó—. ¿Qué te parece esta vista de Yakkagala?

—Conque has convencido a Morgan… ¿Cómo te sientes ahí arriba?

—Exaltada. Es la única palabra para describirlo. Es una sensación que no tiene igual. He volado y viajado en todos los aparatos que puedas mencionar, pero esto es muy distinto.

—«Cabalgar sin riesgo por el cielo cruel».

—¿Qué es eso?

—Un poeta inglés de principios del siglo XX: «No me importa si franqueas los mares o

Librodot

cabalgas sin riesgo por el cielo cruel»…

—Bueno, a mí me importa, y es verdad que no hay riesgos. Ahora puedo ver la isla entera, hasta la costa del Indostán. ¿A qué altura estoy, Van?

—Cerca de los doce kilómetros, Maxine. ¿Tienes bien ajustada la máscara de oxígeno?

—Confirmado. Espero que no apague el sonido de mi voz.

—No te preocupes, sigue siendo inconfundible. Faltan tres kilómetros.

—¿Cuánto combustible queda en el tanque?

—Suficiente. Y si tratas de subir a más de quince, utilizaré mi autoridad para traerte de regreso.

—Ni lo pienso. Y a proposito, felicitaciones. Ésta es una excelente plataforma de observación. Puedes tener aspirantes a hacer el viaje haciendo cola.

—Ya lo pensamos; la gente de los satélites de comunicación y meteorología ya está haciendo ofertas. Podemos proporcionarles transmisores y sensores a la altura que deseen, y todo ayudará a cubrir los gastos.

—¡Te veo! —exclamó Rajasinghe, de pronto—. Acabo de captar tu reflejo en la pantalla Ahora estas agitando el brazo. ¿No te sientes sola, allá arriba?

Por un momento se produjo un silencio muy poco habitual. En seguida, Maxine Duval respondió serenamente:

—No tan solo como debió sentirse Yuri Gagarin, a cien kilómetros más. Van, has dado al mundo algo nuevo. Tal vez el cielo es todavía cruel, pero tú lo has domado. Quizá haya personas que jamás puedan atreverse a hacer este viaje; les tengo mucha lástima.

37 - UN DIAMANTE DE UN BILLÓN DE TONELADAS

En los últimos siete años se habían hecho muchas cosas, pero todavía quedaba mucho por hacer. Se habían movido montañas… o al menos asteroides. La Tierra tenía una segunda luna natural, que giraba sobre la altitud sincrónica. Medía menos de un kilómetro de diámetro y se estaba achicando rápidamente, a medida que se la despojaba del carbón y otros elementos ligeros. El resto, el centro de hierro, los residuos y la escoria industrial, formarían el contrapeso destinado a mantener a la Torre en tensión. Sería como una piedra en una honda de cuarenta mil kilómetros, que ahora giraba con el planeta una vez cada veinticuatro horas.

Cincuenta kilómetros más al este de la Estación Ashoka flotaba el inmenso complejo industrial que procesaba aquellos megatones de materia prima —carentes de peso, pero no de masa—, convirtiéndolos en hiperfilamento. Como el producto final consistía en más de un noventa por ciento de carbón, cuyos átomos estaban dispuestos en una exacta y cristalina red, la torre había adquirido un sobrenombre popular: «El diamante de un billón de toneladas». La Asociación de Joyeros de Amsterdam había señalado, agriamente, que: 1) el hiperfilamento no era diamante ni nada parecido; 2) si lo era, la Torre pesaba 5×10^5 quilates.

Quilates o toneladas, esas enormes cantidades de materia habían exigido al máximo los recursos de las colonias espaciales y la habilidad de los técnicos. En las minas automáticas, las plantas de producción y los sistemas de armado en gravedad cero resumían gran parte del genio mecánico de la raza humana, dolorosamente adquirido en doscientos años de tareas espaciales. Muy pronto todos los componentes de la Torre —unas cuantas unidades fabricadas por millones— serían reunidos en enormes montones flotantes, a la espera de los operarios robóticos.

Así la Torre crecería en dos direcciones opuestas: hacia la Tierra y, simultáneamente, hacia la masa orbital que servía de ancla; todo el proceso debía ser ajustado de forma tal que se mantuviera siempre en equilibrio. Su sección transversal decrecía parejamente desde la órbita, donde estaría bajo la máxima tensión, hasta la Tierra; también decrecería hacia el contrapeso de anclaje.

Cuando la tarea estuviera terminada, toda la construcción sería lanzada en una órbita de transferencia a Marte. Era parte del contrato que había provocado rencores entre los políticos

Librodot

y financieros terrícolas, ahora que, tardíamente, comprendían todo el potencial del ascensor.

Los marcianos habían conseguido una verdadera ganga. Aunque debían esperar otros cinco años antes de obtener alguna ventaja de su inversión, acabarían teniendo un verdadero monopolio de la construcción por diez años más, tal vez. Morgan tenía la astuta sospecha de que la torre de Pavonis sería sólo la primera de muchas. Marte parecía hecho a propósito como sede de sistemas de ascensores espaciales, y sus enérgicos ocupantes no perderían la oportunidad. Si lograban hacer de su mundo el centro del comercio interplanetario en los años venideros, mejor para ellos. Morgan tenía otros problemas de los que ocuparse, y algunos de ellos seguían sin solución.

La Torre, a pesar de su asombroso tamaño, era apenas el soporte de algo mucho más complejo. Por sus cuatro costados debían correr treinta y seis mil kilómetros de vías, capaces de operar a velocidades nunca intentadas hasta entonces. Era necesario propulsar toda esa longitud mediante cables superconductores conectados a grandes generadores de fusión, y controlar todo el sistema con una increíble red de computación a prueba de fallos.

La Terminal Superior, donde pasajeros y carga serían trasbordados entre la Torre y la nave espacial allí atracada, era en sí un proyecto considerable. Lo mismo podía decirse de la Estación del Medio. Y otro tanto de la Terminal Terráquea, que ahora se estaba excavando, a fuerza de rayos láser, en el corazón de la montaña sagrada. Y además de todo eso, la Operación Limpieza.

Durante doscientos años se habían acumulado en la órbita terrestre satélites de todas formas y tamaños, desde tuercas y tornillos sueltos hasta aldeas espaciales completas. Todo lo que quedara por debajo de la altura máxima de la torre, en cualquier momento, creaba ahora un posible riesgo y era necesario tenerlo en cuenta. Las tres cuartas partes de ese material se reducía a desechos abandonados, olvidados en su mayoría. Ahora era necesario localizarlos y deshacerse de ellos.

Afortunadamente, las viejas fortalezas orbitales estaban muy bien equipadas para esa tarea. Los radares, diseñados para localizar el ingreso de misiles a distancias extremas sin previo aviso, detectaban con facilidad los escombros de la primera época espacial. A continuación, los rayos láser desintegraban los satélites más pequeños; en cuanto a los más grandes, eran llevados a órbitas más altas, donde no pudieran causar daños. Algunos, dotados de interés histórico, volvían a la Tierra. Durante esta operación se produjeron varias sorpresas; por ejemplo, aparecieron los cadáveres de tres astronautas chinos que habían perecido en alguna misión secreta, así como varios satélites de reconocimiento, construidos con una mezcla de componentes tan ingeniosa que resultó imposible averiguar qué país los había lanzado. Naturalmente importaba ya muy poco, desde que tenían al menos cien años de antigüedad.

La multitud de satélites activos y estaciones espaciales —obligados, por motivos de operación, a permanecer próximos a la Tierra— debieron ser cuidadosamente revisados en relación con sus órbitas, que fueron modificadas en algunos casos. Por supuesto, nada podía hacerse con los impredecibles visitantes que podían llegar en cualquier momento desde los límites exteriores del sistema solar; la Torre, como todas las creaciones de la humanidad, estaría expuesta a los meteoritos. Varias veces por día, la red de sismógrafos detectaba el impacto de algunos miligramos; una o dos veces por año se producirían daños estructurales sin importancia. Y tarde o temprano, en los siglos por venir, podía presentarse algún gigante que inutilizara una o dos vías por un tiempo. En el peor de los casos, la Torre podía cortarse en algún punto de su extensión.

Eso podía ocurrir, pero había tantas probabilidades de que sucediera, como de que un gran meteorito cayera sobre Londres o Tokio; la zona de impacto era más o menos la misma. Y los habitantes de esas ciudades no perdían mucho tiempo en preocuparse por esa posibilidad. Tampoco Vannevar Morgan. Cualesquiera fueran los problemas que se presentarían en el futuro, algo resultaba ya indudable: la Torre Orbital era una idea cuyo tiempo de madurez había llegado.

Librodot

V - ASCENSIÓN

38 - UN RINCÓN DE SILENCIOSAS TORMENTAS

(Extraído del discurso del profesor Martin Sessui al recibir el Premio Nobel de Física, Estocolmo, 16 de diciembre de 2154)

Entre la Tierra y el Cielo se extiende una región invisible que jamás soñaron los antiguos filósofos. Sólo en el amanecer del siglo XX, para ser más exactos, el 12 de diciembre de 1901, hizo su primer impacto sobre los asuntos del hombre.

Ese día, Guglielmo Marconi irradió en Morse los tres puntos de la letra "S" a través del Atlántico. Muchos expertos habían declarado que era imposible, pues las ondas electromagnéticas sólo pueden viajar en línea recta y, por lo tanto, no podrían seguir la curvatura del globo. La hazaña de Marconi no sólo presagiaba la edad de las comunicaciones internacionales, sino que también probaba la existencia, en lo más alto de la atmósfera, de un espejo electrificado capaz de reflejar las ondas de radio, enviándolas de regreso a la Tierra.

El estrato de Kennelly-Heaviside, como se le llamó en un principio, era, según pronto se descubrió, una región de gran complejidad que contenía por lo menos tres capas principales, todas sujetas a grandes variaciones de altura e intensidad. En el límite superior se confundían con el cinturón de radiaciones de Van Allen, cuyo descubrimiento fue el primer triunfo de la temprana era espacial.

Esta vasta región, que comienza a una altura aproximada de cincuenta kilómetros y se extiende hacia afuera, multiplicando varias veces el radio de la Tierra, se conoce ahora con el nombre de ionósfera; su exploración, por medio de cohetes, satélites y ondas de radio, es un proceso continuo desde hace más de dos siglos. Quisiera pagar tributo a mis precursores en esta empresa, los norteamericanos Tuve y Breit, el inglés Appleton, el noruego Stormer y, especialmente, al hombre que en 1970 ganó este mismo premio con que ahora me honran: un compatriota de ustedes, Hannes Alfven.

La ionósfera es la hija caprichosa del Sol; aún ahora su conducta no es siempre predecible. En los tiempos en que la radio de largo alcance dependía de su idiosincrasia salvó muchas vidas; pero más hombres de los que jamás sabremos quedaron condenados a muerte cuando se tragó sus señales desesperadas sin dejar huellas.

Hace menos de un siglo, antes de que se iniciara la era de los satélites para comunicaciones, fue nuestra invalorable pero errática sirvienta: un fenómeno antes insospechado, que valió incontables billones de dólares a las tres generaciones que la explotaron.

Sólo por un breve instante de la historia fue de interés directo para la humanidad. Sin embargo, si no hubiera existido no estaríamos aquí. Por lo tanto, en un aspecto fue de vital importancia hasta para la humanidad pretecnológica, remontándonos hasta el primer primate; en realidad, hasta la primera criatura viviente de este planeta. Pues la ionósfera es parte del escudo que nos protege de las mortíferas radiaciones ultravioletas y de los rayos X. Si hubieran penetrado hasta el nivel del mar, tal vez aun así se habría desarrollado algún tipo de vida en la Tierra; pero nunca se hubiera parecido, siquiera remotamente, a nosotros…

Pues la ionósfera, como la atmósfera que está más abajo, está en último término controlada por el Sol y tiene también su propio clima. En épocas de tormenta solar la sacuden vendavales de partículas cargadas que cubren todo el globo; el campo magnético terrestre la retuerce en arcos y remolinos. En tales ocasiones ya no resulta invisible, pues se revela en la radiante cortina de la aurora boreal, uno de los espectáculos más fascinantes de la naturaleza, que ilumina las frías noches polares con misteriosos fulgores.

Aún ahora no comprendemos la totalidad de los procesos que se originan en la ionósfera. Una de las dificultades con que tropezamos para su estudio es que nuestros instrumentos, llevados por cohetes y satélites, la recorren a miles de kilómetros por hora; nunca hemos

Librodot

podido detenernos para hacer observaciones. Ahora, por vez primera, la construcción de la propuesta Torre Orbital nos da la posibilidad de establecer observatorios fijos en la ionósfera. También es posible que la Torre, en sí, modifique las características de la ionósfera, aunque sin duda no ha de provocarle un cortocircuito, como ha sugerido el doctor Bickerstaff.

¿Por qué debemos estudiar esta región, ahora que ya no tiene importancia para los ingenieros de comunicaciones? Bien, aparte de su belleza, su carácter extraño y su interés científico, la conducta de la ionósfera está estrechamente ligada con la del Sol, amo de nuestro destino. Ahora sabemos que el Sol no es una estrella tranquila y bien educada, como pensaban nuestros antepasados. Pasa por fluctuaciones de largos y breves períodos. Al presente aún está emergiendo de la llamada «mínima de Maunder», alcanzada entre 1645 y 1715; como resultado, el clima es más templado de lo que había sido desde la Baja Edad Media. Pero, ¿cuánto tiempo durará este ascenso? Y lo más importante, ¿cuándo se iniciará el inevitable descenso, y qué efectos tendrá sobre el clima y los aspectos de la civilización humana, no sólo de este planeta, sino de los otros? Pues todos son hijos del mismo Sol.

Algunas teorías muy especulativas sugieren que el Sol está penetrando ahora en un período de inestabilidad que puede llevarnos a una nueva Edad Glacial, más universal que en el pasado. Si esto resulta verdad, necesitamos cuanta información sea posible para prepararnos. Hasta un siglo de preaviso puede ser insuficiente.

La ionósfera ayudó a crearnos, lanzó la revolución de los satélites y aún puede determinar gran parte de nuestro futuro. Por eso debemos proseguir con el estudio de esa vasta y turbulenta pista de fuerzas eléctricas y solares, ese misterioso lugar de silenciosas tormentas.

39 - EL SOL HERIDO

Morgan había visto a Dev por última vez cuando su sobrino era todavía un niño. Ahora estaba entrando en la adolescencia. La próxima vez, a ese ritmo, lo vería hecho un hombre.

El ingeniero sentía sólo una leve culpabilidad. Los lazos familiares se habían ido debilitando en los últimos dos siglos, y él y su hermana tenían poco en común, exceptuando el accidente de la genética. Intercambiaban saludos y hablaban de nimiedades cinco o seis veces por año; estaban en muy buenas relaciones, pero él no estaba seguro siquiera de dónde y cuándo se habían visto por última vez.

Sin embargo, al saludar a ese muchacho entusiasta e inteligente —que no parecía en absoluto apabullado ante su famoso tío—, Morgan cobró conciencia de una agridulce melancolía. No tenía hijos que llevaran su apellido; mucho tiempo antes había elegido entre el trabajo y la vida, disyuntiva que rara vez se puede evitar en los peldaños más altos del esfuerzo humano. En tres ocasiones, sin incluir la aventura con Ingrid, pudo tomar un sendero distinto; pero la casualidad o la ambición lo desviaron.

Conocía los términos del pacto que había hecho y los aceptaba; ya era demasiado tarde para gruñir por los artículos escritos en letras pequeñas. Cualquier tonto podía transmitir sus genes, y la mayor parte lo hacía. Pero pocos habían logrado lo que él llevaba hecho… y lo que estaba por hacer, aunque la historia futura no quisiera reconocerlo.

En las últimas tres horas, Dev había visto la Terminal Terrestre más a fondo que ninguno de los habituales Personajes Importantes. Habia entrado a la montaña al nivel del suelo por el acceso a la Estación Sur, casi terminado ya; le hicieron recorrer someramente las comodidades para pasajeros y equipaje, el centro de mandos y la playa de maniobras donde las cápsulas descendidas por las vías Este y Oeste serían enviadas hacia arriba por las Norte y Sur. Miró fijamente la varilla de cinco kilómetros, que parecía un gigantesco revólver apuntando a las estrellas, según habían comentado varios peridistas en secreto; por ella ascenderían y bajarían las líneas de tránsito. Sus preguntas terminaron por agotar a tres guías antes de que el último lo devolviera a su tío con aire de gratitud.

—Aquí lo tienes, Van —dijo Warren Kingsley al llegar, mediante el ascensor de alta velocidad instalado en la cima truncada de la montaña—. Llévatelo antes de que se quede con

Librodot

mi puesto.

—No sabía que eras tan bueno en ingeniería, Dev.

El muchacho lo miró con una sorpresa algo dolorida.

—¿No recuerdas, tío, ese Mecamax N° 12 que me regalaste cuando cumplí los diez años?

—Claro, claro, estaba bromeando.

A decir verdad, no había olvidado aquel juego de construcciones, pero se le había escapado momentáneamente de la memoria. Al ver que el muchacho, a diferencia de los bien protegidos adultos, había rechazado el termoabrigo habitual, preguntó:

—¿No tienes frío aquí arriba?

—No, estoy bien. ¿Qué clase de retropropulsor es ése? ¿Cuándo vas a sacar la tapa? ¿Puedo tocar las cintas?

—¿Ves lo que te decía? —exclamó Kingsley, riendo entre dientes.

—Uno: es el Especial del jeque Abdullah; su hijo Feisal está de visita. Dos: no abriremos esta cubierta hasta que la Torre llegue a la montaña y penetre en la guía; la necesitamos como plataforma de trabajo y nos cubre de la lluvia. Tres: puedes tocar las cintas si quieres… ¡No corras! ¡A esta altura hace daño!

—A los doce años, lo dudo —dijo Kingsley, mientras miraba la espalda de Dev, que se alejaba rápidamente.

Los dos hombres se tomaron su tiempo para alcanzar al muchacho junto al ancla de la Faz Este. Estaba contemplando, como tantos otros lo habían hecho, la angosta banda de color gris opaco que se elevaba directamente desde el suelo, para prolongarse en sentido vertical hacia lo alto. La mirada de Dev la siguió hacia arriba, hasta que ya no pudo echar más atrás la cabeza.

Morgan y Kingsley no lo imitaron, aunque la tentación seguía siendo fuerte a pesar de los años transcurridos. Tampoco le advirtieron que algunos visitantes se mareaban hasta caer, y que después no podían caminar sin ayuda.

El muchacho era fuerte: miró fijamente al cenit por un minuto como si esperara ver los miles de hombres, los millones de toneladas en material exhibidos allí, contra el azul intenso del cielo. Al fin cerró los ojos con una mueca y sacudió la cabeza; por un momento se miró los pies, como para asegurarse de que todavía estaba de pie sobre la tierra sólida y segura. Extendió una mano cautelosa y acarició la estrecha cinta que vinculaba el planeta con su nueva luna.

—¿Qué pasaría si se quebrara? —preguntó.

Era una pregunta muy repetida; la mayor parte de los visitantes se sorprendían ante la respuesta:

—Casi nada. En este punto no soporta casi ninguna tensión Si cortas la cinta quedará colgando allí, balanceándose en la brisa.

Kingsley hizo un gesto de disgusto; los dos sabían, naturalmente, que aquello era simplificar demasiado las cosas. Por el momento, cualquiera de las cuatro cintas soportaba una tensión aproximada de cien toneladas, pero eso era una nimiedad, comparado con las cargas que manejarían cuando el sistema estuviera en funcionamiento e integrado ya a la estructura de la Torre. De cualquier modo, no tenía sentido confundir al chico con tantos detalles.

Dev se quedó pensándolo; al fin dio a la cinta un golpecito experimental, como si esperara extraerle una nota musical. Pero la única respuesta fue un deslucido “clic” que se apagó de inmediato. Morgan le dijo:

—Si la golpearas con una masa y volvieras dentro de diez horas, llegarías a tiempo para percibir el eco reflejado en la Estacion del Medio.

—Ya no —corrigió Kingsley—; hay demasiada amortiguación en el sistema.

—No seas aguafiestas, Warren. Dev, ven a ver algo muy interesante.

Caminaron hasta el centro del disco metálico que coronaba la montaña, sellando el conducto como si fuera una gigantesca tapa de cacerola. Allí, equidistante de las cuatro cintas

Librodot

por las cuales la Torre bajaba hacia Tierra, había una pequeña cabina geodésica, que parecía aún más provisional que la superficie sobre la cual estaba edificada. Albergaba un telescopio de extraño diseño, apuntado directamente hacia arriba y, al parecer, incapaz de moverse en otra dirección.

—Ésta es la mejor hora para mirar, justo antes del crepúsculo; es cuando se ilumina bien la base de la Torre.

—Hablando del Sol —dijo Kingsley—, míralo ahora. Está más claro aún que ayer.

Su voz revelaba algo cercano al sobrecogimiento en tanto señalaba la brillante elipse aplanada que se hundía en la neblina del oeste. Las nieblas del horizonte habían amortiguado su esplendor hasta tal punto que hasta era posible contemplarlo sin molestias.

Hacía más de un siglo que no aparecía un grupo semejante de manchas; se extendían sobre la mitad del disco dorado, como si el sol estuviera atacado de alguna enfermedad maligna o perforado por mundos en derrumbe. Sin embargo, ni siquiera Júpiter hubiera podido causar tal herida en la atmósfera solar: la mancha mayor medía doscientos cincuenta mil kilómetros de diámetro, lo suficiente como para tragar a cien Tierras.

—Han anunciado otra aurora boreal para esta noche. El profesor Sessui y sus alegres colaboradores no fallan nunca.

—Veamos cómo les va —propuso Morgan, mientras hacía algunos ajustes al visor—. Echa un vistazo, Dev.

El muchacho miró atentamente por un momento antes de responder:

—Veo las cuatro cintas que siguen hacia adentro, digo, hacia arriba, hasta que desaparecen.

—¿Y en el medio no hay nada?

Otra pausa.

—No. Ni señales de la Torre.

—Claro. Todavía está a seiscientos kilómetros de altura, y el telescopio está graduado a potencia mínima. Ahora voy a aumentarla. Abróchate el cinturón.

Dev soltó una risita al escuchar la antigua frase, que le era familiar por muchas películas históricas. Sin embargo al principio no notó cambio alguno, salvo que las cuatro líneas dirigidas hacia el centro del campo eran menos nítidas. Tardó varios segundos en comprender que no podía notar cambios inmediatos, en tanto fueran desviando su punto de vista por el eje del sistema; el cuarteto de cintas se vería exactamente igual a cualquier altura de su longitud.

De pronto estuvo allí, tomándolo por sorpresa, aunque lo estaba esperando. Una diminuta mancha luminosa se había materializado en el mismo centro del campo y se expandía bajo su atenta mirada; por vez primera, Dev tuvo una real sensación de velocidad. A los pocos segundos distinguió un pequeño círculo… No, tanto la mente como la vista estuvieron de acuerdo en que era un cuadrado. Estaba viendo directamente la base de la Torre, que se arrastraba hacia Tierra por las cintas guía, a un par de kilómetros por día. Las cuatro cintas habían desaparecido, pues eran demasiado angostas para ser visibles a esa distancia. Pero el cuadrado mágicamente fijado al cielo seguía creciendo, aunque ahora se tornaba borroso por el gran aumento.

—¿Qué ves? —preguntó Morgan.

—Un cuadrado brillante.

—Bueno, es la parte inferior de la torre, todavía a plena luz solar. Cuando aquí abajo está oscuro, se la ve a simple vista durante una hora, antes de que entre en la sombra de la Tierra Ahora, ¿ves algo más?

—Noooo —replicó el muchacho, tras una larga pausa.

—Fíjate bien. Hay un equipo de científicos que están de visita en la parte más baja, para instalar algunos equipos de investigación. Acaban de bajar desde el Medio. Si miras bien verás el transporte; está en la vía del sur. Ha de estar en el lado derecho del cuadro. Busca una mancha brillante que ocupe una cuarta parte de la Torre.

—Lo siento, tío, pero no lo encuentro. Fíjate tú.

—Bueno, a lo mejor empeoró la visión. A veces la Torre desaparece por completo, aunque

Librodot

la atmósfera parezca…

Aun antes de que Morgan pudiera reemplazar a su sobrino ante el telescopio, su receptor particular soltó dos agudos silbidos. Un segundo después, también la alarma de Kingsley entró en funcionamiento.

Era la primera vez que la Torre enviaba un alerta de emergencia cuatro estrellas.

40 - EL FINAL DE LA LÍNEA

No era de extrañar que lo llamaran "el ferrocarril transiberiano". Aun en el fácil viaje de descenso, el trayecto entre la estación del Medio y la base de la Torre se cubría en cincuenta horas.

Algún día harían falta sólo cinco, pero ese momento estaba todavía a dos años en el futuro; sólo entonces las vías estarían dotadas de energía y activados lo campos magnéticos. Los vehículos de inspección y mantenimiento que circulaban momentáneamente por las caras de la Torre eran propulsados con el anticuado sistema de cubiertas, ajustadas al interior de unas ranuras. Aun cuando el limitado poder de las baterías lo permitía, no era seguro operar dicho sistema a más de quinientos kilómetros por hora.

Sin embargo, todos habían estado demasiado atareados para aburrirse. El profesor Sessui y sus tres estudiantes estaban haciendo observaciones y controlando sus instrumentos; también preparaban todo para no perder tiempo cuando se los transfiriera a la Torre. El conductor de la cápsula, su ayudante de ingeniería y el único camarero, que componían todo el personal de la cabina, se veían también muy ocupados; aquél no era un viaje de rutina. El «Sótano», que estaba a veinticinco mil kilómetros por debajo de la Estación del Medio —y ahora solo a seis mil de la Tierra— no había recibido ninguna visita desde su construcción. Hasta ese momento había resultado innecesario, pues el puñado de monitores nunca informo de ningún fallo.

Tampoco había nada que pudiera fallar: el Sótano era apenas una cámara presurizada de quince metros cuadrados, uno de los refugios de emergencia instalados en la Torre a intervalos fijos.

El profesor Sessui había empleado toda su influencia para conseguir en préstamo ese sitio inigualable que ahora se arrastraba por la ionósfera a dos kilómetros diarios, rumbo a su cita con la Tierra. Sessui aseguraba que era esencial instalar su equipo antes de que las manchas solares llegaran al máximo.

La actividad solar había alcanzado ya un nivel sin precedentes, y los jóvenes ayudantes de Sessui solían tener dificultades para concentrarse en sus instrumentos; las magníficas auroras polares desplegadas afuera eran demasiada distracción. Ambos hemisferios solían llenarse de cortinas y estandartes que se agitaban lentamente, hechos de una luz verdosa de pasmosa belleza; sin embargo, eso era un pálido fantasma de los fuegos celestiales que exhibían los polos. Era extraño, por cierto, que las auroras se alejaran tanto de sus dominios normales. Solamente una vez en muchas generaciones solían invadir los cielos ecuatoriales.

Sessui había hecho que sus estudiantes volvieran al trabajo, asegurándoles que tendrían tiempo de sobra para admirar el paisaje durante el largo viaje de regreso. Sin embargo, era evidente que hasta el mismo profesor se detenía ante la ventanilla durante varios minutos, fascinado por el espectáculo de los cielos en llamas.

Alguien había bautizado a aquel proyecto con el nombre de Expedición a la Tierra; en lo que a distancia concernía, el título era acertado en un noventa por ciento. En tanto la cápsula bajaba por la superficie de la Torre a sus miserables quinientos kilómetros por hora, la creciente cercanía del planeta se iba haciendo más obvia. La gravedad iba aumentando poco a poco, desde el delicioso flotar del Medio hasta alcanzar casi su valor terrestre completo. Para cualquier viajero espacial experimentado, esto era en verdad extraño: sentir la gravedad antes de entrar en la atmósfera parecía una inversión al orden normal de las cosas.

Aparte de las quejas por la calidad de la comida, estoicamente soportadas por el atareadisimo camarero, el viaje no había presentado incidentes. A cien kilómetros del Sótano

Librodot

se aplicaron suavemente los frenos, reduciendo la velocidad a la mitad. Volvieron a reducirla a los cincuenta kilómetros, pues, como comentó uno de los estudiantes: «¿No sería molesto salirnos del final de la vía?».

El conductor —quien insistía en que lo llamaran «piloto»— respondió que eso era imposible, pues las ranuras que guiaban a la cápsula en su descenso terminaban varios metros antes que la Torre; también había un complicado sistema de amortiguadores, por si los cuatro frenos independientes dejaban de funcionar. Y todo el mundo estuvo de acuerdo en que ese chiste, además de ser absolutamente ridículo, era de muy mal gusto.

41 - METEORO

El extenso lago artificial conocido, desde hacía dos mil años, como el Mar de Paravana, yacía callado y en calma bajo la mirada pétrea de su constructor. Aunque pocos visitaban ya la solitaria estatua del padre de Kalidasa, su obra, ya que no su fama, había sobrevivido a la de su hijo y prestaba a su país un servicio mucho mayor, dando de comer y beber a muchas generaciones de hombres. Y a muchas más generaciones de pájaros, venados, búfalos, monos y sus perseguidores, tales como el esbelto y bien alimentado leopardo que en ese momento bebía desde la orilla. Los grandes felinos eran cada vez más comunes y se estaban convirtiendo en un estorbo, ahora que los cazadores no representaban peligro para ellos. Pero nunca atacaban al hombre, a menos que se vieran acorralados o perturbados.

El leopardo, confiando en su seguridad, bebía tranquilamente, mientras las sombras alrededor del lago se iban alargando al avanzar la media luz desde el este. De pronto irguió las orejas, en instantánea posición de alerta. Ningún sentido humano habría podido detectar cambio alguno en la tierra, el agua o el cielo. La tarde estaba tan serena como siempre.

Y entonces, directamente desde el cenit, descendió un leve silbido que fue aumentando hasta convertirse en un rugido estruendoso de semitonos desgarrantes, como el de una espacionave que entrara en la atmósfera. Algo metálico en el cielo centelleaba ante los últimos rayos del sol, cada vez más grande, e iba dejando tras de sí una estela de humo. Se desintegró al expandirse, lanzando sus trozos en todas direcciones, algunos en llamas. Por varios segundos, una vista tan aguda como la del leopardo pudo haber distinguido un objeto más o menos cilíndrico, antes de que estallara en una miríada de fragmentos. Pero el leopardo no esperó la catástrofe final; ya había desaparecido en la selva.

El Mar de Paravana emitió un súbito trueno. Una vertiente de lodo y rocío saltó cien metros en el aire; una fuente que sobrepasaba en mucho a las de Yakkagala, acaso tan alta como la Roca misma. Quedó suspendida por un instante, en fútil desafío a la gravedad, y cayó de nuevo en el lago hecho trizas.

El cielo se llenó de inmediato de aves acuáticas que volaban en sorprendidos círculos. Casi igualmente numerosos, aleteaban entre ellos —como correosos pterodáctilos que hubieran sobrevivido hasta la edad moderna— los murciélagos de la fruta, que normalmente sólo alzan el vuelo después del anochecer. Con el mismo terror, pájaros y murciélagos compartían el cielo.

Los últimos ecos del choque se apagaron en la selva circundante; el silencio volvió pronto al lago. Pero pasaron largos minutos antes de que su espejada superficie quedara restaurada y las pequeñas ondas cesaran en su ir y venir, bajo los ciegos ojos de Paravana el Grande.

42 - MUERTE EN ÓRBITA

Se dice que toda gran construcción cobra una vida; en los soportes del Puente de Gibraltar había catorce nombres grabados. Pero gracias a una campaña de seguridad casi fanática, las víctimas de la Torre habían sido bastante pocas. En realidad, transcurrió un año entero sin que se produjera una sola muerte.

Pero hubo un año con cuatro bajas, dos de ellas especialmente angustiosas… Un supervisor

Librodot

de armado con experiencia en estaciones espaciales, habituado como estaba a trabajar en gravedad cero, olvidó que estaba en el espacio, pero no en órbita; lo traicionó toda una vida de experiencia. Cayó a plomo desde una altura de quince mil kilómetros, para encenderse como un meteoro al ingresar en la atmósfera. Por desgracia, la radio de su traje quedó conectada durante esos últimos minutos.

Fue un año triste para la Torre; la segunda tragedia fue mucho más prolongada e igualmente pública. Una ingeniera del contrapeso, que trabajaba mucho más allá de la órbita sincrónica, no supo abrochar debidamente su cinturón de seguridad y salió disparada hacia el espacio, como una piedra lanzada por una honda. A esa altitud no había peligro de que cayera a tierra o de que saliera en trayectoria de escape; por desgracia, su traje contenía aire para menos de dos horas. En tan breve plazo no había modo de rescatarla, y a pesar de los reclamos generales no se efectuó ningún intento. La victima cooperó con nobleza. Transmitió sus mensajes de despedida y luego, aunque todavía contaba con oxigeno para treinta minutos, abrió su traje al vacío. El cuerpo fue recobrado pocos días después, cuando las leyes inexorables de la mecánica celeste lo llevaron al perigeo de su larga elipse.

Tales eran las tragedias que cruzaron la mente de Morgan cuando tomó el ascensor de alta velocidad para bajar a la Sala de Operaciones, seguido muy de cerca por un sombrío Warren Kingsley y por su sobrino Dev, ya casi olvidado. Pero esa catástrofe era muy diferente: se trataba de una explosión en el Sótano de la Torre, o muy cerca de él. Resultaba obvio que el transporte había caído a tierra, aun antes de que llegaran los balbucientes informes sobre “una gigantesca lluvia de meteoros” en algún sitio de Taprobane central.

Sería inútil especular sin datos más abundantes. En todo caso, puesto que toda la prueba había quedado destruida, probablemente no los tuvieran jamás. Sabía que los accidentes espaciales rara vez tienen un solo motivo; son, por lo común, resultado de una cadena de acontecimientos más o menos inofensivos por sí solos. Toda la previsión de los ingenieros encargados de la seguridad no podían garantizar un funcionamiento absolutamente perfecto; a veces, esas mismas precauciones, demasiado exageradas, contribuían al desastre.

Morgan no se sintió avergonzado por el hecho de que la marcha del proyecto le interesara más que la pérdida de vidas humanas. Nada podría hacerse por los muertos, salvo tratar de que ese mismo accidente no volviera a ocurrir. Pero la Torre, ya casi terminada, podía sufrir perjuicios, y ésa era una perspectiva demasiado horrible.

El ascensor se detuvo por completo y el ingeniero salió a la Sala de Operaciones… justo a tiempo para recibir la segunda aturdidora sorpresa de la noche.

43 - A PRUEBA DE FALLOS

A cinco kilómetros de la terminal, el conductor «piloto» Rupert Chang había vuelto a reducir la velocidad. En ese momento, por vez primera, los pasajeros pudieron ver la faz de la Torre, que hasta entonces había sido un borrón informe alejándose hacia el infinito en ambas direcciones. Hacia arriba, en verdad, las estrías gemelas que los llevaban seguían alargándose eternamente… o al menos, durante veinticinco mil kilómetros, que en la escala de los hombres es aproximadamente lo mismo. Pero hacia abajo tenían ya el final a la vista. La base truncada de la Torre se recortaba claramente contra el fondo verde de Taprobane, al cual se uniría en algo más de un año.

En el panel de instrumentos volvieron a encenderse los símbolos rojos de alarma. Chang los estudió con un gesto de fastidio y oprimió el botón «reajuste». Las luces parpadearon una vez antes de desaparecer.

La primera vez que había acaecido algo parecido, doscientos kilómetros más arriba, hubo una apresurada consulta con el Control del Medio. Una rápida verificación de todos los sistemas sirvió para comprobar que nada marchaba mal; en realidad, si había que creer todo lo que decían las señales, los pasajeros del transporte debían estar muertos. Todo estaba más allá de los límites de tolerancia.

Librodot

Obviamente, era un fallo en los mismos circuitos de alarma; la explicación del profesor Sessui fue aceptada con alivio general. El vehículo ya no estaba en el ambiente de vacío absoluto para el cual había sido diseñado, y el torbellino ionosférico en el que acababa de entrar activaba los sensibles detectores de los sistemas de alarma.

—Alguien debió pensar en eso —gruñó Chang.

Como faltaba menos de una hora, no se preocupó mucho mas. Podía verificar a mano todos los parámetros críticos; la Estación del Medio se mostró de acuerdo, y de cualquier modo, no había alternativa.

Lo que más le preocupaba era, tal vez, la condición de la batería. Para cargarla hubiera debido subir dos mil kilómetros, y si no podían hacerlo estarían en problemas. Pero Chang no tenía muchos motivos para afligirse en ese aspecto: durante el proceso de frenado, los motores del transporte habían estado funcionando como dínamos y el noventa por ciento de su energía gravitatoria había vuelto a las baterías. Ahora que estaban casi cargadas, los kilovatios suplementarios que seguían generando pasarían al espacio, por las grandes aletas de enfriamiento de la parte trasera. Los colegas de Chang solían decir que el vehículo, con esas aletas, parecía una bomba aérea de los viejos tiempos. Por entonces estarían ya al rojo vivo.

Chang se hubiera sentido realmente preocupado de saber que continuaban muy frescas, pues la energía nunca se destruye: tiene que ir a alguna parte. Y con mucha frecuencia va al lugar menos indicado.

Cuando se encendió la señal de «fuego-baterías» por tercera vez, Chang no vaciló en reajustarla. Sabía que un verdadero incendio hubiera puesto en funcionamiento los extinguidores. En realidad, una de sus grandes preocupaciones era que éstos funcionaran innecesariamente, pues había graves anomalías en el tablero, en especial en los circuitos de carga de baterías. En cuanto acabara el viaje y el transporte estuviera descargado, Chang subiría al cuarto de motores para inspeccionar todo a la antigua, con sus propios ojos.

Tal como sucedieron las cosas, fue la nariz lo que dio la alerta, cuando apenas faltaba un kilómetro. Aun mientras miraba con incredulidad la fina voluta de humo que se filtraba por el tablero de mandos, la fría parte analítica de su mente estaba diciendo: «Qué suerte que esto suceda al final del viaje».

Entonces se acordó de toda la energía que se había producido durante el frenado y pudo imaginar, con bastante acierto, la secuencia de los hechos. Los circuitos de protección habían fallado y las baterías estaban sobrecargadas. Todos los sistemas de seguridad, uno tras otro, habían desertado. Con la ayuda de la tormenta ionosférica, la pura perversidad de los objetos inanimados volvía al ataque.

Chang pulsó el botón correspondiente al extinguidor del compartimiento de baterías; eso, al menos, funcionaba, pues le llegó el apagado rugir de los disparos de nitrógeno, al otro lado del mamparo. Diez segundos después conectó el vaciado que barrería el gas hacia el espacio; era de esperar que con él se fuera casi todo el calor recogido en el incendio. También eso funcionó correctamente; por vez primera, Chang encontraba alivio en el inconfundible chillido de la atmósfera al escapar de un vehículo espacial. Pero también esperaba que fuera el último.

No se atrevió a confiar en la secuencia de frenado automático, en tanto el vehículo se aproximaba a la terminal. Por suerte estaba bien adiestrado y reconocía las señales visuales; logró detenerse a un centímetro del estribo de amarre.

En frenética prisa, acoplaron las compuertas y lanzaron por el tubo de conexión mercancías y equipamientos. También arrojaron por allí al profesor Sessui, con los esfuerzos combinados de piloto, ayudante y camarero, cuando trató de regresar en busca de sus preciosos instrumentos. Las puertas quedaron cerradas segundos antes de que el tabique del compartimiento de motores cediera al fin.

Después de eso nada quedaba por hacer a los refugiados, salvo aguardar en la débil cámara, de quince metros cuadrados, que contenía muchas menos diversiones que una celda bien equipada; cabía la esperanza de que el fuego se extinguiera solo. Tal vez fue mejor para la

Librodot

tranquilidad mental de los pasajeros que sólo Chang y su ingeniero pudieran apreciar una estadística vital: las baterías sobrecargadas contenían la energía de una gran bomba química, y en esos momentos marcaban el tiempo en el exterior de la Torre, alejándose.

Diez minutos después de la vertiginosa llegada, la bomba estalló. Hubo una explosión apagada, que sólo provocó ligeras vibraciones en la Torre, seguidas por el ruido del metal desgarrado. Aunque esos sonidos de rotura no eran muy impresionantes, llegaron a helar el corazón de quienes los escuchaban: su único medio de transporte acababa de quedar destruido y los dejaba varados, a veinticinco kilómetros de todo lugar seguro. Se produjo otra explosión, más prolongada. Después, el silencio; los refugiados supusieron que el vehículo había caído fuera de la Torre. Todavía atontados, iniciaron el recuento de sus recursos y, poco a poco, fueron comprendiendo que su milagrosa escapada podía ser completamente inútil.

44 - UNA CUEVA EN EL CIELO

Muy dentro de la montaña, entre el equipo de exhibición y comunicaciones del Centro de Operaciones Tierra, Morgan y su equipo de ingeniería rodeaban el holograma de la sección inferior de la torre, en escala de uno a diez. Era perfecto en todos sus detalles, hasta en las cuatro finas cintas de guía que se extendían a lo largo de cada faz. Se desvanecían en el aire apenas sobre el suelo, y era difícil apreciar que, aun en esa escala tan reducida, debían proseguir hacia abajo por otros sesenta kilómetros, atravesando la corteza terrestre.

—Muestren el corte —indicó Morgan— y levanten el Sótano hasta la altura de los ojos.

La Torre perdió su aparente solidez y se convirtió en un espectro luminoso: una caja cuadrada larga, de paredes muy delgadas y completamente vacía, a excepción de los cables superconductores del suministro de energía. La sección más baja —Sótano era un buen nombre, aunque estuviera a una altura que centuplicaba la de esa montaña— estaba herméticamente cerrada, formando una cámara cuadrada de quince metros de lado.

—¿Acceso? —pidió Morgan.

Dos secciones de la imagen empezaron a brillar con más intensidad. En las caras norte y sur, entre las ranuras de las vías, se definieron claramente las puertas exteriores de las compuertas duplicadas; tan separadas como era posible, según las precauciones habituales de todos los hábitats espaciales.

—Entraron por la puerta sur, naturalmente —explicó el oficial de turno—. No sabemos si quedó dañada por la explosión.

Bueno, había otras tres entradas, pensó Morgan, y eran las dos inferiores las que más le interesaban. Las había incorporado en una etapa posterior del diseño, después de pensarlo mejor; anteriormente habían considerado inútil construir un refugio allí, en la sección de la Torre que terminaría convirtiéndose en parte de la Terminal Terrestre.

—Inclinen la parte inferior hacia mí —ordenó Morgan.

La Torre se inclinó en un arco de luz y quedó flotando horizontalmente en medio del cuarto, con la parte de abajo hacia el ingeniero. Así pudo ver todos los detalles del piso en sus veinte metros cuadrados; piso o techo, según se lo mirara desde el punto de vista de sus constructores orbitales.

Cerca de los bordes norte y sur estaban las escotillas que permitían el acceso desde abajo hacia las dos compuertas independientes. El único problema consistía en llegar hasta ellas, es decir, ascender seiscientos kilómetros por el cielo.

—¿Mantenimiento vital?

Las compuertas desaparecieron en la estructura; el énfasis visual pasó a un pequeño armario situado en el centro de la cámara.

—Ése es el problema, doctor —respondió sombríamente el oficial de turno—. Sólo cuentan con un sistema de mantenimiento de presión. No hay purificadores ni energía, por supuesto. Ahora que han perdido el transporte, no sé cómo harán para sobrevivir la noche entera. La temperatura ya está bajando, diez grados desde la puesta del sol.

Librodot

Morgan sintió que el frío del espacio le penetraba en el alma. La euforia de descubrir que los ocupantes del transporte perdido estaban aún con vida desapareció rápidamente. Aun si en el Sótano hubiera oxígeno bastante para varios días, eso no serviría de nada si se congelaban antes del alba.

—Quisiera hablar con el profesor Sessui.

—No podemos llamarlo directamente: el teléfono de emergencia del Sótano llega sólo hasta el Medio. Pero no hay problemas.

Eso resulto algo erróneo. Una vez establecida la conexión, el piloto conductor Chang acudió a la línea.

—Lo siento —dijo—, pero el profesor está ocupado.

Tras una incrédula pausa de silencio, Morgan respondió, separando bien las palabras y dando énfasis a su propio nombre:

—Dígale que el doctor Vannevar Morgan quiere hablar con él.

—Lo haré, doctor, pero no servirá de nada. Está trabajando con sus estudiantes en no sé qué equipo. Fue lo único que pudieron salvar: una especie de espectroscopio, y lo están apuntando por una de las ventanas de observación.

Morgan se dominó con dificultad. Estaba a punto de exclamar: «¿Están todos locos?», pero Chang se le anticipó:

—Usted no conoce al profesor; yo he pasado toda la semana con él. Es… bueno, se le podria llamar "empecinado". Sólo entre tres pudimos impedir que volviera a la cabina en busca de más instrumentos. Y acaba de decirme que, si de cualquier modo todos vamos a morir, quiere estar bien seguro de que al menos una pieza del equipo funcione como debe.

La voz de Chang revelaba que, a pesar del fastidio, sentía una considerable admiración por su distinguido e intratable pasajero. En realidad, el profesor tenía a la lógica de su parte. No estaba nada mal aquello de salvar lo que se pudiera, tras tantos años de esfuerzo como había demandado esa fatídica expedición.

—Muy bien —dijo Morgan al fin, cooperando con lo inevitable—. Ya que él no me concede audiencia, al menos resúmame usted mismo la situación. Hasta el momento sólo tengo informaciones de segunda mano.

Ahora se le ocurría que, de cualquier modo, Chang podría darle un informe mucho mas útil que el profesor. Aunque la insistencia del conductor piloto sobre la segunda mitad de su título solía provocar las burlas de los auténticos navegantes espaciales, era un técnico muy hábil, bien adiestrado en mecánica y en ingeniería eléctrica.

—No hay mucho que decir. Todo ocurrió tan inesperadamente que no hubo tiempo de rescatar nada… excepto ese maldito espectrómetro. Francamente, no pensé que alcanzaríamos a pasar por la compuerta. Tenemos la ropa que llevábamos puesta… y eso es todo. Uno de los estudiantes trajo su bolso de viaje; a que no adivina: contenía el borrador de su tesis, ¡escrito en papel, por el amor de Dios! Ni siquiera no inflamable, a pesar de las reglas. Si no fuera por la escasez de oxígeno, lo quemaríamos para calentarnos un poco.

Mientras Morgan escuchaba aquella voz proveniente del espacio, ante el holograma de la Torre, de apariencia sólida a pesar de su transparencia, tuvo una alucinación muy curiosa. Imaginó que había diminutas criaturas, en una escala de diez a uno, moviéndose por el comportamiento inferior; bastaría con alargar la mano y ponerlos a salvo…

—Después del frío, el gran problema es la falta de aire. No sé cuánto tiempo pasará antes de que la acumulación de anhídrido carbónico nos desmaye. Tal vez alguien pueda calcular también eso. Cualquiera sea la respuesta, temo que resultará demasiado optimista… —la voz de Chang bajó varios decibelios y tomó un tono casi conspiratorio, en un evidente esfuerzo por evitar que lo oyeran—. El profesor y sus estudiantes no lo saben, pero la compuerta sur se dañó con la explosión. Hay una pérdida, un siseo estable alrededor de las juntas. No sé hasta que punto puede ser grave —la voz volvió a su nivel normal—. Bueno, ésa es la situación. Esperamos sus noticias.

¿Y qué diablos podemos decirles, excepto adiós?, pensó Morgan para sí.

Librodot

La capacidad de manejar una crisis era una habilidad que Morgan admiraba sin envidiarla. Janos Bartok, el oficial de Seguridad de la Torre en la Estación del Medio, estaba ahora a cargo de la situación. Quienes permanecían en el interior de la montaña, veinticinco mil kilómetros más abajo —y sólo a seiscientos de la escena del accidente— sólo podían escuchar los informes, dar consejos útiles y satisfacer la curiosidad de los periodistas lo mejor posible.

No es necesario decir que Maxine Duval se había puesto en contacto con ellos a pocos minutos del desastre; como de costumbre, sus preguntas fueron muy oportunas.

—Desde la Estación del Medio, ¿pueden llegar a tiempo?

Morgan vaciló; la respuesta era, indudablemente, «no». Pero resultaba imprudente, por no decir cruel, abandonar tan pronto las esperanzas. Y había al menos un golpe de suerte…

—No quiero fomentar falsas esperanzas, pero tal vez no necesitemos del Medio. Hay un equipo que está trabajando mucho más cerca, en la estación de los diez mil kilómetros. Con su transporte pueden llegar al Sótano en veinte horas.

—En ese caso, ¿por qué no están ya bajando?

—El oficial de seguridad Bartok tomará la decisión dentro de poco, pero podría ser un esfuerzo inútil. Creen que no tienen aire suficiente sino para la mitad de ese plazo. Y el problema de la temperatura es aún más serio.

—¿Qué quieres decir?

—Allá arriba es de noche y no tienen fuentes de calor. No divulgues esto aún, Maxine, pero tal vez sea una carrera entre la falta de calor y la falta de oxígeno.

Hubo un silencio de varios segundos. En seguida Maxine Duval dijo, con un tono de voz inseguro, muy poco habitual en ella:

—No sé si es una estupidez, pero sin duda las estaciones climáticas, con sus poderosos rayos infrarrojos…

—Gracias, Maxine. El estúpido soy yo. Espera un minuto, mientras hablo con el Medio.

Bartok fue bastante cortés al atender a Morgan, pero su cortante respuesta dejó bien en claro cuál era su opinión sobre los aficionados que metían baza.

—Lamento haberle molestado —se disculpó Morgan, y volvió a comunicarse con Maxine—. A veces los expertos saben hacer lo suyo —le dijo, con rencoroso orgullo—. Y nuestro hombre sabe. Llamó a Control de Monzones hace diez minutos. Ahora están computando el poder del rayo para no exagerar y cocinar a todo el mundo.

—O sea que yo tenía razón —comentó Maxine, dulcemente—. Debiste ser tú el que pensara en eso, Van. ¿De qué otra cosa te has olvidado?

No había respuesta posible, y Morgan no la intentó. Podía ver la mente de computadora de Maxine a toda carrera, y adivinar cuál sería su próxima pregunta. Acertó.

—¿No pueden usar las Arañas?

—Hasta los modelos definitivos son para una altitud limitada; las baterías sólo alcanzan para llegar hasta los trescientos kilómetros. Fueron diseñados para inspeccionar la Torre cuando ya hubiera entrado a la atmósfera.

—Bueno, instalen baterías más grandes.

—¿En un par de horas? Pero ése no es el problema: la única unidad disponible en este momento no puede llevar pasajeros.

—Pueden enviarla vacía.

—Lo siento; ya lo habíamos pensado. Tiene que haber un operador a bordo para manejar el amarre cuando la Araña llegue al Sótano. Y tardaríamos varios días en sacar a siete personas, de a una por vez.

—Pero… ¡deben tener algún plan!

—Varios, pero todos son descabellados. Si alguno resulta factible te lo haré saber. Mientras tanto, puedes hacer algo por nosotros.

—¿Qué? —inquirió Maxine, suspicaz.

—Explica a tu público por qué las naves espaciales pueden acoplarse entre sí a seiscientos kilómetros de altura, pero no acoplarse con la Torre. Cuando hayas terminado con eso quizá

Librodot

tengamos noticias para ti.

En tanto la imagen de Maxine, ligeramente indignada, desaparecía de la pantalla, Morgan volvió al bien orquestado caos del Cuarto de Operaciones, dejando que su mente vagara con tanta libertad como fuera posible sobre todos los aspectos del problema. A pesar del cortés rechazo recibido por parte del oficial de seguridad, que actuaba efectivamente en el Medio, quizá le fuera posible pensar algo útil. No suponía que hubiera una solución mágica, pero comprendía la Torre mejor que nadie, salvo, tal vez, Warren Kingsley. Probablemente Warren supiera más de los detalles precisos, pero Morgan tenía un cuadro completo más claro.

Siete hombres y mujeres estaban atascados en el cielo, en una situación sin precedentes en toda la historia de la tecnología espacial. Tenía que haber un modo de salvarlos, antes de que los envenenara el anhídrido carbónico, antes de que la presión bajara hasta convertir esa cámara, literalmente, en una tumba como la de Mahoma, suspendida entre el cielo y la tierra.

45 - EL HOMBRE ADECUADO

—Se puede hacer —dijo Warren Kingsley con una amplia sonrisa—. Con la Araña podemos llegar al Sótano.

—¿Has logrado agregar bastante energía suplementaria?

—Sí, pero muy en el margen. Tendrá que ser una operación en dos etapas, como la de los primeros cohetes. En cuanto la batería se haya agotado hay que despedirla para librarse del peso muerto. Eso será alrededor de los cuatrocientos kilómetros. La batería interna de la Araña se encargará del resto.

—¿Y cuánta carga soportará?

Desapareció la sonrisa de Kingsley.

—Marginal. Unos cincuenta kilos, con las mejores baterías de que disponemos.

—¡Sólo cincuenta! ¿De qué servirá eso?

—Tendrá que bastar. Un par de esos nuevos tanques de mil atmósferas, cada uno con cinco kilos de oxígeno. Filtros faciales moleculares para resguardarse del anhídrido carbónico. Un poco de agua y alimentos comprimidos. Algunos elementos para primeros auxilios. Podemos reducir todo a unos cuarenta y cinco kilos.

—¡Uf! ¿Y crees que alcanzará?

—Si. Estaran bien con eso hasta que llegue el transporte desde la estación de 10K. Y si es necesario podemos hacer otro viaje con la Araña.

—¿Que dice Bartok?

—Esta de acuerdo. Después de todo, a nadie se le ocurrió nada mejor.

Morgan sintió que un gran peso se le quitaba de los hombros. Todavía podían salir mal muchas cosas, pero al menos había un rayo de esperanza y se disipaba la sensación de impotencia absoluta.

—¿Cuándo estará todo listo? —preguntó.

—Si no hay demoras, dentro de dos horas, tres a lo sumo. Por suerte, el equipo es de los comunes. En este mismo instante están revisando la Araña. Sólo queda un asunto a decidir…

Vannevar Morgan sacudió la cabeza.

—No, Warren —respondió lentamente, en una voz tranquila, implacable, que su amigo nunca le había oído hasta entonces—. No queda nada por decidir.

—No quiero imponer mi autoridad sobre usted, Bartok —dijo Morgan—. Es una simple cuestión de lógica. Es cierto que cualquiera puede manejar la Araña, pero sólo cinco o seis personas conocen todos los detalles técnicos necesarios. Puede haber problemas operativos cuando lleguemos a la torre, y el más indicado para resolverlos soy yo.

—Permítame recordarle, doctor Morgan —dijo el oficial de seguridad— que usted tiene sesenta y cinco años. Sería más prudente enviar a un hombre más joven.

—No tengo sesenta y cinco sino sesenta y seis. Y la edad no tiene nada que ver con esto. No hay peligro y no se requiere fortaleza física para nada.

Librodot

Además, podría haber agregado, los factores psicológicos eran mucho más importantes que los físicos. Casi cualquiera podía subir y bajar pasivamente en una cápsula, como lo había hecho Maxine Duval y como lo harían millones en los años venideros. Otra cosa era enfrentar algunas de las situaciones que bien podían presentarse a seiscientos kilómetros, en el espacio vacío.

—Sigo pensando —dijo Bartok, con tranquila insistencia— que sería mejor enviar a alguien más joven. El doctor Kingsley, por ejemplo.

Morgan oyó a sus espaldas —o tal vez lo imaginó— la exclamación ahogada de su colega. Llevaban años bromeando sobre la aversión a las alturas de Warren, que le impedía inspeccionar las estructuras por él diseñadas. Su temor no llegaba a una verdadera acrofobia y podía dominarlo cuando resultaba absolutamente indispensable; después de todo había acompañado a Morgan en el cruce de África a Europa, pero ésa fue la única vez que se le vio ebrio en público; por veinticuatro horas desapareció de la vista.

No se podía pensar siquiera en Warren, si bien Morgan sabía que hubiera estado dispuesto a ir. A veces, la habilidad técnica y el simple coraje no bastaban; nadie puede luchar contra temores que le han sido implantados en su nacimiento o durante la primera infancia.

Por suerte no había necesidad de explicar todo eso al oficial de seguridad, pues había una razón mucho más sencilla e igualmente válida por la que Warren no debía ir. Pocas veces en su vida Morgan podía alegrarse de su menudez; ésa era una de tales ocasiones.

—Yo peso quince kilos menos que Kingsley —dijo a Bartok—. En una operación tan ajustada como ésta, eso decide las cosas. De modo que no perdamos más tiempo en discusiones.

Sintió un ligero remordimiento, pues sabía que eso no era justo. Bartok se limitaba a hacer su trabajo con mucha eficiencia, y aún faltaba una hora para que la cápsula estuviera lista. No había ninguna pérdida de tiempo.

Durante varios segundos, los dos hombres se miraron fijamente a los ojos, como si el vacío de veinticinco mil kilómetros no existiera entre ellos. Si se trataba de un verdadero enfrentamiento de autoridad, la situación sería difícil. Bartok estaba nominalmente a cargo de todas las operaciones de seguridad y podía, teóricamente, pasar por sobre el ingeniero jefe y el gerente de proyecto. Pero le resultaría complicado imponer su autoridad, pues tanto Morgan como la Araña estaban mucho más abajo, en Sri Kanda, y la posesión daba un noventa por ciento de derechos.

Bartok se encogió de hombros y Morgan pudo relajarse.

—En eso tiene razón. No me gusta mucho, pero estoy de acuerdo. Buena suerte.

—Gracias —respondió Morgan, serenamente, mientras la imagen desaparecía de la pantalla, y se volvió hacía Kingsley, que aún guardaba silencio, diciendo—. Vamos.

Sólo cuando salían de Operaciones para subir a la cumbre buscó Morgan, automáticamente, el pequeño colgante oculto bajo su camisa. Alcor no lo había molestado durante meses, y ni siquiera Warren Kingsley sabía de su existencia. ¿No sería apostar otras vidas, tanto como la suya, sólo para satisfacer su egoísta orgullo? Si Bartok hubiera sabido aquello…

Pero ya era muy tarde. Cualesquiera fuesen sus motivos, estaba comprometido.

46 - ARAÑA

¡Cómo había cambiado la montaña desde la última vez que Morgan la viera! La cumbre había sido aplanada por completo, formando una perfecta meseta; en el centro se veía la gigantesca «tapa de olla» que sellaba el fuste por donde pronto circularía el tránsito de muchos mundos. Era extraño pensar que el mayor espaciopuerto del sistema solar estuviera enterrado en el corazón de una montaña…

Nadie hubiera podido suponer que allí se había alzado en una época un antiguo monasterio, donde se centraron las esperanzas y los temores de miles de millones de personas durante no

Librodot

menos de tres mil años. Sólo quedaba, como señal, el ambiguo legado del Maha Thero, embalado y esperando que se lo llevaran. Pero hasta entonces ni las autoridades de Yakkagala ni el director del Museo de Ranapura habían demostrado mucho entusiasmo por la fatídica campana de Kalidasa. La última vez que sonara, el pico había sido barrido por ese vendaval tan breve y tan lleno de acontecimientos; un viento de cambios, por cierto. Ahora el aire permanecía inmóvil, mientras Morgan y sus ayudantes se dirigían lentamente a la cápsula, que esperaba centelleante bajo las luces de inspección. En la parte inferior de la cabina aparecía pintado el nombre ARAÑA II; por encima se leía la promesa: «Cumplimos lo prometido». Ojalá, pensó Morgan.

Cada vez que subía le costaba más respirar. Se sentía ansioso por el chorro de oxígeno que pronto inundaría sus pulmones hambrientos. Pero Alcor, para su alivio y su sorpresa, nunca le había lanzado una advertencia en sus visitas a la cumbre; el régimen prescripto por el doctor Sen parecía funcionar admirablemente.

Todo estaba ya a bordo del Araña; el vehículo había sido elevado sobre cuñas para que la batería suplementaria quedara colgando hacia abajo. Los mecánicos seguían haciendo apresurados ajustes de último momento y desconectando los cables de alimentación; el enredo de hilos armado en el suelo era poca molestia para un hombre habituado a caminar con traje espacial.

El flexitraje de Morgan había llegado desde Gagarin hacía sólo treinta minutos. Por un momento estudió seriamente la posibilidad de partir sin él, pues el Araña II era un vehículo mucho más sofisticado que el simple prototipo utilizado por Maxine Duval; en realidad, era una diminuta nave espacial con sistema de mantenimiento vital propio. Si todo salía bien, Morgan podría acoplarse con la compuerta de la torre, diseñada años antes con ese mismo propósito. Pero el traje, además de darle seguridad para el caso en que se presentaran problemas de acoplamiento, le otorgaría mucha mayor libertad de movimientos. El flexitraje se plegaba a las formas, muy distinto de la torpe armadura de los primeros astronautas; aun bajo presión limitaría muy poco sus movimientos. Cierta vez había visto una demostración, efectuada por sus fabricantes, donde se realizó todo tipo de acrobacia con trajes espaciales, culminando con un duelo a espada y un ballet. El último resultó cómico, pero confirmó lo asegurado por los fabricantes.

Morgan subió el corto tramo de escaleras y se detuvo por un momento en el pequeño porche metálico de la cápsula, antes de retroceder cautelosamente hacia el interior. En cuanto estuvo sentado y con el cinturón de seguridad puesto, recibió una agradable sorpresa: en realidad disponía de mucho lugar. Aunque el II era, por cierto, un vehículo para una sola persona, no resultaba tan claustrofóbico como él había temido, a pesar del equipo adicional acumulado allí dentro.

Los dos cilindros de oxígeno estaban bajo el asiento; las máscaras de anhídrido carbónico, en una cajita, bajo la escalera que llevaba a la compuerta superior. Parecía asombroso que tan pocos elementos representaran la diferencia entre la vida y la muerte para siete personas.

Morgan había llevado un artículo personal, recuerdo de su primer día en Yakkagala, hacía ya tanto tiempo. El hilador ocupaba poco espacio y sólo pesaba un kilo. Con el correr de los años se había convertido en una especie de talismán; seguía siendo una de las maneras más efectivas para demostrar las propiedades del hiperfilamento, y cuando no lo llevaba consigo solía echarlo de menos, pues lo necesitaba para algo. En ese viaje, especialmente, podía resultarle muy útil.

Conectó el cordón umbilical de su traje y probó el flujo de aire del suministro interno y externo. Afuera estaban desconectando los cables de alimentación: el Araña quedaba liberado a sus fuerzas.

En tales ocasiones, los discursos brillantes no suelen tener buena acogida… y aquélla, después de todo, sería una operación común. Morgan sonrió a Kingsley, con alguna rigidez, y dijo:

—Cuida el negocio hasta que yo vuelva, Warren.

Librodot

En seguida reparó en la pequeña y solitaria silueta, perdida en la multitud que rodeaba la cápsula. Dios mío, pensó para sí; casi había olvidado a esa pobre criatura…

—Dev —le dijo—, lamento no haber podido atenderte, pero ya te compensaré cuando regrese.

Y lo haría, se prometió. Cuando la Torre estuviera terminada habría tiempo para todo, hasta para las relaciones humanas que había descuidado tanto. Valdría la pena observar a Dev; un muchacho que sabe cuándo no estorbar es una joya.

La puerta curva de la cápsula, cuya mitad superior era de plástico transparente, se cerró contra las juntas con un ruido seco. Morgan apretó el botón de verificación; todas las luces se encendieron en verde. No había necesidad de anotar las cifras. Si cualquiera de ellas hubiera estado fuera de lo nominal, las luces parpadearían en rojo dos veces por segundo. De cualquier modo, con la cautela habitual de todo ingeniero, observó que el oxigeno se mantenía en un 102 por ciento; la batería principal, en 101 por ciento; la descargable, en 105 por ciento…

La voz calma y moderada del verificador —el mismo experto inconmovible que había observado todas las operaciones desde aquel primer descenso abortado, hacía años— le llegó al oído.

—Todos los sistemas en sus valores nominales. Usted queda al mando.

—Estoy en los mandos. Esperaré a que se inicie el minuto siguiente.

Era difícil imaginar contraste mayor con un lanzamiento antiguo, con su complicada cuenta regresiva y su sincronización por fracciones de segundo, su ruido y su furia. Morgan se limitó a esperar hasta que los dos últimos dígitos del reloj volvieran a cero y conectó la marca en su punto más bajo.

Suave, silenciosamente, la montaña plenamente iluminada cayó hacia abajo. Ni siquiera un ascenso en globo hubiera sido más sereno. Si escuchaba con atención podía oír apenas el susurro de los motores gemelos que impulsaban las grandes ruedas de fricción aferradas a la cinta, por debajo y por encima de la cápsula.

El promedio de velocidad era de cinco metros por segundo, según el indicador. Morgan, en fases lentas y regulares, acrecentó la potencia hasta que llegó a cincuenta, apenas por debajo de los doscientos kilómetros por hora. Con la carga actual del Araña, allí alcanzaba su máxima eficacia; cuando la batería auxiliar se desprendiera podría aumentar la velocidad en un veinticinco por ciento, hasta llegar casi a los doscienos cincuenta kilómetros por hora.

—Di algo, Van —dijo la voz divertida de Warren Kingsley, desde el mundo, allá abajo.

—Déjame en paz —replicó Morgan, afable—. Quiero relajarme y disfrutar del panorama por un par de horas. Si querías un comentario constante debiste enviar a Maxine Duval.

—Hace una hora que te está llamando.

—Dale recuerdos y dile que estoy ocupado. A lo mejor, cuando llegue a la Torre. ¿Qué se sabe de allá?

—La temperatura se ha estabilizado en veinte; Control de Monzones los calienta con unos pocos megavatios cada diez minutos. Pero el profesor Sessui está furioso; se queja de que eso perturba el funcionamiento de su equipo.

—¿Y el aire?

—No anda muy bien. La presión ha disminuido mucho y el anhídrido carbónico va en aumento, naturalmente. Pero no habrá problemas si llegas a tiempo. Están moviéndose lo menos posible para ahorrar oxígeno.

Todos, menos el profesor Sessui; Morgan hubiera estado dispuesto a apostarlo. Sería interesante conocer al hombre cuya vida estaba tratando de salvar. Había leído varios de los libros populares del científico, mundialmente alabados, pero los consideraba exagerados y demasiado floridos. El hombre debía estar de acuerdo con su estilo.

—¿Y en 10K?

—Faltan otras dos horas antes de que pueda salir el transporte. Están instalando unos circuitos especiales para asegurarse de que no haya incendios en este viaje.

Librodot

—Muy buena idea; de Bartok, supongo.

—Puede ser. Y bajarán por la vía del norte, por si acaso la explosión haya dañado la del sur. Si todo marcha bien, llegarán dentro de… oh, veintiuna horas. Tenemos tiempo de sobra, aún si no enviamos al Araña con otra carga.

A pesar del comentario hecho a Kingsley, medio en broma, Morgan sabía que aún no podía relajarse. Sin embargo, todo parecía marchar como era de esperar y no había otra cosa que hacer en las tres horas siguientes, excepto admirar el panorama, cada vez más amplio.

Ya había ascendido treinta kilómetros y continuaba su marcha, subiendo rápida y silenciosamente en la noche tropical. Aunque no había luna, los campos eran visibles por las titilantes constelaciones de sus ciudades y aldeas. Al mirar las estrellas que tenía por encima y por debajo, a Morgan le fue fácil imaginarse lejos de cualquier mundo, perdido en las profundidades del espacio. Pronto podría ver toda la isla de Taprobane, apenas delineada por las luces de las colonias costeras. Muy hacia el norte, un parche de leve resplandor trepaba por el horizonte como el heraldo de alguna aurora desplazada. Lo observó intrigado por un momento, antes de comprender que estaba viendo una de las grandes ciudades construidas al sur de Indostán.

Ya había llegado a una altura mayor de la que podía alcanzar con ningún avión, y lo que llevaba hecho era único en la historia del transporte. Aunque el Araña y sus precursores habían efectuado innumerables viajes hasta los veinte kilómetros, nadie recibió nunca autorización para superar esa altitud debido a la imposibilidad del rescate. No figuraba en los planes iniciar las operaciones más serias mientras la base de la Torre no estuviera mucho más próxima; el Araña tenía al menos dos compañeros capaces de subir y bajar por las otras dos cintas del sistema. Morgan apartó de si el pensamiento de lo que podía ocurrir si el mecanismo de propulsión se trababa; eso condenaría a muerte tanto a los refugiados del Sótano como a él mismo.

Cincuenta kilómetros. Había llegado a lo que, en tiempos normales, era el nivel más bajo de la ionósfera. No esperaba ver nada a esa altura, pero estaba equivocado.

La primera señal fue un leve crujido en el altavoz de la cápsula; en seguida vio un destello de luz por el rabillo del ojo. Estaba inmediatamente abajo, y se reflejaba en el espejillo retrovisor, instalado junto a la pequeña ventana del Araña. Torció el espejo tanto como era posible hasta apuntarlo a un par de metros por debajo de la cápsula. Por un momento miró aquello fijamente, atónito y con más de una punzada de miedo. Al fin llamó a la Montaña.

—Tengo compañía —dijo—. Creo que esto corresponde al departamento del profesor Sessui. Hay una bola de luz de… oh, unos veinte centímetros de diámetro, que corre a lo largo de la cinta, justo debajo de mí. Se mantiene a distancia constante y espero que allí se quede. Pero debo decir que es muy bella: un hermoso resplandor azulado que se enciende cada pocos segundos. También lo oigo por la radio.

Pasó todo un minuto antes de que Kingsley respondiera, con voz tranquilizadora.

—No te preocupes, es sólo un fuego de San Telmo. Ya hemos tenido casos similares a lo largo de la cinta durante las tormentas eléctricas; en el modelo I puede ponerte los pelos de punta, pero allí no sentirás nada; estás bien protegido.

—No tenía idea de que podía ocurrir a esta altura.

—Tampoco nosotros. Será mejor que lo hables con el profesor.

—Oh, se está borrando, se hace más grande y menos visible. Se fue; supongo que el aire es ya demasiado escaso. Es una pena que se vaya.

—Eso es sólo un anuncio —dijo Kingsley—. Mira lo que está pasando por encima de ti.

Una sección rectangular del firmamento estrellado pasó por el espejito al inclinarlo Morgan hacia el cenit. Al principio no distinguió nada fuera de lo acostumbrado; apagó todos los indicadores de su panel de mandos y aguardó en una oscuridad total.

A medida que sus ojos se adaptaban, un leve resplandor rojo empezó a arder en las profundidades del espejo; se extendía, iba consumiendo las estrellas. Era cada vez más y más brillante, excedía ya los límites del espejo. Al fin pudo verlo directamente, pues se ensanchó

hasta cubrir la mitad del cielo. Una jaula de luz, con barrotes titilantes y móviles, descendía sobre la Tierra. *Y* entonces Morgan pudo comprender que un hombre como el profesor Sessui dedicara toda su vida a desentrañar sus secretos.

En una de sus raras visitas al ecuador, la aurora polar había descendido desde los polos.

47 - MÁS ALLÁ DE LA AURORA

Morgan dudaba que aun el profesor Sessui, quinientos kilómetros más arriba, gozara de un espectáculo tan sensacional. La tormenta se desarrollaba con rapidez; la radio de onda corta, aún utilizada para varios servicios no esenciales, se habría interrumpido ya en el mundo entero. Morgan creyó oír, o tal vez percibir, un leve susurro como el de la arena al caer o el de las ramitas secas al quebrarse. A diferencia de la estática provocada por la centella, no provenía del sistema de altavoces, por cierto, pues siguió allí cuando Morgan apagó los circuitos.

A lo ancho del cielo se corrieron cortinas de pálido fuego verdoso, con márgenes carmesíes; después fue como si una mano invisible las sacudiera hacia arriba y hacia abajo. Se estremecían al impulso del viento solar, el vendaval que soplaba desde el Sol hacia la Tierra a un millón de kilómetros por hora. Aun más allá de Marte parpadeaba en esos momentos un débil fantasma matutino. En dirección al Sol, los venenosos cielos de Venus estaban en llamas. Por encima de las drapeadas cortinas, largos rayos de luz barrían el horizonte, como las varillas de un abanico a medio abrir; a veces brillaban directamente contra los ojos de Morgan, como un gigantesco fanal, y lo dejaban ciego por algunos minutos. Ya no había necesidad de apagar la iluminación de la cápsula para que ésta no lo cegara; los fuegos celestes, afuera, tenían bastante potencia como para leer a su luz.

Doscientos kilómetros; el Araña seguía trepando silenciosamente, sin esfuerzo. Era difícil creer que hubiera pasado sólo una hora desde que abandonara la Tierra. Difícil, en verdad, pensar que la Tierra existía aún, pues Morgan se elevaba por entonces entre los muros de un cañón de fuego.

La ilusión duró sólo unos segundos; en seguida se destruyó el inestable y momentáneo equilibrio entre los campos magnéticos y las nubes eléctricas que llegaban. Pero durante ese breve tiempo Morgan pudo creer, en verdad, que ascendía desde un abismo incomparablemente mayor que el mismo Gran Cañón de Marte. En seguida, aquellos precipicios brillantes que tenían una altura no menor de cien kilómetros se tornaron translúcidos y se dejaron atravesar por las estrellas. Entonces los vio como realmente eran: meros espectros de fluorescencia.

Ahora el Araña subía por encima del espectáculo, como un avión abriéndose paso por un techo de nubes bajas. Morgan emergía de una fiera niebla y ésta se retorcía y giraba debajo de él. Muchos años antes había viajado en un barco de turismo por la noche tropical, y recordaba haberse unido a los otros pasajeros sobre popa, pasmados ante la belleza de la estela bioluminosa. Algunos de los verdes y los azules que centelleaban ahora por debajo del Araña coincidían con los tonos del plancton vistos entonces; era fácil suponer que volvía a observar los subproductos de la vida: el juego de gigantescas, invisibles bestias, habitantes de la atmósfera superior…

Ya casi había olvidado su misión; recibió una buena sorpresa cuando lo llamaron de nuevo a su deber.

—¿Cómo andas de energía? —preguntó Kingsley—. Esa batería durará sólo otros veinte minutos.

Morgan echó una mirada a su panel de instrumentos.

—Ha bajado al noventa y cinco por ciento, pero mi promedio de ascenso aumentó en un cinco. Voy a ciento diez por hora.

—Está bastante bien. El Araña siente la menor gravedad; a esa altitud ya ha descendido en un diez por ciento.

Librodot

No era suficiente como para que resultara perceptible, sobre todo si uno estaba atado a un asiento y bajo varios kilos de traje espacial. Sin embargo, Morgan se sentía regocijado; tal vez estaba aspirando un exceso de oxígeno.

No, el suministro era normal. Debía ser puramente el entusiasmo producido por aquel maravilloso espectáculo, aunque ya estaba disminuyendo y se retiraba hacia el norte y el sur, como si retrocediera hasta sus fortalezas polares. Eso, y la satisfacción de una tarea bien hecha, con el empleo de una tecnología que nadie, hasta entonces, había probado a tal extremo.

Esa explicación era razonable, pero no le satisfizo. No justificaba por completo su sensación de felicidad y hasta de alegría. Warren Kingsley, a quien le gustaba bucear, solía decirle que sentía una emoción similar en la falta de peso del mar. Morgan nunca la había compartido, pero ahora comprendía cómo debía ser. Era como si todas las preocupaciones hubieran quedado allá, en el planeta oculto bajo las ondas desdibujadas de la aurora boreal.

Las estrellas estaban volviendo por sus fueros, acabado el desafío de la misteriosa intrusa polar. Morgan empezó a revisar el cenit sin muchas esperanzas, preguntándose si la torre estaría ya a la vista. Pero sólo pudo distinguir los primeros metros de cinta por donde el Araña seguía ascendiendo, iluminados aún por el débil resplandor rosáceo. De esa angosta banda dependía ahora su propia vida y la de otras siete personas; su mera uniformidad no permitía notar la velocidad de la cápsula. A Morgan le resultó difícil creer que iba a toda velocidad por las guías, a más de doscientos kilómetros por hora. Y con ese pensamiento regresó súbitamente a la niñez y supo el motivo de su satisfacción.

Se había recobrado muy pronto de la pérdida de aquel primer barrilete; después avanzó hasta modelos más grandes y complicados. Entonces, antes de descubrir el Mecano y abandonar para siempre las cometas, experimentó por un breve tiempo con paracaídas de juguete. A Morgan le gustaba pensar que él mismo los había inventado, aunque bien podía haber tomado la idea de alguna lectura o algo visto. La técnica era muy simple; generaciones enteras de muchachitos podían redescubrirla.

Primero cortaba una fina banda de madera de unos cinco centímetros y le sujetaba un par de grapas para papel. Después la colgaba, por medio de las grapas, al hilo del barrilete, de modo tal que el pequeño artefacto se deslizara con facilidad hacia arriba y hacia abajo. En seguida, con un trozo de papel de arroz no más grande que un pañuelo, preparaba un paracaídas con hilos de seda; un cuadrado de cartón servía de carga. Una vez sujeto el cuadrado a la madera, por medio de una banda elástica no muy ajustada, el aparato estaba en marcha.

A impulsos del viento, el pequeño paracaídas se elevaba por el hilo hasta llegar al barrilete. Entonces Morgan le daba un tirón seco, para que el peso de cartón se deslizara de la banda elástica, y el paracaídas se alejaba flotando por el cielo, mientras la tablilla volvía rápidamente a su mano, lista para el próximo lanzamiento.

¡Con cuánta envidia observaba a sus efímeras creaciones, que se alejaban sin esfuerzo mar adentro! Casi todas caían al agua antes de cubrir siquiera un kilómetro, pero a veces algún pequeño paracaídas mantenía valientemente su altura hasta perderse de vista. A él le gustaba imaginar que esos afortunados viajeros llegarían a las islas encantadas del Pacífico, pero aunque había escrito su nombre y su dirección en los cuadrados de cartulina, nunca recibió respuesta alguna.

Morgan no pudo evitar una sonrisa ante esos recuerdos perdidos que tantas cosas explicaban. Los sueños de la niñez se habían visto muy sobrepasados por la realidad de la vida adulta; se había ganado el derecho a la satisfacción.

—Llegando a tres ochenta —dijo Kingsley—. ¿Cuál es el nivel de energía?

—Empieza a bajar; ochenta y cinco por ciento. La batería se agota.

—Bueno, si aguanta otros veinte kilómetros habrá cumplido con lo suyo. ¿Cómo te sientes?

Morgan sintió la tentación de responder con superlativos, pero su cautela natural lo

Librodot

impidió.

—Muy bien —dijo—. Si pudiéramos ofrecer un espectáculo como éste a todos nuestros pasajeros, no daríamos abasto para atender las solicitudes.

—A lo mejor se puede hacer —rió Kingsley—. Podríamos pedir a Control de Monzones que echara unos cuantos barriles de electrones en los lugares debidos. No está en su línea, pero se las arreglan para improvisar, ¿verdad?

Morgan rió entre dientes sin responder. Tenía la vista fija en el panel de instrumentos, donde tanto la energía como la velocidad de ascenso disminuían a ojos vista. Pero no había razones para alarmarse; el Araña había cubierto trescientos ochenta y cinco kilómetros de los cuatrocientos calculados y la batería descartable aún tenía un poco de potencia.

A los trescientos noventa kilómetros, Morgan empezó a aminorar el ascenso, hasta que el Araña empezó a arrastrarse muy lentamente. Al fin se detuvo, cuando faltaba poco para los cuatrocientos cinco kilómetros.

—Voy a soltar la batería —advirtió Morgan—. Cuidado con la cabeza.

Se había pensado mucho en el medio de recobrar esa batería, costosa y pesada, pero no había tiempo de improvisar un sistema de frenado que le permitiera deslizarse hacia abajo sana y salva, como la tablilla a la que Morgan fijaba sus barriletes. Y aunque hubieran podido disponer de un paracaídas, era de temer que la tela se enredara con la cinta. Afortunadamente, la zona de impacto coincidía con una espesa selva, a diez kilómetros de la terminal terrestre. La vida silvestre de Taprobane tendría que correr el riesgo; Morgan estaba dispuesto a discutir más tarde con el Departamento de Conservación.

Encendió la llave de seguridad y pulsó el botón rojo que haría estallar las cargas explosivas; el Araña se sacudió brevemente ante la detonación. Morgan conectó entonces la batería interna, soltó poco a poco los frenos de fricción y volvió a enviar energía a los motores de impulso.

La cápsula inició el ascenso del último tramo. Pero una simple mirada al panel de instrumentos indicó a Morgan que algo andaba muy mal. El Araña hubiera debido estar subiendo a más de doscientos kilómetros por hora, pero no llegaba a los cien, aun con toda la potencia. No hacían falta cálculos ni pruebas: el diagnóstico de Morgan fue instantáneo, pues las cifras hablaban con voz propia. Enfermo de frustración, volvió a comunicarse con Tierra.

—Estamos en dficultades —dijo—. Las cargas estallaron, pero la batería no cayó. Algo la sigue sujetando.

No era necesario, por supuesto, decir que la misión debía ser abortada. Todo el mundo sabía perfectamente que el Araña no podía llegar a la base de la Torre cargada con varios cientos de kilos de peso muerto.

48 - LA NOCHE EN LA MANSIÓN

El embajador Rajasinghe no necesitaba dormir mucho en los últimos tiempos. Era como si una benévola Naturaleza le concediera el uso máximo de sus años restantes. Y en un momento como ése, mientras los cielos taprobanos ardían con la maravilla más grande de los últimos siglos, ¿quién hubiera podido permanecer en cama?

¡Cómo le hubiera gustado que Paul Sarath compartiera con él ese espectáculo! Echaba de menos a su viejo amigo, mucho más de lo que había creído. Nadie podía fastidiarlo o estimularlo como Paul; con nadie gozaba el mismo vínculo de experiencia compartida desde la primera juventud. Rajasinghe no había pensado nunca que sobreviviría a Paul, ni que vería la fantástica estalactita de la Torre crecer hasta franquear prácticamente el abismo entre sus cimientos orbitales y Taprobane, treinta y seis mil kilómetros más abajo. Paul se había opuesto a ese proyecto hasta el fin; consideraba la Torre como una espada de Damocles y nunca dejó de predecir su eventual caída a tierra. Sin embargo, hasta Paul había admitido que la Torre ya daba algunos beneficios.

Quizá por vez primera en la historia, el resto del mundo conocía la existencia de Taprobane

Librodot

y empezaba a descubrir su antigua cultura. Yakkagala, con su callada presencia y sus leyendas siniestras, atraía especial atención; como resultado, Paul había podido conseguir apoyo para algunos de sus proyectos más acariciados. La enigmática personalidad del creador de Yakkagala era motivo de varios libros y videodramas; el espectáculo audiovisual ofrecido a los pies de la Roca contaba siempre con una sala llena. Poco antes de su muerte, Paul había comentado con ironía que estaba en marcha una pequeña industria sobre Kalidasa y que cada vez era más difícil distinguir la ficción de la realidad.

Poco después de medianoche, cuando ya fue obvio que la aurora polar había pasado su momento mejor, Rajasinghe se hizo llevar otra vez a su dormitorio. Como siempre se despidió de su personal doméstico, tomó un vaso de leche caliente con chocolate para relajarse y encendió el resumen del último noticiario. El único tema que despertaba su interés era el progreso de Morgan, que por entonces ya debía estar acercándose a la base de la Torre.

El director del noticiero ya había destacado las últimas novedades; una frase titilaba constantemente en la pantalla:

MORGAN VARADO A 200 KM DE SU META

Los dedos de Rajasinghe pidieron más detalles; en seguida comprobó, con alivio, que sus primeros temores eran infundados. Morgan no se encontraba varado, sino que le era imposible completar el viaje. Podía volver a la Tierra cuando quisiera; pero si lo hacía el profesor Sessui y sus colegas estarían condenados.

El drama se desarrollaba, en ese momento, exactamente por encima de su cabeza. Rajasinghe cambió de texto a video, pero no había nada nuevo; en realidad, lo que estaban presentando en esos momentos era el ascenso de Maxine Duval, efectuado años antes en el precursor del Araña.

—Yo puedo conseguir algo mejor —murmuró Rajasinghe, dirigiéndose hacia su amado telescopio.

Durante algunos meses, después de quedar condenado a guardar cama, se había visto imposibilitado de usarlo. Entonces Morgan le hizo una de sus breves visitas de cortesía, analizó la situación y prescribió el remedio sin pérdida de tiempo. Una semana después, para sorpresa y placer de Rajasinghe, un pequeño equipo de técnicos llegó a Villa Yakkagala para modificar el instrumento, de modo que se pudiera operar a distancia.

Ahora podía acostarse cómodamente en su cama y explorar desde allí los cielos estrellados, la sombría cara de la roca. Se sentía profundamente agradecido hacia Morgan por ese gesto: adivinaba por él una faz insospechada en la personalidad del ingeniero.

No estaba seguro de lo que vería, en la oscuridad de la noche, pero sí sabía exactamente hacia dónde mirar, pues hacía tiempo que observaba el lento descenso de la Torre. Cuando el sol estaba en el ángulo correcto, hasta podía divisar las cuatro cintas de guía que convergían hacia el cenit, como cuatro delgadísimos trazos brillantes arañados en el cielo.

Ajustó el soporte azimutal en los mandos del telescopio y lo dirigió hacia lo alto de Sri Kanda. Mientras comenzaba a elevarlo poco a poco, en busca de algún rastro de la cápsula, se preguntó lo que pensaría Maha Thero de ese último acontecimiento. Aunque Rajasinghe no había hablado con el sacerdote —que hacía rato había cumplido los noventa años— desde la mudanza de la Orden a Lhasa, sabía que el Pótala no les había proporcionado el ansiado alojamiento. El enorme palacio decaía lentamente, mientras los albaceas del Dalai Lama lidiaban con el gobierno de China Federal sobre el costo del mantenimiento. Según las últimas informaciones recibidas por Rajasinghe, el Maha Thero negociaba ahora con el Vaticano, que también pasaba por dificultades financieras crónicas, pero al menos era aún dueño de su propia sede.

Nada era permanente, en efecto, pero no resultaba fácil discernir algún esquema cíclico. Tal vez el genio matemático de Parakarma-Goldberg pudiera hacerlo; en cuanto a éste, la última vez que Rajasinghe le había visto acababan de otorgarle un importante premio científico por sus contribuciones a la meteorología. Lo reconoció con dificultad; estaba muy bien afeitado y lucía un traje cortado a la última moda neonapoleónica. Pero al parecer había

Librodot

vuelto a cambiar de religión…

Las estrellas se deslizaban lentamente hacia abajo por la gran pantalla del monitor, instalada a los pies de la cama, en tanto el telescopio se inclinaba hacia la Torre. Pero no había señales de la cápsula, aunque Rajasinghe estaba seguro de que debía estar en su campo visual.

Estaba por volver a conectar el canal informativo común, cuando una estrella se incendió hacia la esquina inferior del cuadro, como si fuera una nova en erupción. Por un momento Rajasinghe se preguntó si la cápsula habría estallado, pero entonces vio que brillaba con una luz bien estable. Centralizó la imagen y dio la máxima potencia.

Mucho tiempo antes había visto un videodocumental que databa de dos siglos atrás, sobre las primeras guerras aéreas; súbitamente recordó una secuencia donde se veía un ataque nocturno contra Londres. Un bombardero enemigo había sido captado por un cono de reflectores y pendía en el cielo como una mota incandescente. Era el mismo fenómeno que estaba viendo en ese momento, pero a una escala varios cientos de veces mayor; sin embargo, en esa oportunidad todos los recursos de tierra se combinaban para ayudar, en vez de destruir, al decidido invasor de la noche.

49 - BACHES EN LA RUTA

La voz de Warren Kingsley había recobrado el control; ahora sonaba meramente opaca y desesperada.

—Estamos tratando de que ese mecánico no se pegue un tiro —dijo—. Pero no podemos echarle la culpa. Lo interrumpieron para que hiciera otro trabajo de urgencia en la cápsula y se olvidó de retirar la correa de seguridad; eso es todo.

Bien, como de costumbre se trataba de un error humano. Mientras se conectaban los explosivos habían sujetado la batería con dos bandas metálicas. Y después retiraron sólo una. Esas cosas ocurrían con monótona regularidad; a veces resultaban sólo fastidiosas; a veces provocaban un desastre y el responsable debía soportar esa culpa por el resto de sus días. De cualquier modo era inútil toda recriminación. Sólo importaba lo que se haría por solucionarlo.

Morgan ajustó el espejillo visor externo con la máxima inclinación hacia abajo, pero no logró ver la causa del problema. Ahora que el espectáculo matinal se había borrado, la parte más baja de la cápsula permanecía en una oscuridad total y no había modo de iluminarla. Pero ese problema, al menos, tenía una fácil solución. Si Control de Monzones estaba en condiciones de malgastar unos cuantos kilovatios de infrarrojo para el sótano de la Torre, bien podía reservar para Morgan unos cuantos fotones visibles.

—Podemos utilizar nuestros propios reflectores —dijo Kingsley, cuando Morgan presentó su pedido.

—No servirán de nada; me darán en los ojos y no podré ver un bledo. Necesito una luz desde atrás y por encima de mí. Tiene que haber alguien en esa posición.

—Veremos —respondió Kingsley, obviamente feliz de poder hacer algo útil.

El tiempo que tardó en contestar pareció muy largo; al verificar con su cronómetro, Morgan se llevó una sorpresa al ver que habían pasado sólo tres minutos.

—Desde Control de Monzones podrían hacerlo, pero tienen que cambiar el foco y reafinar; creo que tienen miedo de asarte. Pero Kinte puede encender inmediatamente; tienen una especie de láser blanco y están en la posición adecuada. ¿Les digo que actúen?

Morgan verificó los datos. Veamos, Kinte estará muy alta y hacia el oeste; sirve.

—Estoy listo —dijo, y cerró los ojos.

Casi de inmediato, la cápsula estalló en luz. Morgan volvió a abrir los ojos, con mucha prudencia. El rayo venía desde el oeste, muy alto y deslumbrador, a pesar de un viaje de casi cuarenta mil kilómetros. Parecía de un blanco puro, pero en realidad se trataba de una mezcla de tres líneas muy exactamente moduladas, en los sectores rojo, verde y azul del espectro.

Tras reajustar el espejo durante algunos segundos consiguió ver con claridad la correa

Librodot

desmandada, a medio metro de sus pies. El extremo visible para él estaba asegurado a la base del Araña por medio de una gran tuerca de mariposa; bastaría con destornillar eso y la batería quedaría en libertad.

Morgan permaneció en silencio mientras analizaba la situación; pasaron tantos minutos que Kingsley volvió a llamar. Por primera vez había un dejo de esperanza en la voz de su suplente.

—Hemos hecho algunos cálculos, Van. ¿Qué te parece esta idea?

Morgan lo escuchó y soltó un leve silbido.

—¿Habéis comprobado bien el margen de seguridad?

—Por supuesto.

Kingsley parecía algo ofendido; no se lo podía culpar por eso, pero después de todo no era él quien arriesgaba el pescuezo.

—Bueno, haré la prueba. Pero sólo por un segundo, primera vez.

—No será suficiente. De cualquier modo, es una buena idea, así sabrás cómo es la cosa.

Morgan, suavemente, soltó los frenos de fricción que mantenían el Araña inmóvil en la cinta. De inmediato pareció levantarse del asiento, al desaparecer el peso. Contó uno, dos, y volvió a conectar los frenos.

El Araña dio una sacudida y por una fracción de segundo Morgan quedó incómodamente apretado contra el asiento. El mecanismo de frenado emitió un chirrido ominoso. En seguida la cápsula pareció quedar nuevamente en reposo, con excepción de una ligera vibración de torsión que se apagó muy pronto.

—Esta ruta está llena de baches —dijo Morgan—, pero todavía estoy entero… y esa maldita batería también.

—Te lo advertí. Tendrás que hacer una prueba más a fondo. Dos segundos, al menos.

Morgan comprendió que no podría superar la apreciación de Kingsley, quien contaba con todas las cifras y computaciones necesarias; de todos modos, sentía la necesidad de alguna tranquilizadora aritmética mental. Dos segundos en caída libre, más o menos medio segundo para aplicar los frenos, calculando una tonelada por la masa del Araña… La cuestión era: ¿qué saltaría primero: la banda que sujetaba a la batería o la cinta que lo sostenía a cuatrocientos kilómetros de altura? En general, no había vacilaciones en una lucha entre el hiperfilamento y el acero común, pero si aplicaba los frenos con demasiada brusquedad, o si cedían debido al mal trato, tal vez se quebraran los dos. Y entonces él y la batería llegarían a la Tierra más o menos al mismo tiempo.

—Dos segundos, de acuerdo —dijo Kingsley—. Aquí va.

En esa oportunidad la sacudida fue de una violencia capaz de destrozar los nervios: las oscilaciones de torsión tardaron mucho más en apagarse. Morgan estaba seguro que debía sentir (u oír) el ruido de la banda al quebrarse; no se sorprendió cuando, con una mirada al espejo, confirmó que la batería seguía en su sitio.

Kingsley no se preocupó demasiado.

—Tal vez hagan falta tres o cuatro intentos —dijo.

Morgan sintió la tentación de responder: «¿Qué, quieres quedarte con mi puesto?». Pero lo pensó mejor. Warren se reiría de aquello, pero tal vez había con él gente desconocida, que interpretaría las cosas de otra manera.

Después de la tercera caída —tenía la sensación de haber bajado varios kilómetros, pero eran sólo unos cien metros—, hasta el optimismo de Kingsley empezó a ceder. Era obvio que la treta no daría resultados.

—Quisiera felicitar a los que fabricaron esa correa de seguridad —comentó Morgan, irónico—. ¿Qué sugieres ahora? ¿Tres segundos de caída antes de apretar los frenos?

Imaginó perfectamente a Warren sacudiendo la cabeza.

—Demasiado peligroso. No me preocupa tanto la cinta como el mecanismo de frenado. No fue hecho para este tipo de cosas.

—Bueno, había que realizar la prueba. De cualquier modo, todavía no me doy por vencido.

Librodot

Que me aspen si me dejo vencer por una simple tuerca de mariposa que está ahí, a cincuenta centímetros de mi nariz. Voy a salir para destornillarla.

50 - LLUVIA DE LUCIÉRNAGAS

01:15:24 Aquí Amistad Siete. Trataré de describir lo que pasa. Estoy en una gran masa de partículas muy pequeñas que brillan, como si fueran luminosas… Se están acercando a la cápsula y parecen estrellitas. Toda una lluvia…

01:16:10 Van a muy poca velocidad; se alejan a no más de cinco o seis kilómetros por hora, tal vez…

01:19:38 El sol ha salido por detrás en el periscopio… Cuando miré por la ventana hacia atrás, había literalmente miles de pequeñas partículas luminosas girando alrededor de la cápsula.

(Comandante John Glenn, "Amistad Siete" del programa *Mercury*, 20 de febrero de 1962)

Con los antiguos trajes espaciales, alcanzar aquella tuerca de mariposa hubiera sido imposible. Hasta el flexitraje que Morgan llevaba podía dificultar un poco las cosas, pero al menos haría el intento.

Con mucho cuidado, porque no sólo su vida dependía de ello, ensayó la secuencia de sus actos. Debía verificar el traje, bajar la presión de la cápsula y abrir la escotilla; ésa, por suerte, era del tamaño de un ser humano. Después debía soltar el cinturón de seguridad, arrodillarse —si podía— y buscar esa tuerca de mariposa. Todo dependía de lo apretada que estuviera, pues no había herramientas de ninguna especie a bordo del Araña; de cualquier modo, Morgan estaba dispuesto a medir sus dedos —a pesar de los guantes espaciales— contra las llaves inglesas pequeñas de tipo común.

Cuando estaba a punto de describir su plan de operaciones a los de tierra, por si alguno de ellos descubría un fallo importante, cobró conciencia de cierto leve malestar. No hubiera tenido dificultades en contenerse por bastante tiempo, de ser necesario, pero no tenía sentido correr el riesgo. Si utilizaba la tubería de la cápsula no sería menester recurrir al incómodo artefacto incorporado al traje…

Cuando hubo terminado puso en funcionamiento el desagote de orina… y oyó, sorprendido, una pequeña explosión cerca de la base de la cápsula. Casi en seguida, para su asombro, una nube de estrellas parpadeantes surgieron a la existencia, como si una galaxia microscópica hubiera sido creada en un instante. Morgan tuvo la ilusión de que pendía inmóvil por un momento, fuera de la cápsula; al fin empezó a caer verticalmente, con la rapidez de una piedra arrojada en tierra. En cuestión de segundos se redujo a un punto y finalmente desapareció.

Nada podría haberle recordado con mayor claridad que aún estaba cautivo en el campo gravitatorio de la Tierra. Recordó que, en los primeros días del vuelo orbital, los astronautas se vieron confundidos (y divertidos, después) por los halos de cristales de hielo que los acompañaban en la circunvalación del planeta; en esos tiempos se hicieron algunos chistes tontos sobre la constelación de Orión. Eso no podría suceder allí; cualquier cosa que cayera, por frágil que pudiera ser, entraría directamente a la atmósfera. No debía olvidar que, a pesar de la altura, no era un astronauta liberado del peso, sino un hombre atrapado en un edificio de cuatrocientos kilómetros de altura, preparado para abrir la ventana y salir a la cornisa.

51 - EN EL PORCHE

Aunque en la cumbre hacía frío y no había comodidades, la multitud no dejaba de crecer. Había algo hipnótico en esa brillante estrellita del cenit, sobre la cual se centraban los pensamientos de todo el mundo, y no sólo el rayo láser de Kinte.

Todos los visitantes, al llegar, se encaminaban a la cinta norte y la acariciaban con

expresión entre tímida y desafiante, como si dijeran: «Ya sé que es una tontería, pero así me siento en contacto con Morgan». Después se reunían alrededor de la cafetera automática y escuchaban los informes transmitidos por el sistema de altavoces. No se sabía nada nuevo de los refugiados en la Torre; todos dormían, o trataban de hacerlo, en un intento por ahorrar oxígeno. Morgan todavía no llevaba retraso, y por eso no se les había informado sobre el inconveniente; pero en un plazo de una hora, cuanto más, no dejarían de llamar al Medio para averiguar qué ocurría.

Maxine Duval llegó a Sri Kanda con diez minutos de retraso y no pudo ver a Morgan. En otros tiempos, fracasar por tan poca cosa la hubiera puesto furiosa; ahora se limitó a encoger los hombros y se tranquilizó, pensando que sería la primera en atraparlo a su regreso. Kingsley no le había permitido hablarle, pero ella aceptó hasta esa prohibición con buen humor. Sí, estaba envejeciendo…

En los últimos minutos, las únicas palabras procedentes de la cápsula habían sido una serie de síes dichos por Morgan, que verificaba paso a paso su traje con un experto del Medio. Esa operación quedó terminada. Todos aguardaban con ansiedad el paso crucial.

—Expulsando el aire —dijo Morgan, con un ligero eco en la voz, pues había cerrado el casco—. Presión de cápsula, cero. No hay dificultades para respirar.

Una pausa de treinta segundos. Después:

—Voy a abrir la puerta. Va. Ahora suelto el cinturón del asiento.

Entre los observadores se produjo una inconsciente agitación y un intercambio de murmullos. Cada uno de ellos, en su imaginación, estaba allá en la cápsula, consciente del vacío que se abría súbitamente ante él.

—Operada la hebilla de soltado rápido. Estoy estirando las piernas. No tengo mucho lugar para la cabeza. Pruebo el traje; es bastante flexible. Ahora voy a salir al porche. ¡No se preocupen! Tengo el cinturón de seguridad enrollado al brazo izquierdo…

»¡Uf! Qué trabajo, agacharse así. Pero ya veo esa tuerca de mariposa, bajo la reja del porche. Estoy tratando de resolver cómo llegar hasta ella… Ahora estoy de rodillas… no muy cómodo… ¡La tengo! Ahora veamos si gira.

Los que escuchaban quedaron rígidos y silenciosos. Al fin se relajaron simultáneamente, con un suspiro de alivio.

—¡No hay problemas! Sale con facilidad. Ya di dos vueltas… ¡Cuidado abajo!

Hubo un estallido de aplausos y gritos de aliento; algunos levantaron las manos para cubrirse la cabeza, como si tuvieran miedo. Uno o dos, sin comprender que la tuerca no llegaría hasta dentro de cinco minutos y que caería diez kilómetros más hacia el este, parecieron alarmarse de veras.

Sólo Warren Kingsley no compartía el regocijo.

—No nos apresuremos a cantar victoria —dijo a Maxine—. Todavía no hemos salido del aprieto.

Los segundos pasaban arrastrándose. Un minuto.

—No sirve de nada —dijo Morgan al fin, espesa la voz de rabia y frustración—. No puedo soltar esa correa. El peso de la batería hace que se trabe en los surcos. Esas sacudidas que dimos han de haberla soldado al tornillo…

—Vuelve lo antes que puedas —dijo Kingsley—. Tenemos otra batería en marcha y podemos hacer otro intento en menos de una hora. Aún llegaremos a la torre en… unas seis horas, digamos. Siempre que no se presenten más dificultades, por supuesto.

Sin duda, se dijo Morgan; pero ya no se atrevería a salir nuevamente en el Araña sin que se revisara a fondo el maltratado mecanismo de frenado. Tampoco se sentía en condiciones de efectuar un segundo viaje: empezaba a sentir la tensión de las últimas horas; la fatiga no tardaría en restar rapidez a su cuerpo y a su mente, justo cuando necesitaba la máxima eficiencia de los dos.

Estaba otra vez en su asiento, pero la cápsula seguía abierta al espacio y aún no había vuelto a ajustar el cinturón de seguridad. Hacerlo hubiera sido admitir la derrota, y eso nunca

Librodot

había sido fácil para Morgan.

El incesante fulgor del rayo láser, que venía casi verticalmente, lo traspasaba con su luz inexorable. Trató de concentrarse en el problema tal como ese rayo se concentraba en él.

Sólo necesitaba una sierra para metal; un serrucho, un par de cizallas, algo para cortar esa banda de retención. Una vez más, maldijo la falta de herramientas a bordo del Araña; aun si hubiera contado con un equipo mínimo, difícilmente hubiese habido en él lo que necesitaba.

En la propia batería del Araña quedaban muchos megavatios-hora de energía. ¿Podría utilizarlos de algún modo? Por un momento fantaseó con la posibilidad de establecer un puente y quemar la banda, pero no disponía de conductores adecuados y desde la cabina de mandos no se podía llegar hasta la fuente de energía.

Warren y todos los cerebros que lo rodeaban no habían podido hallar una solución. Estaba abandonado a sus propios recursos, tanto física como intelectualmente. Y después de todo, ése era el tipo de situaciones que siempre había preferido.

Y entonces, precisamente cuando estaba por alargar la mano para cerrar la puerta de la cápsula, Morgan supo lo que debía hacer. La respuesta había estado desde el principio al alcance de su mano.

52 - EL OTRO PASAJERO

Para Morgan fue como si le quitaran un peso enorme de los hombros. Se sentía completa, irracionalmente lleno de fe. Esa vez estaba seguro, tenía que funcionar.

Sin embargo, no se movió de su asiento mientras no hubo planeado sus actos hasta los mínimos detalles. Y cuando Kingsley, al parecer algo ansioso, volvió a instarlo para que regresara, respondió con una frase evasiva. No quería alentar falsas esperanzas en la Tierra ni en la Torre.

—Voy a intentar un experimento —dijo—. Dejadme tranquilo por algunos minutos.

Tomó el hilador de fibra que había utilizado para tantas demostraciones; el pequeño artefacto que, años atrás, le permitiera descender por el flanco de Yakkagala. Por razones de seguridad se le habia hecho una modificación: el primer metro de filamento estaba forrado con una cubierta de plástico, para que no fuera ya invisible y para facilitar su manejo, aun con los dedos desnudos.

Mientras Morgan observaba aquella pequeña caja, comprendió que había llegado a considerarla como un talismán, casi como un hechizo para tener buena suerte. No creía en esas cosas, por supuesto; cuando llevaba la hilera consigo lo hacía por motivos perfectamente lógicos. En ese caso se le había ocurrido que tal vez fuera útil por su resistencia y su enorme fuerza si se trataba de levantar pesos; casi había olvidado que tenía también otras posibilidades.

Una vez más, salió del asiento y se arrodilló en la reja metálica del diminuto porche del Araña, para examinar la causa de todo aquel problema. La tuerca desmandada estaba a diez centímetros, del otro lado de la reja; aunque las barras estaban demasiado próximas como para permitirle pasar la mano, ya había probado que podía llegar hasta allí sin gran dificultad.

Soltó el primer metro de fibra forrada y, utilizando el anillo del extremo como plomada, lo bajó por la grilla. Después sujetó el hilador en un rincón de la cápsula, de modo tal que no pudiera dejarlo caer por accidente, y pasó alrededor de la grilla hasta alcanzar la plomada que se balanceaba. No fue tan fácil como suponía, pues ni siquiera aquel excelente traje espacial le permitía flexionar el brazo con facilidad, en tanto el anillo, en su movimiento pendular, eludía una y otra vez sus intentos de apresarlo.

Después de intentarlo cinco o seis veces —con más cansancio que fastidio, pues estaba seguro de lograrlo tarde o temprano—, pasó la fibra alrededor del eje del tornillo, detrás de la tuerca que seguía sujetándolo. Ahora venía lo difícil…

Hizo que el hilador soltara filamento en longitud suficiente como para envolver el tornillo con fibra descubierta; después tiró con fuerza de los dos extremos, hasta sentir que el lazo se

Librodot

ajustaba a la rosca. Morgan no había intentado nunca aquella operación con un cilindro de acero cuyo grosor superaba el centímetro, y no tenía la menor idea de cuánto podría tardar. Se sujetó contra el porche y comenzó a operar su invisible serrucho.

A los cinco minutos estaba sudando en abundancia y no sabía si había avanzado o no. Tenía miedo de aflojar la tensión, por si la fibra escapaba de la ranura, igualmente invisible, que con un poco de suerte estaría perforando el tornillo. Warren lo había llamado varias veces, cada vez más alarmado; hubo de tranquilizarlo someramente. Pronto descansaría por un rato para recobrar el aliento; entonces le explicaría lo que intentaba hacer. Era lo menos que merecían sus preocupados amigos.

—Van —dijo Kingsley— ¿Qué estás tramando? La gente de la Torre esta llamando. ¿Que les digo?

—Dadme otros pocos minutos. Estoy tratando de cortar el tornillo.

Una voz de mujer, tranquila pero autoritaria, interrumpió a Morgan, provocándole tal sorpresa que estuvo a punto de soltar aquella inapreciable fibra. Las palabras sonaban apagadas bajo el traje, pero eso no importaba. Las conocía demasiado bien, aunque llevaba meses sin oírlas.

—Doctor Morgan —dijo Alcor—, por favor, recuéstese y descanse diez minutos.

—¿Se conformaría con cinco? —rogó él—. En este momento estoy muy ocupado.

Alcor no se dignó a responder; había unidades capacitadas para mantener una conversación sencilla, pero ese modelo no.

Morgan mantuvo su promesa; respiró profunda y acompasadamente durante cinco minutos completos. Después volvió a serruchar. Ida y vuelta, ida y vuelta con el filamento, agachado sobre la grilla y a cuatrocientos kilómetros de la Tierra. Como sentía una resistencia considerable, calculó que estaba haciendo progresos a través de ese tozudo acero, pero no tenía medios de decir hasta qué punto.

—Doctor Morgan —dijo Alcor—, es necesario que se acueste por media hora.

Morgan soltó una discreta maldición.

—Se equivoca, señorita —replicó—. Me siento muy bien.

Pero no era cierto; Alcor sabía del dolor en el pecho.

—¿Con quién diablos hablas, Van? —preguntó Kingsley.

—Con un ángel que pasaba —respondió Morgan—. Disculpa, olvidé desconectar el micrófono. Voy a descansar otro rato.

—¿Avanzas?

—No sé cuánto, pero creo que a esta altura el corte ha de ser bastante profundo. Tiene que ser.

Hubiera querido desconectar a Alcor, pero eso era imposible, por supuesto, aun si ella no hubiera estado fuera de su alcance, entre el esternón y la tela del traje espacial. Un monitor cardiaco, si se lo hubiese podido desconectar, habría sido peor que inútil: peligroso.

—Doctor Morgan —dijo Alcor, ya claramente enojada—, lamento ser insistente, pero necesita por lo menos media hora de descanso absoluto.

Esa vez Morgan no tuvo ganas de contestar. Sabía que Alcor tenía razón, pero ella no podía comprender que la suya no era la única vida en juego. También estaba seguro de que la alarma, como sus puentes, estaba programada con un factor de seguridad. Su diagnóstico sería pesimista; por lo tanto él no debía estar tan mal como ella decía. Al menos, eso esperaba, con toda devoción.

En realidad, el dolor del pecho no parecía empeorar; decidió no prestarles atención, al dolor ni a Alcor, y volvió a su trabajo, lento pero seguro, con el lazo de fibra. Se dijo, ceñudo, que proseguiría por el tiempo que fuera necesario.

Estaba seguro de recibir una advertencia que no llegó. Al fin el Araña dio una violenta sacudida, al caer el peso muerto de doscientos cincuenta kilos. Morgan estuvo a punto de caer al abismo. Dejó caer el hilador y manoteó el cinturón de seguridad.

Todo parecía ocurrir con movimiento retardado, como en los sueños. No sentía el menor

Librodot

temor, pero sí una absoluta decisión de no rendirse a la gravedad sin luchar. Pero no pudo hallar el cinturón de seguridad; tal vez la sacudida lo había lanzado a la cabina.

Ni siquiera tuvo conciencia de usar la mano izquierda, pero de pronto descubrió que la tenía cerrada en torno de las bisagras de la puerta. No trató de alzarse; estaba hipnotizado por la batería que se precipitaba hacia abajo, girando lentamente como un extraño cuerpo celeste, en tanto se perdía de vista. Demoró mucho tiempo en desaparecer por completo. Sólo entonces Morgan se puso a salvo y se dejó caer en el asiento.

Allí quedó por largo rato, con el corazón martilleándole; esperaba la indignada protesta de Alcor, pero ella, para su sorpresa, guardó silencio, como si hubiera sufrido el mismo susto. Bien, él no le daría motivos para quejarse; desde ese momento en adelante permanecería muy quieto ante los mandos, tratando de relajar sus nervios alterados.

Cuando volvió a sentirse dueño de sí llamo a la montaña.

—Ya me he liberado de la batería —dijo, y los gritos de júbilo le llegaron flotando desde Tierra—. En cuanto haya cerrado la escotilla volveré a ponerme en marcha. Decid a Sessui y Compañía que llegaré en cosa de una hora. Y gracias a Kinte por la luz; ya no la necesito.

Volvió a presurizar la cabina, abrió el casco de su traje y se permitió un buen trago de jugo de naranja enriquecido. Después dio marcha y soltó los frenos. Mientras el Araña cobraba máxima velocidad, Morgan se recostó con una sensación de total alivio.

Llevaba unos cuantos minutos de ascenso cuando comprendió que algo faltaba. Echó una mirada ansiosa a la grilla metálica del porche, pero no estaba allí. Bueno, ya conseguiría otro hilador para reemplazar al que, en esos momentos, acompañaba a la batería descartada en su viaje hasta la Tierra; el sacrificio resultaba pequeño, comparado con el logro obtenido. Sin embargo, era extraño que se sintiera tan perturbado, que no pudiera disfrutar del todo su triunfo…

Era como si hubiese perdido a un viejo y fiel amigo.

53 - AGOTAMIENTO

Parecía demasiado bueno para ser verdad, pero la demora era sólo de treinta minutos; Morgan hubiera jurado que la cápsula había estado detenida durante una hora, por lo menos. Allá arriba, en la Torre, que ahora estaba a mucho menos de doscientos kilómetros, la comisión de bienvenida se preparaba para recibirlo. Y el ingeniero se negaba a considerar siquiera la posibilidad de que se presentaran nuevos problemas.

Cuando pasó la marca de los quinientos kilómetros, aún a toda potencia, desde tierra le llegó un mensaje de felicitaciones.

—A propósito —agregó Kingsley—, el director de Deportes, en el Santuario de Ruhana, informó sobre la caída de un objeto aéreo. Lo tranquilizamos, por suerte. Si descubrimos el agujero podremos hacerte un recuerdo.

Morgan no tuvo dificultades en contener su entusiasmo; no quería saber nada más de esa batería. Ahora bien, si encontraban el hilador… Pero sobre eso no había esperanzas.

La primera señal de peligro surgió a los cincuenta y cinco kilómetros. Por entonces el promedio de ascenso debía ser superior a los doscientos kilómetros por hora, pero apenas llegaba a los ciento noventa y ocho. Por pequeña que fuera la diferencia —y no representaría mucha demora en cuanto al horario de la llegada—, Morgan se mostró preocupado.

Faltaban solo treinta kilómetros para llegar a la Torre cuando diagnosticó la causa del problema; en esa oportunidad no podría hacer nada por solucionarlo: la batería empezaba a agotarse, aunque las reservas habrían debido ser abundantes. Tal vez las sacudidas habían provocado la dificultad, o quizá había algo roto entre los delicados componentes. Cualquiera fuese la explicación, la corriente bajaba poco a poco, y con ella disminuía la velocidad de la cápsula.

Hubo consternación en Tierra cuando Morgan transmitió los datos de los indicadores.

—Temo que tengas razón —se lamentó Kingsley; por la voz parecía estar al borde de las

Librodot

lágrimas—. Te sugerimos que reduzcas tu velocidad a cien kilómetros. Trataremos de calcular cuánto le queda a la batería, aunque será sólo un cálculo aproximado.

Faltaban veinticinco kilómetros, apenas quince minutos, aun a esa velocidad reducida. Si Morgan hubiera sabido rezar lo habría hecho.

—Estimamos que tienes entre diez y veinte minutos, a juzgar por el modo en que está bajando la corriente. Parece que andas muy justo.

—¿Debo reducir otra vez la velocidad?

—Por el momento no; estamos tratando de mejorar tu promedio de descarga y ésa parece la mejor.

—Bueno, ahora podéis encender el rayo. Ya que no puedo llegar a la Torre, al menos quisiera verla.

Ni Kinte ni las otras estaciones en órbita podían prestarle ayuda para que viera la parte inferior de la Torre. Eso le correspondía al reflector de Sri Kanda, que apuntaba verticalmente hacia el cenit.

Un momento después la cápsula se vio atravesada por un cegador rayo, proveniente del corazón de Taprobane. Sólo a pocos metros, tan cerca que uno tenía la sensación de poder tocarlas, las otras tres cintas guía eran bandas de luz que convergían hacia la Torre.

Morgan siguió la perspectiva. Allá estaba…

¡Sólo veinte kilómetros! Hubiera podido llegar en doce minutos, y pasar por el suelo de aquel diminuto edificio cuadrado que se veía titilar en el cielo, cargado de regalos, como si fuera algún troglodítico Papá Noel. A pesar de que había decidido relajarse y obedecer las órdenes de Alcor, le resultó imposible hacerlo: tenía los músculos tensos, como si con su propio esfuerzo físico pudiera ayudar al Araña en ese último tramo de su viaje.

A los diez kilómetros, el ruido del motor experimentó un cambio evidente; Morgan, que lo estaba esperando, reaccionó de inmediato. Sin aguardar el consejo de Tierra, redujo la velocidad a cincuenta kilómetros. Así le faltarían aún doce minutos de marcha; empezó a preguntarse, desesperado, si estaría metido en una aproximación asintótica. Aquello parecía una variante de la carrera entre Aquiles y la tortuga: si reducía su velocidad a la mitad cada vez que la distancia se reducía a la mitad, ¿llegaría a la Torre en un tiempo finito? En otro momento hubiera sabido la respuesta de inmediato, pero se sentía demasiado cansado para buscarla.

A los cinco kilómetros pudo ver los detalles de construcción de la Torre: el corredor angosto con sus barandas protectoras, la inútil red de seguridad instalada para tranquilizar a la opinión pública. Pero por mucho que forzara la vista no podía distinguir las esclusas hacia las cuales avanzaba con torturante lentitud.

Y de pronto eso perdió importancia. A dos kilómetros de la meta, los motores del Araña se detuvieron por completo. La cápsula, para colmo, se deslizó unos cuantos metros hacia abajo antes de que Morgan pudiera aplicar los frenos.

Sin embargo. Kingsley no pareció darse por vencido, para sorpresa de Morgan.

—Todavía puedes llegar —dijo—. Da a la batería diez minutos para que se recargue. Aún te queda energía suficiente para ese último par de kilómetros.

Fueron los diez minutos más prolongados en la vida de Morgan. Hubiera podido pasarlos con menos tensión si hubiese respondido a los ruegos de Maxine Duval, cada vez más desesperados, pero se sentía demasiado exhausto, en el plano emotivo, como para hablar. Sin embargo, lo lamentaba de veras; era de esperar que Maxine comprendiera y supiera perdonarlo.

En cambio, mantuvo un breve diálogo con el conductor piloto Chang; éste le informó que los refugiados del Sótano seguían bastante bien y que su proximidad les daba muchos ánimos. Se estaban turnando para montar guardia ante el único ojo de buey de la puerta exterior, y no podían creer que quizá le fuera imposible franquear la escasa distancia que los separaba.

Morgan dio a la batería un minuto de más, para mayor seguridad. Para su alivio, los motores respondieron con fuerza, en un alentador arranque de potencia. El Araña llegó a

medio kilómetro de la Torre antes de volver a detenerse.

—Será la próxima vez —dijo Kingsley, aunque Morgan tuvo la sensación de que la confianza de su amigo era algo forzada—. Lamento que tengas que pasar por tantas demoras.

—¿Otros diez minutos? —preguntó Morgan, resignado.

—Lo siento, pero sí. Y esta vez tendrás que marchar en impulsos de treinta segundos, con una pausa de un minuto después de cada uno. De ese modo aprovecharás la batería hasta el final.

Y también mis propias fuerzas, pensó Morgan, extrañado de que Alcor llevara tanto tiempo en silencio. Claro, en esa oportunidad no se había excedido físicamente; era sólo una sensación.

En su preocupación por el estado del Araña se estaba descuidando. Llevaba una hora sin tomar sus tabletas energéticas de glucosa sin residuos ni el jugo de frutas contenido en el pequeño bulbo de plástico. Después de probar los dos se sintió mucho mejor. Si al menos hubiera podido transferir algunas de las calorías sobrantes a la moribunda batería…

Había llegado el momento de la verdad, el esfuerzo final. Era inconcebible que pudiera fracasar estando tan cerca de la meta. No era posible que el destino fuera tan malévolo, ahora que sólo faltaban unos pocos metros.

Por supuesto, sólo estaba dándose ánimos, como quien silba en la oscuridad. ¿Cuántos aviones se habían estrellado al tocar la pista, después de cruzar a salvo todo un océano? ¿Cuántas veces fallaban las máquinas o los músculos cuando sólo faltaban unos milímetros? En algún lugar, a alguien debía pasarle todo lo concebible, bueno o malo; no tenía derecho a recibir un tratamiento especial.

La cápsula se elevó gracias a impulsos espasmódicos, como una bestia agonizante buscando su última guarida. Cuando la batería expiró al fin, la base de la Torre parecía llenar la mitad del cielo.

Pero todavía faltaban veinte metros por recorrer.

54 - TEORÍA DE LA RELATIVIDAD

Habla en favor de Morgan, el hecho de que consideró sellado su propio destino en el momento en que se agotaron los restos de la energía y se apagaron, al fin, las luces en el panel del Araña. Pasaron varios segundos antes de que recordara que bastaría con soltar los frenos para volver a la Tierra. En el plazo de tres horas estaría a salvo y en cama. Nadie podría culparlo por el fracaso de su misión; había hecho todo lo humanamente posible.

Por un breve lapso contempló, en una especie de furia sorda, aquel cuadrado inaccesible y la sombra de la Torre proyectada hacia él. Su cerebro revolvió una multitud de planes descabellados y los descartó uno a uno. Si aún hubiera tenido el pequeño hilador en su poder… pero de cualquier modo, no habría existido un medio de llevarlo hasta la torre. Si los refugiados tuvieran un traje espacial, alguien hubiera podido bajarle una cuerda; pero no habían tenido tiempo de recoger un traje en el transporte incendiado.

Claro, si aquello hubiera sido un videodrama y no un problema de la vida real, algún heroico voluntario —mejor aún, voluntaria— se habría sacrificado saliendo a la esclusa para arrojarle una soga, utilizando los quince segundos de conciencia que el vacío permite para salvar a los otros. Para medir la desesperación de Morgan, bastará con decir que llegó a considerar la idea, por un fugaz momento, antes de que el sentido común se impusiera.

Desde el momento en que el Araña abandonó su batalla contra la gravedad hasta que Morgan aceptó, finalmente, que no podía hacer nada más, pasó tal vez menos de un minuto. En seguida Warren Kingsley hizo una pregunta que, en semejante ocasión, parecía de una incongruencia fastidiosa.

—Vuelve a darnos tu distancia, Van. ¿A cuántos metros estás con respecto a la Torre, exactamente?

—¿Qué diablos importa? Podría ser un año luz.

Hubo un breve silencio en Tierra; al fin Kingsley volvió a hablar, con esa voz especial que se usa cuando uno habla con los niños de corta edad o con los inválidos intratables.

—Importa muchísimo. ¿Veinte metros, dijiste?

—Sí, más o menos.

Cosa increíble. Warren soltó un suspiro de alivio imposible de confundir. Y hasta había regocijo en su voz cuando respondió:

—Tantos años, Van, y yo pensando que el ingeniero en jefe de este proyecto eras tú. Supongamos que la distancia es exactamente de veinte metros…

El violento grito de Morgan le impidió terminar la frase:

—¡Qué idiota soy! Di a Sessui que amarraré en… oh, quince minutos.

—Catorce coma cinco, si calculaste bien la distancia. Y ahora ya nada en el mundo puede detenerte.

Era una afirmación arriesgada; Morgan hubiera preferido que Kingsley no la hiciese. Algunas veces, los adaptadores de amarre no ajustan debidamente, debido a ínfimos errores en la tolerancia de fabricación. Y nunca habían tenido oportunidad de poner a prueba esa parte del sistema.

Su obnubilación anterior le provocó apenas un leve azoramiento. Después de todo, un hombre sometido a tensiones extremas puede olvidar hasta su número de teléfono y su fecha de nacimiento. Y hasta ese momento, el factor que ahora dominaba la situación había sido tan insignificante que se lo podía ignorar por completo.

Todo era cuestión de relatividad. Él no podía llegar a la Torre, pero la Torre llegaría a él, con su inexorable recorrido de dos kilómetros diarios.

55 - EL ACOPLAMIENTO

El récord de construcción diaria había sido de treinta kilómetros, mientras se armaba la sección más frágil y liviana de la Torre. En la actualidad, mientras se completaba en órbita la parte más voluminosa, verdadera raíz de la estructura, el promedio había bajado a dos kilómetros. Pero eso bastaba; daría tiempo a Morgan para verificar la alineación de los adaptadores y para ensayar, mentalmente, los difíciles segundos entre la confirmación del acoplamiento y el soltado de frenos. Si los dejaba puestos por un tiempo muy largo, el enfrentamiento de fuerzas entre la cápsula y los megatones móviles de la Torre sería muy desigual.

Fueron quince minutos muy largos, pero descansados; era de esperar que bastaran para tranquilizar a Alcor. Hacia el final todo pareció precipitarse, y en el último instante se sintió como una hormiga a punto de ser aplastada por una prensa, según el techo sólido del cielo descendía hacia él. En cierto momento la base de la Torre estaba a varios metros de distancia; un segundo después sintió y oyó el impacto del mecanismo de acople.

Varias vidas dependían de la habilidad y el cuidado con que los ingenieros y mecánicos habían realizado su labor años atrás. Si las uniones no se alineaban dentro de los límites de tolerancia, si el mecanismo de la escotilla no operaba correctamente, si la cerradura no era hermética… Morgan trató de interpretar la mezcolanza de sonidos que le llegaban a los oídos, pero no tenía la pericia necesaria para comprender sus mensajes.

De pronto, como una señal de victoria, se encendió en el panel indicador la señal de «acoplamiento realizado». Quedaban diez segundos, mientras los elementos telescópicos absorbían los movimientos de la Torre que avanzaba; Morgan empleó la mitad para soltar los frenos, con mucha cautela y preparado para aplicarlos otra vez si el Araña iniciaba la caída. Pero los sensores decían la verdad. Torre y cápsula estaban ya bien acopladas. A Morgan sólo le restaba subir unos pocos peldaños para alcanzar su meta.

Después de pasar el informe a los jubilosos escuchas de la Tierra y la Estación del Medio, permaneció inmóvil por un instante, mientras todos recobraban el aliento. Cosa extraña: aquélla era su segunda visita, pero apenas recordaba la primera, efectuada doce años antes y a

Librodot

treinta y seis mil kilómetros de distancia. Habían hecho una pequeña fiesta en el sótano con numerosos brindis a gravedad cero, durante lo que se llamó —a falta de mejor nombre— la colocación de la piedra fundamental. Pues ésa no era sólo la primera sección de la Torre a construir, sino también la primera que haría contacto con la Tierra, tras el largo descenso desde la órbita. Por eso parecía indispensable algún tipo de ceremonia. Morgan recordaba todavía que hasta el senador Collins, su viejo enemigo, tuvo la gentileza de asistir y desearle buena suerte con un discurso urticante pero lleno de buen humor. En ese momento tenía aún mejores causas para una celebración.

Ya se percibía un leve martilleo de golpecitos al otro lado de la esclusa, como para darle la bienvenida. Soltó el cinturón de seguridad, trepó torpemente al asiento y comenzó a ascender la escalerilla. La escotilla superior le opuso una resistencia simbólica, como si los poderes convocados contra él hicieran un último y débil intento; al fin el aire siseó un poco mientras se igualaban las presiones. Entonces la placa circular giró hacia abajo y quedó abierta. Manos ansiosas le ayudaron a entrar a la Torre.

Al aspirar la primera bocanada de aquel aire fétido, Morgan se maravilló de que alguien hubiera podido sobrevivir allí; era evidente que, si su misión hubiera fracasado, la segunda habría llegado demasiado tarde.

La celda desnuda estaba iluminada sólo por los paneles de fluorescentes solares, que llevaban más de una década atrapando y liberando pacientemente la luz del sol, para prevenir la emergencia que al fin acababa de presentarse. Esa iluminación descubría una escena que parecía sacada de alguna antigua guerra: varios refugiados, harapientos y sin hogar, provenientes de una ciudad devastada y apretujados en un refugio antibombas con las pocas posesiones que habían logrado salvar. Sin embargo, muy pocos refugiados podían llevar bolsas con etiquetas que rezaran: «Proyección», «Corporación del Hotel Lunar», «Propiedad de la República Federal de Marte», o el ubicuo «no almacenable en vacío». Tampoco se habrían mostrado tan alegres; hasta los que estaban acostados para ahorrar oxígeno esbozaron una sonrisa acompañada por un lánguido saludo con la mano. Morgan acababa de devolver el saludo cuando las piernas le fallaron y todo se oscureció.

Era el primer desmayo de su vida. Cuando la ráfaga de oxígeno frío lo reanimó, su primera emoción fue una aguda vergüenza. Sus ojos enfocaron lentamente la imagen; entonces vio siluetas enmascaradas que se inclinaban sobre él. Por un momento se preguntó si estaba en un hospital; en seguida, el cerebro y la vista volvieron a la normalidad. Seguramente habían trasladado su preciosa carga mientras él estaba inconsciente.

Aquellas máscaras debían ser los filtros moleculares que había llevado a la Torre; colocados sobre la boca y la nariz, permitían el paso del oxígeno pero no el del anhídrido carbónico. Sencillos, pero tecnológicamente sofisticados, ponían a los hombres en condiciones de sobrevivir en una atmósfera que, de otro modo, los hubiera sofocado de inmediato. Respirar a través de ellos requería algo más de esfuerzo, pero la naturaleza nunca da algo por nada y aquél era un precio muy pequeño.

Morgan se puso de pie, aún aturdido, pero resuelto a rechazar toda ayuda; entonces lo presentaron alegremente a los hombres y mujeres que había salvado. Todavía le preocupaba una cosa: acaso durante su inconsciencia Alcor hubiera emitido alguno de sus discursos. No quería sacar el tema, pero…

—En representación de todos nosotros —dijo el profesor Sessui, con la torpe sinceridad de un hombre poco acostumbrado a ser cortés—, quiero agradecerle lo que ha hecho. Le debemos la vida.

Cualquier respuesta lógica o coherente hubiera olido a falsa modestia. Por eso Morgan, con la excusa de ajustarse la máscara, murmuró algo ininteligible. Iba a empezar la verificación de todo el equipo descargado, cuando el profesor Sessui agregó, bastante nervioso:

—Lamento no poder ofrecerle una silla; esto es lo mejor de que disponemos… —y señaló un par de cajones para instrumentos, uno sobre el otro—. Será mejor que se tranquilice.

La frase le resultó familiar; eso significaba que Alcor había hablado. Hubo una pausa

Librodot

ligeramente azorada, en tanto Morgan asimilaba el hecho y los otros admitían estar enterados, y en tanto él les hacía ver que sabía que ellos sabían, todo sin pronunciar una palabra, en esa especie de regreso psicológico infinito que se produce cuando un grupo comparte un secreto que nadie volverá a mencionar.

Aspiró varias veces —era sorprendente la celeridad con que uno se habituaba a las máscaras— y se sentó en el cajón ofrecido. No volveré a desmayarme, se dijo, con ceñuda decisión. Debo cumplir con lo prometido y salir de aquí lo antes posible, antes de que Alcor vuelva a hablar.

—Esa lata de líquido sellador —dijo, señalando el envase más pequeño de cuantos había traído— solucionará la pérdida de aire; rocíen con él la junta de la esclusa; endurece en cuestión de segundos. Utilicen el oxígeno sólo cuando sea necesario; quizá les haga falta para dormir. Hay una máscara para cada uno, y un par extra de reserva. Y tienen agua y alimentos para tres días; con eso tendrán de sobra. El transporte de 10K debe llegar mañana. En cuanto al botiquín de primeros auxilios, espero que no les haga falta.

Hizo una pausa para respirar; no era muy fácil hablar con el filtro de anhídrido carbónico y necesitaba cada vez más reservar sus fuerzas. El grupo de Sessui podría cuidarse solo, pero a él todavía le quedaba un trabajo por hacer. Y cuanto antes, mejor.

Morgan se volvió hacia el conductor Chang y dijo, en voz baja:

—Por favor, ayúdeme a ponerme el traje. Quiero inspeccionar la vía.

—¡Pero su traje es sólo para treinta minutos!

—Necesito diez, quince cuanto más.

—Doctor Morgan, yo soy operador espacial titulado; usted no. Nadie puede salir con un traje de treinta minutos sin un tubo de reserva o un umbilical. A menos que se trate de una emergencia, por supuesto.

Morgan esbozó una sonrisa de cansancio. Chang tenía razón y ya no cabía alegar un peligro inmediato. Pero había emergencia cuando así lo determinaba el ingeniero en jefe.

—Quiero echar una mirada a los daños —respondió— y examinar las vías. Sería una lástima que los de 10K no pudieran llegar por no estar advertidos de algún obstáculo.

Era evidente que Chang no se sentía muy satisfecho con el estado de las cosas… ¿Qué habría chismeado Alcor mientras él estaba inconsciente? Sin embargo, siguió a Morgan hasta la escotilla norte sin más discusión.

Antes de cerrar el visor, Morgan preguntó:

—¿Ha tenido más problemas con el profesor?

Chang sacudió la cabeza.

—Creo que el anhídrido carbónico lo ha tranquilizado. Y si vuelve a empezar… bueno, somos seis contra uno, aunque no sé si podremos contar con sus estudiantes. Algunos son tan locos como él… Fíjese en esa muchacha que se pasa las horas en el rincón, escribiendo: está convencida de que el sol se está apagando, o de que está por estallar, no sé cómo es la cosa, y quiere prevenir al mundo entero antes de morir. ¡Para lo que serviría…! Yo preferiría no enterarme.

Morgan no pudo evitar una sonrisa, pero estaba muy seguro de que entre los estudiantes del profesor no había ningún loco. Algún excéntrico tal vez, pero también brillante; de otro modo no estarían trabajando con Sessui. Algún día conocería mejor a los hombres y mujeres a quienes acababa de salvar la vida, pero eso sería sólo cuando todos hubieran vuelto a la Tierra, cada uno por su lado.

—Voy a dar una rápida vuelta a la Torre —dijo Morgan—, y le describiré cualquier daño que vea para que usted pueda informar al Medio. No me llevará más de diez minutos. Y si no es así… Bueno, no trate de rescatarme.

La respuesta del conductor Chang, que ya estaba cerrando la puerta interior de la esclusa, fue muy breve y muy práctica:

—¿Como diablos podría hacerlo?

Librodot

56 - PANORAMA DESDE EL BALCÓN

La puerta exterior de la esclusa norte se abrió sin dificultad, enmarcando un rectángulo de oscuridad absoluta, cruzada por una línea de fuego: la barandilla protectora del corredor, que centelleaba a la luz del reflector apuntado desde la montaña. Morgan tomó aliento y flexionó el traje. Se sentía perfectamente cómodo. Se despidió con un gesto de Chang, que lo observaba por la ventanilla de la puerta interior, y salió de la Torre.

El pasillo que rodeaba al Sótano era una reja metálica de unos dos metros de ancho; más allá se extendía una red de seguridad, sobre otros treinta metros. La porción que Morgan podía ver desde allí no había recibido a nadie ni a nada en varios años de paciente espera.

Protegiéndose los ojos del resplandor procedente de abajo, inició la circunnavegación de la Torre. Aquella luz oblicua le mostraba cada pequeño bulto e imperfección de la superficie que se extendía sobre él, como una ruta hacia las estrellas; en cierto sentido, no era otra cosa.

Tal como esperaba, la explosión producida del otro lado de la Torre no había provocado allí daño alguno; para eso se habría requerido una bomba atómica, y no sólo una electroquímica. Las ranuras gemelas de la vía, que esperaban ya la primera llegada, se alargaban interminablemente hacia arriba, en su inmaculada perfección. Y cincuenta metros más abajo del balcón —aunque era difícil mirar en esa dirección debido a la luz— se distinguían los amortiguadores terminales, listos para una tarea que, si todo salía como era debido, jamás deberían realizar.

Sin apresurarse, manteniéndose muy cerca de la pared de la torre, Morgan caminó hacia el oeste hasta alcanzar la primera esquina. Al virar echó una mirada hacia la puerta abierta de la esclusa y la seguridad —relativa, por cierto— que ella representaba. Después siguió a lo largo de la pared oeste.

Sentía una curiosa mezcla de entusiasmo y temor, tal como no la había experimentado desde que aprendiera a nadar y se encontrara, por vez primera, en una profundidad donde ya no podía hacer pie. Si bien estaba seguro de que no había peligros reales, éstos podían presentarse. Tenía aguda conciencia de que Alcor se estaba tomando su tiempo; pero a Morgan le disgustaba terriblemente dejar un trabajo sin hacer, y su misión no estaba aún completa.

La cara oeste era igual que la del norte, pero sin esclusa. Tampoco allí había señales de daño, aunque estaba más próxima al sitio de la explosión.

El ingeniero contuvo su impulso de apretar el paso; después de todo, llevaba fuera sólo tres minutos. Avanzó hasta la esquina siguiente y allí, aun antes de franquearla, comprendió que no podría completar el circuito de la Torre: el pasillo había sido arrancado y colgaba en el espacio como una retorcida lengua metálica. La red de seguridad había desaparecido por completo, arrastrada, sin duda, por la caída del transporte.

No quiero abusar de mi suerte, se dijo Morgan. Pero no pudo resistir la tentación de echar un vistazo al otro lado de la esquina, sosteniéndose de un trozo de barandilla restante.

Había una buena cantidad de escombros atascados en la vía, y la faz de la Torre estaba descolorida por la explosión; empero hasta donde llegaba la vista de Morgan, todos los obstáculos podían ser eliminados en un par de horas por unos cuantos hombres provistos de soldadores. Dio una meticulosa descripción a Chang, quien expresó su alivio y rogó a Morgan que volviera al interior lo antes posible.

—No se preocupe —dijo el ingeniero—. Todavía dispongo de diez minutos y sólo quedan treinta metros. Me bastaría con el aire que tengo en los pulmones.

Pero no lo puso a prueba. Ya había pasado por suficientes tensiones por esa noche. Más que suficientes, en opinión de Alcor. Desde ahora en adelante obedecería sus órdenes sin discutirlas.

Ya ante la puerta de la esclusa se detuvo por unos instantes junto a la barandilla, bañado por la fuente de luz que brotaba desde la cumbre de Sri Kanda. Su propia sombra, inmensamente alargada, caía directamente sobre la Torre en sentido vertical, hacia las

Librodot

estrellas. Esa sombra debía prolongarse por miles de kilómetros y quizá llegara hasta el transporte, que en esos momentos bajaba velozmente desde la Estación 10K. Si agitaba los brazos, el equipo de rescate podría ver sus señales; hasta le sería posible comunicarse con ellos por código Morse.

Aquella divertida fantasía le inspiró un pensamiento mas serio. ¿No sería mejor esperar allí con los otros, en vez de arriesgarse a regresar a Tierra con el Araña? Pero el viaje hasta el Medio, donde se le podía proporcionar una buena atención médica, demoraría una semana. No era una opción sensata, puesto que en menos de tres horas podía llegar a Sri Kanda.

Hora de entrar; se le debía estar acabando el aire y ya no había nada que ver. Aquello le sonó a ironía, considerando el panorama espectacular que normalmente se veía desde allí, de día y de noche. Pero en esos momentos, la cegadora luz de Sri Kanda borraba tanto el planeta como los cielos: estaba flotando en un diminuto universo de luz, rodeado por una oscuridad total hacia todos lados. Resultaba casi imposible creer que estaba en el espacio, aunque sólo fuera por la sensación de peso. Se sentía tan seguro como si estuviera de pie en la misma montaña, y no a seiscientos kilómetros de altura por sobre ella. Aquél sí era un pensamiento para saborear y llevar consigo a Tierra.

Palmeó la tersa y firme superficie de la Torre, más enorme, comparada con él, que un elefante en relación con una ameba. Pero ninguna ameba era capaz de concebir un elefante, y mucho menos de crearlo.

—Nos veremos en la Tierra, dentro de un año —susurró Morgan, y cerró lentamente la puerta de la esclusa a sus espaldas.

57 - EL ÚLTIMO AMANECER

Morgan estuvo en el Sótano sólo por cinco minutos más; no era momento para amenidades sociales y no quería consumir parte del precioso oxígeno que había llevado con tanta dificultad. Estrechó la mano a todo el mundo y volvió al Araña.

Era muy agradable volver a respirar sin máscara. Mejor aún, saber que su misión había sido un éxito completo y que, en menos de tres horas, estaría a salvo en Tierra. Sin embargo, después del esfuerzo realizado para llegar a la Torre, se sentía reacio a abandonarla para someterse, una vez más, a la atracción gravitatoria…, aunque en este caso fuera para volver al hogar. Pero al fin soltó las grapas de acoplamiento e inició la caída. Por varios segundos quedó sin peso alguno.

Cuando los indicadores de velocidad llegaron a los trescientos kilómetros por hora, se puso en funcionamiento el sistema de frenado automático y volvió la sensación de peso. La batería, brutalmente agotada, se estaría recargando en esa operación; de qualquier modo debía de estar dañada y sin posibilidades de reparación; habría que retirarla del servicio, sin duda.

Cabía una ominosa comparación: Morgan no pudo evitar el pensar en su propio cuerpo, demasiado exhausto. De cualquier modo, un terco amor propio le impedía pedir que lo esperaran con un médico. Había hecho una pequeña apuesta consigo mismo: lo pediría sólo si Alcor volvía a hablar.

Pero ella guardaba silencio durante aquel veloz descenso por la noche. Morgan, totalmente relajado, dejó que el Araña se cuidara solo mientras él admiraba los cielos. Pocos vehículos espaciales podían ofrecer una vista tan panorámica, y escaseaban los hombres que hubieran visto las estrellas bajo tan soberbias condiciones. La aurora polar había desaparecido por completo, el reflector estaba apagado y ya nada podía desafiar a las constelaciones.

Salvo, por supuesto, las estrellas que el hombre mismo había construido. Casi directamente hacia arriba se veía el faro cegador de Ashoka, detenido para siempre sobre el Indostán y sólo a pocos kilómetros de la Torre. Hacia el este, a mitad de trayecto, estaba Confucio; mucho más baja aún, Kamehameha: hacia el oeste y muy altas, Kinte e Imhotep. Pero éstas eran sólo las señales luminosas más brillantes del ecuador; había otras, montones de ellas, todas mucho más brillantes que Sirio. ¡Qué sorpresa habría sido para alguno de los antiguos astrónomos

Librodot

encontrarse con ese collar en torno del cielo! ¡Y cuánta su confusión cuando, tras una hora de observación, descubriera que permanecían casi inmóviles, sin alzarse ni ponerse, en tanto las estrellas conocidas recorrían velozmente sus antiguos cursos!

Y mientras Morgan contemplaba el collar de diamantes, su mente soñolienta lo fue transformando poco a poco en algo mucho más poderoso. Con un ligero esfuerzo de la imaginación, esas estrellas fabricadas por el hombre se convertían en las luces de un titánico puente… Vagó hacia fantasías aún más descabelladas. ¿Cómo se llamaba el puente hacia el Walhalla, por el cual los héroes de las leyendas nórdicas pasaban de este mundo al próximo? No pudo recordar el nombre, pero fue un sueño maravilloso. ¿Y si otras criaturas, mucho antes que el hombre, habían tratado en vano de franquear los cielos de sus propios mundos? Pensó en los espléndidos anillos que rodeaban a Saturno, en los arcos fantasmagóricos de Urano y Neptuno… Bien sabía que ninguno de esos mundos había sentido nunca el toque de la vida, pero le divertía pensar que allí estaban los fragmentos deshechos de fallidos puentes.

Hubiera querido dormir; pero, contra su voluntad, la imaginación se apoderó de la idea e insistió con ella, como un perro que acaba de descubrir un hueso. El concepto no era absurdo, ni siquiera original: muchas de las estaciones sincrónicas se extendían ya a lo largo de varios kilómetros, o estaban vinculadas por cables que cubrían una apreciable fracción de sus órbitas. Unirlas entre sí, formando de ese modo un anillo completo alrededor del mundo, sería una obra de ingeniería mucho más simple que la Torre y demandaría mucho menos material.

No, un anillo no: una *rueda*. Esa Torre era sólo el primer radio. Habría otras (¿cuatro, seis, una veintena?) esparcidas a lo largo del ecuador. Cuando estuvieran todas conectadas rígidamente en órbita, los problemas de estabilidad que acosaban a una torre única habrían desaparecido. África, Sudamérica, las islas Gilbert, Indonesia… En todos esos puntos se podían instalar terminales terrestres, si se quería. Pues algún día, según mejoraran los materiales y progresara el conocimiento, las Torres serían invulnerables aun con los peores huracanes, y ya no habría por qué erigirlas en las montañas. Si él hubiera esperado otros cien años, tal vez no le habría sido necesario perturbar al Maha Thero.

Mientras soñaba así, la fina hoz de la luna menguante se había elevado discretamente por sobre el horizonte oriental, iluminado ya por la primera señal del alba. La luz reflejada por la Tierra encendía todo el disco lunar, con tanto brillo que Morgan pudo apreciar muchos detalles del continente nocturno; forzó la vista, en la esperanza de divisar el más hermoso espectáculo, nunca visto por las eras anteriores: una estrella entre los brazos de la hoz lunar. Pero esa noche no era visible ninguna de las ciudades edificadas por el hombre en su segunda patria.

Sólo doscientos kilómetros. Faltaba menos de una hora, y no tenía sentido tratar de seguir despierto; el Araña contaba con un programa terminal automático y se posaría con suavidad, sin perturbar su descanso…

Pero fue el dolor el que lo despertó; Alcor intervino una fracción de segundos después.

—No trate de moverse —dijo, tranquilizadora—. He pedido ayuda por radio. La ambulancia viene en camino.

Eso sí que era gracioso. Pero no te rías, se ordenó Morgan; está haciendo lo que puede. No sentía miedo; el dolor era intenso bajo el esternón, pero no invalidante. Trató de concentrar su mente en él; eso alivió los síntomas. Había descubierto, tiempo atrás, que el mejor modo de dominar el dolor era estudiarlo objetivamente.

Warren lo estaba llamando, pero las palabras, muy distantes, tenían poco significado. Reconoció la ansiedad en la voz de su amigo y hubiera querido hacer algo por aliviarla, pero no le quedaban fuerzas para lidiar con ese problema… ni con cualquier otro. Ya ni siquiera oía las palabras; un rugido débil, pero incesante, había borrado a todos los otros sonidos. Sabía que sólo cobraba existencia en su mente, en los laberínticos canales de sus oídos, pero parecía totalmente real; hubiera podido creerse de pie ante alguna enorme catarata…

Pero se iba tornando más leve, más suave… más musical. Y de pronto pudo reconocerlo. ¡Qué agradable oír una vez más, en la silente frontera del espacio, el sonido que recordaba

Librodot

desde su primera vista a Yakkagala!

La gravedad lo estaba llevando de regreso al hogar, asi como, a lo largo de los siglos, su mano invisible había dado forma a la trayectoria de las Fuentes del Paraíso. Pero él había creado algo que la gravedad nunca podría apresar, mientras los hombres poseyeran la sabiduría y la voluntad de preservarlo.

¡Qué frías tenía las piernas! ¿Qué había pasado con el sistema de mantenimiento vital del Araña? De cualquier modo, pronto sería el alba y habría calor suficiente.

Las estrellas se estaban apagando con una celeridad a la que no tenían derecho. Eso era extraño; aunque el día estaba muy próximo todo se iba oscureciendo. Y las fuentes volvían a hundirse en la Tierra; sus voces se tornaban más débiles… más débiles… más débiles…

Y de pronto se oyó otra voz, pero Vannevar Morgan no pudo escucharla. Entre silbidos breves y penetrantes, Alcor gritaba al cercano amanecer:

—¡Socorro! ¡Quienquiera me oiga, por favor acuda en seguida! ¡Es una emergencia Alcor! ¡Socorro! ¡Quienquiera me oiga, por favor acuda inmediatamente!…

Aún seguía llamando cuando el sol apareció y sus primeros rayos acariciaron la cumbre de la montaña, en otros tiempos sagrada. Mucho más abajo, la sombra de Sri Kanda saltó hacia adelante sobre las nubes; su cono perfecto seguía sin mácula, a pesar de cuanto el hombre había hecho.

Ya no había peregrinos contemplando ese símbolo de la eternidad, alargado sobre el rostro de la Tierra a medio despertar. Pero muchos millones lo verían en los siglos venideros, mientras viajaban cómodos y protegidos hacia las estrellas.

58 - EPÍLOGO: EL TRIUNFO DE KALIDASA

En los últimos días de aquel breve estío, el último antes de que las fauces de hielo se cerraran sobre el ecuador, uno de los enviados de Estelandia llegó a Yakkagala.

Señor de los Enjambres, se había conjugado recientemente en la forma humana. Salvo por un pequeño detalle, el parecido era excelente; sin embargo, los diez o doce niños que acompañaron al estelandés en el autocóptero mostraban un estado constante de leve histeria; los más pequeños se deshacían en risitas frecuentes.

—¿Dónde está la gracia? —preguntó él, en su perfecto solar—. ¿O no es para los extraños?

Pero no podían explicar al estelandés, cuya visión cromática normal se basaba por completo en el infrarrojo, que la piel humana no era un mosaico irregular de verdes, rojos y azules. Aun cuando los amenazó con convertirse en un *Tyrannosaurus rex* para comérselos a todos, aun entonces se negaron a satisfacer su curiosidad. En realidad, se apresuraron a señalar —a una entidad que había cruzado veintenas de años luz y recogido el conocimiento de treinta siglos— que una masa de sólo cien kilos no podía impresionar mucho como dinosaurio.

Al estelandés no le importó; era paciente, y los niños de la Tierra le causaban una infinita fascinación, tanto en su biología como en su psiquis. Asi eran las crías de todas las especies; es decir, de todas las que tenían crías. Tras haber estudiado nueve de ellas, el estelandés casi podía imaginar cómo era crecer, madurar y morir casi, pero no del todo.

Ante los doce humanos y el único no humano se extendía la Tierra desierta, agostados sus campos y sus bosques, en otros tiempos exuberantes, por los fríos soplos del norte y del sur. Los graciosos cocoteros habían desaparecido mucho tiempo atrás; hasta los sombríos pinos que les sucedieran parecían esqueletos desnudos, de raíces destrozadas por la escarcha en continuo avance. Ya no quedaba vida alguna en la superficie de la Tierra; sólo en los abismos oceánicos, donde el calor interno del planeta mantenía a raya al hielo, unas pocas criaturas ciegas y hambrientas nadaban o se arrastraban, devorándose unas a otras.

Sin embargo, para aquel ser cuyo mundo de origen giraba en torno de una desmayada estrella roja, el Sol que ardía en el cielo despejado de la Tierra tenía aún un fulgor intolerable. Todo su calor había desaparecido, agotado por la enfermedad que atacara su centro mil años

Librodot

antes; pero su luz fría, cruel, revelaba todos los detalles de la Tierra doliente y centelleaba, esplendorosa, desde los glaciares que se aproximaban cada vez más.

Para los niños, complacidos aún por el despertar de sus mentes, las temperaturas bajo cero eran un desafío excitante. Mientras bailaban desnudos entre los copos de nieve, levantando nubes de polvo seco y cristales brillantes con los pies descalzos, sus simbiontes debían advertirles con frecuencia: «¡No os extralimitéis! ¡Observad las señales de congelación!». Pues aún eran demasiado jóvenes para reemplazar los miembros perdidos sin ayuda de sus mayores.

El mayor de los muchachos se estaba exhibiendo; había lanzado un ataque deliberado contra el frío, con el orgulloso anuncio de que era un espíritu del fuego. El estelandés anotó el término para investigarlo en el futuro, sin saber que más tarde le causaría mucha perplejidad. Del pequeño exhibicionista sólo podía verse una columna de llamas y vapor que bailaba de una punta a otra por la antigua pared de ladrillos; los otros niños ignoraron a propósito ese rudo espectáculo.

Sin embargo, el estelandés encontró en él una interesante paradoja. ¿Por qué se había retirado esa gente a los planetas interiores, cuando hubieran podido luchar contra el frío gracias a los poderes que ya poseían? En verdad, eso estaban haciendo sus primos de Marte… Para esa pregunta no había recibido aún respuesta satisfactoria. Volvió a considerar la enigmática respuesta que le había dado Aristóteles, la entidad con quien se comunicaba más fácilmente.

—Para todo hay un motivo —había replicado el cerebro global—. Hay un tiempo para luchar contra la naturaleza y un tiempo para obedecerla. La verdadera sabiduría radica en elegir lo correcto. Cuando el largo invierno haya terminado, el hombre regresará a una Tierra renovada y fresca.

Y así, durante los últimos siglos, toda la población del mundo se había volcado en torrentes por las Torres ecuatoriales para fluir hacia el sur, hacia los jóvenes océanos de Venus y las llanuras fértiles de Mercurio, en sus Zonas Templadas. Dentro de quinientos años, cuando el Sol se recobrara, los exiliados retornarían. Mercurio sería abandonado, con excepción de las regiones polares, pero Venus sería un segundo hogar permanente. El enfriamiento del Sol había proporcionado el incentivo y la oportunidad para que se domara aquel mundo infernal.

Por muy importantes que fueran estos asuntos, el estelandés sólo les dedicaba un interés indirecto; para él eran mucho más importantes los aspectos sutiles de la cultura y la sociedad humanas. Cada especie era única, con sus propias sorpresas y su idiosincrasia privada. Aquélla había presentado al estelandés el desconcertante concepto de la Información Negativa… o, para emplear la terminología local, el Humor, la Fantasía y el Mito.

En sus forcejeos con esos extraños fenómenos, el estelandés se decía a veces, desesperado: «Jamás comprenderemos a los seres humanos». A veces su frustración era tal que temía una conjugación involuntaria, con todos los riesgos que eso implicaba. Pero ahora había hecho un verdadero avance; aún podía recordar su satisfacción cuando dijo su primer chiste y todos los niños rieron.

La clave residía en trabajar con los niños; una vez más era Aristóteles quien se la había provisto.

—Hay un viejo dicho: el niño es padre del hombre. Aunque el concepto biológico de «padre» es igualmente extraño para nosotros dos, en este caso tiene un doble significado…

Y allí estaba él, confiando en que los niños le permitieran comprender a los adultos en los cuales acabarían por metamorfosearse. A veces decían la verdad, pero a veces, cuando querían jugar —otro concepto difícil—, ofrecían información negativa. Sólo ahora podía el estelandés reconocer los síntomas.

Sin embargo, había oportunidades en que ni los niños, ni los adultos, ni siquiera Aristóteles conocían la verdad. Al parecer había un espectro continuo entre la fantasía absoluta y los hechos históricos desnudos, con todas las graduaciones posibles entre los dos. En un extremo había personajes tales como Colón, Leonardo y Einstein, Lenin, Newton y Washington, de

Librodot

quienes se conservaban hasta la voz y la imagen. En el otro extremo estaban Zeus, Alicia, King Kong, Gulliver, Sigfrido y Merlín, quienes no podían haber existido nunca en el mundo real. Pero ¿qué se hacía con Robin Hood, Tarzán, Cristo, Sherlock Holmes, Ulises o Frankenstein? Contando con cierta exageración, bien podían ser personajes históricos.

El trono del Elefante había cambiado muy poco en tres mil años, pero nunca antes había sostenido el peso de visitante tan extraño. El estelandés miró hacia el sur, comparando la columna que surgía de la cumbre de quinientos kilómetros de ancho, con las proezas de la ingeniería que había visto en otros mundos. Era realmente impresionante, dada la juventud de esa raza. Aunque parecía siempre a punto de caer desde los cielos, llevaba ya quince siglos de pie.

Pero no en su forma actual, por supuesto. Los primeros cien kilómetros eran ahora una ciudad vertical, de la cual se ocupaban todavía algunos niveles espaciados; a través de ella, los dieciséis juegos de vías habían llevado con frecuencia un millón de pasajeros por día. En esos momentos sólo operaban dos de ellas; dentro de pocas horas, el estelandés y su escolta ascenderían velozmente por esa enorme columna, en dirección a la Ciudad del Anillo que rodeaba el globo.

El estelandés volvió los ojos para gozar de visión telescópica y recorrió lentamente el cenit. Si, allá estaba; era difícil verla de día, pero por la noche el Sol brillaba aún sobre ella, cuando ya estaba oculto en la sombra de la Tierra. Aquella fina banda de luz que dividía el cielo en dos hemisferios era un mundo en sí, donde medio billón de humanos había optado por una vida permanente en gravedad cero.

Y allá arriba, junto a la Ciudad del Anillo, estaba la nave estelar que había llevado al embajador y a los otros compañeros de la Colmena por los abismos interestelares. En ese mismo instante la estaban preparando para partir… sin urgencia, sino con varios años de anticipación, en previsión de la próxima etapa del viaje, que duraría seiscientos años. Ese lapso era insignificante para el estelandés, por supuesto, pues no volvería a reconjugarse hasta el fin del viaje. Pero entonces bien podía enfrentarse al mayor desafío de su larga carrera. Por primera vez, una sonda estelar había sido destruida, o al menos silenciada, poco después de ingresar a un sistema solar. Tal vez había entrado en contacto con los misteriosos Cazadores de la Aurora, que habían dejado su marca en tantos mundos, tan inexplicablemente próximos al Comienzo mismo. Si el estelandés hubiera sido capaz de sentir sobrecogimiento o temor, habría experimentado ambas emociones en tanto contemplaba su futuro, a seiscientos años de distancia.

Pero por el momento estaba en la nevada cumbre de Yakkagala, frente al sendero abierto por el hombre hacia las estrellas. Convocó a los niños a su lado ―ellos siempre sabían cuándo deseaba en verdad ser obedecido― y señaló la montaña que se elevaba hacia el sur.

—Sabéis perfectamente —dijo, con una exasperación fingida sólo en parte— que el Puerto Terrestre I fue construido dos mil años después que este palacio en ruinas.

Todos los niños asintieron, solemnes.

—En ese caso —prosiguió el estelandés, siguiendo la línea que descendía del cenit hasta la cumbre de la montaña—, ¿por qué se llama a esa columna… la Torre de Kalidasa?

ACLARACIONES FINALES

El escritor de ficciones históricas tiene una peculiar responsabilidad para con sus lectores, especialmente al manejar épocas y sitios poco familiares. No debería distorsionar hechos ni acontecimientos cuando son conocidos; y si los inventa, como con frecuencia se ve obligado a hacer, su deber es indicar la línea divisoria entre la imaginación y la realidad.

El escritor de ciencia ficción tiene la misma responsabilidad, pero al cuadrado. Confío en que estas notas no se limiten a cumplir con esa obligación, sino que también aumenten el placer del lector.

Librodot

Taprobane y Ceilán

Por razones dramáticas, he hecho tres pequeños cambios a la geografía de Ceilán (ahora Sri Lanka). Trasladé la isla ochocientos kilómetros hacia el sur, para que se situara bien sobre el ecuador, tal como estaba hace veinte millones de años y como puede volver a estar. En la actualidad se encuentra entre los seis y los diez grados norte.

Además he duplicado la altura de la Montaña Sagrada y la acerqué a Yakkagala. Ambos sitios existen y son muy parecidos a mi descripción.

Sri Pada, o el Pico de Adán, es una sorprendente montaña cónica, sagrada para los budistas, los musulmanes, los hindúes y los cristianos; en la cima se halla un pequeño templo. Dentro de él hay una laja de piedra con una depresión que se atribuye al pie del Buda, aunque mide dos metros de longitud.

Todos los años, desde hace muchos siglos, miles de peregrinos ascienden los dos mil doscientos cuarenta metros hasta la cumbre. La subida ya no es peligrosa, pues existen dos escaleras hasta la cima; seguramente han de ser las más largas del mundo. Yo subí una vez, por instigación de Jeremy Bernstein, del *New Yorker* (véase su *Experiencing Science*); por varios días, después, tuve las piernas paralizadas. Pero valía la pena el esfuerzo, pues tuvimos la suerte de ver un espectáculo de pasmosa belleza: la sombra del pico al alba, un cono perfectamente simétrico, visible sólo por breves minutos a la salida del Sol, que se extiende casi hasta el horizonte sobre las nubes, mucho más abajo.

Desde entonces he explorado la montaña con mucho menor esfuerzo, gracias a un helicóptero de la Fuerza Aérea de Sri Lanka, y me he acercado al templo lo bastante como para observar las expresiones resignadas de los monjes, ya acostumbrados a esas ruidosas intromisiones.

La fortaleza rocosa de Yakkagala es, en realidad, Sigiriya (o Sigiri, Roca del León); es, en verdad, tan sorprendente que no he necesitado cambiarla en nada. Sólo me he tomado libertades cronológicas, pues el palacio de la cumbre, según la Crónica Cingalesa, el *Culavamsa*, fue construido durante el reinado del rey parricida Kasyapa I (años 478 a 495 de la era cristiana). Sin embargo, parece increíble que obra tan monumental pueda haber sido llevada a cabo en sólo dieciocho años por un usurpador, que esperaba ser atacado en cualquier momento; la verdadera historia de Sigiriya bien puede retroceder varios siglos a partir de esas fechas.

La personalidad, los motivos y el destino real de Kasyapa han sido tema de muchas controversias, reavivadas hace poco por la obra póstuma de un erudito cingalés, el profesor Senerat Paranavitana, en *La historia de Sigiri* (Lake House, Colombo, 1972). También debo a un monumental estudio suyo en dos volúmenes las inscripciones en la pared del espejo (*Sigiri Graffitti,* Oxford University Press, 1956). Algunos de los versos que he citado son auténticos: otros, apenas inventados.

Los frescos, la mayor gloria de Sigiriya, están muy bien reproducidos en *Ceilán: Pinturas del Templo, el Santuario y la Roca* (New York Graphic Society/UNESCO, 1957). En la placa V se ve el más interesante, el mismo que en 1960, fuera, infortunadamente, destruido por vándalos desconocidos. Es evidente que la sirvienta *escucha* una misteriosa caja con bisagras que tiene en la mano derecha; ésta no ha sido identificada, y los arqueólogos locales se niegan a tomar en serio mi sugerencia de que se trata de una primitiva radio cingalesa a transistores.

La leyenda de Sigiriya fue llevada a la pantalla hace poco por Dimitri de Grunwald, en su producción The God King, donde Leigh Lawson encarnó a un Kasyapa impresionante.

El Ascensor Espacial

Este concepto, al parecer descabellado, fue presentado por primera vez a Occidente en una carta que apareció en el número de *Science* correspondiente al 11 de febrero de 1966:

Librodot

«Prolongación del satélite en un verdadero Anzuelo Espacial», artículo de John D. Isaacs, Hugh Bradner y George E. Backus del Instituto de Oceanografía Scripps, y Allyn C. Vine del Instituto de Oceanografía Wood's Hole. Aunque pueda parecer extraño que los oceanógrafos se enreden en semejante idea, no resulta tan sorprendente cuando pensamos que son los únicos —desde los grandes días de los globos cautivos— que se ocupan de cables muy largos pendientes de su propio peso. Por casualidad, el nombre del doctor Allyn Vine ha quedado inmortalizado en el famoso sumergible de investigación, llamado «Alvin».

Más tarde se descubrió que la idea había sido desarrollada seis años antes, y en una escala mucho más ambiciosa, por un ingeniero de Leningrado: Y. N. Artustanov (*Komsomolskaya Pravda*, 31 de julio de 1960). Artustanov estudiaba la posibilidad de un «funicular celeste», para utilizar el atractivo nombre que dio al artefacto. Levantaría nada menos que doce mil toneladas diarias hasta la órbita sincrónica. Es sorprendente que su atrevida idea recibiera tan poca publicidad; sólo la he visto mencionada una vez en el hermoso volumen de pinturas de Alexei Leonov y Sokolov, *Las estrellas nos esperan*, Moscú, 1967. Una lámina en color, en la página 25, muestra al «ascensor espacial» en funcionamiento; el epígrafe dice: «…el satélite permanecería fijo, por así decirlo, en cierto punto del cielo. Si se baja un cable desde el satélite hasta la Tierra se obtendría un cablecarril disponible. Se podría construir un ascensor Tierra-Sputnik-Tierra para transportar carga y pasajeros, que operaría sin propulsión de cohetería».

Aunque el general Leonov me dio una copia de su libro en el congreso *Usos pacíficos del espacio*, realizado en Viena en 1968, la idea no me quedó grabada… ¡A pesar de que el ascensor aparece suspendido exactamente sobre Sri Lanka! Tal vez pensé que el cosmonauta Leonov, humorista de nota*, había hecho con ello una pequeña broma.

El ascensor espacial es una idea cuyo tiempo ya ha llegado, como queda demostrado por el hecho de que en una década, a partir de 1966, la carta de Isaac haya sido reinventada independientemente tres veces, como mínimo. Un análisis muy detallado, con varias ideas nuevas, fue publicado por Jerome Pearson, de la Fuerza Aérea de Wright-Paterson, en *Acta Astronáutica*, en el número de septiembre-octubre de 1975: «La torre orbital: un lanzador de naves espaciales que utilizaría la energía rotatoria de la Tierra». El doctor Pearson quedó atónito al saber de los estudios anteriores, que no había localizado en su investigación por computadora; los descubrió al leer mi propio testimonio en la Casa de Representantes, Comisión Espacial, en julio de 1975 (véase *The View From Serendip*).

Seis años antes (*Journal of the British Interplanetary Society*, vol. 22, págs. 442-457, 1969), A. R. Collar y J. W. Flower habían llegado, esencialmente, a las mismas conclusiones en su *Un satélite de 24 horas a altitud (relativamente) baja*. Buscaban la posibilidad de suspender un satélite de comunicaciones sincrónico muy por debajo de la altitud natural de 36.000 kilómetros; no analizaron la posibilidad de bajar el cable hasta la superficie terrestre, pero eso es una extensión obvia de lo tratado.

Y ahora permítaseme una tosecilla de modestia. Ya en 1963, en un ensayo escrito por encargo de la UNESCO y publicado en *Astronautics* en febrero de 1964, «El mundo del Satélite de comunicaciones» (que ahora se puede leer en «Voces del Cielo»), escribí: «Como posibilidad a muy largo plazo, se debe mencionar que existe gran cantidad de maneras por las que teóricamente se puede lograr un satélite de veinticuatro horas a poca altura; pero dependen de hallazgos técnicos que difícilmente se producirán en este siglo. Dejo su análisis como ejercicio para el estudiante».

La primera de esas «maneras teóricas» fue por supuesto, el satélite suspendido que idearon Collar y Flower. Mis apresurados cálculos, basados en la resistencia de los materiales existentes, me hacían muy escéptico respecto a la idea, y no me molesté en detallarla. Si hubiera sido algo menos conservador (o si hubiera dispuesto de un papel algo más grande para

* Es también un soberbio diplomático Después de la presentación en Viena de "2001 Odisea del Espacio", hizo el mejor comentario que jamás escuche "Ahora tengo la impresión de haber estado *dos veces* en el espacio Tal vez después de la misión Apolo—Soyuz habría dicho *"tres veces"*

Librodot

mis cálculos) tal vez me habría adelantado a todos, con excepción de Artustanov.

Como este libro es (así lo espero) más una novela que un tratado de ingeniería, quienes deseen profundizar los detalles técnicos pueden acudir a la literatura que abunda cada vez más sobre ese tema. Para citar ejemplos recientes nombraré a Jerome Pearson, «Cómo utilizar la torre orbital para lanzamiento diarios de carga fuera de la órbita terrestre» (vigésimo séptimo congreso de la Federación Internacional de Astronáutica, octubre de 1976) y un notable artículo de Hans Moravec, «Un anzuelo celeste orbital no sincrónico» (Reunión anual de la Sociedad Astronáutica Norteamericana, San Francisco, 18 al 20 de octubre de 1977).

Estoy muy en deuda con mis amigos, el desaparecido A. V. Cleaver, de Rolls-Royce, el doctor Ing. Harry O. Ruppe, profesor de Astronáutica en la Universidad Técnica del Lehrstuhl für Raumfahrttechnic, de Munich, y el doctor Aland Bond de los laboratorios Culham, por sus valiosos comentarios sobre la Torre Orbital. Ellos no son responsables de mis modificaciones.

Walter L. Morgan (que no tiene vinculación alguna con Vannevar Morgan, hasta donde puedo asegurarlo) y Gary Gordon, de los laboratorios ComSat, asi como L. Perek, de la división Asuntos del Espacio Exterior de la ONU, me han proporcionado utilísimas informaciones sobre las regiones estables de la órbita sincrónica; señalan que las fuerzas naturales (especialmente los efectos del Sol y la Luna) provocarían grandes oscilaciones, en especial en dirección norte sur. Por lo tanto, «Taprobane» no sería tan ventajoso como he sugerido, pero siempre sería mejor que cualquier otro lugar.

La importancia de un sitio alto también es discutible, y en ese sentido quedo en deuda con Sam Brand, de la Instalación para Investigación y Predicción Ambiental Naval, Monterrey, por su información sobre los vientos ecuatoriales. Si resultara que la Torre podría ser llevada sin riesgos hasta el nivel del mar, la isla maldiviana de Gan, recientemente evacuada por la Real Fuerza Aérea, podría ser la propiedad más valiosa del siglo XXII.

Para terminar, una coincidencia que resulta muy extraña y hasta atemorizante: años antes de que yo pensara siquiera el tema de esta novela, parezco haber gravitado (sic) hacia el sitio en que se desarrolla, pues la casa que adquirí hace diez años, en mi playa favorita de Sri Landa (véase *The Treasure of the Great Reefy - The View from Serendip*) está situada, exactamente, en el punto más cercano sobre tierra al punto de mayor estabilidad geosincrónica.

Por eso espero ver, desde mi retiro, a las antiguas reliquias de una temprana Era Espacial, también jubiladas, girando en un orbital Mar de los Sargazos, precisamente por sobre mi cabeza.

Colombo, 1969-1978

Y ahora, una de esas extraordinarias coincidencias que he aprendido a dar por seguras.

Mientras corregía las pruebas de esta novela, recibí del doctor Jerome Pearson una copia del TM-75174, Memorándum Técnico de la NASA: «Un Collar Espacial para la Tierra», de G. Polyakov. Se trata de una traducción de *Kosmicheskoye Ozherel'ye Zemli*, publicado en *Teknika Molodezhi* N° 4, 1977, págs. 41-43. En este breve pero estimulante artículo, el doctor Polyakov del Instituto de Enseñanza Astrakhan, describe con precisos detalles de ingeniería la visión final de Morgan: un anillo continuo alrededor del mundo. Lo considera como extensión natural del ascensor espacial, cuya construcción y operación analiza también, en forma virtualmente idéntica a mi propio tratamiento.

Saludo al *tovarich* Polyakov, y empiezo a preguntarme si, una vez más, habré sido demasiado conservador. Tal vez la Torre Orbital sea un logro del siglo XXI y no del XXII. Nuestros propios nietos demostrarán tal vez que, algunas veces, lo Gigantesco es Hermoso.

Colombo, 18 de septiembre de 1978

FIN

Librodot